



NO QUERÍA
Enamorarme
Y APARECISTE
TÚ

VIRGINIA V. B.

NO QUERÍA ENAMORARME
Y APARECISTE TÚ



VIRGINIA V.B.

Copyright © 2016 Virginia V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

INDICE



Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora



A ti que estás leyendo esta historia. Gracias!!

*Nadie escoge su amor,
Ni el momento,
Ni el sitio,
Ni la edad,
Ni la persona...
Simplemente llega.*

CAPÍTULO 1



Me despierto sobresaltada y agitada. Miro el reloj que hay encima de la mesilla de noche, las cinco y media de la madrugada. No puede ser que otra vez haya soñado con el tío de mantenimiento. Con esta ya son tres veces esta semana, me siento acalorada. Nunca antes había tenido sueños eróticos con nadie. Que sensación más extraña... Voy a la cocina y me bebo un vaso de agua bien fría, eso ayudara a que la sangre recupere su temperatura habitual. Me acerco al gran ventanal que hay en la cocina y me quedo mirando la ciudad que aun duerme. No sé si podré volver a dormirme, aun así regreso a la oscuridad de mi cuarto y vuelvo a meterme en la cama. Los ojos verdes de ese tío vuelven a mi mente una y otra vez. Esa forma de mirarme ¡uff! Hace que se me pongan los pelos de punta. ¡Joder, no me gusta nada esta sensación, juro que en la vida me había sentido tan atraída por nadie! ¿De dónde será? No tiene pinta de ser español, más bien de algún país de América Latina. ¡¡Dios, es tan atractivo!! Esa piel morena, el pelo negro, ese cuerpazo... y que decir de esa mirada. Lleva poco tiempo en la urbanización pero a más de una nos tiene babeando por él. Me he fijado como lo miran mis vecinas, las jóvenes, las no tan jóvenes, entre las que me incluyo y las bien maduritas. Intento cambiar el rumbo de mis pensamientos porque si sigo por ese camino, volverán las palpitaciones y la agitación y lo que quiero es volver a dormirme, no ponerme como una moto. Es sábado y no trabajo. Todo lo que tenía pensado hacer era dormir la mañana, y por culpa de mis hormonas que parece ser están disparadas ya no podrá ser.

Llevo viviendo en la urbanización Santa Margarita unos seis meses. Es una zona exclusiva y selecta de Marbella situada a muy pocos metros de la famosa Milla de oro, donde se encuentran las tiendas más chic de la ciudad. Va desde el centro de Marbella hasta Puerto Banus. A mis treinta y ocho años tengo una casa en propiedad y un trabajo que me permite vivir muy cómodamente. Soy cirujana plástica y trabajo en una clínica muy, muy privada donde caras muy conocidas de este país y del extranjero vienen a hacerse algunos retoques. Por mis manos ha pasado mucha gente, y aunque no está bien que yo misma lo diga, soy muy buena en mi trabajo, por eso estoy donde estoy. Lo sé, mi modestia deja mucho que desear, pero así soy yo. Estoy muy orgullosa de mí, todo va fenomenal, bueno casi todo. Hace tres meses rompí con mi prometido. Cuando estábamos a punto de casarnos nos dimos cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro, eso y que Fer, mi ex, se había enamorado perdidamente de su compañera de trabajo ocho años menor que yo y diez años menor que él. Osea, una perita en dulce. No es que yo este mal, para nada. Pero Fer, la prefirió a ella y eso a mí me repateo la entrañas, me cabreeé muchísimo, y claro por mi boca salieron sapos y culebras. Se fue de casa gritándome que era una amargada, y que iba a estar sola el resto de mi vida, ¡¡JA!! ¡Y una mierda!!

Vuelvo a mirar la hora, las siete menos veinte. Está claro que Morfeo me ha abandonado por completo, y aquí tumbada no hago nada, solo ponerme de mal humor con tanto pensamiento inútil. Así que me levanto, me pongo unas mallas negras, una camiseta de tirantes y me calzo las Nike fucsia que me regalo mi hermana en mi último cumpleaños y salgo a correr. Una vez fuera de la urbanización enchufo el iPod. El nuevo tema de Marta Sánchez, “la que nunca se rinde”, me llena de energía positiva y salgo disparada hacia el puerto. Por cierto, mi nombre es Alejandra, pero mis amigos me llaman Alex.

Cuando llego al puerto, mis pulmones y mis piernas me piden a gritos que aminore la marcha, hacía mucho tiempo que no salía a correr como una posesa. Lo necesitaba, toda mi frustración ha quedado pegada al asfalto, y eso es bueno para mí, me noto mucho más ligera. Cuando llego a la zona de anclaje de los yates, me detengo y recorro con la mirada la maravillosa vista que tengo ante mí. El sol saliendo en el horizonte y reflejándose en el mar. Es absolutamente precioso, sólo por esta panorámica ha valido la pena la carrera. Me siento bien, respiro hondo varias veces y mi respiración se normaliza. Doy media vuelta y sintiéndome satisfecha vuelvo a casa. En el trayecto a casa, recuerdo que las chicas y yo tenemos planes para esta noche. Iremos a cenar a "La Mar Del Medio". Es un restaurante que está en el puerto, su especialidad el pescado. Lo cocinan de todas las formas posibles. Solemos ir bastante a menudo, es un lugar precioso, decorado en madera en tonos blanco y azul. Cuando estás dentro, tienes la sensación de estar dentro de un barco. ¡¡Es una pasada!! Después de la cena iremos a la inauguración de Bacana, es una sala de baile latino. Por la zona en la que está supongo que bastante pijo, pero nosotras que nos apuntamos a un bombardeo no podemos faltar al evento. Mentalmente repaso mi vestidor, me devano los sesos pensando que ponerme, como vuelvo a estar en el mercado, esta noche tengo que estar espectacular.

Estoy en el vestíbulo esperando el ascensor para subir a casa, cuando se abre la puerta de la oficina de mantenimiento. Sé por el cosquilleo que recorre mi espalda que es él. Me giro lentamente y ahí está, con esos ojos verdes clavados en mí. Esboza una sonrisa y repasa mi cuerpo con la mirada. ¿De qué coño va este tío? La chula que hay en mí se abre paso a trompicones entre la timidez y el atrevimiento, y por supuesto gana el atrevimiento, la timidez se queda escondida en algún lugar de mi mente. Lo miro de pies a cabeza, cuando llego a la altura de sus ojos, estos parecen estar preguntándome: «¿Y bien? ¿Te gusta lo que ves?» Vuelvo a mirarlo de arriba abajo con altivez y doy media vuelta para entrar en el ascensor. Pulso el botoncito de subir y mientras las puertas se cierran alcanzo a ver esa sonrisa burlona dibujada en su cara.

Entro en el ático echando humo, no soporto que me miren como si estuviese en venta, es algo que me pone enferma, que típico de los hombres. Me meto en la ducha y el agua caliente hace que me relaje al instante. No sé por qué me afecta tanto este tío, normalmente no suelo sentir este tipo de cosas. Tiene algo misterioso, creo que es eso lo que me intriga, lo cual me hace sentir inquieta. Joder, menuda mañana llevo perdiendo el tiempo pensando en un tipo del que ni siquiera sé su nombre. Salgo de la ducha y me unto el cuerpo de crema hidratante. Me desenredo el pelo mientras mi piel absorbe la crema y de repente suena el móvil, sin ponerme nada encima, salgo a buscarlo a la habitación, está sobre de la cama. Miro la pantalla y reconozco el número de mi amiga Carla.

—¿Dónde demonios te metes, Alex?

—¡¡Vaya... buenos días para ti también Carla!!

—Lo siento... ¡¡Buenos días!! Te he enviado un montón de wuas y como no me has contestado...

—Estaba en la ducha, he salido a correr esta mañana y estaba acabando de vestirme.

—¿Pero no habías dicho qué hoy no moverías tu culo de la cama hasta medio día?

—Sí, lo dije, pero a las cinco y media estaba despierta.

—¿Y eso?

—Sueños eróticos con el tío que te conté.

—¡¡Joder Alex, lo tuyo es flipante!!—La muy capulla se descojona de risa.-

—Deja de reírte como una hiena, no tiene gracia.

—Sí que la tiene, ¡¡reconócelo!!

—Está bien, vamos a dejar el temita. ¿Qué es lo que tenía tanta urgencia?

—Estela se ha rajado para lo de esta noche, tiene una nueva cita. Estaremos tú y yo solas ante el peligro, baby.

—Que dramática eres Car, el peligro somos nosotras, ya sabes que siempre acabamos metidas en alguna historia.

—Tienes razón. ¡¡Qué tiemble la ciudad que esta noche vamos pisando fuerte!! ¿Ya tienes modelito, Alex?

—Sí, creo que sí, pero ya sabes como soy, seguro que cambio de idea en el último momento.

—¡¡Sí, lo sé! ¿No quieres contarme nada del tío ese?

- ¡¡Noooo no quiero hablar del tema!!
- Está bien, como quieras, ¡seguro que esta noche cantas por bulerías después de que te hayas tomado unas cervezas!
- No es esa mi intención, pero me conoces demasiado bien.
- Venga ámate y no le des vueltas al coco, te veo esta noche en el restaurante, ¿sobre las diez?
- Perfecto, ¡allí nos vemos!

Colgamos y sonrío para mis adentros pensando en mi amiga Carla. La adoro, su costumbre de hacer un drama por todo me encanta, hace que sea única y especial. Dejo el teléfono encima del sinfonier que hay al lado de la ventana corredera que da a la terraza, y para mi sorpresa cuando levanto la vista allí está él, en la terraza de al lado mirándome con asombro. ¿Pero qué le pasa a este tío? Su sonrisa pícaro me estremece, y entonces caigo en la cuenta de que estoy totalmente desnuda. ¿Cómo no va a mirarme con cara de bobo? Me aparto rápidamente y me quedo muy quieta pegada a la pared, conteniendo la respiración. ¿Cuánto he hablado con Carla? ¿Diez minutos? ¡¡Dios... pero que estúpida soy!! ¿Habrá estado mirándome todo ese tiempo? Joder, joder, joder. Que vergüenza, esto solo puede pasarme a mí.

Camino bien pegada a la pared, sé que no puede verme, pero por si las moscas no pienso arriesgarme. Dentro del vestidor me pongo lo primero que encuentro, unos pantalones cortos y una camiseta. Cuando salgo, miro con cautela hacia la terraza por si todavía él sigue allí, pero no, no hay ni rastro suyo por ningún lado. Pongo música a ver si de esa manera consigo olvidar la vergüenza que acabo de pasar, tengo que cambiar el chip. En la radio está sonando “Gossip”, de Heavy Cross y me da un subidón increíble, dejo a un lado mis bochornos y me pongo hacer cosas como una loca. El resto de la mañana pasa volando, apenas me acuerdo del incidente, pero cuando lo hago, el rubor se me ve hasta en la raíz del pelo. Me tumbo en el sofá después de comer. Mi intención es relajarme un poco, pero rápidamente me quedo dormida. El teléfono me despierta de un lindo sueño. Yo, tumbada en la arena de una playa de aguas cristalinas y un moreno de ojos verdes a mi lado mimándome.

- ¿Hola?—Contesto.
- ¿Alex? ¿Estabas dormida?
- ¿Mamá?
- Soy Estela, acabas de confirmarme que estabas dormida, mira que confundirme con tu madre...
- Lo siento, Este, ¿qué hora es?
- Pues son cerca de las siete.
- ¿Las siete? ¿Estás de broma?
- Para nada bella durmiente. ¿Cuánto rato llevas dormida?
- ¡¡Uff!! Unas tres horas y media.
- ¿Tanto? Eso es rarísimo en ti, Alex, ¿estás bien?
- Estoy bien, lo que pasa que llevo despierta desde muy temprano.
- Vaya... ¿Tu plan de dormir toda la mañana se ha ido al traste?
- Pues sí chica, ¡¡así es!!
- ¿Algún motivo especial?
- Nooo, solo sueños eróticos—contesto frustrada. Estela se troncha de risa en cuanto oye mi contestación y eso me cabrea, supongo que porque acabo de despertarme.
- Por el amor de dios Alex, vas tener que solucionar eso, preséntate de una vez a ese tío y tíratelo
- Ahora sí que me he quedado sin palabras.
- Alex, ¿sigues ahí?
- Aquí sigo loca, me has dejado sin palabras. ¿Cuándo me he tirado yo a alguien así por qué sí?
- ¡¡Jamás!! pero nunca es tarde para empezar—se vuelve a tronchar la muy asquerosa.
- Dime, ¿has cambiado de idea respecto a lo de esta noche?
- Menudo giro le has dado a la conversación, Alex. No, no he cambiado de idea, necesito que me prestes el bolso negro de tachuelas doradas, ¿puede ser?
- Por supuesto.
- ¡¡Genial!! en hora y media me paso a recogerlo, ¿ok?
- Ok, te veo en un rato—y colgamos sin más.

Me desperezco en el sofá, la verdad que en estos momentos me da una pereza terrible ponerme a acicalarme para salir. De buena gana me quedaría aquí tumbada viendo cualquier cosa en la televisión, o simplemente escuchando música. Pero no puedo dejar plantada a Carla yo también, me mataría, así que me pongo manos a la obra, como diría mi padre: empiezo el proceso de pasar por chapa y pintura.

CAPÍTULO 2



Como siempre, cambio de idea respecto a mi atuendo. Opto por ponerme el vestido verde jade que me compre en Italia hace dos veranos. Es sencillo y anudado al cuello. Me queda un poco más corto de lo que recordaba, pero me gusta, resalta el tono de mi piel tostada por el sol marbellí. El pelo me lo dejo suelto, me hago unas hondas aquí y allá, y el resultado final me satisface. Maquillo los ojos en tonos ahumados, carmín rojo a mis labios, y para finalizar unas gotas de mi perfume favorito, Emporio de Giorgio Armani. Estoy calzándome las sandalias doradas cuando suena el portero automático.

—¿Quién?

—Alex, soy yo, ¿me puedes bajar el bolso?

—¿No prefieres subir?

—No, ¡me están esperando en el coche!

—Ah vale... ¡Ya bajo!

Cojo las llaves y el bolso y salgo por la puerta. Llego al vestíbulo y ahí está mi amiga, con una sonrisa de oreja a oreja que contagia.

—Madre mía Estela, ¡¡estás radiante!!

—¡Guau Alex, tú sí que estás...! ¿Ese vestido es nuevo? Nunca te lo había visto.

—No que va, lo que pasa que nunca me lo he puesto aquí, ¿Recuerdas hace dos veranos cuando estuve en Italia?— Mi amiga asiente—. Pues me lo compré allí, lo estrene en Venecia y nunca más lo volví a poner.

—Pues te sienta de maravilla.

—Gracias. Eso me sube el ánimo, aquí tienes el bolso, oye... ¿Quién es el afortunado? ¿Le conozco?

—Se llama Jared, es americano. Están haciendo una investigación en la universidad de Málaga y el forma parte del equipo. Llegó hace una semana y me he ofrecido voluntaria para enseñarle Marbella—. Sonríe.

—¿Formas parte del equipo de una investigación?

—No, coincidimos un par de veces en el despacho del decano, ya sabes... una cosa llevo a la otra y ahí está, esperándome en el coche—. Las dos miramos en la misma dirección, y el chico tímidamente nos saluda. Sabe que estamos hablando de él, disimulamos fatal.

—¿Os pasaréis por Bacana?

—No lo sé, sobre la marcha.

—Si decides ir, allí estaremos Carla y yo dándolo todo para no variar—y le hago un gesto meneando el culo como si estuviera bailando.

El cosquilleo que me sube de pies a cabeza me dice que él está cerca, y en efecto así es. Sale de la oficina de mantenimiento con una caja en las manos, nos mira y sonríe. Automáticamente me pongo de color escarlata y bajo la mirada, viene hacia nosotras. Cuando está a nuestra altura se para y mirándome dice...

—Bonito cuerpo.

—¿Perdón?—Contesta Estela.

—Quería decir que si me hacéis un hueco—sonríe burlón. No me quita los ojos de encima, pero yo soy incapaz de articular palabra. Solo de pensar que me ha visto desnuda... ¡¡Uff estoy muerta de vergüenza!!

—¿Me permiten pasar señoritas?—Nos hacemos a un lado y él pasa con tranquilidad. Cuando está en el umbral de la puerta da media vuelta y vuelve a mirarme, me guiña un ojo y sin más desaparece.

—¿Qué ha sido eso?—Me pregunta Estela.

—¿Qué ha sido el qué?—Me hago la loca.

—No te hagas la tonta, Alex ¿Es él?

—¡¡Sí, es él...!! Por favor Estela ahora no.

—¿Qué ha pasado, Alex? No me iré hasta que no me lo cuentes.

—Esta mañana me ha visto desnuda.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡¡Joder, Alex, me acabas de dejar flipada!!

—Salía de la ducha cuando sonó el móvil, era Carla. Estuve hablando con ella frente a la ventana de mi habitación, ni siquiera me dí cuenta de que estaba desnuda. Cuando terminamos de hablar y alcé la mirada, allí estaba él, mirándome...—Me tapo la cara.

—Madre de Dios, Alex ¿Seguro que ha sido sin querer?

—¡¡Pues claro idiota!! ¿Por quién me tomas?—La miro cabreada y ella estalla en carcajadas—. ¿Te parece gracioso?

—Pues sí chica que quieres que te diga, lo visualizo y me parto de risa. ¡Lo que daría por verte la cara cuando lo viste allí plantado mirándote!

—¡¡Ohhh cállate bruja!! Tu cita te está esperando.

—Está bien, me voy—me dice resignada—. Nos vemos exhibicionista.

—¡¡Lárgate de una vez!!—Le digo adiós desde la puerta, y subo a casa.

Entro por la puerta a toda leche, voy retrasada y Carla es súper puntual. Recojo el chal de crepé dorado que está encima de la cama, reviso que mi bolso esté completo y salgo pitando.

Carla está tomándose una copa de moscato bien frío cuando yo hago mi aparición, y en cuanto me ve, llama al camarero y me pide una para mí.

—¡¡Llegas tarde!!—Me espeta.

—Lo sé, Estela se ha pasado por casa y eso me ha retrasado, ¡lo siento!

—¿Estela? ¿Pero no tenía una cita?

—Sí, me pidió prestado el bolso negro de tachuelas y a eso de las ocho y media se pasó a recoger—Le doy un trago a mi moscato, está delicioso.

—¿Y?

—Pues estuvimos charlando un rato en el vestíbulo.

—¿Y?—Insiste.

—¡¡Oye!! ¿Pero qué te pasa?

—Estela me ha enviado un wuas un poco raro. Me dice que me cuentes lo de tu exhibición. No sé a qué se refiere, así que desembucha.

—¡¡Oh joder!! Estela no ha perdido el tiempo, ¿eh?—suspiro—. Por favor Carla, ahora no me apetece hablar de ello, quiero desconectar, he tenido un día raro y difícil, lo entiendes, ¿verdad?

—Está bien, te voy a dar un respiro, a ver cuánto tardas en cantar—y me hace una mueca burlona.

Pasamos un rato allí en la barra hablando mientras esperamos por nuestra mesa. Las vistas desde esta son espectaculares. El puerto se ve precioso desde allí, las luces se reflejan en el agua y me encanta. Pedimos un menú para dos. Crema de bogavante de entrada y lenguado en salsa marinada.

Para rematar un soufflé de limón al cava. Todo está delicioso, como de costumbre. Doy un trago a mi copa de vino mientras escucho atentamente a mi amiga

relatarme los últimos cotilleos de su trabajo. Creen que su jefe está liado con su secretaria. ¡Qué típico! El camarero nos trae la cuenta y en cuanto pagamos nos vamos.

Decidimos ir dando un paseo hasta Bacana. No está muy lejos de donde nos encontramos y la cálida noche invita a ello. Se ve movimiento por todas partes. El verano en Marbella es así, siempre hay alguna fiesta en la que dejarse caer. Oímos el ruido de la gente que espera para entrar en la sala antes de que doblemos la esquina. Hay gente por todas partes. Por lo que veo, será una inauguración por todo lo alto. Hasta han puesto un photocall, algún famosillo se pasará por aquí para llevarse el calentito. Es de lo que viven en la época estival, que suerte tienen algunos...

Cuando nos toca el turno, mi amiga Carla y yo pasamos al interior de la sala. Ésta es espectacular, enorme, decorada en tonos negro, rojo y dorado. La pista de baile es en forma circular y alrededor de la misma hay mesas altas y taburetes, por supuesto también hay una zona vip separada del resto por unos cortinajes de terciopelo rojo. Luego me colaré para echar un vistazo.

A un lado de la pista, hay dos columnas y allí es donde mi amiga y yo decidimos ubicarnos, así podremos ver perfectamente todo lo que pasa a nuestro alrededor. La música es buena, ahora mismo está sonando la canción de Tito Bambino y Marc Anthony, “¿Por qué les mientes?”, y al son de esta salsa empiezo a mover los pies, no puede remediarlo. Se nos acerca un camarero. Están por todas partes. Es lógico con tanta gente es imposible llegar a la barra. Le pido una coronita con pulco de limón para mí, y un chupito de malibú para mi amiga. Empezamos a menear un poco las caderas sin movernos del sitio, todavía no es el momento de abordar la pista, no hasta que nos hayamos tomado un par de consumiciones más y se nos quite la vergüenza.

Voy por la segunda coronita cuando se nos acerca un grupo de gente que no conozco, pero por lo que veo Carla sí. Son compañeros suyos de trabajo y, por lo visto uno de ellos está celebrando su cumpleaños. Nos invita a una ronda pero yo la rechazo, el chico insiste tanto que al final no me queda otra que aceptar, así que me bebo rápido la que tengo en la mano. Si sigo a este ritmo tengo claro cómo va a terminar la noche. Uno de los compañeros de Carla, Alberto creo que se llama me saca a la pista a bailar, es la canción de Marc Anthony, “¿Ahora quién?”, pero en versión salsa. El chico es majete y me río un montón con él. No para de darme vueltas por la pista, se nota que le gusta bailar, ¡lo hace muy bien!

Empieza a sonar otra canción y Alberto y yo, nos movemos entre la gente. Vemos que el grupo se ha cambiado de sitio, ¡por fin una mesa libre! Pasamos junto a los reservados y me llama la atención un grupo de personas que por sus caras y sus gestos da la impresión de que están discutiendo. Me paro en seco, y miro al hombre que está sentado en un taburete, no participa de la discusión, pero sí que está muy atento a lo que hablan. Me centro en él y por un momento creo que es el tío que perturba mis sueños, pero no, ¡qué va! No puede ser. Esta sala es demasiado exclusiva para que alguien como él esté aquí.

Sigo caminando hacia nuestra mesa, me siento y le doy un buen trago a mi cerveza. Sé que acabo de parecer una clasista pero no he podido evitar ese pensamiento. Es algo que debería cambiar, no me gusta ese aspecto de mi personalidad. Fer me lo decía continuamente y tengo que reconocer que tenía razón, tendré que trabajar en ello.

Observo a nuestro grupo, son las dos de la madrugada y más de uno ya va pedo. Para mi sorpresa yo estoy bien, todavía no noto el alcohol corriendo por mis venas. Carla viene hacia mí escojonándose de risa, ella es una de las que ya está algo perjudicada.

—¿Qué te hace tanta gracia?—Le pregunto.

—Pues Alberto, el chico con el que has bailado antes me ha estado diciendo que cree que entre vosotros dos hay química. Eso es lo que me hace gracia.

—El chico es majete, pero de ahí a que haya química como que no.

—Lo sé, te conozco demasiado bien, Alex, nunca saldrías con un tipo como Alberto.

—¿Ah sí? ¿Y por qué crees eso?

—Vamos Alex... Alberto es del montón, uno más y a ti no te van esos tíos, ¡sé de qué pié cojeas!

La miro estupefacta, ese comentario me ha dolido. Probablemente tenga razón, pero oírsele decir a mi amiga no me ha gustado, aun así paso de decirle nada, está colocada y cualquier cosa que le dijera podría estropear la fiesta. Me levanto, recojo mi bolso y me voy en busca de los aseos, así me doy tiempo para olvidar el comentario de mi “queridísima” amiga.

Si os preguntáis si soy esa clase de persona que juzga a los demás por su apariencia, por sus trabajos, etcétera... etcétera... he de ser sincera y contestar que sí. ¿Soy mala persona por ello? Quizás a ojos vuestros sí lo sea, pero a mí no me lo parece. Mis padres siempre me han dado lo que he querido, no sin merecérmelo, claro está. Tengo una posición económica muy buena y, mis amigos son de mi misma clase, es lo que siempre he conocido, por tanto es de lo que me he rodeado. Mis parejas siempre han tenido una posición social muy buena, nunca me he sentido atraída por un tío que simplemente fuera un obrero de la construcción. Hasta ahora, que un trabajador de mantenimiento no deja de colarse en mis sueños. ¿Será ese mi castigo? Puede ser...

Cuando regreso, Alberto me pone otra cerveza en la mano, sonrío y le doy las gracias. Se queda a mi lado y entablamos conversación, no hablamos de nada en particular, más bien tonterías. Sigo pensando que el tío es majete pero, no me atrae en absoluto.

Al escuchar los acordes de la canción de Prince Royce, “Darte un beso”, sin pensármelo dos veces cojo a Alberto de la mano y me lo llevo a la pista. Me gusta muchísimo bailar bachata, él en cambio prefiere la salsa, aun así me sigue el rollo y por un momento pienso que debería darle una oportunidad. El tema acaba antes de que nos demos cuenta y de que hayamos dado un solo paso bien, el chico sonriendo me pide disculpas y salimos de la pista.

En ese momento, siento un ligero cosquilleo que recorre mi espina dorsal y me paro. Miro detenidamente a la gente que me rodea. Eso sólo me pasa cuando él está cerca, no creo que esté allí pero quiero salir de dudas. Estoy empezando a ponerme nerviosa, me siento observada y eso me incomoda bastante. Parezco un pato mareado mirando a todas partes. Paseo la mirada por la barra que hay a mi derecha y ahí está, con tres personas más a las que no hace ni caso porque me está mirando a mí fijamente, y nos miramos durante lo que parece una eternidad.

CAPÍTULO 3



No sé qué hacer, no me atrevo a moverme pero, tampoco puedo quedarme ahí parada como si nada.

Aparto la mirada, tengo la sensación que a través de mis ojos puede leerme el pensamiento, eso me aterra. Vuelvo a alzar la vista pero, ya no está allí. Sus compañeros sí, pero a él no le veo por ningún lado. Le busco entre la gente, pero nada. ¡¡Joder!! ¿No habrá sido mi imaginación y, sólo era alguien que se le parecía mucho? Suspiro. He de reconocer que me hubiera gustado que fuera él, me gusta muchísimo ese tío, hace que me sienta deseada con solo mirarme y eso es algo nuevo para mí. Justo en ese momento suena mi canción preferida de Romeo Santos, “propuesta indecente”. Me giro para volver con el grupo y, los pelos se me ponen como escarpías. Está detrás de mí, tan cerca que podría apoyar mi cabeza en su pecho. Nos miramos. Siento las piernas como gelatina. No podría moverme aunque quisiera, que no quiero. Sin mediar palabra me coge de la mano y me lleva al centro de la pista. Una de sus manos va a mi cintura y la otra sube y baja por mi brazo, es una caricia simple pero muy, muy sensual...

El corazón me va a mil por hora. Tengo la mirada clavada en su pecho, no me atrevo a pasar de ahí.

Si me hace sentir así y solo estamos bailando, no quiero ni imaginar cómo me sentiría si me besara, y me acariciara. Acerca sus labios a mi oído y me susurra:

—Deseo cada milímetro de piel que esta mañana he tenido el placer de ver desnuda.

Un escalofrío recorre mi espalda. ¡¡Joder como me pone este tío!! No puedo hablar, me he quedado muda. En mi mente aparecen las palabras de mi amiga Estela, tíratelo. Y por un segundo me hago una pregunta, ¿y si lo hago? Lo cierto es que no sé qué contestarme. Me da la vuelta y se queda pegado a mi espalda. Noto claramente que está excitado. Yo también lo estoy.

Esto empieza a ser una tortura para mis sentidos, odio reconocerlo pero, estoy cachonda. Su aliento en mi nuca y el vaivén de sus caderas no ayudan. ¡¡Joder follar con este tío tiene que ser la hostia!!

Me vuelve a poner de cara a él y me mira con intensidad. La canción está llegando a su fin y, como si hubiera leído mis pensamientos me dice:

—Follarte... sería para mí un placer— y se larga dejándome allí plantada sin más.

Llevo un rato ahí, sola, sin moverme, quiero hacerlo pero las piernas no me responden. Lo busco con la mirada pero no le veo. ¿Dónde cojones se ha metido? Empiezo a cabrearme, me siento estúpida allí parada, así que obligo a mis piernas a moverse. Voy sorteando a la gente en dirección al baño, en estos momentos es el único sitio donde me puedo esconder y dar rienda suelta a toda esta mierda que siento. Las lágrimas resbalan por mis mejillas, son lágrimas de rabia e indignación. No me reconozco, yo no suelo dejarme llevar por las emociones, nunca me he visto en una situación parecida. ¿Qué coño me está pasando? Entro en el baño y cierro la puerta con tanta fuerza que la mano me escuece. Miro a mi alrededor para cerciorarme de que no hay espectadores y me quedo ojiplática al ver la majestuosidad que tengo ante mí. Creo que estoy en la zona vip porque, el aseo donde estuve antes era bastante normalito y este es... ¡¡Madre de Dios!! ¿Pero qué pinta un sofá en un baño? Por un momento me olvido de porque estoy aquí, aunque me parezca absurdo he dereconocer que el baño está decorado con un gusto exquisito, aunque demasiado ostentoso para mí.

Voy hacia el sofá, la pared de enfrente está llena de espejos. Tiene una meseta de mármol negro súper brillante. Hay una cesta de mimbre y me acerco para físgonear dentro. Está llena de accesorios femeninos, ¡¡qué fuerte!! A mi derecha hay una vitrina de cristal con los bordes dorados llena de toallas pulcramente dobladas, y colocadas.

Me apoyo en el tocador reluciente y me miro en el espejo, tengo la cara hecha un asco. Todo lo sucedido vuelve a mi mente y las lágrimas amenazan con volver. Pero no, no voy a llorar, todo ha sido culpa mía por dejarme llevar, esto no volverá a ocurrir jamás, me digo con determinación.

Respiro hondo e intento recomponerme. Rebusco en la cesta de mimbre, saco unas toallitas húmedas y comienzo a limpiarme la cara.

En ese momento se abre la puerta del baño. Sin querer contengo la respiración por miedo a que alguien me vea allí en aquel estado, sería bochornoso. No oigo voces ni ruido que me indiquen que haya entrado alguien, así que suelto el aire poco a poco y vuelvo a centrar la vista en la imagen del espejo. Me quedo petrificada al verle detrás de mí. Me giro lentamente con cara de pocos amigos dispuesta a decirle a aquel gilipollas lo que pienso de él. En cuanto abro la boca, se abalanza sobre mí y me besa con brusquedad. Su lengua invade mi boca, entra y sale como si lo hubiera hecho toda la vida. Estoy empotrada contra la meseta y no tengo escapatoria. Siento su cuerpo tenso por la excitación y su corazón... Pum... Pum... Pum... golpetea contra su pecho. ¡¡Madre mía... estoy excitadísima!! Posa su mano en mi trasero y me aprieta contra su cuerpo, noto su dureza y eso me pone más todavía.

¡¡Joder!! Mi amiga Estela vuelve a colarse en mi mente animándome a que me lo tire. Nunca he hecho algo así, quiero decir, tirarme a alguien sin tener una relación. Para eso soy un poco chapada a la antigua. Noto su mano debajo del vestido. Me acaricia el muslo, tengo la piel de gallina. Esto está yendo demasiado lejos, no sé si podré pararlo, mejor dicho, no sé si quiero pararlo. Siento sus dedos rozando mis bragas, ahora el corazón que palpita desenfundado es el mío y quiero exprimir a este tío. Sentirlo dentro de mí, quiero hacer esta locura por primera vez en mi vida, y quiero que sea con él. Total... ¿Qué puede pasar? Entonces, separa sus labios de los míos y me susurra al oído...

—Déjate llevar, lo único que puede pasar es que lo disfrutes tanto que no quieras volver a hacerlo con nadie más, ¡solo conmigo...!

Vaya... que ego más grande tiene este tío. Esas chulerías me fastidian, se merece un buen corte, pero debo estar bloqueada porque ninguna frasecita de las mías acude a mi mente. Chasqueo la lengua y él me mira, esperando una respuesta, y las palabras que le suelto a continuación me dejan a mí mucho más sorprendida que a él.

—Oh cielo, si follo contigo, serás tú el que no quiera volver a hacerlo con nadie más...

—¡¡Demuéstramelo!!—Me reta.

Sin pensarlo ni un segundo más, mi decisión queda tomada. Le cojo por las solapas de la chaqueta y lo atraigo hacia mí. Me apodero de su boca como si me fuera la vida en ello y nuestras lenguas empiezan a danzar de nuevo, esta vez con más urgencia, dispuestas a todo. Me alza en sus brazos y me deposita encima de la meseta de

mármol negro, mi piel arde y el contacto con la piedra fría me alivia momentáneamente. Tengo el vestido enrollado en la cintura, sus manos suben por mi espalda y hábilmente desatan el nudo que deja mis pechos a su merced. Su boca se posa en mis pezones, los lame con una lentitud pasmosa, trazando círculos sobre ellos. Primero a la derecha y luego a la izquierda, ¡¡joder!! Hace maravillas con esa lengua, me derrito como un helado expuesto al sol en pleno mes de agosto. Gimo de placer, estoy muy, pero que muy caliente, me urge tenerlo dentro de mí. Le desabrocho el vaquero y libero su dureza. La masajeo arriba y abajo ¡mmm es tan suave...! Él aprieta los dientes y se tensa, noto que está loco por hundirse en mí, saca un preservativo del bolsillo y con los dientes rasga el envoltorio, se lo coloca en un santiamén. A continuación me penetra con suavidad, disfrutando del contacto, piel con piel. Entra y sale una y otra vez. No aparta su mirada de la mía. Me encanta ver la lujuria reflejada en sus ojos, me pone a cien. Aprieta los labios y las embestidas se hacen cada vez más fuertes y rápidas, golpes secos que dejan mi vagina al límite ansiando ese glorioso momento de llegar al orgasmo. ¡¡Oh señor... estoy a punto!! Un par de arremetidas más y... ¡¡Oh sí... oh síiii!! ¡¡Madre mía...!! Me dejo ir y, tengo el orgasmo más intenso de mi vida. Dos segundos después es él el que se corre y los dos quedamos temblando por la intensidad de nuestros orgasmos.

—¿Estás bien?—Me pregunta. Asiento con la cabeza. Todavía no soy capaz de articular palabra.

Sus ojos se clavan en los míos, supongo que para cerciorarse de que digo la verdad. Sonríe de esa manera suya tan sexy... ¿Qué estará pensando?

Sale de mí lentamente, se da la vuelta y se agacha para recoger sus cosas que están esparcidas por el suelo, ¡¡uf ese culito suyo me vuelve loca!! Se abrocha el vaquero, la camisa, y la americana azul marino. Mete las manos en los bolsillos y se me queda mirando. En esos momentos siento muchísima vergüenza. Intento no mirarle porque sé que si lo hago notará que mis dudas empiezan a aparecer. Soy patética, eso lo sé también, tengo treinta y ocho años y acabo de echar el polvo más increíble de mi vida y mi cabeza ya empieza a hacer de las suyas. Me meto en uno de los aseos para arreglarme, y mientras lo hago el arrepentimiento se apodera de mí. No debería de haberlo hecho. Mentalmente le doy una bofetada a la chica dura que hay en mí por manifestarse siempre en el momento equivocado.

Respiro hondo. ¡¡Lo hecho, hecho está!!

Me quedo estupefacta al salir y comprobar que en el baño no hay nadie, ¡¡esto sí qué es fuerte!! El muy cabrón ni siquiera ha tenido la decencia de esperar a que yo saliera para largarse, ¡¡menudo hijo de puta!! El cabreo que tengo en esos momentos es monumental. Me miro en el espejo sin ver porque la ira me ciega, recojo mi bolso y recorro la distancia que me separa de la puerta en cero comas. Al salir me doy de bruces con una chica que entra.

—Disculpe—le digo, y sigo mi camino como si nada.

No he dado ni cinco pasos cuando alguien se pone delante de mí y obstaculiza mi camino, me coge de la muñeca y me dice:

—Eh preciosa...

Me suelto de un tirón y levanto la vista resuelta a enfrentarme con quien quiera que sea el listo que se haya atrevido a cruzarse en mi camino. Lo siento por él pero será el que lleve la descarga de mi mala leche. Pero no, que va, me quedo con la boca abierta y callada como una gilipollas cuando veo a mi portento del sexo sonriéndome con picardía.

Mi furia crece... y crece, ¿pero quién cojones se cree qué es este tío? Lo miro con rabia y me muerdo la lengua para no armar un escándalo. Hay mucha gente a nuestro alrededor y no quiero dar un espectáculo.

—¿Te importa?—Es lo único que le digo, y le hago un gesto para que se haga a un lado.

—¡¡Pues claro que me importa!!—contesta— Pensé que podríamos tomarnos una copa, o...

—No me interesa tomarme una copa ni nada contigo, ¿te queda claro?—le espeto con rabia contenida.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?—Lo miro con desdén he intento volver a pasar a su lado sin siquiera tocarle pero, vuelve a frenarme.

—Espera un momento... Creíste que me había largado sin más, ¿verdad? ¿Pero que clase de tío crees que soy?

—¡¡No sé qué clase de tío eres y no me interesa saberlo, piérdete y déjame en paz!!

Levanta la manos en gesto de rendición y se hace a un lado para dejarme pasar. Orgullosa y, aparentando una tranquilidad que no siento empiezo a separarme de su lado. En el último momento él vuelve a sujetarme y me susurra:

—¡Estarás llamando a mi puerta antes de lo que crees, Alejandra!—Me da un besito en la mejilla y allí me quedo como una imbécil.

¡¡Me cago en la puta!! Es lo único que se me viene a la cabeza, eso y que sabe mi nombre. ¿Cómo cojones sabe mi nombre? Yo no se lo he dicho en ningún momento, o ¿sí? Me devano los sesos pensando, pero estoy totalmente segura de que yo no he sido. Entonces, ¿quién? ¿Tendremos algún amigo en común? No lo creo, él no se mueve en los mismos círculos que yo, aunque, por esa regla de tres, él no debería estar aquí porque este es un club selecto y él es... ¡¡Grrr para yaaaa!! Le digo a mi cabezota, no empieces con tus paranoias.

Voy a buscar a Carla para despedirme. Me quiero largar de aquí y no puedo esperar ni un minuto más. La encuentro charlando animadamente con un tío, me da rabia cortarle el rollo pero, necesito largarme. Me ve y le hago un gesto para que se acerque.

—Eh Alex, ¿dónde estabas? Hemos estado buscándote por todas partes— me dice.

—He estado por ahí cotilleando, oye Car... —Mi amiga me mira asustada.

—¿Qué te pasa, Alex? No tienes buena cara.

—Estoy bien, pero verás, quiero irme a casa, estoy...

—¿Pero qué dices? ¡¡Si todavía no son las cuatro!!

—Lo sé Car, pero estoy cansada y me duele un poco la cabeza—no me gusta nada mentirle a mi amiga.

Ella me mira con esa cara de sé que me ocultas algo, y yo, disimulo mirando para otro lado, no puedo evitarlo, mentir nunca se me dio bien.

—Está bien Alex, deja que coja mis cosas y nos vamos.

—Carla no hace falta que...

—¡¡Cállate!! He venido contigo y contigo me voy.

—De acuerdo.

En cuestión de quince minutos nos despedimos del grupo y estamos fuera esperando el taxi que ha llamado Carla para ir a casa. Empiezo a respirar más pausadamente cuando me veo dentro de éste, no tardaré mucho en estar en mi refugio particular, mi casa. Sé que una vez allí mi cabeza no parará de dar vueltas a los acontecimientos de esta noche, el taxi se detiene en un semáforo. Carla va escribiendo un wuas a alguien, y yo, carcomiéndome por dentro. De pronto mi amiga me da un codazo que me hace girarme a ella y mirarla con cara de mala hostia, y sin darme tiempo a abrir la boca me dice:

—¡¡Joder tía!! ¿Quién ese bombonazo?—Con su dedo índice señala la ventanilla.

—¿Quién?—Respondo mirando hacia donde me indica. Y entonces le veo a él allí, parado en la acera contemplándome. Me hace un gesto con la cabeza y me guiña un ojo. No le devuelvo el saludo, miro a mi amiga y le contesto con voz apagada—. No es nadie Car, no le conozco.

—¿En serio? Pues nadie lo diría amiga, su forma de mirarte dice todo lo contrario. ¿Qué me estas ocultando?—Fija su mirada en el mía. Cuando hace eso me recuerda a mi madre muchísimo.

—¡¡Nada!!—Respondo mirando al frente.

—¿Nada? ¡¡Eso no te lo crees ni tú!! Oye... soy tu amiga desde hace muchos años, te conozco bien y sé cuándo me mientes. Y ahora los estás haciendo y eso me cabrea muchísimo, lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza como si fuera una niña pequeña pillada en una travesura, pero no la miro, primero miro al conductor del taxi que no pierde detalle de nuestra conversación en la parte de atrás. Suspiro y las lágrimas que antes amenazaban con salir ahora brotan a raudales de mis ojos.

Carla al verme así se asusta.

—¿Qué te ha hecho ese cabrón?

Le hago un gesto con la mirada para que se calle, y bajito le digo que espere a llegar a casa para hablar, me abraza y, ese gesto tan maternal me tranquiliza.



Llegamos a la urbanización, Carla paga al taxista y las dos nos bajamos sin mediar palabra, simplemente caminamos en silencio cogidas de la mano. Una vez en casa, yo me voy a mi cuarto y me pongo cómoda, y mientras lo hago, oigo a mi amiga pululando por la cocina, ¿qué estará haciendo?

Cuando voy al salón, ya con el pijama puesto y la cara lavada, me encuentro a mi amiga sentada en el sofá con dos infusiones bien calentitas esperándome. Me mira y no dice nada, simplemente espera a que sea yo la que tome la iniciativa. Y lo hago. Empiezo a hablar y le cuento todo lo acontecido este día. Que él es el chico que perturba mis sueños y que me ha visto desnuda mientras hablaba con ella por teléfono. El encuentro en el vestíbulo cuando estaba con Estela, y por último y lo más importante lo que sucedió en el baño de la discoteca. Ella no dice nada. La he dejado alucina con lo del polvo. Abre y cierra la boca como un pez. No sé si reírme, o echarme a llorar. Opto por no hacer ninguna de las dos cosas pero, me muero por saber lo que piensa y, por fin habla.

—Uf, Alex... ¡Me has dejado bocas! Lo del baño no me lo esperaba para nada, y más viniendo de ti

—Sonríe—, me alegro de que te hayas soltado la melena y te hayas dejado llevar.

—¿Pero qué dices, Carla?

—Pues lo que oyes chica, ¿quién te iba a decir a ti que hoy echarías el polvo de tu vida en un baño? —La muy capulla se estalla de risa.

—Sí pero...

—¡¡Nada de peros, Alex!! ¿Qué problema hay? Estás soltera, eres preciosa, el tío está de muerte y te gusta el sexo.

—Sí, pero después de eso el salió sin siquiera...

—¡¡Para el carro, Alex!!—Me corta mi amiga—, él estaba fuera esperándote, ¿cierto?—asiento— Quería tomar una copa contigo y la que has pasado has sido tú...—Vuelvo a asentir— ¿Entonces?—No sé qué decir.

—Te conozco muy bien, Alex, tu conciencia se despertó por lo que acababas de hacer y, no verle allí te vino de perlas para dejar salir a flote tu cabreo. Ni siquiera le diste la oportunidad de explicarte por qué estaba esperándote fuera. Quizás alguien entró al baño y para no ponerte en una situación incómoda decidió salir, ¿lo has pensado?

—Pues no, no lo había pensado, sólo quería largarme de allí y... La he cagado, ¿verdad?

—Si amiga, tú y tu genio de mil demonios la habéis cagado.

—¡¡Joder, que estúpida soy!!

—¿Qué vas a hacer al respecto?—Me pregunta.

—Nada, es mejor dejar las cosas como están, no puede salir nada bueno de esto, es mucho más joven que yo.

—¡¡Joder tía, no te entiendo!!—Me espeta Carla mosqueada—. El tío está cañón, te pone como una moto, por lo que me has contado es un portento del sexo. Si dejas pasar esta oportunidad de disfrutar, de divertirme, de vivir, Alex, de vivir...—Me repite contundente— ¡¡Es que eres tonta del culo!! ¡¡Déjate de gilipolces y vive coño, olvídate de apariencias, de edades, del qué dirán y vive de una puta vez!!—Vaya... no me esperaba esta explosión verbal por parte de mi amiga.

—¿Crees qué yo no vivo? ¿Qué no disfruto de la vida?—Le pregunto.

—Vamos Alex, sabes a que me refiero. Nunca haces nada por impulso, piensas las cosas demasiado, siempre preocupada por el qué dirán. Tenías tu vida programada, y por suerte para ti amiga, desde que la relación con Fernando se terminó, gracias a Dios, tienes la oportunidad de cambiarlo todo, de empezar de cero, de disfrutar de la vida como nunca antes lo habías hecho. ¿Me sigues?

—¿Crees qué soy mala persona por ser así?—Me pongo a la defensiva.

—Yo no he dicho eso, Alex.

—¡¡No con esas palabras!!—Digo cabreada.

—¡¡No vayas por ahí, Alejandra!!—Uau ahora sí que se parece a mi madre, ha dicho mi nombre completo—. Sabes perfectamente que esas palabras no han salido de mi boca. ¿No te gusta lo que te digo? ¡¡Pues te jodes!! Creo que el ser tu amiga me da derecho a decirte lo que pienso, así es la amistad, para lo bueno y para lo malo.

—Carla...

—¡¡Ni Carla ni leches!!—Uf creo que he despertado a la bestia— ¡¡Estás cabreada porque la has cagado, y como no te gusta lo que te he dicho porque no te doy la razón, ahora quieres pagar el pato conmigo!! ¿Pues sabes qué te digo? ¡¡Me largo!! ¡¡Me voy a mi casa a descansar y a dormir, ahí te quedas tú solita con tus movidas!!

Coge sus cosas y camina hacia la puerta. Que facilidad tengo para meter la pata, no se merece que pague mis cagadas con ella, tiene toda la razón del mundo. Ella es mi amiga incondicional, siempre apoyándose en todo, mi paño de lágrimas y voy yo, y meto la pata hasta el fondo. No puede dejar que se marche así, tengo que solucionar esto.

—Carla espera por favor, perdóname, ¿vale? No sé que mierda me pasa. Como siempre tienes razón en todo—las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas, ella al verme tan arrepentida y llorando, viene hacia mí y me abraza—. Lo siento mucho, por favor perdóname—le imploro.

—Tranquila Alex, ya está olvidado—me mira—, deja de llorar, vete a la cama e intenta descansar.

—Vale. Pero... ¿Me perdonas?—La miro con cara de cordero degollado.

—No hay nada que perdonar.

Vuelve a abrazarme, pero esta vez es un abrazo de esos que dura más de la cuenta, como los que dan las madres. Esos con los que te sientes segura y protegida. Suspiro hondo, quiero a mi amiga, la quiero muchísimo, de veras, y me he portado fatal con ella hace un momento. Me siento mal, muy mal.

—Te quiero muchísimo, Carla.

—¡¡Y yo a ti loca!! Mañana te llamo y hablamos, ¿vale?—Asiento, me da un beso y se va.

Apago la luz del salón y me voy a mi cuarto, no creo que pueda pegar ojo así que cojo mi iPod, me pongo los cascos y me meto en la cama. David Bisbal me canta al oído su último tema, “Culpable”, y así es como me siento yo, culpable... culpable... culpable, por dejarme llevar por mi mal genio, por no saber frenar mi lengua a tiempo, por hacerle daño a mi amiga, por tantas cosas... El sabor salado de mis lágrimas llega a mis labios. Estoy tan cansada... Los párpados me pesan una barbaridad, Morfeo llega para acunarme en sus brazos, y yo agotada de tanto pensar, dejo que lo haga.

El domingo cuando me despierto paso de levantarme, me quedo tumbada en la cama mirando al techo y haciéndome una y otra vez las mismas preguntas. ¿Por qué no deje que me invitara a una copa? ¿Por qué fui tan borde y reaccioné así? Sé la respuesta, el miedo es el que no me deja avanzar. Miedo a que me hagan daño. Lo pasé fatal cuando Fer rompió conmigo, todavía estoy recomponiendo los pedazos que ese cabrón dejó esparcidos por el suelo, pero Carla tiene razón, tengo que vivir, no puedo quedarme dentro de mi burbuja de cristal para siempre, suspiro. Vuelvo a darle play al iPod y lo que son las casualidades de la vida, Marc Anthony me canta, “Vivir mi vida”, ¿Será una señal?

Mi móvil parpadea varias veces, lo miro, es el grupo que tengo en el wuas con Estela y Carla, hablan de quedar para comer en un chiringuito de la playa. Les digo que paso, no me apetece nada salir de casa, estoy muy a gusto en la cama. Además me pesa todo el cuerpo, una ya no está para tanto trote. En cuanto pienso eso se me vienen a la mente las imágenes en el baño de Bacana, ¡uf! me entran sofocos... Nunca he sido una tía reprimida en el sexo, pero ayer descubrí que un orgasmo puede ser brutal. Jamás había sentido con nadie lo que sentí con él. Supongo que ayudó el morbo de estar en un baño público, y también que llevara soñando varios días con él, no sé, la verdad es que disfruté como nunca y, he sido una estúpida al perder la oportunidad de conocerlo mejor. Vuelvo a suspirar. Últimamente me paso la vida llorando y suspirando.

La madre naturaleza me obliga a levantarme para ir al baño, una vez allí, yo misma me acojono al ver mi imagen en el espejo. Con estas ojeras y este careto pálido parezco el chico vampiro de crepúsculo. Decido darme una ducha, mi aspecto no mejorará mucho, pero mi estado de ánimo, igual sí.

El resto del domingo lo paso tirada en el sofá viendo capítulos de mi serie favorita, "Sexo en Nueva York". La he visto tropecientas veces, pero es igual, no me canso de ella. Quiero ser como Carrie Bradshaw. Sí, decididamente quiero ser como ella, adoro a esta mujer, ¡¡es mi heroína!!

Sobre las nueve de la noche llamo a mis padres, no los veo todo lo que quisiera pero hablo a menudo con ellos por teléfono. Mi padre es ingeniero naval y siempre trabajo aquí en el sur, conoció a mi madre, se enamoraron, se casaron y poco después nació yo. Desde que tengo uso de razón siempre escuche a mi padre decir que cuando se jubilara, quería pasar sus últimos años en su tierrina, Asturias, y allí están, viviendo en un chalecito muy mono a las afueras de Oviedo.

Mi madre coge el teléfono al segundo timbrado, me cuenta que por allí todo va bien, que ya se empieza a notar un poco el calorcito del verano. Que papa está en el bar jugando la partida con los amigotes y que ella está esperando a Lola, la vecina y su amiga amiga para ir a dar un paseito antes de la cena. Le cuento un poco como me ha ido la semana, por supuesto omitiendo mi vida amorosa.

Si mi madre supiera lo que su hija del alma hizo ayer en el baño de una discoteca, estoy totalmente segura que le daría un infarto.

—Alejandra hija, ¿vendrás este verano?

—Pues claro mamá, este año tengo las vacaciones en agosto, tengo muchas ganas de veros.

—Que alegría hija, tu padre se va a poner muy contento cuando se lo diga—me dice mi madre entusiasmada— ¿Este año no harás uno de tus viajes?

—Supongo que sí mamá, aún no tengo decidido a donde, me gustaría ir a Nueva York, pero no lo tengo claro.

—¿Irás al viaje tú sola?—Pongo los ojos en blanco cuando oigo la pregunta de mi madre, muy buena su táctica para saber si hay alguien nuevo en mi vida.

Sonríe.

—De momento sí mamá, iré sola—contesto.

—Está bien hija, Lola ya está aquí, te manda saludos y muchos besos.

—Vale mami, dale un besote gordo de mi parte, os echo mucho de menos, os quiero, muchos besos para ti y para papá.

Cuelgo con un nudo en la garganta, ya hace cinco años que se fueron a Asturias, desde entonces los veo unas tres veces al año, siempre que mi trabajo me lo permite. Los añoro tanto...

Voy a la cocina y me hago algo para cenar, no tengo mucha hambre pero, algo tendré que meter en el cuerpo. Una vez que termino preparo los uniformes para el trabajo. Mañana a primera hora tengo una operación bastante complicada. Una chica joven que tuvo un accidente doméstico y se quemó la cara, pobrecilla... Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. Por muchas cirugías que una haga, siempre es un dolor ver lo que la gente sufre. Y pensar la cantidad de personas que lo hacen por placer... yo no me metería en un quirófano por voluntad propia ni de coña, aunque también tengo que reconocer que si no fuera por toda esa gente, yo no viviría tan bien. Cuando ya tengo todo listo me acuesto, y estoy tan cansada que en cuestión de minutos me quedo dormida.

Suena el despertador a las seis y media de la mañana, y antes de poner un pie fuera de la cama me digo a mí misma que hoy, será el primer día de una nueva etapa en mi vida, como dice Marc Anthony en su canción, ¡¡Voy a reír, voy a gozar, vivir mi vida, lalalala!!

El día me pasa volando, entre la operación que se alargó un poco más de lo debido, las curas y la consulta, apenas he tenido tiempo a respirar. Llego a la urbanización alrededor de las siete de la tarde, aparco mi coche, un Honda Civic sport de color negro en mi plaza del aparcamiento subterráneo y paso de subir en ascensor hasta el ático. Decido subir por la escalera y hacerme la enconadiza con mi portento del sexo, pero el susodicho no aparece por ningún lado. Mi gozo en un pozo, tal vez mañana.

El martes más de lo mismo, un montón de trabajo en la clínica, papeleo atrasado por archivar, etcétera... etcétera... Total que cuando quiero salir de allí son más de las ocho de la tarde. Miro el móvil y tengo wuas en el grupo de las chicas, las leo y veo que han quedado en "La Goleta", un chiringuito que está junto a la playa Rio del Real. Sin pensármelo dos veces allí me planto. Las veo en la terraza con sendas jarras de cerveza en la mano y descojonándose de risa. En cuanto me ven empiezan a aplaudir emocionadas.

—¡ Alex, que bien qué hayas venido !—Me dicen las dos al unísono.

—Alguien tendrá que controlaros, ¿no?—Les hago burla— ¿Qué tal el día, chicas?

—Muy bien—dice Estela— yo he estado toda la tarde con Jared en la playa—pone cara de enamorada—, me tiene loquita el americano.

—Tú ya estas loquita de serie, nena—le suelta Carla, y las tres nos echamos a reír.

Charlamos un buen rato, supongo que Carla ya le habrá contado a Estela lo del sábado, aun así ninguna saca el tema a relucir, cosa que agradezco. Hablamos de nuestros trabajos, del enamoramiento de Estela, y sin darnos cuentas se nos echa encima la hora de la cena. Decidimos picar algo allí mismo. Pedimos una ración de pescaito frito, brochetas de rape con gambas y otra jarra xl de cerveza.

Hay que ver lo bien que sientan estos momentos con las amigas, de charla... De risas...

Desconectando por un momento del mundo real. No lo cambiaría por nada del mundo. Cuando nos despedimos, me duelen las mandíbulas de tanto reír, sin duda alguna, tengo las mejores amigas del universo.

El miércoles y el jueves son días más relajados en la clínica, así que salgo del trabajo a una hora razonable. Desde el lunes cuando llego a la urbanización hago siempre lo mismo. Aparco el coche y subo andando por las escaleras, pero nada de nada, mi portento del sexo sigue sin aparecer.

Talmente parece que se lo haya tragado la tierra. Empiezo a preguntarme si no habrá dejado el empleo, es muy raro que en toda la semana no lo haya visto por ahí

atravesado. Antes de nuestro episodio sexual me lo encontraba cada dos por tres, y ahora que quiero verlo, naí de la china.

Los viernes siempre tenemos una reunión a primera hora en la clínica, para cuadrar horarios de operaciones, tramitar altas... Cuando llego a la sala de reuniones, Marco ya está allí. Él, es el cirujano jefe y dueño de la clínica. Está rebueno, pero casado. Me dice que en cuanto terminemos me pase por su despacho, quiere comentarme algo. Supongo que tendrá que ver con algún paciente conocido. Querrá explicarme el protocolo a seguir y todas esas gilipolleces que este tipo de gente exige. Cuando salgo de su despacho, lo hago con una carpeta llena de papeles y la cabeza loca de escuchar tantas tonterías de estos famosillos tan excéntricos. La paciente en cuestión es bastante conocida, así que estará instalada en el bloque A, donde en lugar de habitaciones tenemos suites.

Esa tarde después de comer, como hace un día espectacular, bajo a la piscina de la urbanización.

Planto mi pandero en una tumbona, saco mi ipod, me pongo las gafas de sol y me relajo. Poco tiempo después de estar allí tumbada, veo a un grupo de chicas que antes estaban la mar de tranquilas haciéndose fotos con sus móviles, y que en cambio ahora se pasean de un lado a otro con esa risa floja tan típica de esa edad. Me hace gracia, a mí me pasa lo mismo cuando tengo cerca a mi portento. ¿Será qué vuelvo a la edad del pavo? Entonces veo la causa de tal azoramiento por

parte de las jóvenes. Veo sus piernas largas enfundadas en unos vaqueros gastados, su abdomen marcado con esa camiseta negra ajustada y, esa cara... ¡¡Ay señor esa cara, que bueno está el jodio!!

No me extraña que las chicas se pongan tontas, con mi edad yo también lo estoy, no es para menos, viendo al espécimen que tengo en frente... Por fin te dejas ver, «Digo para mis adentros».

CAPÍTULO 5



Desde mi posición puedo observarlo sin ser vista. La piscina se ha ido llenando poco a poco y, delante de mí, hay una pareja que medio me tapa con su sombrilla, por eso puedo fisgonear a mis anchas. Lo que me extraña, es que sí mi portento está trabajando no lleve un uniforme, en realidad está mucho mejor así, porque esos vaqueros le sientan de muerte.

Las chicas se acercan a hablarle. Tendrán unos venti pocos años, más o menos la edad de mi portento. Una de ellas, rubia con un cuerpazo impresionante coquetea descaradamente con él. Le posa una mano en el hombro y él sonríe. Esa sonrisa pícaro que tanto me gusta, y que por lo visto, no solo me dedica a mí. Eso me molesta.

¡Oh mierda! La pareja que me camufla empieza a cerrar la sombrilla. «No hagáis eso, no lo hagáis...»—pienso. Pero lo hacen, recogen y se van. Ahora quedo totalmente expuesta, ya no tengo quien me proteja para seguir con mi espionaje libremente. Saco un libro de mi bolsa y disimulo, quizá pueda echar una ojeada de vez en cuando para no quedar en evidencia. Sé que debo parecer patética, pero mira tú por donde, me estoy divirtiendo de lo lindo.

Sigue un rato más hablando y riéndose con las chicas, y yo empiezo a mosquearme. Sé que no me pertenece pero, no puedo evitar sentir, qué, ¿celos? ¡¡Imposible!! Me revuelvo en mi tumbona incómoda. Me molesta que les esté prestando tanta atención. Si yo me dejo ver... ¿Me prestará a mí la mista atención? ¡¡Descubrámoslo!!

Dejo el libro en la tumbona y me pongo de pié, despacito me quito el pareo que llevo anudado en la cintura. Lo dejo caer al suelo, y me encamino a las duchas para refrescarme. Como llevo puestas las gafas de sol, alzo la cabeza para no mojarme ni el pelo, ni la cara. El agua fría cae sobre mi cuerpo, me muevo a un lado y a otro para empaparme bien. Disimuladamente le miro para ver si he captado su atención. Para mi satisfacción así es, no solo me mira él, también las chicas lo hacen. ¡¡Objetivo conseguido!! Cierro el grifo y contoneándome regreso por el mismo camino. Sé que sigue mirándome, aunque no le vea noto el cosquilleo en la espalda, ese que solo me provoca su mirada. Me siento en la tumbona, me seco las manos con una toalla, cojo el libro y me lo planto delante de la cara para ocultar una sonrisa triunfal.

Espero un tiempo prudente para levantar la vista, pero cuando lo hago, él ya no está. Dejo el libro a un lado y cierro los ojos. Que rato más bueno he pasado, y que guapo estaba mi portento, suspiro. Estoy a punto de quedarme dormida, cuando una voz grave y profunda me susurra al oído...

—Lo que has hecho antes, ha sido muy, pero que muy sexy, Alejandra, me has excitado muchísimo, pero eso tú ya te lo imaginas, ¿verdad?—Me quedo inmóvil con la respiración entrecortada— Lo malo es que el paseo no era solo para mí, había muchos ojos puestos en ti—se me seca la boca—ellas te envidian, y ellos, te desean, al igual que yo.

—¿De qué coño estás hablando?—Digo a la defensiva.

—Ya sabes de qué hablo, no te pega hacerte la tonta, de todos modos te refrescaré la memoria. Hablo de tu exhibición en las duchas—me río a carcajadas, estoy nerviosa y creo que mi forma de actuar me delata. El me observa y me dedica una de esas sonrisas pícaras, levanta una mano, se acerca y me quita las gafas.

—Así mejor—dice mirándome a los ojos—, nada de ocultarse tras unos cristales oscuros. ¿Estás de acuerdo, Alejandra?— ¡Dios! Susurra mi nombre de una manera que hace que mis entrañas palpiten. ¡Ostras mi nombre, tengo que saber quién le ha dicho mi nombre!

—Mira guapito de cara, no sé qué insinúas ni que pretendes con ello, ¿crees qué por qué he ido a refrescarme a la ducha me he exhibido para ti? ¡JA! no puedes estar más equivocado—me cruzo de brazos y sonrío—. ¡Tu ego es demasiado grande chaval! Por cierto, ¿Quién te dijo mi nombre?

Ahora el que se cruza de brazos es él, se pone en pie y me mira. De repente el muy cabrón empieza a escojonarse de risa. ¿Le ha hecho gracia? ¿Se está riendo de mí? Este no sabe con quien se la está jugando. Me levanto yo también, y con las manos en jarras me planto delante de él desafiándole con la mirada.

—¿Guapito de cara?—Alza una ceja— ¿Chaval? ¡Ay, Alejandra, como me gustaría morder esa lengua tan venenosa que tienes!—Da media vuelta para irse, pero antes dice...— Por cierto, tu buzón, él, fue quién me dijo tu nombre, Alejandra Machado—y sin más, se da media vuelta y se va. ¡Mierda! ¡Me apetece tirarme a la piscina y ahogarme! ¿Pero cómo narices no se me ocurrió lo del buzón de correos? ¡Mierda, mierda, y más mierda! Siento un bochorno tremendo, otra cagada más para añadir a la lista, a este paso será interminable.

A pesar de lo incómoda que me siento por mi cagada monumental, sonrío, ¡me desea! Tengo que conseguir una cita con él, ¿pero cómo voy a hacerlo si mi comportamiento cuando estoy cerca de él deja mucho que desear? Mientras recojo mis cosas, cavilo la forma de conseguir esa ansiada cita. Tengo claro que debo ser yo la que tome la iniciativa, después de mi comportamiento, no es para menos.

Una vez en el vestíbulo, mientras espero el ascensor, tengo claro lo que voy a hacer, es la primera vez que haré algo así en mi vida, pero eso no me amilana. Ni corta ni perezosa voy a la oficina de mantenimiento y timbro. Espero durante lo que parece una eternidad. Sé que hay alguien dentro, oigo murmullos y pasos, entonces, ¿por qué no me abren la maldita puerta? Uf ¿Quién cojones me mandará a mí hacer las cosas en caliente? «Tengo que empezar a reflexionar bien las cosas antes de

hacerlas»—me reprendo.

Entonces se abre la puerta, levanto la vista y para mi sorpresa no es mi portento el que está en ella, es un señor de unos cincuenta años, pelo entrecano y muy elegante vestido que me mira con sorpresa. ¿Su jefe tal vez?

—Dis... culpe...—titubeo.

—¿Sí?—Responde seco.

—Busco al chico que trabaja aquí—el hombre enarca una ceja y, si antes me miraba con cara de sorpresa, pues ahora no sabría describirlo.

—¿A quién?

—¿Al chico de mantenimiento!—Estoy empezando a perder la calma.

—¿Al chico de mantenimiento?—¿Por el amor de dios! ¿Es qué hablo chino mandarín, o qué?

—¿Te refieres a Víctor?—Me pregunta.

—Pues... en realidad no sé su nombre.

—Un momento—me cierra la puerta en las narices.

Mientras espero, empiezo a replantearme mi audacia, ¿qué estoy haciendo? Debería marcharme. «¡Joder, Alex, tú nunca has sido un cobarde!»—Me digo para darme ánimos. Y allí me quedo esperando como una boba. Al fin se vuelve a abrir la puerta, y tras ella aparece mi portento, Víctor creo, se cruza de brazos y me mira.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Mira a quién tenemos aquí? Creo recordar que te dije que estarías llamando a mi puerta y, ¡aquí estás!—¡Capullo arrogante!

—¡Sí, sí, sí, muy listo tú! Escúchame, ¿vale? Hoy estaré a las ocho en "El Corsario Negro", ¿sabes dónde queda?—Asiente—. Si te apetece podemos tomar algo...

—¿Estás pidiéndome una cita?

—¡No exactamente!

—Pues yo juraría que sí, que me estás pidiendo una cita—sonríe burlón.

—¡Piensa lo que quieras!—Le guiño un ojo, y me voy cagando leches.

Una vez en el ascensor, al ser consciente de lo que he hecho empiezo a ponerme como la grana. Creo que esto no va a salir bien, él no aparecerá y yo quedaré como una idiota. En cuanto pongo un pié en casa, saco el móvil de mi bolsa y les cuento por wuas a las chicas lo que acabo de hacer. Necesito saber lo que ellas piensan al respecto. Estela aplaude mi decisión, y Carla me tranquiliza cuando me dice que ella estará allí con Jorge, su follamigo, y me hará compañía en la dulce, o amarga espera. Me despido de ellas prometiéndoles mantenerlas informadas de todo, bueno, Carla estará presente y será la primera junto a mí en enterarse de lo que pase.

Me doy una ducha rápida y me meto en el vestidor, ahora el dilema es que voy a ponerme. Si voy demasiado arreglada, será evidente que para mí cuenta como una cita, así que decido ponerme unos vaqueros ajustados, la camisa rosa palo de hombrera, y la americana azul marino. Me recojo el pelo en una cola alta, me echo un poco de rimel y brillo a los labios. Por último me calzo las bailarinas marino, y me echo un vistazo al espejo. Sí, me gusta lo que veo, un look informal y casual.

A las siete y media salgo por la puerta. Mientras voy de camino empiezan a acecharme las dudas y las preguntas de siempre. Si no se presenta, ¿qué hago? ¿Me cambio de urbanización para no volver a verle la cara? ¡Joder qué drástica soy! Si no se presenta, para mí será como un jarro de agua fría, pero como todo en esta vida lo asumiré y a otra cosa mariposa. Me aplaudo a mí misma por mi resolución.

Entro en "El Corsario Negro", es una cervecería muy chula y rústica. La barra es de madera oscura, las mesas y taburetes también. Las paredes están pintadas de color verde. En la pared del fondo, la más grande, hay un graffiti del mítico corsario negro que ocupa toda la pared. ¡Es una pasada! Las chicas y yo venimos aquí porque el dueño es primo de Estela, porque sirven una cerveza de barril buenisima y, porque la música es de los años ochenta, o más. Cuando venimos un poco pedo, nos encanta ponernos a cantar como posesas, somos todo un espectáculo. Me siento en una esquina de la barra, Roberto, el primo de Estela, en cuanto me ve me pone una caña negra de esas que tanto me gustan en una jarra xl.

—¿Qué tal, preciosa? ¿Esperando a las chicas?—Me dice cuando dejando la cerveza en frente de mí.

—No—niego con la cabeza—, sé que Carla vendrá por aquí, pero Estela tenía otros planes.

—Entonces, ¿hoy vienes de solanas?—Pregunta sorprendido.

—Espero que no...

—¿Una cita?—sonríe.

—Pues no sabría decirte, Rober, digamos que algo parecido.

—Por la cara que pones, se diría que no estás muy segura.

Me encojo de hombros como respuesta, y él, se va a atender a un grupo de gente que acaba de entrar. Miro el reloj, las ocho menos cinco. Tengo los nervios de punta, en menudos berenjenales me meto. Veo la cabellera roja de mi amiga entrar por la puerta seguida de Jorge, me ven y se acercan.

—¡Alex! ¡Cuánto tiempo sin vernos!—Me saluda Jorge.

—Ya te digo Jorge. ¡Justamente desde la última vez!—Le guiño un ojo, y el sonríe.

—¿Estás nerviosa, Alex?—Me pregunta Carla.

—Decir que estoy nerviosa es quedarse corta—. Le respondo haciendo una mueca.

—¿Qué me he perdido?—Jorge nos mira a una y a otra sin entender nada.

—¡Nada!—Respondemos mi amiga y yo al unísono.

Se sientan conmigo y charlamos animadamente, la conversación hace que por un momento deje de pensar en mi portento. Jorge nos cuenta su última aventura. Hace unos quince días hizo el camino de Santiago, para él una experiencia inolvidable, dura y que jamás volverá a repetir. Miro el reloj de soslayo, ya pasan de las ocho y cuarto, mi portento ya no va a venir, bueno, eso ya me lo imaginaba pero tenía esperanzas, quizá si le hubiera dicho que era una cita...

—¡Eh, Alex, despierta!—Me dice mi amiga chasqueando los dedos delante de mi cara— ¿Dónde estabas?

—¡Aquí no, desde luego!—Los nervios empiezan a traicionarme y le contesto irritada.

—Oye, hoy es el día del cine clásico en el autocine, reponen "Casa Blanca", Jorge y yo vamos a ir, ¿quieres acompañarnos?

—Gracias, Car, pero paso. Estaré bien, no te preocupes por mí, además, nunca me gustó ir de escopeta—sonríe para que vea que estoy bien.

Jorge vuelve a mirarnos con cara de no entiendo nada, pero pasa de volver a preguntar, supongo que Carla se lo contará en cuanto estén solos. Sobre las nueve menos cuarto, ellos se van y yo me quedo allí tomándome otra jarra de cerveza y comiendo cacahuets. Estoy absorta en mis pensamientos, creo que voy a tirar la toalla, lo he intentado, a mi manera, pero lo he intentado. Desde que mi portento irrumpió en mi vida, no me reconozco. Lloro, río, me cabreo, no dejo de suspirar... ¡Uf! no recuerdo haber tenido tantos cambios de humor tan seguidos en mi vida. Soy consciente de que alguien se sienta en el taburete de al lado, pero estoy tan ensimismada en mis cosas que ni le miro.

—¿Esperas a alguien?

—No—contesto.

—¿Estás segura?

—Sí—vuelvo a contestar.

—Daría lo que fuera, por saber que te tiene tan pensativa.

Giro la cabeza y, ¡pam! los ojos más verdes que he visto en mi vida están observándome, con esa sonrisa pícaro que tanto me gusta y me desarma. ¿Qué hago ahora? ¿Me hago la indiferente? ¿La dura? ¿Qué? Decido ser yo misma y hablarle con sinceridad, total, de perdidos al río.

—A ti, dejé de esperarte hace más de veinte minutos—le digo.

—Lo siento—responde él—, se me hizo imposible venir primero.

—¿Trabajo?—Asiente—, pues es una pena, yo ya me iba...

—Está bien, entonces te acompañaré.

—¡Ahora no quiero tu compañía!—Le espeto.

—¡Eres la persona más rara y exasperante que he conocido nunca!—Resopla.

—¡No lo sabes tú bien!—Le miro, es tremendamente guapo, podría pasarme la vida entera contemplándolo sin más. Me gusta muchísimo, tanto que podría enamorarme de él, y amarlo por el resto de mis días. Lástima que sea tan joven y que yo no quiera enamorarme. Él aprecia un atisbo de duda en mí e insiste.

—Vamos, Alejandra, solo una cerveza, por favor—me ruega.

—Está bien, acepto.

Nos acomodamos en una de las mesas del rincón. Rober nos trae una jarra de cerveza xl, para mí la tercera, debo bebérmela despacio si no quiero estropear el momento. Nos sentamos uno frente al otro, y nos miramos a los ojos durante un largo periodo de tiempo, al menos eso es lo que me parece a mí, pero supongo que no habrán pasado más de, ¿cuánto? ¿Cinco minutos?

—Bueno Alejandra...—comienza a hablar mi portento— creo que hemos empezado con mal pie, así que solucionémoslo.

—Yo más bien diría que hemos empezado con un buen polvo, ¿no te parece?—¡Uau, que atrevida soy! ¿Será por la cerveza? Mi respuesta le deja momentáneamente en silencio, luego, sonrío y asiente.

—Tienes razón—cierra los ojos—, lo tengo grabado aquí—dice tocándose la cabeza.

—¿Sí? ¡Pues ya somos dos!—Afirmo, ¿qué me está pasando? ¿Me he tomado la poción de la sinceridad, o qué?— ¿Así qué el traidor de mi buzón te dijo mi nombre?—Digo para cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí, pero que conste que me lo dijo bajo presión, ¡tuve que amenazarlo!—Los dos estallamos en carcajadas. Entre broma y broma, el ambiente se va relajando bastante, aunque de tanto en tanto la tensión es palpable. Ambos nos deseamos y ninguno de los dos sabe como disimularlo.

—¿Así qué eres de Puerto Rico?—Pregunto.

—Sí, vivo en Carolina, una de las mejores ciudades que tiene ese país. Mi padre es español, emigró muy joven a Puerto Rico a buscarse la vida, él y mi madre se casaron poco después de conocerse. Según ellos mismos cuentan, fue amor a primera vista.

—Más o menos como yo—le cuento—, mis padres son los dos españoles, mi madre es andaluza y mi padre asturiano. ¿Tienes hermanos, Víctor?

—Sí, tengo tres hermanos y una hermana, la consentida de la casa—sonríe pensando en ella — ¿Y tú?

—No, soy hija única, mi madre tuvo problemas para poder volver a quedarse embarazada. Mi padre siempre dice que yo soy un milagro.

Me siento muy cómoda hablando con él, y creo que el también está a gusto. Noto reticencia por su parte cuando la conversación se vuelve más personal, es esquivo y me contesta con evasivas, lo que me hace preguntarme si esconderá algo. Por el momento, aparto esas dudas de mi cabeza, quiero disfrutar de este momento al máximo. Con mi tendencia a cagarla, igual tardamos una eternidad en volver a estar así, de buen rollo, así que lo mejor es relajarme y no agobiarme.

Seguimos hablando, hablando, y hablando, el tiempo pasa muy rápido. Cuando miro el reloj, son más de las doce, llevamos... Cuánto, ¿tres horas hablando? ¡Increíble! Ambos somos conscientes de que es tarde, pero ninguno hacemos ademán de querer irnos, así que seguimos durante un rato más conociéndonos algo mejor. Tengo mucha información que procesar, y mi cabeza está empezando a darle vueltas a sus evasivas, no puedo remediarlo. Llamo a Rober para que nos cobre las consumiciones, y éste me dice que Víctor ya se ha encargado de ello, eso me molesta un poco.

—¿Por qué has pagado tú?—Le increpo.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?—Me mira y se cruza de brazos.

—Bueno... yo fui quién te invito a venir. Así que creo que me correspondía a mi pagar.

—Pero esto no era una cita, ¿verdad?

—No—contesto ruborizada.

—Pues entonces no hay más que hablar. Cuando quieras...—Se pone en pie y coge su chaqueta.

Me despido de Rober, cojo mis cosas y salimos a la calle. Una vez fuera le pregunto a Víctor si va hacia la urbanización, asiente, y entonces caminamos juntos en esa dirección. Ninguno de los dos habla, vamos sumidos en un silencio incómodo. No sé que irá pensando él, pero yo ya voy dándole vueltas al coco formulándome varias preguntas a las cuales no encuentro respuesta. Llegamos a nuestro destino. Los dos nos paramos, nos miramos, nuestro deseo es más que evidente.

—¿Vives aquí?—Le pregunto para alargar el momento de la despedida.

—No—Vaya, su contestación seca me deja un poco cortada y sin saber por dónde seguir.

—¿Puedo acompañarte hasta allí?—Me dice señalándome el portal de mi casa.

—¡Claro!—No quiero que se vaya. Quiero besarlo, que me bese...

Rodeamos la piscina, y a la altura de los vestuarios, me arrincona contra la pared, clava su mirada en la mía y apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza pero sin tocarme. Los dos tenemos la respiración agitada. La zona por debajo de mi cintura está alerta y reclama atención. ¿Cómo puede ser que sin siquiera tocarme, me tenga totalmente derretida y anhelando su contacto? Estoy atrapada en esa mirada verde... ¡Por favor! suspiro en silencio, ¡tócame!

Como si oyera mis súplicas, posa su mano sobre mi cara, y lentamente la va dejando bajar. Acaricia mi cuello, mis hombros, pasa el pulgar por mis labios. Se pega a mí, restriega su cuerpo contra el mío y se apodera de mi boca, su lengua marca el ritmo y la mía lo sigue encantada.

—Alejandra...—Susurra con la voz entrecortada y ronca—, te deseo, ahora.

Me mira, esperando alguna señal por mi parte, asiento y, volvemos a unir nuestras bocas, nuestras lenguas se exploran. Víctor me muerde el labio inferior y yo gimo... ¡Dios, me estoy quemando, siento un calor abrasador ahí, justo en mi entrepierna! Mi chaqueta cae al suelo, y de repente noto la cálida brisa de la noche en mis pechos. ¿Cuándo me ha quitada también la camisa? ¡Madre mía, hace que pierda la noción de todo! Sólo soy consciente de sus besos... de sus caricias... de su cuerpo... Siento sus dedos jugar con mis pezones ya duros por la anticipación del contacto con sus manos. Su lengua deja un rastro desde mi mandíbula hasta mi cuello, baja a mis pechos y sustituye sus dedos por su lengua juguetona que lame y succiona mis pezones con urgencia, con avidez. Paseo mis manos por su trasero, lo empujo hacia mí y noto su miembro duro, palpitante. Abro los botones de sus vaqueros y lo dejo libre, lo acaricio, lo aprieto. Él suelta un ¡oh señor! que me acaricia los tímpanos y lo aprieto más contra mí.

—Víctor...—Le digo cegada por la pasión— Estamos en la calle, subamos a mi casa.

—¡No!—Contesta.

Empuja la puerta que hay a su izquierda, ésta se abre y me lleva dentro. Es el vestuario de las chicas. Con una necesidad casi primitiva, nos deshacemos de la ropa, yo sólo tengo que quitarme los vaqueros y el tanga. Cuando me giro para mirarlo, él ya está totalmente desnudo. Me tiende la mano y me aproxima a él. Se sienta en un

banco que hay pegado a la pared y yo me acoplo a horcajadas encima de él. Mi vagina recibe a su miembro erecto con vítores y cánticos celestiales. Me muevo en círculos y luego subo y bajo, y otra vez repito la misma operación. Mi portento tiene los ojos cerrados y los dientes apretados, le gusta como lo estoy montando, eso me hace sentir poderosa, tanto que con fuerza me empalo en él, ¡oh señor, que maravilla...!

—¡Joder... Alex...! ¡No sé cuánto voy a poder aguantar!—Tiene los ojos muy abiertos y se muerde los labios mientras suelta pequeño gruñido.

Entonces se levanta conmigo en sus brazos y me apoya contra la pared, esta está fría y yo muy caliente. Rodeo su cintura con mis piernas y él me enviste una y otra vez sin piedad, fuerte, duro. Noto esa sensación abriéndose paso dentro de mí, ¡sí... oh sí...! Jadeo, se que voy a correrme de un momento a otro. Víctor sigue empujando con fuerza, noto en su ritmo que él también está a punto de correrse. Intento aguantar para que nuestro orgasmo sea al unísono pero no puedo, este llega a mí con una fuerza arrebatadora que me hace gritar su nombre sin importarme quien pueda oírme, y él se corre segundos después, aplastándome contra la pared y susurrando mi nombre. Con la respiración aún agitada, nos dejamos caer al suelo lentamente, y allí nos quedamos mirando al techo mientras nuestras respiraciones se normalizan.

CAPÍTULO 6



—Me vuelves loco, Alejandra, en todos los sentidos...—Me mira.

—Y... ¿Eso es bueno, o malo?

—No lo sé...—Su voz suena apagada. Vaya... ¡Toma sinceridad Alejandra! No sé como debería tomarme eso.

—¿Cuántos años tienes, Víctor?—Se pone tenso.

—¿Saber mi edad es importante para ti?—Contesta.

—¡Sí!—Murmuro.

—Veintinueve, tengo veintinueve años—Me quedo quieta mirando el techo— ¿Eso te supone un problema?

—No, no lo creo. Pero es raro, deberías acostarte con chicas de tu edad.

—Resulta que tengo grabada en mi memoria la contestación que me diste en el baño de la discoteca cuando follamos por primera vez. ¿La recuerdas?

—No, refréscame la memoria—cegada por la pasión de aquel día, fui capaz de decir cualquier estupidez. A ver con que me sorprende ahora.

—Fue algo así como... «Oh cielo si follo contigo, serás tú el que no quiera hacerlo con nadie más», y resultó ser verdad, ¿sabes? No quiero hacerlo con nadie más.

¡Oh, sí que recuerdo aquella frase, no sé de qué lugar de mi mente salió. Si él supiera que yo me quede más sorprendida que él en cuanto la solté!

—¡Solo quiero follarte a ti, Alejandra!—Me mira, evaluando mi cara por esa afirmación.

El corazón se me encoge, estamos hablando de follar, ni un puto sentimiento más, ¡solo follar! ¿Puedo hacer eso? Por el momento sí, pero sé que saldré escaldada de todo esto, en mi fuero interno lo sé. Me incorporo mientras él me mira desde su posición, voy recogiendo mi ropa esparcida por el suelo y me visto con calma.

—¿No vas a decirme nada?—Pregunta.

—No creo que sea necesario, los hechos hablan por si solos. Follamos cada vez que nos vemos, ¿no?

—Y, ¿por qué parece que estás molesta?

—No lo estoy, lo que estoy es cansada, es tarde. Dejemos esta conversación para otro momento, ¿quieres?

—¡Está bien, como desees!

Se levanta y se viste sin prisa, mirándome de tanto en tanto. Cuando estamos listos, Víctor, asoma la cabeza por la puerta para cerciorarse de que no hay moros en la costa. Salimos y cogidos de la mano me acompaña hasta la puerta. Nos paramos uno en frente al otro, sin hablar, sólo mirándonos. Su mirada es tan intensa... Con su mano en mi nuca, me acerca a su boca y me da un beso tierno. Nos despedimos, no quedamos ni en vernos, ni en llamarnos ni en nada. Acabaremos encontrándonos tarde o temprano.

Entro en casa con una sensación rara, con sentimientos encontrados. Por un lado me siento bien. Bien porque, por una vez en mi vida he hecho lo que quería, dejando atrás a mi otra yo, esa que le pone pegas a todo, esa que evalúa cada paso, la que busca sentirse segura y nunca se arriesga a nada, la que nunca hace nada por miedo a lo que los demás puedan pensar. Sí, por primera vez he dejado a esa yo encerrada en algún rincón y no me arrepiento. Y también me siento mal. Esta última conversación con mi portento me ha dejado pensativa. Sus palabras repiquetean en mi cabeza «Solo quiero follarte contigo, Alejandra». Veamos... soy consciente que nosotros no tenemos una relación, es demasiado pronto, nos estamos conociendo, o eso creía yo. Y además es mucho más joven que yo. Con su edad es normal que no piense en una relación, y mucho menos con una mujer que casi le saca diez años. Ahora entiendo sus evasivas al hablarme de su vida privada y personal, si solo quiere de mi una relación física... ¿Para qué contarme nada? Sí, algunas piezas de este rompecabezas empiezan a encajar.

Ahora la pregunta del millón, es... ¿qué quiero yo? ¿Me bastará solo con sexo? Puede que por un tiempo me conforme, pero me gusta demasiado y, de lo que estoy totalmente segura es que no quiero sufrir, aunque a veces eso es inevitable.

El sábado me despierto tarde, para mi tarde son las diez de la mañana. A pesar de mis reflexiones de anoche, he dormido como un tronco, ¿por qué perder el sueño por algo que todavía no ha pasado? ¡Lo que tenga que ser, será!

Me preparo un desayuno revitalizante con su zumo de naranja, café y tostadas con mermelada de fresa y mantequilla. ¡Uau estaba muerta de hambre! No recuerdo cuando fue la última vez que me tomé un desayuno tan completo—sonríe—, ¿será por todo el ejercicio que hice anoche? Puede ser.

Me pongo un vestido marinero de tirante, las bailarinas azules y me hago una trenza. Enchufo mi ipod en el equipo de música del salón y me pongo a recoger aquí y allá. Cuando suena la canción de Gloria Gaynor, "I Will Survive", subo el volumen y me pongo a cantar como una loca. ¡Me chifla esta canción! A medio día suena el móvil, es Estela, quiere saber si mi portento ha aparecido anoche. Le cuento con pelos y señales toda la cita, incluido el tórrido polvo en los vestuarios de la piscina de mi urbanización y mi amiga se queda perpleja.

—¡Joder, Alex, te estás volviendo muy perversa y morbosa!—Sonríe.

—¡Lo sé... nunca había hecho algo así!

—¡Estas dejando salir a flote la golfa que llevas dentro!—Se burla mi amiga.

—¡Estela!—Le grito.

—¡Venga, Alex, todas llevamos una, es cuestión de dar con el chico adecuado para dejarla salir—me dice convencida. ¿En serio cree eso?

—¡Eres increíble, Estela, me dices unas cosas que me dejan de piedra!

—¡Así soy yo, nena!—Y se queda tan pichi la tía.

Hablamos durante un rato más. Por lo que me dice, creo que mi amiga está perdidamente enamorada del americano, aunque conociéndola como la conozco, sé que ese amor no durará mucho. Estela es muy voluble en eso del amor. Quedamos en vernos en "La Goleta" a eso de las ocho para tomar una cañita y lo que surja. A los dos

minutos de colgar vuelve a sonar el teléfono, ¿qué se le habrá olvidado contarme a esta loca?

—¿Qué se te ha olvidado?—Pregunto en cuanto descuelgo.

—¡Hola Alex...! ¿Cómo estás?—Me quedo con la boca abierta mirando el teléfono.

—¡Perfectamente! ¿Para qué me llamas?

—¿Estás enfadada conmigo?—¿Qué? ¿Este tío es gilipollas o se hace?

—Alex, quiero verte, ¡necesito hablar contigo!

—¡No tengo nada que hablar contigo!

—Por favor Alex...

—¡Nada de por favor, Fernando!—Digo furiosa— ¡No se para que cojones me llamas, tú y yo no tenemos nada de que hablar!

—¡Hablaré contigo cueste lo que me cueste, Alejandra...!

Cuelgo el teléfono sin dejarle terminar la frase, ¿qué querrá este capullo ahora? La ira brota por todos los poros de mi piel, ¡si lo tengo delante, le cruzo la cara de una hostia! Tomó una decisión hace cuatro meses, más o menos. La forma en que actuó me hizo daño y, las palabras que me dijo... no quiero ni recordarlas, sería masoquista si lo hiciera. No, no quiero volver a verle. Fernando es un capítulo acabado de mi vida, y ahora doy gracias a Dios por ello.

Necesito salir a tomar el aire, esta llamada me ha dejado hecha una furia y, conociéndome, si me quedo en casa soy capaz de llamar a ese cabrón y decirle de todo menos bonito. Voy hasta el puerto, mirar el mar me relaja. Observo a los turistas que van y vienen con cámara en mano inmortalizando todo lo que les rodea. Me siento en una terraza a tomar un café, ya me siento mucho más tranquila, no quiero ni pensar en esa llamada. Cambió radicalmente el rumbo de mis pensamientos y de nuevo empiezo a reflexionar sobre la conversación mantenida anoche con mi portento. ¿Dónde nos llevará todo esto? No sé que tiene este tío, pero me siento diferente desde que le conozco. Había una Alejandra dentro de mí que desconocía, gracias a él se ha despertado y está dispuesta a dar mucha guerra. Sí, ¡me gusta mucho mi nueva yo!

Veo a mi portento cruzar la calle en cuanto doblo la esquina de la urbanización. Como él no me ve a mí, entonces me paro y le observo. Lleva un casco de moto en la mano y una cazadora de cuero tipo aviador en color azul. Se sube a una kawasaki zx 1200 en color azul también, y sale zumbando. ¿Adónde irá? no puedo evitar hacerme esa pregunta. El vestíbulo está abarrotado de cajas y bolsas por todas partes. El señor Rodríguez, el portero, está frenético con tanto caos, le sonrío tímidamente y el pobre me pide disculpas con la mirada.

—Buenas tardes señorita, disculpe este desorden.

—No se preocupe, Rodríguez, ¿una mudanza?

—Sí señorita.

—¿Vienen o se van?—Pregunto.

—Vienen señorita, han alquilado el ático que está justo frente al suyo. Están usando el ascensor...

—Subiré andando.

Le sonrío amablemente y voy sorteando las cajas para subir por las escaleras. No tenía ni idea que ese ático estuviera vacío. Cuando yo me mudé, estoy segura de que allí vivía alguien porque recuerdo ver a un hombre en la terraza. Sí, lo recuerdo porque siempre me pareció un tío un poco raro. Llego a la puerta de mi casa con la respiración irregular, demasiadas escaleras—pienso—. Aquí también hay caos, no tanto como en el vestíbulo, pero hay cajas esparcidas a lo ancho del pasillo. Una vez en casa voy directamente a la cocina, estoy muerta de hambre. Meto la cabeza en la nevera a ver que encuentro. Es tan tarde que no me apetece nada cocinar. Saco el tuper con ensalada de pasta que me sobró de ayer, y lo devoro. Como no tengo nada mejor que hacer, después de comer me tiro literalmente en el sofá. En la tele están poniendo una de mis pelis favoritas, "Leyendas de Pasión". Todo aquel que me conozca bien, sabe que amo a Brad Pitt. Cada vez que veo esta película termino llorando, no puedo evitarlo, la he visto un montón de veces, pero es igual, siempre lloro como una magdalena, ¡menudo dramón de película!

Se va acercando la hora de ir a "La Goleta", después de ducharme, me cuesta bastante escoger el modelito de esta noche. Al final me pongo un vestido rojo muy ceñido y corto, ¿no dice Estela que todas tenemos una golfa dentro? ¡Pues la mía, sale de farra esta noche!

Carla y Estela me están esperando en la terraza del chiringuito. Cuando me ven acercarme las dos me lanzan silbidos y vítores. La gente se voltea a mirarme. ¡Que asquerosas, menuda vergüenza están haciéndome pasar! Llego hasta la mesa y siento que la cara me arde, ¡ya bastante llama la atención este vestido, como para tener que aguantar a estas dos! Las miro con cara de mosqueo.

—¿Pero a vosotras qué os pasa?

—¡Uau Alex, es que estas... despampanante!—Me dice Carla.

—¡Gracias!—Me encantan los cumplidos—. Esta mañana me dijo Este que todas llevamos una golfa dentro, entonces—me encojo de hombros—, he pensado en sacar a la mía a pasear—. Les guiño un ojo.

—¿Quién eres tú, y qué has hecho con nuestra amiga?—Chillan las dos al unísono.

Las tres nos reímos como locas, y como es lógico la gente nos mira. Seguro que preguntándose de qué manicomio hemos salido. El camarero nos sirve una copa bien fría de moscato, esta delicioso, como siempre. La gente vuelve a lo suyo mientras nosotras más calmadas charlamos. Cuando les cuento que esa mañana me ha llamado Fernando, no dan crédito. Carla que no puede ni verlo, es oír hablar de él, y se pone hecha una furia.

—¡No puedo creer que se haya atrevido a llamarte!—Dice Estela.

—¡Pues yo de ese capullo espero cualquier cosa!—Carla esta indignada.

—Ya le he dicho bien clarito esta mañana que no tengo nada que hablar con él, que no vuelva a llamarme—las dos asienten.

—Cambiamos de tema, por favor—propone Carla—. ¡Ese tipo saca lo peor que hay en mí y, no quiero que nos fastidie la noche!

Automáticamente cambiamos de tema de conversación, solo de pensar en Fernando me entran escalofríos, ¡lo detesto! Hablamos de todo un poco, de trabajo, del amigo americano de Estela, de mi portento, en fin... de muchas cosas. Pienso en comentarles mis dudas respecto a Víctor, pero, como conozco bien a Carla, no quiero darle munición para que me sermonee, así que me quedo callada al respecto. La cena como de costumbre está deliciosa, ensalada templada de ahumados y, entrecot de buy a la piedra. De postre tarta de tiramisú. He comido tanto, que si respiro más profundamente de lo normal, el vestido estallará por algún sitio.

—¿Vamos a mover el esqueleto a la discoteca nueva?—Propone Carla— Estela todavía no la conoce.

—¡Por mi perfecto!—Contesta ésta.

—¡Pues a mover el esqueleto se ha dicho!—El cuerpo hoy me pide marcha. Me levanto para ir al baño.

—¿Tienes prisa?—Me pregunta Carla.

—Para ir a Bacana no, pero para hacer pis sí, ¿puedo?—La miro con sorna.

—¡Por supuesto!—Sonrie— Te vi tan lanzada que creí que ya querías irte.

Las dejo allí en la terraza tomándose un café mientras voy a los aseos que están al fondo del bar. Allí tardo una eternidad, hay una cola interminable. Mientras espero, pienso en mi portento, ¿lo veré esta noche? Reconozco para mis adentros que me he puesto este vestido por si acaso. Quiero que en cuanto me vea si se da el caso, me desee y no pueda separarse de mí.

Cuando termino y salgo, mis amigas ya están listas para irnos. ¿Tanto he tardado? Porque parece que a las que les ha entrado la prisa es a ellas. De camino a la discoteca, como Carla y Estela van enfrascadas en una conversación de política y yo paso de eso, saco el móvil de mi bolso. No tengo ni llamadas ni mensajes, ni nada. Fernando no ha vuelto a llamar para tocar las narices desde esta mañana. Bien, pensé que se presentaría en mi casa y la liaríamos parda. No puedo evitar preguntarme

para que me ha llamado. La cola para entrar en la discoteca es kilométrica, si nos quedamos a esperar, tardaremos siglos en poder entrar.

—¿Qué hacemos?—Les pregunto— ¿Vamos "Al Corsario"?

—¿Al Corsario? Me apetece bailar—Carla pone pucheros como si fuese una niña pequeña—, si conociéramos a alguien y nos colara...

Pasa un rato sin que decidamos que hacer, empiezo a impacientarme, de hecho, se me están quitando las ganas de entrar. Me siento incomoda con el vestido, creo que he cenado demasiado, y los zapatos... ¡uff! empiezan a ser un martirio para mis pies. ¡Como no se decidan pronto me largo a casa! De repente la cola empieza a avanzar y cuando me quiero dar cuenta estamos dentro dando nuestras chaquetas al chico del guardarropa. ¡Menudo llenazo hay...! Caminamos entre la gente y nos quedamos en la barra que hay en el centro, la más cercana a la pista. Pedimos unas cervezas y el camarero nos invita a un chupito. Estela y Carla se lanzan a la pista a mover el esqueleto, mientras yo me quedo allí apoyada en la barra rezando para que quede libre un taburete, y poder sentarme.

Un rato después sigo allí de pié observando a mis amigas bailando y haciendo tonterías. Me miran y les saco la lengua. ¡Son la caña, las adoro! Cuando se cansan de bailar, se acercan, pero no lo hacen solas, vienen con tres tipos.

—Alex, ellos son Flavio, Franco y Paolo—Carla me presenta a los tres bellezones que las acompañan.

No sé a quien dirigirme primero, la verdad, al final los saludo a los tres y les digo que estoy encantada de conocerlos. Carla se lanza a hablarles en italiano y acapara toda su atención, entonces aprovecho para preguntarle a Estela de donde han salido estos tres.

—Se han acercado a nosotras en la pista, dicen que nos han visto llegar y que estaban ansiosos por conocernos, son turistas—me suelta mi amiga casi sin respirar—, Carla les ha invitado a unirse, ya sabes como es.

Sí, sé de sobra como es la loca de mi amiga. Gracias a ella ahora tendremos que pasar el rato con tres italianos que están de muerte. ¿Se puede pedir más? Los italianos están en la zona vip, nos invitan a ir con ellos y aceptamos a ojos cerrados, sobre todo yo que tengo los pies destrozados y por fin podré sentarme. Pasamos los cortinajes de terciopelo rojo, y nos llevan a una mesa rodeada de sofás también en rojo. A un lado de la mesa, hay una cubitera con una botella de Moet Chandon enfriando. Franco, creo que es, llama al camarero y le pide que nos traiga unas copas, en cuanto lo hace, las deja encima de la mesa y nos sirven el Moet bien fresquito. Son unos chicos muy divertidos, y se defienden bastante bien con el español. Franco, que no se despega de mi lado, nos cuenta que en realidad han venido por negocios, pero que como han terminado antes de lo previsto, han aprovechado para conocer Marbella, ya que no es la primera vez que les dicen que es una ciudad de ensueño.

Carla y Flavio van a la pista a bailar. Estela, Paolo, Franco y yo hablamos de cine. Franco está tan pegado a mí que empiezo a sentirme incómoda. El hombre no está nada mal, es guapo, sexy, viste bien, es abogado y tiene un par de años más que yo, ¡todo un partidazo! Pero no es mi portento. ¿Por qué siempre tengo que pensar en él? Desde hacer rato noto el cosquilleo en mi espalda, estoy segura que está por aquí, aunque todavía no lo he visto, ¿estará viéndome él a mí? Me pongo nerviosa al instante solo de pensar que me pueda estar observando.

Va pasando la noche, tenemos otra botella de Moet Chandon enfriando en la cubitera. Estos tres no reparan en gastos, nos han estado contando la clase de fiestas privadas que preparan en Italia y las tres nos hemos quedado con la boca abierta, ¡literalmente! No cualquier tipo de fiesta ¡no! ¡Fiestas sexuales! No puedo ni imaginarme por un segundo acudiendo a una de ellas. Puedo echar polvos en baños públicos, en vestuarios... pero hacer cambios de pareja, tríos, orgías etc, ¡qué va, por ahí no paso!

Acompaño a Estela al baño, en cuanto entro y miro hacia el sofá, las imágenes del encuentro con mi portento se suceden en mi mente con total claridad, con tanta fuerza, y tan reales que hasta se me humedece la entrepierna.

—¿Estás bien?—Estela esta mirándome burlona.

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, tengo entendido que aquí ocurrió ya sabes... y desde que hemos entrado te has puesto un poco colorada—la muy puñetera está reprimiendo una sonrisa.

—¿Serás capulla?—Le increpo.

—¡Perdona!—Me dice entre carcajada y carcajada— ¡No he podido evitarlo!

Entro en el primer baño que queda libre y cierro la puerta con demasiado ímpetu. ¡Joder, me he puesto cachonda, pero cachonda de verdad! ¿Qué me está pasando? Cuando salgo Estela está esperándome con los brazos en jarras y las cejas alzadas.

—¡Has estado demasiado tiempo ahí dentro! ¿Qué has estado haciendo?—A los dos segundos de decirme eso la muy idiota vuelve a estallarse de risa. ¡Hasta se le saltan las lágrimas y todo!— Lo siento, Alex, tenías que haber visto la cara que has puesto!—Me dice sin poder parar de reír.

—¡Qué bien te lo estas pasando a mi costa, ¿eh?! ¡La próxima vez que te acompañe Carla!—Me hago la indignada, pero no cuela. Al final me uno a ella y las dos salimos del baño llorando de risa.

Estamos cerca de nuestra mesa cuando le veo. Está unas tres mesas antes de la que ocupamos nosotras. No está solo, hay un grupo de gente con él y, para mi asombro, la rubia del cuerpazo que estaba en la piscina le está acariciando la cara en plan meloso y susurrándole algo al oído. Justo en ese momento, nuestras miradas se encuentran. Le saludo, y hasta soy capaz de dedicarle una sonrisa. Él en cambio me mira impasible, como si no me conociera de nada. ¿Qué coño le pasa? Me mira de pies a cabeza con desdén y cuando sus ojos llegan a la altura de los míos gira la cabeza asqueado.

Me quedo de piedra. ¿Se puede saber qué le he hecho a este gilipollas para que me mire así? Cabreada, muy cabreada paso al lado de su mesa con la mirada al frente. ¿Quieres jugar a ignorarme? ¡Adelante, juguemos! Con una gran sonrisa dibujada en mi rostro me vuelvo a sentar junto a Franco. Cojo mi copa y bebo para tragar el nudo que se me ha formado en la garganta. ¡La chula que hay en mí, está empezando a enseñar los dientes!



Miro disimuladamente en dirección a su mesa y el muy cabrón se ha cambiado de sitio, lo tengo justo frente a mí, para que pueda verlo bien. ¡Sera... sera...! Me muerdo la lengua para no cagarme en todo. No entiendo que ha podido pasar. Ayer fue todo genial, pensé que estábamos en punto donde los dos estábamos a gusto, bueno, el más que yo, por eso no entiendo esta reacción hacia mí ahora. ¿Será por qué está con la rubia? ¡Ay Dios! ¿Será su novia? Se me encoge el corazón solo de pensarlo.

Dedico toda mi atención a Franco, que nos está contando el último caso que ha ganado. Un divorcio muy conflictivo de una famosa pareja italiana. En realidad no me estoy enterando de nada, la mirada penetrante de mi portento al otro lado, hace que sea incapaz de concentrarme. A pesar de no enterarme de nada, sonrío, no quiero que note que sus miradas me tienen perdida. Los seis salimos a la pista a bailar una canción de Carlos Vives "Volví a Nacer", Franco me coge de la mano y los dos nos balanceamos al ritmo de la música, no hay ni coqueteo, ni arrumacos ni nada que se le parezca, al menos por mi parte. Sé que si yo quisiera, Franco no tendría ningún problema en acompañarme a casa, o llevarme a su hotel. Pero no es eso lo que quiero.

—¿Se puede saber qué te pasa?—La canción ha terminado y Carla está delante de mi mirándome interrogante—. Te observo desde hace rato, pareces ausente. ¿Estás bien?

—¡Joder, Carla, no se te escapa una, ¿eh?! ¡Mi portento está aquí!

—¿Sí? ¿Dónde?

—Está en la zona vip, muy cerca de nuestra mesa.

—¿Y cuál es el problema?

—¡El problema es que me ha visto y ha actuado como si no me conociera!—Resoplo.

—¿Ha pasado algo entre vosotros que yo no sepa?

—Qué va. Ayer cuándo nos despedimos todo estaba bien, al menos daba esa impresión. Está con un grupo de gente, entre ellos hay una rubia espectacular que no para de manosearle.

—¿Estás celosa?—Me encojo de hombros y asiento— ¿Puede ser que él también lo esté?

—¿Él celoso? ¿Pero por qué?

—¡Joder, Alex, Franco no se ha separado de ti ni un segundo desde que te conoció!

—No, no creo que sea por eso. Lo vi tonteando con esa chica, hasta puede que sea su novia. ¡Joder, Carla si hasta le salude con la cabeza! Entonces fue cuando el me miró de esa manera, como si no me conociera de nada. Que esté así por Franco es una tontería, él y yo no estamos saliendo, ¡joder, solo follamos!—Siseo para que nadie más me oiga—. Solo hemos estado juntos un par de veces, ¡no, no puede ser por eso!

—Pero tú estás celosa, ¿por qué no puede estarlo él?

—Sí, admito que estoy algo celosa, aun así, le saludé... ¿ves la diferencia? ¡Él me ignoró!—Cada vez estoy más cabreada— ¿Por qué?

—Tarde o temprano lo sabrás, Alex. No parece que Víctor sea de los que se queda callado mucho tiempo. Vamos, los demás estarán preguntándose dónde estamos—Me coge del brazo y tira de mi para que la siga.

Sobre las tres de la madrugada el grupo decide ir a una discoteca que hay en el puerto, pero yo paso.

Estoy cansada y no tengo la cabeza para más fiestas, prefiero irme a casa y dormir. Salimos todos juntos de Bacana, antes le echo un último vistazo a mi portento que sigue con la rubia pegada a él como una lapa. Me despido del grupo en la puerta, y un taxi me lleva a casa.

La mañana de domingo, me levanto de capa caída, en seguida pongo música. Dicen que la música alegra los corazones y conmigo funciona. En realidad—pienso mientras me tomo un café y un bollo en la terraza—, no he hecho nada para merecer esa indiferencia por parte de mi portento, así que paso de todo, ¡que le den! No pienso pedirle ni una puta explicación al niñato de los cojones. Mi abuela paterna siempre decía... «El que con guajes se acuesta, cagau se levanta». Qué sabia era mi abuela...

Hace un día espléndido y no pienso desaprovecharlo. Preparo la bolsa de playa, me hago unos bocatas y me visto. Salgo por la puerta con el chip totalmente cambiado, nada de pensamientos negativos. ¡La vida solo se vive una vez! Voy conduciendo hasta la playa "Los Monteros". Es una de mis playas favoritas aquí en el sur. Tiene una magnífica zona verde que alcanza hasta la misma arena, ¡es alucinante! Y las casas con piscina propia que hay alrededor son de escándalo.

A esa hora la playa ya está bastante concurrida, pero encuentro un hueco entre el césped y la arena.

Me acomodo dispuesta a pasar un día tranquilo. Para ello desconecto el móvil y lo guardo en la bolsa, no quiero interrupciones, hoy es un día solo para mí. Me unto el cuerpo de protector solar y me tumbo al sol. ¡Uf, estoy achicharrada! El sol pega de lo lindo, en un rato tendré que meterme al agua, o no podré aguantarlo. Cuando lo hago, disfruto como una enana. Voy metiéndome poco a poco, dejando que las olas rompan a mi lado. Me adentro un poco más, y nado. Me pongo boca arriba, el balanceo del agua me relaja. Yo, podría ser una sirena perfectamente.

Más que comerme el bocata, lo devoro. ¡Tengo muchísima hambre! Estar al aire libre es lo que tiene, te abre el apetito como si no hubieras comido en días. Paso la tarde tostándome al sol mientras leo uno de mis libros favoritos, "La Casa de Riverton" de Kate Morton, releo sus libros una y otra vez, ¡me encanta esta escritora!

Antes de entrar con el coche en el aparcamiento subterráneo, veo por el espejo retrovisor la moto de mi portento aparcada allí fuera. ¿Qué estará haciendo allí? ¿Habrá ido a verme? ¿Estará con la rubia? Mi cabeza empieza a echar humo como una locomotora a vapor. Me enfado conmigo misma por el rumbo que están tomando mis pensamientos. ¡Se acabó, Alejandra, ni un solo pensamiento más!—Me regaño a mí misma—. Doy un manotazo al volante y voy hacia mi plaza. Cojo las cosas del maletero y subo en el ascensor.

Una vez duchada, con el cuerpo limpio de salitre y arena, me pongo cómoda. Saco el móvil de mi bolsa y lo enciendo. En cuanto el teléfono recupera la vida, suena durante unos segundos avisándome de mensajes y llamadas. Pues sí que he estado solicitada hoy—pienso extrañada—.

Tengo cuatro llamadas perdidas de un número desconocido, al instante me viene a la mente Fernando. ¡Qué pesadito es el tío! Dos llamadas más de Carla, y el whatsapp echando humo. En el grupo de las chicas doscientos treinta mensajes. ¿Se han vuelto locas, o qué? Voy a la cocina a por una cerveza y vuelvo al sofá para leer la conversación.

No doy crédito a lo que leo, Carla se ha liado con Flavio, no me lo esperaba y eso me sorprende.

Bueno, en realidad cada vez que mi amiga me dice que se ha liado con alguien, me quedo sorprendida. Siempre he pensado que Carla y Jorge, su follamigo están enamorados, aunque ninguno de los dos parece darse cuenta. Más abajo en la conversación me preguntan dónde estoy, que dé señales de vida. Los cuatro junto con Franco se van a Torremolinos a pasar el día y me preguntan qué a qué hora me recogen. Menos mal que he desconectado el teléfono, los hubiera tenido dándome la turra todo el día. Las escribo, más que nada para tranquilizarlas, conociéndolas sé que estarán preocupadas.

—«Buenas tardes noches chicas, menudo día tan ajetreado habéis tenido hoy. Estoy bien, he desconectado del mundo y me he ido a la playa, sola. ¿Qué tal el día por Torremolinos?»—Le doy a enviar.

Al momento suena el teléfono. Miro la pantalla y pongo cara de horror, no reconozco el número así que, debe de ser ese gilipollas otra vez. Paso de cogerlo, no quiero estropear mi momento zen.

Lo que sí hago es llamar a mis padres. Como siempre que están en casa, mi madre descuelga al segundo tono.

—¡Hola, mami! ¿Qué tal, como va todo?

—¡Hola, cariño! ¡Muy bien, acabamos de entrar en casa, hoy hemos ido de excursión! ¿Qué tal tú?

—Bien, mamá, hoy he tenido un día de playa espectacular. ¿Adónde habéis ido?

—Pues mira hija, hemos salido de casa sobre las ocho de la mañana, paramos a desayunar en Cangas de Onís, después subimos a Covadonga, ¡no veas la cantidad de gente que había...!

Comimos arriba en los lagos, y por la tarde nos acercamos hasta Ribadesella, ¡estoy molida!

—¡Normal mamá, menudo tute os habéis dado! ¿Os habéis divertido?

—¡Oh sí hija, muchísimo! ¡Lo hemos pasado muy bien!

—¡Me alegro! ¿Dónde está papá?

—Está aquí, ahora te lo paso...

—¡Hola, princesa! ¿Cómo te trata la vida?

—¡Bien papí, no me puedo quejar! ¿Qué tal la santina?

—¡Bien hija, allí sigue, en la cueva!—Se ríe.

Hablo con mi padre durante quince minutos aproximadamente, ahora se ha aficionado a la pesca y me cuenta sus aventuras junto a Felipe y Amador, sus amigos de toda la vida. ¡Anda qué vaya tres patas para un banco...! Me despido de ellos, no sin antes decirles que los adoro y que les quiero con todo mi corazón. A las diez de la noche ya estoy acostada, me pesa el cuerpo una barbaridad.

Necesitaba un día así para mí como el de hoy. Morfeo no tarda en llegar y me quedo profundamente dormida.

El sonido del móvil me sobresalta, ¿qué hora es? Miro el reloj de la mesilla, las once y cuarto de la noche. El teléfono sigue sonando. ¿Quién será? A oscuras y desorientada, tanteo la mesilla hasta que doy con él.

—¿Quién?—Pregunto con la voz pastosa.

—¿Se puede saber por qué no has cogido el teléfono en todo el día?—Me incorporo en la cama alarmada.

—¿Fernando?

—¿Quién cojones es Fernando?

—¿Quién eres?—Pregunto asustada.

—¿De verdad no sabes quién soy?

—¡Joder, no, no lo sé! ¡Si lo supiera no preguntaría!—Ya he saltado de la cama y voy de aquí para allá frenética.

—¡Alejandra...!

¡Oh dios mío... En cuanto pronuncia mi nombre sé quién es al instante, es mi portento! ¿Pero qué le pasa? ¿Por qué está tan cabreado? Me quedo mirando el teléfono perpleja, como si él pudiera aclararme algo.

—¿Te divertiste mucho anoche? Te fuiste muy bien acompañada...

—¿Qué?—Contesto incrédula—¿A qué viene esto?

—¡Te he hecho una pregunta, Alejandra! ¡Respóndeme!

¿Una respuesta? ¡Dios, se la ha ido la olla por completo!

—¡Sigo esperando, Alejandra...!—Sisea.

¿En serio está pasando esto? Me doy un pellizco en el brazo para cerciorarme de que no estoy soñando. ¡Au, duele! ¡Joder, no entiendo nada!

—¿Se puede saber qué coño te pasa, Víctor?

—¡¡Contéstame!!—Me grita.

¡Esto es el colmo! ¿Quién se cree qué es para gritarme de esa manera? Respiro hondo y aunque estoy muy cabreada, consigo responderle como si nada.

—¿Sabes?—Le digo tranquilamente—, no tengo porque darte explicaciones de lo que hago, o dejo de hacer, así que, te recomiendo que te sientes, no vaya a ser que te canses de esperar una respuesta—. Y sin más cuelgo.

¿Esto acaba de pasar realmente? ¡Dios, tiene que ser una broma de muy mal gusto! ¿Todo esto es por qué me vio con Franco? Al final Carla va a tener razón cuando ayer me insinuó que el podría estar celoso. Pero sigo sin entender... Voy de aquí para allá haciéndome pregunta tras pregunta.

¡Esto no tiene sentido! El sonido del teléfono me da un susto de muerte, miro la pantalla, otra vez él, automáticamente rechazo la llamada y tiro el móvil encima de

la cama. Estoy indignada, y muy, muy cabreada. ¡Vamos, que bufo por toda la habitación como un miura!

El tono de entrada de mensajes empieza a sonar, y yo, soy tan estúpida que los miro. Cómo si no supiera de sobra de quién son...

—«¡Alejandra... coge el puto teléfono! ¡Quiero saber quién era el tipo con el que estabas ayer!

¿Por qué no contestas, Alejandra? ¿Te da miedo reconocer lo evidente?»

¡Qué equivocado estás, Víctor! ¿Cree el ladrón que todos son de su condición? También él estaba muy bien acompañado. ¡Joder, y yo no le pido explicaciones! Puede hacer con su vida lo que le dé la real gana. Vuelve a sonar el móvil, esta vez contesto dispuesta a terminar con toda esta mierda de una vez.

—Escúchame, Víctor—digo lo más calmada que puedo—, con quien salga o deje de salir, no es problema tuyo. ¡Entre tú y yo, no hay nada! ¿Lo entiendes?—
Lo oigo bufar al otro lado de la línea—que nos hayamos acostado un par de veces, no te da ningún derecho a pedirme explicaciones. Tengo treinta y ocho años, soy una mujer adulta, y lo que haga con mi vida no te interesa. Te vuelvo a repetir que entre tú y yo, no hay nada, solo sexo...

—¿Eso es lo que crees? ¿Lo que piensas?—Me pregunta.

—¡Es lo que tú me dejaste bien claro el viernes!

—Pero eso podría cambiar.

—¿Qué podría cambiar, Víctor?

—¡Lo nuestro!—Me responde con énfasis.

—Victor...—Me siento agotada— no creo que pueda existir un lo nuestro, ¿no te das cuenta? Soy mayor que tú, mucho mayor—susurro—, lo mejor es que dejemos de vernos...

—¡Alex no!

—¡Es lo mejor, créeme!

—¿Es lo mejor para ti, o para mí?

—¡Para Ambos! ¡Adiós, Víctor!—Cuelgo sin darle opción a réplica.

Mis ojos se llenan de lágrimas y se me encoge el corazón al darme cuenta lo difícil que es todo.

Estaba dispuesta a pasar por alto la diferencia de nuestras edades, dispuesta a disfrutar del sexo con total libertad sin pensar en nada más, dispuesta a entregarme a una relación física, sin esperar nada a cambio más que el poder disfrutar del sexo como nunca antes había hecho, pero, lo que no estoy dispuesta a pasar por alto, son esos ataques irracionales de celos, la agresividad de sus palabras.

Me prometí una vez a mí misma, que nadie volvería a tratarme así, y cumpliré mi promesa cueste lo que me cueste.

Me vuelvo a la cama aunque sé que es vano, no podré pegar ojo. Apago la luz y me quedo a oscuras mirando a la nada. ¡Victor... Víctor... Víctor, jamás imaginé que fueras de esa clase de hombres que dan por hecho que les perteneces porque hayas echado un par de polvos con ellos...! Por más que lo intento sigo sin comprender lo que ha pasado. Tras un buen rato de darles vueltas al coco, me siento lo suficientemente agotada como para volver a dormirme. Como decía Escarlata O'Hara en "Lo que el viento se llevó", «Después de todo, mañana será otro día».

Cuando consigo dormirme, tengo sueños raros. A la mañana siguiente suena el despertador, siento como si mi cuerpo hubiera sido arrollado por una apisonadora. Después de una ducha, un ibuprofeno y un par de cafés, me siento preparada para enfrentar el día. Lo primero que veo en cuanto se abre la puerta del garaje es la moto de Víctor, sigue aparcada en el mismo sitio de ayer, eso me desconcierta, pero paso, no quiero empezar el día dándole otra vez vueltas a la cabeza.

Tengo por delante un duro día de trabajo y he de estar tranquila y concentrada.

La clínica es un caos, parece que los astros se han puesto todos de acuerdo para joderme el día.

Encima Marco esta de mala leche porque la famosa que ha ingresado hoy, es una toca pelotas.

Auguro que el día irá de mal a peor.

La operación de la famosa en cuestión, está programada para las diez, así que antes de prepararme para entrar en el quirófano, me tomo otro café, y un donut en mi consulta. Miro el móvil por última vez antes de desconectarlo y, no me sorprende ver que ya tengo cuatro llamadas perdidas de Víctor.

No imagine que pudiera ser tan insistente. Con ese pensamiento rondando en mi mente, me preparo y entro en el quirófano.

La operación sale según lo previsto, salimos de la sala de post operaciones pasadas las tres de la tarde. Como todavía tengo que pasar consulta un par de horas, me voy a la cafetería de la clínica y me como un pincho de tortilla rellena, y me tomo una pepsi, hoy voy de caféina hasta las cejas, si sigo en este plan, no tardarán en darme taquicardias. Algo cansada y con el cuello entumecido me voy a terminar mi jornada laboral.

Estoy sumergida en la bañera con los ojos cerrados. En el equipo de música suena un recopilatorio de Adele. ¡Mmm esto es lo que necesitaba, un buen baño relajante que ayude a desentumecer mis músculos! No sé cuanto tiempo paso en el baño, pero no salgo del agua hasta que no tengo los dedos de las manos y de los pies arrugados como pasas. Tirada literalmente en la cama, enciendo el teléfono. Como suponía empiezan a sonar los tonos de aviso de mis mensajes. Los miro, un montón de llamadas perdidas de Víctor y un mensaje en el contestador, también suyo. Siento curiosidad y lo escucho.

—«Alejandra, perdóname, por favor. Mi comportamiento de ayer, ha sido excesivo, me dejé llevar por los celos que sentí al verte con otro tío. Entiendo que no quieras volver a verme pero, ¿Podrías darme la oportunidad de decirte cuánto lo siento personalmente? Espero ansioso tu contestación»

Su voz suena triste y apagada, no me cabe la menor duda de que está arrepentido, siento lástima, todos tenemos derecho a cabrearnos cuando nos parece necesario, pero no pienso ponérselo fácil.

Me cubro con la sábana y vuelvo a escuchar su mensaje una y otra vez hasta que me quedo dormida. Los días pasan rápido, y mi portento ha debido de captar el mensaje porque no he vuelto a saber nada de él en toda la semana. Es viernes y las chicas tampoco han dado señales de vida así que me voy a casa sin ningún plan en mente. Como es temprano, me voy a correr un rato, lo necesito. A penas consigo recorrer cinco kilómetros a un buen ritmo, me siento agotada tanto físicamente como

mentalmente. Estoy ansiosa porque lleguen mis vacaciones, aún me queda un mes para poder disfrutarlas, pero nunca sentí tanto la necesidad de largarme como hasta ahora. Ni siquiera cuando Fernando me dejó. Pero ahora me siento saturada, siento que el peso de todo lo ocurrido en estos últimos cinco meses me está pasando factura. Necesito a mis padres, necesito estar en Asturias, y olvidarme de todo por una temporada.

Vuelvo a la urbanización caminando, me siento pegajosa, noto el sudor resbalándome por la espalda y la cara ardiendo por el esfuerzo de la carrera. Me apoyo en la barandilla de la entrada para estirar un poco los gemelos, están agarrotados. En cuanto levanto la vista del suelo me encuentro con los ojos verdes de Víctor mirándome fijamente. Lo tengo justo a mi lado, ni siquiera le he oído acercarse. Me pongo nerviosa, las mariposas de mi estómago se despiertan y empiezan a batir sus alas. ¿Y ahora qué? Me paso la lengua por los labios resecos. Sus ojos no tienen la chispa de siempre y su boca no parece estar dispuesta a regalarme esa sonrisa que tanto me gusta.

¿Está enfadado? ¿No debería de ser yo la que lo estuviera? Intento esquivarlo pero no lo consigo, me coge la muñeca y tira de mí hasta que nos quedamos frente a frente.

—Alejandra...—Me susurra.

—Victor—le miro.

—Necesito hablar contigo.

—Ahora no puedo, Víctor, tengo que volver a casa y...

—¡Por favor!—Me ruega— Sólo serán cinco minutos—Asiento y me cruzo de brazos a la espera de oír lo que sea que tenga que decirme.

—¡Gracias!—Me mira a los ojos—. Veras... el otro día cuando te vi con aquel tipo, por primera vez en mi vida sentí celos. No actué bien, lo sé, pero era tal la rabia que sentí, que no pude controlarme.

Se me fue de las manos, no debí tratarte así ni gritarte—. Se queda en silencio de repente—Alejandra, por favor, créeme cuando te digo que estoy muy arrepentido de mi comportamiento. ¡Perdóname, te lo suplico!

—No tenías ningún derecho a hacer lo que hiciste, Víctor.

—Lo sé. He sido un gilipollas.

—Pues sí. Has sido un gilipollas y muchas cosas más. ¡Me has decepcionado!

—¡Lo siento, de veras que lo siento! Me gustas mucho, Alejandra... No quiero perder la oportunidad de conocerte mejor aunque sólo sea como amigos. ¿Podrás a perdonarme?

—Sí, te perdono. ¿Ahora vas a dejarme pasar?—Sigo de brazos cruzados mirándole.

Se hace a un lado para dejar que siga mi camino, no parece estar muy satisfecho con mi respuesta.

Paso a su lado y antes de que entre el vestíbulo me llama.

—Alejandra...

Me giro en la puerta y espero a que hable. Se acerca a mí con paso lento y algo dubitativo.

—¿Amigos entonces?—Me tiende la mano y yo la acepto. Con un ligero apretón de manos, sellamos nuestra renovada amistad.

—¡Amigos!—Digo haciendo hincapié en lo de "Amigos".

El muy arrogante deja salir esa sonrisa suya que me encandila y con una chispa de diversión en los ojos me acaricia la palma de la mano con el pulgar. Ese leve contacto hace que me hierva la sangre.

—Por supuesto, "amigos".

Se abren las puertas del ascensor y aprovecho para dejarle allí plantado.



Cierro la puerta del ático con el corazón en la garganta, ¡joder, una simple caricia y me cuerpo arde...! «La ducha tendrá que ser de agua fría, y se calentará sobre mi cuerpo...»—Pienso, mientras entro en el baño y abro el grifo. Me despojo de mi ropa, me meto en el ducha y dejo que el agua resbale por mis hombros... mi espalda... ¡Está helada, pero aguanto como una campeona! Sólo paso cinco minutos debajo del grifo, tiempo más que suficiente para quitarme el sudor de encima y para que mis hormonas se hayan quedado tiesas de frío.

Mientras me visto, repaso en mi mente la disculpa de Víctor. "Me gustas mucho Alejandra..." Esa frase hace que las mariposas de mi estómago bailen desenfundadas. Él también me gusta mucho, muchísimo. Pero es tan joven... Me siento perdida con esta historia, hay un laberinto en mi cabeza y no sé que camino tomar. Ojalá lo supiera. ¡Dios, necesito hacer algo para distraerme o me volveré loca de tanto pensar! Pero, ¿Qué? Oigo el sonido del teléfono por alguna parte, me vendría genial que fueran las chicas, así dejaría de darle vueltas al tema durante un rato. Después de buscar como una loca el maldito móvil, cuando lo encuentro ya ha parado de sonar, lo miro y para mi sorpresa, Víctor me ha dejado un mensaje en el contestador. Nerviosa lo escucho.

—«Alejandra... dentro de una hora estaré en "El Corsario Negro". Ya sabes... por si te apetece tomar algo...»

Sonrí, me ha citado de la misma manera que cuando yo lo cite a él... Nerviosa miro el reloj y entro disparada en el vestidor. Me pongo una falda lápiz de color rojo, una camisa negra y me calzo unos zapatos de taconazo también en color negro. Me maquillo un poco y me dejo el pelo suelto. Hago mi entrada en "El Corsario Negro" a las diez y cinco minutos. Víctor está en la barra. Me ve a través del espejo y se gira achicando los ojos. Me observa sin molestarse en ocultar su deseo. Su mirada abrasadora me consume. Sé que estoy jugando con fuego y, estoy dispuesta a quemarme. Sonrí mientras me voy acercando a él, cuando estoy a su altura, le planto dos besos, uno en cada mejilla.

Él sigue mirándome sin decir nada, hasta que poco a poco aparece esa sonrisa pícaro. ¡Está guapísimo! Lleva unos tejanos oscuros y una camiseta que marca su pecho bien definido. ¡Está para comérselo!

—¿Sabes qué eres preciosa?—Su comentario me sonroja— Si te soy sincero, no creí que fueras a venir.

—Bueno...—Contesto—, no tenía nada mejor que hacer.

—Pues me alegro que no tuvieras nada que hacer—se da la vuelta y le pide a Rober unas cervezas—¿Qué tal la semana?

—¡Bien! Ya sabes pura rutina. Operaciones, consulta, curas... ¡Estresante la verdad!

Así comenzamos una conversación de "amigos", nada de preguntas con doble sentido, nada de insinuaciones pero sí muchas miradas que me dejan sin aliento. No sé si lo hace a propósito o no, pero cuando me mira así, me tiembla todo el cuerpo de deseo.

Aprovecho que ha ido al baño para evaluar un poco la situación. Su forma de actuar conmigo es distinta a cuando nos conocimos. Por decirlo de alguna manera, es menos chulo. No sé si la palabra chulo es la adecuada para describirlo pero, es la única que se me ha ocurrido. ¿Qué ha cambiado?

¿Quizás el verme con Franco? Sí, probablemente sea eso. Me da la sensación que ha querido ir de durillo conmigo y, le ha salido el tiro por la culata. Ahora tengo clarísimo que le gusto, él mismo me lo dijo, y tengo más claro todavía que él me gusta a mí. ¿Entonces? ¿Estamos jugando al gato y al ratón, o qué? ¿Quiero tener una relación de verdad con un chico de veintinueve años? No saber la respuesta me asusta. Mis prejuicios aún no me han abandonado del todo y el que dirán sigue atormentándome. Debo dejar de coquetear con él hasta que no tenga claro lo que quiero. ¿Seré capaz de hacerlo? ¡Mmm, lo dudo! La aparición de Víctor evita que siga haciéndome preguntas.

—¿Te apetece que vayamos a bailar?—Me pregunta.

—No, la verdad que no me apetece, estoy cansada—si voy a bailar con él, sé lo que vendrá después y, aunque lo desee no puede ser—. Además mañana he quedado temprano con Carla—miento.

—¿Tienes planes para mañana por la noche?

—No, este fin de semana me quedaré en casa.

—¡Qué raro, tú siempre tienes alguna fiesta a la que acudir con tus amigas! ¿Estas tratando de evitarme?

—¡No, no eso!—Vuelvo a mentir.

—Vale, ¿te acompaño a casa?

—Prefiero irme sola.

—Está bien, como quieras.

En ese momento suena su teléfono. Cuando responde es muy cortante. ¡Joder, que borde es el tío!

Pobre de quien este al otro lado de la línea. Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Y si es ella? Me había olvidado por completo de su existencia. Víctor cuelga y me mira con cara de pocos amigos. ¿Y ahora qué?

—Lo siento, Alejandra, tengo que ir a Bacana, ha surgido algo y me necesitan.

—¿En Bacana?—Pregunto sorprendida.

—Sí.

—¿Trabajas allí?

—Más o menos...—Responde.

—¿Qué significa más o menos?

—Ahora no puedo explicártelo, tengo que irme. ¿Quieres acompañarme?

Aunque la curiosidad me mata, mi respuesta es no. Prefiero irme a casa.

Esa noche sueño con ojos verdes y ardientes. Manos duras y posesivas. Con labios carnosos y sensuales. Con un cuerpo musculoso y fibroso... Esa noche sueño con mi portento. Me despierto frustrada e insatisfecha, ver y estar con Víctor revoluciona mis hormonas, no puedo dejar de pensar en él. ¿Qué coño me pasa? ¿Me estaré enamorando? Una vocecilla traviesa susurra en mi cabeza que ya lo estoy pero que tengo miedo a reconocerlo. Siento que me falta el aire, me levanto y salgo a la terraza, respiro profundamente y cargo mis pulmones de oxígeno. ¡Qué sensación tan horrible sentir que me ahogo en un mar de dudas! Intento recuperar el control de

mis emociones, apenas hace tres semanas que le conozco... ¡No puedo estar enamorada de él! ¡Sí lo estás! vuelve a susurrarme esa vocecilla. ¡No, me niego!

Necesito salir de aquí. Meto cuatro trapos en una mochila y sin pensármelo ni un segundo me voy a Benalmádena a pasar el resto del fin de semana. Allí está la casa de mis padres, aunque ellos están en Asturias, siguen teniendo su casa aquí y está a mi entera disposición. Tardo en llegar unos treinta y cinco minutos aproximadamente. Dejo el coche en el patio y entro. Todo está en penumbra, la última vez que estuve allí fue poco después de que rompíéramos Fernando y yo. No imaginé que la siguiente vez que volviera, fuera también impulsada por la necesidad de huir de otro hombre. Bueno, quizás decir que estoy huyendo es una expresión muy drástica, de lo que realmente huyo es de mis sentimientos. Como si al estar aquí el fin de semana me hiciera una limpieza curativa y para cuando regresara el domingo no sintiera nada.

Subo a mi antigua habitación, abro la ventana y dejo que la luz del sol inunde la estancia. Quito las sábanas que cubren los muebles y dejo la mochila a los pies de la cama. Saco el móvil y escribo en el grupo de las chicas. Les digo donde estoy para que no se preocupen y desconecto el teléfono. Me pongo cómoda y bajo a la cocina y echo una ojeada a la despensa, con lo que tengo allí podré arreglármelas para pasar el día. Enchufé la nevera y bajo a la bodega a por una botella de vino para ponerla a enfriar. Más tarde salgo al patio con mi ipod y el libro. Me siento en el balancín dispuesta a pasar el resto del día. Escucho el último álbum de Alejandro Fernández “Confidencias” y, después leo durante un rato antes de quedarme completamente dormida.

Está anocheciendo cuando entro en casa. Me preparo algo de cenar, lo pongo todo en una bandeja y junto con la botella de vino subo a mi cuarto. Me siento frente al balcón, y mientras ceno contemplo como cae la noche y el cielo se va llenando de estrellas. Cuando termino de cenar, con la copa de vino en la mano me siento en el alféizar de la ventana y dejo que mi mente vague a sus anchas por los recovecos de mis sentimientos.

Estoy confundida. Creo que estoy mezclando amor con deseo, con pasión... ¿Puede una persona enamorarse en tres semanas? Nunca antes había tenido que planteármelo, así que desconozco la respuesta. ¿La desconozco de veras? ¿No tengo la respuesta delante de mis narices? ¡Qué complicado es todo...! ¡Mi cabeza es un caos! Tengo tanto miedo a dejarme llevar... Suspiro.

Preparo la cama para acostarme, la tenue luz de la luna llena de junio se cuele por la ventana, desde ésta la veo allí, en el cielo, brillando imponente. ¡Es tan romántico...!

A las ocho de la mañana me despierto. La luz del sol ya entra con fuerza en la habitación, el cielo está de color azul intenso, ¡hace un día espectacular! Salgo al balcón y sonrío al ver la sensorial vista que tengo ante mí. Tanto colorido me deslumbra y me quedo maravillada. El jardín de mi madre sigue siendo precioso gracias a las manos de Manuel, el jardinero que se ocupa de él. Me siento mucho más animada. Anoche, después de pensar... pensar... y pensar, solo llegue a la conclusión de que soy una pollina sin remedio afanándome por situaciones y cosas que todavía no han ocurrido, así que después de tanta deliberación, ese ha sido mi único veredicto. Se acabo el ser una agonías y comerme la cabeza como si volviera a tener dieciocho años. ¡Lo que tenga que ser, será!

Recojo todo lo que está fuera de sitio, coloco otra vez las sábanas encima de los muebles de la habitación y me doy una ducha rápida. Vuelvo a casa con el convencimiento de que mi caos interior, está algo más ordenado. En cuanto entro por la puerta y enchufé el teléfono, éste empieza a pitar, durante unos segundos no paran de llegarme avisos de mensajes. Todos son wuas de las chicas, nada de mi portento. Hablo con mis amigas. Estela está con Jared en Nerja haciendo turismo, y Carla en casa de sus padres celebrando el bautizo de su sobrina. Quedamos en vernos a lo largo de la semana. Como yo no tengo ningún plan a la vista, preparo la bolsa de playa y salgo por la puerta dispuesta a tener otro magnífico día para mí sola, esto de pasar tanto tiempo conmigo misma, está empezando a gustarme demasiado.

Paso un estupendo y tranquilo día en la playa. Como siempre leyendo y escuchando música, dos de las cosas que más me apasionan en la vida. Durante un rato contemplo a unos niños que están jugando a mi lado haciendo castillos en la arena. Sus sonrisas son contagiosas, se les ve tan felices.

Nunca he sentido la necesidad de ser madre, pero viendo a esos pequeños, algo dentro de mí se agita. ¿Será mi reloj biológico? Puede ser... Estoy haciéndome mayor e imaginarme con un bebe en brazos me agrada. ¡Dios, no sé que me está pasando, imaginándome con un bebe! ¡Esto sí que no me había pasado en la vida!

Después de quitarme el salitre y los restos de arena con una ducha, saco el portátil y busco en google la cartelera de cine. Hace tiempo que no voy a ver una peli y hoy, me apetece hacerlo. La única que me llama la atención es una comedia romántica. ¿Por qué será? Sonrío y entro en el vestidor, tengo tiempo de sobra para la sesión de las ocho y media. Veo el vestido color coral que me regaló mi madre una vez que salimos de compras por Oviedo y me lo pongo. Es de tirante fino y cae en volantes hasta por encima de las rodillas, la verdad que es un vestido sencillo y queda precioso. Recuerdo que mi madre se empeñó en comprármelo porque según ella, este color resaltaría el tono de mi piel. Y es cierto. ¡Qué poco se equivocan las madres! Me pongo las sandalias romanas negras, me recojo el pelo en una cola alta y solo me pongo un poco de rimel.

Cuando estoy buscando en el armario la chaqueta negra, suena el teléfono. Contesto sin mirar.

—¿Qué tal preciosa, has tenido buen fin de semana?

Las mariposas de mi estómago se despiertan agitadas en cuanto oímos su voz.

—¡Pues... sí!—Contesto— Ha sido un fin de semana tranquilo y relajante. ¿Y tú?

—El mío no ha estado mal, pero podría haber sido mejor. Alejandra, ¿Te apetece qué hagamos algo? ¿Un cine, tal vez?

¿Qué? Empiezo a mirar a mi alrededor. ¿Me ha puesto cámaras mientras he estado fuera y no me he enterado? ¡Esto es acojonante!

—Alex, ¿estás ahí?

—¡Sí, sí perdona! ¿Qué decías?

—Te preguntaba qué si te apetecería ir al cine conmigo.

—Eh... no vas a creértelo, pero estaba a punto de salir por la puerta precisamente para eso.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya, que casualidad, ¿no? ¡Pues en quince minutos estoy ahí!

Me quedo lela mirando el móvil. Y si no quiero ir con él, ¿qué pasa? «Mentirosa—me digo— estás deseando verlo». Me voy pitando al baño, me pongo brillo de labios y me suelto el pelo para cepillármelo con brío antes de que llegue. Justo a los quince minutos llaman al portero automático. ¡Menuda puntualidad!

—¡Ya bajo!—Me tiemblan las manos y el aparato se me cae al suelo ¡Joder qué nervios!

En el ascensor, respiro hondo varias veces intentando tranquilizarme. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

¡Porque te gusta! Me contesto a mí misma. Porque le deseas. Porque... Me quedo en blanco. En ese momento se abren las puertas del ascensor y veo a mi portento apoyado en la pared esperándome. Se me hace la boca agua y me entran ganas de tirarme a saborear su boca. ¡Dios, que buenorro está! ¡Madre mía, es que me lo comería! Su mirada, seductora como siempre, recorre mi cuerpo de pies a cabeza. Cuando llega a la altura de mis ojos, me regala esa sonrisa suya que me vuelve loca.

—¡Hola preciosa!—Me saluda con voz sedosa, posa sus labios en mi mejilla y me da un beso.

Un beso, que hace que mil hormigas asciendan desde mis pies hasta mi estómago, donde las mariposas que allí habitan desde no hace mucho tiempo, les hacen hueco para unirse a su bailoteo.

Me toma de ambas manos y vuelve a recorrer mi cuerpo con esa mirada que me enciende y me calienta.

—¡Estás preciosa, Alejandra!

Me ruborizo y musito un gracias apenas audible. ¡Vaya...! ¿Desde cuándo me he vuelto tan tímida?

Tira de mí y cogidos de la mano salimos a la calle. Miro nuestras manos entrelazadas, me gusta sentir sus dedos alrededor de los míos. Sí, es una sensación muy placentera.

Una vez fuera, observo con horror que nos dirigimos a su moto. ¿No pensará qué voy a subirme a ese cacharro, verdad? Lo miro con la esperanza de que no me haga subir a la moto, me entran

escalofríos solo de pensarlo. Del manillar cuelga un sólo casco, bien, me digo soltando el aire contenido por el pánico. No puede hacerme ir en moto si no tiene otro casco para mí. Para mi pesar, lo veo abrir un maletín que va sujeto en la parte de atrás y de allí, sacar un casco más pequeño que me entrega mientras coge el suyo.

—¿Para qué me das esto?—Suelto la pregunta tonta del día sin pararme a pensar.

—Para que te lo pongas—se acerca a mí sonriendo—. Se pone en la cabeza—me explica en tono de burla.

—¡Ya sé que se pone en la cabeza!—Le miro mosqueada— ¡No pienso hacerlo!

—¿Por qué? ¿Te dan miedo las motos?

—Les tengo mucho respeto a esos cacharros, más que miedo me dan pánico. ¡No me gustan!

—¿Es por qué has tenido una mala experiencia con alguna?

—No, nada de eso.

—Alejandra, ¿te has subido alguna vez a una moto?—Me pregunta divertido.

—Sólo una vez, cuando era joven... ¡Lo pasé fatal!—Se me ponen los pelos de punta sólo de recordarlo.

—Quizás la persona que la conducía no era la adecuada.

—¿Y tú sí lo eres?

—¡Por supuesto, cielo! ¡Estas máquinas me adoran, y yo a ellas!

¡Menudo fanfarrón! ¡Es alucinante la seguridad que tiene en sí mismo este tío! ¡Ojalá yo fuera igual...!

—Alejandra, ¿Confías en mí?

¿Confío en él? Buena pregunta. Sí, supongo que sí, me digo no muy convencida. Él empieza a impacientarse al no obtener respuesta alguna por mi parte.

—¿Y bien?—Pregunta expectante.

—Sí, ¡Confío en ti!—Claudico ante esa sonrisa y esa mirada—, pero... no voy vestida adecuadamente para ir en moto, Víctor.

—¡Estás perfecta! Ahora, vamos a ponerte esto—me quita el casco de las manos y lo pone sobre mi cabeza—. No queremos te que rompas la crisma, ¿verdad?

¡Es una broma...!—Dice al ver mi mirada fulminante— ¡Venga Alejandra, no te enfades conmigo, sólo era una broma!—Me coge de las manos y me da un besito en la punta de la nariz—. ¿Nos vamos?

Asiento al no poder articular palabra. Ese gesto tan tierno me ha dejado K.O. El rugido de la moto al arrancar, hace que de un brinco. Víctor apoya una de sus manos en mi rodilla y aprieta para tranquilizarme. Mi piel arde con ese leve contacto.

Abrazo a Víctor por la cintura muy fuerte, pegando mi pecho a su espalda. Maneja la moto con una seguridad asombrosa. Me lleva por las calles de Marbella zigzagueando entre los coches sin que note ese miedo que atenazaba mi cuerpo sólo de pensar en subirme a ese trasto. Para mi asombro disfruto de la experiencia. En un pisapás llegamos a nuestro destino. "El complejo Gran Marbella", situado en la céntrica avenida Julio Iglesias. Es un edificio grande y a estas horas de la tarde bastante concurrido. Dejamos la moto aparcada cerca de la entrada. Cuando me bajo de esta tengo las piernas temblorosas, se lo comento a Víctor y me dice que es normal. ¡Joder, pues es una sensación rarísima!

—¿Qué tal, ha sido tan malo cómo creías?—Me dice mientras guarda el casco en el maletín trasero.

—¡No! Al principio estaba tensa, pero poco a poco he conseguido relajarme.

—¡Sí, ya lo he notado!

—¿Lo has notado? ¿Cómo?

—Por la forma de abrazarme. Lo hacías tan fuerte que apenas podía moverme—sonríe—. Luego bajaste la presión del abrazo, así que supuse que estabas más relajada.

Me coge de la mano y caminamos hacia el complejo. Allí miramos la cartelera, después de varios minutos, Víctor se gira y me pregunta:

—¿Qué película ibas a ver tú?

—La comedia romántica—señalo el cartel de la pared.

—No empieza hasta las nueve, podemos sacar las entradas y tomar algo mientras esperamos, ¿te parece bien?

—¡Por mí perfecto! Pero oye Víctor, si tú prefieres ver otra peli...

—Mi preferencia eres tú, Alejandra...—Me guiña un ojo y se da la vuelta para ir a la taquilla a por las entradas.

¿Qué? ¡Ay Dios mío, como siga diciéndome esas cosas, me derrito! Con las entradas ya en el bolso, Víctor y yo nos sentamos en la terraza de un bar cercano al complejo y pedimos unas cañas.

Mientras el camarero nos las sirve, suena el teléfono de mi portento. Mira la pantalla y se aleja un poco de la mesa para contestar. Por favor, imploro mirando al cielo, que no sea trabajo. Lo observo mientras habla, parece serio y disgustado, hasta puedo ver como se tensa su cuerpo, ¿Quién será? Víctor cuelga y vuelve a la mesa.

—¿Va todo bien?

—Sí, nada importante.

Me hace un gesto con la mano dándome a entender que no es nada. Me sonrío pero al instante noto que su sonrisa no es la de siempre, parece forzada. ¿Qué le habrán dicho? Parece preocupado.

—¿Seguro?

—¡Sí! Cuéntame, ¿qué has hecho estos dos días?

¡¡Tachán!! ¡Ahí aparece el Víctor esquivo que no quiere dejarme entrar en su vida privada! ¡Joder, yo le cuento toda mi puñetera vida y él, ni siquiera me dejar entrever algo de la suya! ¿Por qué no confía en mí? Cosas como esta, hacen que todas las dudas que tengo se acentúen. Resignada contesto.

—Pues no mucho. He ido a Benalmádena a casa de mis padres y pasé allí la noche. Hoy he estado todo el día en la playa holgazaneando. ¿Y tú?

—Nada interesante—contesta evasivo—. Creí que ayer habías quedado con tu amiga.

¡Joder con el tío, no se le escapa una! Pues nada, a confesar se ha dicho.

—Te mentí—confieso.

—¿Por qué?

—No lo sé... —Me encojo de hombros.

—Me estás mintiendo otra vez—me mira serio—, lo que te pasa es que tienes miedo a estar conmigo.

—¿Por qué iba a tener miedo?

—Porque te gusto, porque me deseas y porque no puedes controlar lo que sientes cuando estamos juntos.

¡Hay qué joderse con el creído este de los cojones! ¡Lo cojonudo es que acierta de pleno, el jodío! ¿Cómo lo hace?

—¿No crees que eres un poco arrogante?

—No, no lo creo. Estoy seguro de lo que digo.

—¿Y por qué estás tan seguro?—Juro que me tiene alucinada.

—Porque así es como me siento yo cuando estoy contigo—su mirada penetrante me taladra.

¡Uau, me he quedado completamente estupefacta, de hecho creo que la mandíbula me llega al suelo...! ¿En serio ha dicho lo que creo que ha dicho? ¡Madre de Dios, creo que me he quedado muda. No soy capaz de articular palabra alguna!

—¿Estoy en lo cierto?—Pregunta mirándome a los ojos.

—Puede ser...—Balbuceo—. La película empieza en quince minutos, ¿nos vamos?—Digo mirando el reloj.

—¿Estás evitando darme una respuesta? No te tenía por una cobarde, Alejandra. ¿Sabes? Sé que estoy en lo cierto, tus ojos, tu cara, tus gestos y tu cuerpo te delatan—sonríe, deja un billete de cinco euros encima de la mesa y alarga su mano buscando la mía.

Entrelazo mis dedos con los suyos gustosamente. Yo también sé que está en lo cierto. Lo que él ignora, es hasta que punto estoy coladita por sus huesos.

CAPÍTULO 9



En silencio entramos en el cine. A los diez minutos de estar sentados en nuestras butacas, se levanta y me dice que se va a por palomitas y unas bebidas, asiento y mientras baja la escalera me quedo absorta mirando su trasero, ¡Dios, es que está para comérselo enterito!

No creo que pueda prestar mucha atención a la película, Víctor resulta ser una poderosa distracción, sobre todo para mis sentidos. Intento concentrarme al máximo en las imágenes que se desarrollan en la pantalla, pero el constante roce de nuestros muslos hace que sea imposible. Cuando Víctor apoya una mano en mi rodilla, contengo la respiración y lo miro de reojo, luego miro a nuestro alrededor.

Hay demasiada gente, no creo que se atreva a pasar de ahí, si lo hiciera, estaría perdida y los dos seríamos portada de los periódicos al día siguiente por pervertidos. Su mano sube un poco más y sus dedos trazan círculos en mi muslo. Nos miramos. En sus ojos puedo ver claras sus intenciones, pero no puedo permitirle continuar. Le digo que no con la cabeza, lo que hace que mi portento se aproxime más a mí y pegue sus labios en mi oreja.

—¿No quieres jugar?—Me susurra.

—¡No!

—Eres una cobarde.

Su lengua juega con el lóbulo de mi oreja, pasa a mi cuello y desde allí, va dejando un reguero de besos hasta mi hombro. Gimo involuntariamente, cierro los ojos para no ver, sólo quiero sentir...

Para mi frustración, mi conciencia se niega a dejarlo seguir. Muy a mi pesar me veo en la obligación de no dejar que continúe abrasándome con su lengua. Nunca me han detenido por exhibicionista y no quiero que esta sea la primera vez. Haciendo de tripas corazón, apoyo mi mano en su pecho y lo empujo un poco para que se aparte, él se detiene, mira a mis ojos y luego a mi boca.

—¡No, por favor Víctor... no sigas!

—Alejandra, lo estás deseando.

—¿Estás loco? ¡Ésto está lleno de gente!

—Claro qué estoy loco, pero por ti. La gente me da igual.

—Pero a mí no, Víctor. O lo dejas, o me largo—le digo convincente.

—¡Está bien, por esta vez tú ganas!

—Gracias.

—Todavía no me des las gracias, no puedo prometerte que no vuelva a intentarlo otra vez. ¡Eres una tentación muy grande, cariño...!—Me guiña un ojo y con una sonrisa en esos labios tan sensuales se gira y contempla la pantalla como si no hubiera pasado nada.

Los noventa minutos que dura la película, son los más largos de toda mi vida. Mi cuerpo me traiciona anhelando las caricias de Víctor. El muy cabrón lo sabe y no ha vuelto a ponerme un dedo encima. Suspiro. Cinco minutos más dejándolo hacer a sus anchas y no hubiera dudado ni un segundo en follármelo aquí mismo. La única satisfacción que me llevo, es no haberlo dejado salirse con la suya. Estoy más cachonda que nunca pero, ole por mí. Tengo la mente tan activa por el calentón que hasta me sofoco. Ni siquiera había reparado en la mirada escrutadora de mi portento.

—¿Estás bien?—Pregunta divertido.

—Perfectamente.

—¡¡JA!! Mentirosa.

—¡ Y tú gilipollas!

Me levanto con tanto brío, que se me engancha el pie en la chaqueta que tengo en el suelo, lo que provoca que me caiga de rodillas a los pies de Víctor. ¡Joder que patosa soy! ¡¡Qué vergüenza!!

—¿Tan ansiosa estás qué te postras a mis pies?

—¡¡Vete a la mierda!!—Le espeto furiosa.

Riéndose de mí descaradamente, se agacha para ayudarme a ponerme en pie. Cuando me mira, bajo la cabeza, estoy colorada como un tomate. No podía haberme caído en otro momento no, que va, tenía que ser precisamente ahora.

—¿Te has hecho daño?—Me pregunta conteniendo una carcajada. Lo miro enfurruñada y paso de contestarle—. Perdona por haberme reído de ti.

—Sí claro, como si lo sintieras de verdad.

Me coge de las muñecas y tira de mí. Quedemos uno frente al otro, pecho contra pecho. Posa sus manos en mi cintura y me insta a que lo mire. Lo hago. Lentamente baja su cabeza y posa sus labios en los míos. Un leve y fugaz contacto que hace que toda mi mala leche se esfume.

—Vámonos, o acabaré follándote en esa butaca.

Oír su voz cargada de deseo me pone a mil, pero me controlo al ver las miraditas que nos lanza la gente al pasar por nuestro lado. La fresca brisa de la noche acaricia mi piel ardiente dejándola a temperatura ambiente, ahí dentro hacía demasiado calor. A pesar del aire acondicionado, yo, ¡me estaba achicharrando!

Durante el corto trayecto del complejo a donde está aparcada la moto de Víctor, ninguno de los dos abre la boca. Cuando llegamos, mi portento me pasa su cazadora por los hombros y me ayuda a ponérmela.

—No quiero que te enfríes—me explica ante mi mirada interrogativa.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien, para serte sincero, no me vendrá mal pasar algo de frío.

Sonríe, sí, sé a lo que se refiere. A mí me pasa exactamente lo mismo. Los dos estamos más calientes que una fragua.

El olor que desprende la cazadora de Víctor impregna mis fosas nasales, un ligero toque a perfume mezclado con el olor a cuero de su cazadora, ¡mmm es tan masculino...! Arropada por el calor de su cuerpo pegado a mi pecho y por el calor que desprende su cazadora, nos ponemos en marcha.

Realizamos el camino de regreso muy rápido, para ser domingo apenas hay tráfico y eso facilita la circulación en la carretera. Parados frente a la entrada de la urbanización, me quito la cazadora y se la entrego a Víctor.

—Gracias—la timidez vuelve a hacer acto de presencia en mí. ¿Pero se puede saber qué me pasa?

—Gracias a ti por pasar este rato conmigo.

—Ha sido un placer, Víctor.

—¡Oh créeme, si no hubieras sido una cobarde...!

—Cállate. No lo jodas con tus comentarios—le digo dando media vuelta para irme.

—¿No vas a darme un besito de despedida?

—¡Ni de coña!—Le saco la lengua traviesa y me voy. El sonido de sus carcajadas desde el exterior, hacen que yo también suba riéndome en el ascensor.

Acostada en mi cama y con todo listo para el trabajo del día siguiente, dejo que mi mente se recree en el momento cine. Me doy cuenta de que mi portento consigue encenderme con solo respirar. Sus besos y sus caricias son tan vívidos en mi cabeza, que vuelvo a ponerme cachonda. Por primera vez en toda mi existencia, meto la mano por dentro del pijama y de las bragas, y me masturbo pensando en él.

A la mañana siguiente cuando me subo en el coche para ir a trabajar, me siento pletórica, llena de vida. Hoy es un día de esos que nada ni nadie podrá chafarme. Hoy, después de mucho tiempo, me siento feliz. Mi estado de felicidad se intensifica cuando entro en mi consulta y veo una preciosa orquídea encima de mi mesa. Al imaginarme quien me la envía sonrío y cojo el sobrecito que está junto a ella. Lo leo.

—«Buenos días preciosa. Espero que anoche consiguieras conciliar el sueño. Yo, no he podido dejar de pensar en ti. ¡Eres una mujer increíble! Gracias por existir. Que tengas un buen día. V».

¡Oh señor! ¿No es para comérselo? Tendría que ser ciega, sorda y muy tonta para no enamorarme de él. ¡Ay Víctor, si supieras que he dormido como una marmota gracias a ti y a mi imaginación...!

Rebusco en mi bolso hasta que doy con el móvil. Le envío un wuas.

—«¡¡Buenos días bombón!! Muchas gracias por la orquídea, es preciosa. Que sepas que he dormido como un bebe. Hablamos. Bss».

Al minuto, tengo una respuesta de Víctor. Aunque voy justa de tiempo para empezar la consulta, la curiosidad me mata y lo leo.

—«¿Bombón?, ¡Tú sí que eres un bombón! Una delicia para los cinco sentidos. ¿Te apetece cenar hoy? ¡Estoy ansioso por volver a verte!».

Miro la pantalla embobada, enchochada o como lo queráis llamar. Cuando me dice estás cosas tan bonitas, todo mi ser se derrite. Le contesto.

—«Más tarde hablamos, he de empezar con la consulta. ¡Ya voy con retraso! Bss».

—«Ok, perdona no quería entretenerte. Luego te llamo. Bss».

Coloco las cosas en el perchero y como toda una profesional, me pongo manos a la obra. A media mañana y viendo que no tengo otro paciente hasta las doce y media, me tomo un descanso. Voy hasta la cafetería de la clínica y me tomo un café y un pincho vegetal. Cuando estoy a punto de levantarme para volver a mis quehaceres, veo entrar a mi jefe por la puerta, pedir algo en la barra y acercarse a mi mesa.

—¿Puedo?—Me dice señalando una silla.

—Adelante, estás en tu casa—le sonrío—. Tienes mala cara, Marco, ¿te encuentras bien?

—Sí, solo estoy un poco cansado. Ayer estuve en urgencias con Claudia hasta las cuatro de la madrugada.

—¿En urgencias? ¿Y eso? Espero que no fuera nada importante.

—Bueno, al principio pensamos que se trataba de un virus estomacal porque durante dos días no paraba de vomitar pero, ayer cuando salía de la ducha se puso fatal. Muy mareada, casi hasta el punto de perder el conocimiento. Nos asustamos muchísimo y decidimos ir al médico.

—¿Y qué os han dicho? ¿Qué es lo que tiene?—La preocupación se refleja en mi rostro.

—Pues...—me mira asustado— ¡Estamos embarazados!

—¡Oh Marco, eso es maravilloso! ¡¡Felicidades!!

—Gracias. Pero no quiero hacerme ilusiones, ya sabes que Claudia tuvo tres abortos y sinceramente, estamos acojonados.

—Tranquilízate hombre. Ya verás que esta vez será diferente. Todo saldrá bien.

—Ojalá tengas razón. No sé si seríamos capaces de volver a pasar por todo eso otra vez. Lo deseamos tanto y llevamos tanto tiempo intentándolo que a veces me desespero.

—Seguro que esta vez es la buena, ya lo verás—me levanto y le doy un cariñoso abrazo tratando de infundirle tranquilidad— ¡Seréis unos padres fabulosos!

—¡Gracias Alejandra! Eres un amor.

Después de que mi jefe se haya desahogado un poco, ambos nos dirigimos a nuestras consultas para seguir con la tarea. Espero de corazón que esta vez lo consigan, nunca en mi vida he visto a dos personas que ansiaran tanto ser padres como a ellos dos. Además, los palos tan tremendos que se llevaron con los otros embarazos, lo mal que estuvo Claudia... pobre, no quiero ni imaginar lo que le estará pasando por la cabeza.

A la hora de la comida hablo con mi amiga Carla. Como es habitual en ella, me atosiga a preguntas.

¿Qué ha pasado con Víctor? ¿Has hablado con él? ¿Os habéis enfadado? ¿Por eso te fuiste a Benalmadena? ¿Cómo se nota que trabaja para un periódico! Aunque también podría pasar por un agente del FBI. Le contesto a todas y cada una de sus interrogantes. Por supuesto, ella no pierde detalle de cada palabra que sale de mi boca. Ella es así, que le vamos a hacer.

—¿Y dices qué te lo encontraste en la entrada de la urbanización cuándo volvías de correr?

—Sí, la verdad que no esperaba verle.

—¿Y qué te dijo?

—Pues... me pidió perdón. Ya sabes, me dijo que estaba muy arrepentido de su comportamiento.

—¿Y qué hiciste? ¿Le perdonaste?

—¡Pues claro que le perdono! Todos cometemos errores.

—¿Por qué te fuiste entonces a Benalmadena? No lo entiendo, si ya habíais hecho las paces...

—Porque necesitaba estar sola, Carla, necesitaba pensar y aclarar mi cabeza—cuando se pone en este plan me agota.

—¿Has vuelto a verle desde entonces?—Pongo los ojos en blanco y contesto resignada.
—Sí, ayer estuvimos juntos. Fuimos al cine, vimos una peli y luego me llevo a casa. ¿Algo más, cotilla?
—Ups lo siento, nena. Sabes que cuando me propongo algo no hay quien me pare. Estaba preocupada, Alex.
—¡Sí, claro! Gracias por tu preocupación—le digo con sorna— ¿Sabes algo de Estela?
—No, está desaparecida. Parece que esta vez, cupido dio con la flecha adecuada.
—Eso parece. ¿Y tú qué? ¿Me quieres contar qué paso con Flavio?
—¡Uf! Ahora no puedo entretenerme, tengo que ir a una reunión. Pero necesito contarte algo y saber tu opinión al respecto. ¿Quedamos esta noche y te cuento?
—¡Menuda cara tienes! Me llamas y me acosas a preguntas con la disculpa de que estas preocupada, y ahora que soy yo la que pregunta, ¿me sales con qué tienes una reunión? No puedo quedar esta noche, tengo planes. ¿Me vas a dejar con las ganas de saber lo qué paso?
—Ahora no puedo, Alex, en serio. Además quiero contarte esto personalmente. ¿Comemos juntos mañana? Por cierto, ¿qué planes son esos?
—Vaya, que pena, tienes demasiada prisa para que te de detalles—sonrió—. Comemos mañana y hablamos.
—¡Touché! Te recojo en la clínica a eso de las dos, ¿te parece?
—De acuerdo.
—¡Entonces hasta mañana, Alex. ¡Te quiero!
—Yo también te quiero Carla. Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono con una sensación rara en la boca del estómago. Mi amiga no está bien, algo ronda por esa cabecita suya y me preocupa. ¿Qué me he perdido estos días? ¿Tendrá qué ver con el italiano? Por más que pienso, no consigo imaginar lo que puede ser. Es tan raro que ella esté así...

Y eso de que quiere saber mi opinión ne descoloca aún más. En fin, no me queda otra que esperar a mañana para saber. Otra llamada me saca de mis cavilaciones. Esta vez es Víctor el que llama.

—Buenas tardes, preciosa, ¿puedes hablar?
—¡Hola!—Digo entusiasmada. Es que escucho su voz y brinco de alegría.
—¿Cómo va el día?
—Viento en popa y a toda vela. ¿Y el tuyo?
—Demasiado tranquilo. Con muchas ganas de que llegue la noche para verte.
—Yo también tengo ganas de verte.
—¿En serio?
—Sí.
—¿Te parece bien que quedemos a las ocho y media?
—Sí, por mi perfecto.
—Entonces te recojo a esa hora en la urbanización. No te entretengo más.
—Vale, nos vemos esta noche. Víctor, gracias otra vez por la orquídea, es preciosa.
—De nada, nena. Ya sabes lo que dicen, una flor para otra flor.
—Gracias—ante este último comentario me sonrojo. No estoy acostumbrada a que me digan cosas tan bonitas—. Te veo luego, Víctor.
—Hasta luego, princesa—colgamos.

¡Madre mía! Me encantan los piropos de mi portento. ¿Por qué a mí no me saldrá decir cosas tan bonitas? «Porque soy más seca que Bob esponja tomando el sol—me contesto a mi misma—. O porque nunca has estado realmente enamorada, esta también es otra posibilidad». Como siempre suspirando, recojo el tuper de la comida y me dirijo a las habitaciones para hacer mi ronda de curaciones y valoraciones.

A las seis en punto salgo de la clínica dirección a casa. Estoy nerviosa por la cita de esta noche.

¿Qué me tendrá preparado Víctor? Con él, nunca sé a que atenerme. El vestíbulo de la entrada, está lleno de porquería. Trozos de escayola, cemento, molduras de ventanas, ¡Joder menudo desastre! La puerta de la oficina de mantenimiento está abierta y escucho al señor Rodríguez echarle la bronca a alguien sobre el aspecto tan deplorable que tiene la entrada. Escucho claramente como dice que es una vergüenza que los demás propietarios tengan que verlo así. Qué deben ser más cuidados con las zonas comunes. Dicho esto último, sale por la puerta seguido por dos jóvenes.

Los tres se me quedan mirando, yo disimulo y abro el buzón. Me han pillado de pleno cotilleando,

¡Trágame tierra!

—No podrá usar el ascensor, señorita. Estos animales—me dice el señor Rodríguez señalando a los muchachos—, lo han dejado que da pena—los susodichos ni se inmutan.
—No pasa nada—le sonrío con amabilidad— subiré andando.
—Tenga cuidado, niña. Puede encontrarse cualquier resto por las escaleras.
—¿Quién está de obras, Rodríguez?—Pregunto curiosa.
—Es en el ático, niña. El que está frente al suyo. Al final no lo han alquilado, lo han comprado. El nuevo propietario quiere restaurarlo por completo. Por eso todo está hecho un desastre.
—¿Durarán mucho las obras?
—Según tengo entendido, unas cuatro o cinco semanas, pero ya sabe como es esto, puede demorarse algún tiempo más.
—Paciencia Rodríguez, paciencia—me despido de él y subo las escaleras.

Pobre señor Rodríguez, me da penilla de él. Con lo exigente que es el hombre con su trabajo y le ha tocado lidiar con éstos. Imagino que el encargado de la obra, contratará personal de limpieza una vez termine, porque sino, me compadezco del pobre hombre.

Llego arriba y me dan ganas de ponerme a gritar. ¿Pero qué coño es esto? Los marcos de unas puertas están apoyados de mala manera en mi puerta impidiéndome la entrada a mi propia casa.

¡Estoy que me subo por las paredes! ¿De qué coño va esta gente? Como la puerta del otro ático está abierta, entro para decirles cuatro cosas. El caos que hay dentro, es mucho peor que todo lo que me he encontrado hasta ahora. Tres tipos están destrozando las paredes con una maza. Ninguno se da cuenta de mi presencia

hasta que les grito.

—¡¡Eh vosotros!!—Se giran los tres y se me quedan mirando— ¡¡Quitad ahora mismo toda la mierda que está apoyada en mi puerta!! ¡¡No puedo entrar en mi casa!! ¿De qué cojones vais? ¿Os creéis que todo es vuestro, o qué?

—Tranquilízate encanto—me dice uno de ellos—, en un momento lo hacemos.

—¿Me estás vacilando? Aparta esa mierda de mi puerta ahora mismo. Os doy cinco minutos, ¿Os queda claro?—Salgo de allí seguida por esos tres gilipollas. Mientras hacen lo que les he dicho, uno de ellos el más gallito les dice a los otros dos:

—Vaya con la gatita, menuda fiera...—se ríen burlándose de mí, eso hace que mi ira aumente.

—¡¡Eh, payaso!!—Le grito al tipo poniéndome delante de él con las manos apoyadas en la cadera—. ¡¡La próxima vez que vuelvas a decir algo sobre mí, te arranco las pelotas y me hago unos pendientes con ellas!! ¡¡Ahora déjame entrar en mi casa, gilipollas!!

Estoy que trino, al final estos mamones han conseguido fastidiar mi buen día. Apenas tengo tiempo para prepararme para la cita con mi portento, así que después de una ducha rápida me pongo unos tejanos y la camisa fucsia. Zapatos azul marino y americana también en marino. Por si acaso nos movemos en moto, es preferible que lleve pantalones. Mientras termino de arreglarme, no paro de darle vueltas a las obras de enfrente. El nuevo propietario recibirá una queja formal por mi parte, no puedo consentir que la empresa encargada de las obras destroce mis cosas y me quede tan tranquila.

No soy una vecina toca pelotas, pero viendo lo visto esta vez no puedo quedarme de brazos cruzados.

Sin perder un minuto más, redacto mi queja. La leo y satisfecha con el resultado la meto en un sobre. Cojo mis cosas y bajo para entregársela al señor Rodríguez, él sabrá hacérsela llegar al propietario. También podría dejarla en el buzón pero, por si las moscas prefiero que se la entreguen en mano. Encuentro al pobre hombre saliendo por la puerta. Le doy el sobre y le explico lo que me ha pasado esta tarde al subir a casa. Se indigna al escuchar lo sucedido y, muy amablemente me dice que se hará cargo personalmente de que mi queja llegue a su destinatario. Le estoy dando las gracias por su amabilidad cuando veo aparecer a Víctor, me despido del señor Rodríguez y voy a su encuentro.



- Hola preciosa—me da un beso tierno en los labios.
 —Hola—le abrazo y al instante desaparece toda la mierda de esta tarde. Él causa ese efecto sobre mí. Me tranquiliza.
 —¿Qué ocurre?
 —Nada importante, después te cuento, ¿adónde vamos?
 —Hay un restaurante en el puerto de comida típica puertorriqueña. He pensado que quizá te gustaría probarla. ¿Qué me dices?
 —¡Fantástico! Me encanta probar cosas nuevas.
 —Pues entonces vámonos—me tiende la mano.
 —¿No vamos en moto?
 —No, no me gusta conducir si bebo algo y hoy me apetece compartir contigo un chupito del buen licor de mi tierra.

Cogidos de la mano caminamos hacia la parada de taxi, pero no hay ninguno. Esperamos un rato y al final Víctor tiene que llamar a la centralita para que nos envíen uno. No han pasado ni cinco minutos de su llamada cuando aparece nuestro taxi. Mi portento le da la dirección al taxista y nos relajamos en la parte de atrás.

- ¿Quieres contarme que tal te ha ido el día?—Me pregunta.
 —Bien, mucho trabajo. Gracias a ello me han pasado las horas volando. Tenía muchas ganas de verte y darte personalmente las gracias por tu regalo. Así que gracias...—Me acerco a él y acaricio sus labios con la lengua muy despacio. Tiro de su labio inferior e introduzco mi lengua en su boca buscando la humedad de la suya. Ambos gemimos, el beso nos pone cardíacos.
 —¡Joder, Alex...! Si sigues besándome así no llegaremos al restaurante—Víctor se coloca el pantalón en la entrepierna para disimular el bulto que empieza a marcarse en esa zona. Me mira con deseo—. A no ser que pasemos de la cena y vayamos al hotel—susurra provocativamente.
 —¿Vives en un hotel?—Pregunto sorprendida. Él asiente— ¿Por qué?
 —No será por mucho tiempo—me responde—. No has contestado a mi propuesta.
 —¿Cuál?
 —La de pasar por alto la cena e irnos al hotel.
 —¡Oh no, señorito! Usted y yo, nos vamos a cenar, nada de sexo. Por ahora.
 —Mmmm, ese por ahora suena muy prometedor.

Llegamos al restaurante, nunca había estado aquí. Ni siquiera había reparado en él. Se llama " Puerto Rico vida Rica ". Me enamoro de aquel rincón desconocido para mí hasta ahora en el mismo instante que cruzo la puerta. El color rojo de las paredes contrasta con el blanco de las mesas y el azul de los cubiertos que está sobre estas. Los tres colores de la bandera de Puerto Rico. Un joven con una sonrisa encantadora se acerca a nosotros y saluda a Víctor.

- Buenas noches, señor Rivera, es un placer tenerlo de nuevo por aquí.
 —Gracias Anselmo, el placer es mío. La señorita es Alejandra, mi novia. Alejandra, él es Anselmo, el dueño de este rincón de Puerto Rico.
 Estrechamos nuestras manos y el joven nos acompaña a nuestra mesa. Estoy tan sorprendida por la presentación de mi portento que me he quedado muda. ¿Su novia? ¿Desde cuándo? No es que no me guste la idea pero, ¿no es algo que deberíamos haber hablado primero? ¡Uf Alejandra, no sigas por ese camino que acabarás jodiendo la cena! Déjate llevar...

La mesa en la que nos han acomodado, está en un rincón del restaurante, frente a un gran ventanal que da al mar. Todo lo que me rodea es absolutamente precioso. Me fijo en los demás comensales, en los manjares que están sobre sus mesas. Todo se ve delicioso y me asombra el colorido de los alimentos. Me siento feliz de que Víctor me haya traído aquí, de que quiera enseñarme algo de su cultura. Este acto arroja algo de luz a nuestra relación permitiéndome conocer un poquito más de él. Mi portento me observa mientras yo no pierdo detalle de todo lo que me rodea.

- Estás muy callada, ¿no te gusta?
 —Perdón—musito—, estaba absorta admirando todo esto. ¡Me encanta, Víctor, es precioso!
 Gracias por traerme aquí, es perfecto.
 —¿Entonces te gusta?
 —Sí, me encanta.
 —Me alegro, tenía miedo que no fuera de tu agrado.
 —Pues lo es—le digo convencida.

Anselmo se acerca dejándonos las cartas de los menús y un par de cócteles encima de la mesa.

Víctor me explica que son "Papajac", elaborados con fruta de la pasión y agua ardiente de caña.

Algo muy típico en Puerto Rico. Lo pruebo. Me gusta su sabor, aunque no estoy acostumbrada a beber aguardiente, la mezcla de este con el dulzor de la fruta es exquisito.

- ¡Uau, está delicioso!—Le digo dándole otro sorbo a la bebida.
 —Bebe despacio, el aguardiente se sube muy rápido a la cabeza—sonríe—. ¿Qué te apetece comer?
 —Oh, no tengo ni idea, te dejo a ti que elijas, tú eres el experto.
 —Perfecto—sin mirar la carta llama a Anselmo para que nos tome nota. No tengo ni idea de lo que le pide, pero estoy totalmente segura de que me sorprenderá.
 —¿Quieres contarme ahora lo que te ha sucedido hoy?—Me acaricia los nudillos con el dedo pulgar.
 —¿A qué te refieres?
 —Cuando llegué a buscarte me diste un abrazo diferente. Te pregunté si pasaba algo y me contestaste que más tarde me contarías. ¿Te apetece hacerlo ahora?
 —Ah, no me acordaba. No sé como lo haces, pero consigues que me olvide de todo.
 —Interesante... Lo tendré en cuenta—me guiña un ojo—. Venga, cuéntame.
 —Está bien, si insistes—me encojo de hombros—. Resulta que han comprado el ático que está frente al mío. El nuevo propietario ha decidido hacer reformas

y esta tarde cuando he llegado del trabajo todo estaba hecho un desastre. Tendrías que haberlo visto, el vestíbulo y demás parecían un campo de batalla. Cuando quise entrar en mi casa no pude, los marcos de las puertas del otro piso, estaban todas apoyadas en la mía y me impedían el paso, así que tuve que decirles a los mamones aquellos cuatro cosas para que quitaran aquello de allí—Victor me mira muy serio—. ¡Pille un cabreo monumental! Uno de los tíos se puso un poco gallito y no tuve más remedio que enseñarle los dientes.

—¿Cómo es eso de qué se puso gallito? Explicámelo.

—Hizo algún comentario respecto a mí.

—¿Cómo cuál?—Me dice enfadado.

—Eh... me llamo gatita, fiera, o algo así. No lo recuerdo exactamente. Lo que sí puedo decirte, es logré sacarme de mis casillas por completo.

—¿Qué hiciste?

—Oh, nada... me planté delante de él y le amenacé con arrancarle las pelotas y hacerme unos pendientes con ellas si volvía a decir algo sobre mi persona—mi portento suelta una carcajada—. A los cinco minutos estaban quitando de mi puerta toda aquella mierda—sonríe satisfecha.

—¿En serio dijiste eso?

—Sí, puedo ser muy peleona cuando me lo propongo.

Victor se ríe con ganas, tanto que hasta se le saltan las lágrimas. Anselmo aparece con el primer plato de nuestra mesa cortando las carcajadas de Victor.

—Lo siento mucho—me dice él en cuanto Anselmo se retira.

—No lo sientas, tú no tienes la culpa. La culpa es del propietario por contratar a esos ineptos mamones.

—Lo sé...

—Cuando tú llegaste a buscarme, estaba dándole al señor Rodríguez un queja formal para que se la hiciera llegar al propietario, para que sepa que clase de gentuza contrata.

—Has hecho lo correcto. Seguro que el propietario tomará cartas en el asunto.

—Eso espero. Dejemos el tema, estoy muerta de hambre—miro el plato que Anselmo ha dejado encima de la mesa y la boca se me hace agua.

—¡Pues vamos allá!

—¿Esto qué es?—Pregunto cogiendo un par de rollitos y sirviéndolos en mi plato.

—Son "Alcapurrias", rollitos hechos con masa de plátano y rellenos de cangrejo. También puedes rellenarlos de carne. Venga, pruébalos—lo hago.

—¡Madre mía, Victor, están buenísimos!

—¿Te gustan?

—¡Muchísimo!

Devoramos las "Alcapurrias" y espero ansiosa el siguiente plato que Anselmo no tarda en traer. La siguiente exquisitez es "Pernil", pata de cerdo asada, por lo que me cuenta Victor muy típica en la fiestas navideñas. Lleva naranja, mandarina y un montón de especias. ¡Está buenísimo! Disfruto como una enana de cada bocado. De postre tomamos "Tembleque", una especie de natillas hechas con coco y canela. ¡Mmm Delicioso! Por último Anselmo nos trae unos cafés y un par de chupitos de ron añejo. Según mi portento un buen digestivo.

Salimos del restaurante con el estómago lleno y algo achispados por el ron y el aguardiente. A mi portento se le ve relajado, feliz. Yo también me siento así. Ha sido una velada perfecta, he disfrutado mucho de la cena y de la compañía de Victor. No tengo ni idea de adónde nos dirigimos, solo sé que vamos caminando tranquilamente con nuestros dedos entrelazados.

—¿Quieres que llamemos un taxi para llevarte a casa, o prefieres que vayamos dando un paseo?

No me apetece irme a casa, no quiero que la noche termine, quiero estar con él.

—No quiero ir a casa, Victor...—Él Me mira sin entender.

—¿Te apetece qué tomemos una copa primero?—Niego con la cabeza.

—Quiero ir contigo, al hotel—me sonrojo por mi atrevimiento.

—¿Estás segura?—Asiento— Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

Baja su cabeza y nuestros labios se encuentran. Acaricia con su lengua el contorno de éstos y luego invade mi boca llenándome de deseo. Suelto sus manos y me aprieto contra él acariciando su nuca.

No somos conscientes del espectáculo que debemos de estar dando, allí parados en medio de la calle, restregándonos sin recato hasta que un grupo de chavales nos grita:

—¡¡Eh iros a un hotel!!—Nos separamos con las respiraciones agitadas.

—Creo que esos chicos tienen razón—carraspea Victor para aclararse la voz—, vámonos.

Para un taxi que oportunamente pasa a nuestro lado, le da la dirección y sin ningún tipo de pudor, empezamos con los preliminares en la parte de atrás. Besos ardientes, caricias por encima de la ropa, jadeos silenciados por más besos... La temperatura sube, sube, y sube sin que el conductor pueda remediarlo, y así, sin darnos cuenta llegamos a nuestro destino.

—Ejem...—dice el taxista— Hemos llegado.

Riéndonos sin tapujos, Victor paga y nos bajamos, no sin antes pedir perdón por nuestros toqueteos en el interior del taxi.

—¿Vives en el hotel Andalucía plaza?—Estoy estupefacta.

—Sí, ¿te sorprende qué viva aquí?

—Pues, la verdad es que sí. Pensé que vivirías en un hotel más modesto. Este es uno de los mejores hoteles que hay en Marbella.

—Lo sé, por eso vivo en él.

—Bueno, imagínate que al trabajar de mantenimiento en "Santa Margarita" pues... ya sabes, con tu sueldo vivirías en otro tipo de hotel, no en este.

—¿Qué y yo trabajaba de qué?

—En el mantenimiento de la...—las carcajadas de mi portento no me dejan terminar la explicación.

El muy cabrón se dobla de la risa— ¿Te estás riendo de mí?—Intenta hablar pero la risa se lo impide. Me están dando unas ganas tremendas de darle una patada en la espinilla, a ver si así le corto el rollo. En el tercer intento, por fin consigo articular palabra.

—Nunca he trabajado como chico de mantenimiento, es una profesión muy respetable pero yo no me dedico a eso. ¿Qué te hizo pensar que trabajaba en la urbanización?

—Pues no se... te vi saliendo de la oficina de mantenimiento con cajas, también te vi en una de las terrazas y siempre estabas por allí pululando así que...

—Oh sí, recuerdo el día de la terraza...—Su comentario hace que yo también lo recuerde, fue el día que me vio desnuda. ¡Trágame tierra!

—Si no trabajabas allí—digo incómoda por la mención del episodio de la terraza— ¿Qué hacías?

—Bueno, alguien me comento que había apartamentos en venta y que podría interesarme.

—Entonces, ¿a qué te dedicas?—Hoy debe de ser mi día de suerte, mi portento está muy comunicativo. Eso, o es que ha bebido más de la cuenta.

—Soy inversor.

—¿Inversor?—Asiente— ¿Y qué haces exactamente?—Tan centrada voy en la conversación que no me doy cuenta de que estamos parados en la puerta de la habitación de mi portento hasta que este saca la tarjetita para abrirla.

—Pues invierto en cosas, algunas las vuelvo a vender y otras me las quedo. También invierto en negocios.

—¿Cómo por ejemplo?

—¿Te apetece una copa de vino? ¿Un chupito de ron?

—Una copa de vino está bien.

Mientras Víctor va al mueble bar a preparar las copas, yo admiro la habitación. Es sencilla, con los muebles muy modernos y funcionales. Todo está decorado en tonos gris y blanco, me gusta.

Transmite paz y tranquilidad. Me acerco a la ventana... ¡Joder, menudas vistas! Víctor se me acerca por detrás y me pone una copa de vino blanco en la mano.

—¿Brindamos?—Me giro, le miro a los ojos y asiento.

—Por nosotros—dice alzando su copa—. Porque esta historia solo tenga un final, ¡vivieron felices y comieron perdices...!

Uno mi copa a la suya, ¡chin, chin! Ahora es cuando mi mente resetea... ¡Ay Dios! ¿Qué ha querido decir con ese brindis? ¡No estará pensando en...! ¡Nooo Imposible!

—Víctor, ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Desde cuándo tú y yo somos novios? Creo que me he perdido ese punto de la historia.

—Pues veras...—se acerca a mí lentamente, me quita la copa de las manos, la deposita encima de la mesa que hay junto a la ventana y vuelve a colocarse a mi espalda—. Creo que oficialmente desde hoy—me quita la americana y la deja caer al suelo. Yo estoy hipnotizada, o idiotizada más bien.

—¿Pero no crees...?—Siento su lengua cálida recorriendo mi cuello.

—¿Decías?

—Decía que...—Cojo aire cuando noto sus manos acariciando mis pechos. Ya ni siquiera sé lo que quería decir.

Algo mucho más placentero ocupa mi mente. Mi portento cambia de posición. Ahora está delante de mí, y con dedos expertos desabrocha mi camisa botón a botón, muy despacio. Mientras me va dando besos aquí y allá. En los labios, en la mejilla, en la nariz, otra vez en los labios... Me pone tan cachonda que le arrancaría la ropa, le tiraría encima de la cama y me lo follaría hasta la mañana siguiente, pero no voy a hacerlo. Voy a tomármelo con calma, saborear cada caricia, cada beso, empaparme de él y de su cuerpo.

Mi camisa cae a mis pies, al lado de la americana. El sujetador sigue el mismo camino que el resto de mis prendas. Las manos de Víctor ahora están en mis pechos, jugando con mis pezones. Su lengua húmeda y caliente desciende por mi cuello hasta quitarle el puesto a sus dedos. Muerde uno de mis pezones y un ¡oh Dios mío! escapa de mi garganta en un gemido. Su boca desciende hasta llegar a mi ombligo. Mi portento se arrodilla en el suelo y desabrocha mis pantalones. Los baja lentamente por mis piernas junto con mis bragas. Sus manos vuelven a ascender y se quedan en mi trasero.

Por mis venas ya no corre sangre, ahora es pura lava volcánica, que me quema, que me arde...

Siento su respiración ahí, entre mis piernas. ¡Oh Señor...! Me acaricia lo que yo llamo el botón del placer. Lo atrapa con sus dientes y tira de él muy despacio. Poso mis manos en su cabeza, apretándome un poco más contra su boca, animándolo a continuar. Su lengua me lame con pericia, con dedicación. Las piernas me flaquean por el inmenso placer que siento, ¡madre mía...! Su lengua explora cada rincón de esa zona, penetrando en mi interior, haciéndome gemir sin control y retorciéndome sin ningún pudor.

Víctor se separa y tira de mí, caigo de rodillas a su lado y me apodero de su boca, lamiéndolo y jugueteando con sus labios mientras el sigue acariciándome. Se quita los vaqueros, la camiseta y el bóxer en cero coma, y allí en el suelo, seguimos con nuestra danza sexual. Le observo mientras se coloca un preservativo. ¡Joder, es tan perfecto...! Su cuerpo, su cara, su todo... Vuelve a ponerse encima de mí. Succiona mis pezones mientras separa mis piernas y se hace un hueco ahí, entre ellas.

Me mira a los ojos y muy lentamente me penetra, llenando mi interior. Entra y sale de mí muy despacio, sin apartar sus ojos de los míos.

—Por favor, Víctor...—le suplico.

Él obedece a mi súplica y marca un ritmo más duro, más primitivo, como a mí gusta. Con cada embestida suya, me acerco más a ese momento maravilloso en que mis pies se retuercen y yo quedo ligera como una pluma. ¡Oh sí... estoy cerca, muy cerca...! Una, dos, tres estocadas más y como decía Luz Casal en una de sus canciones, toco el cielo con las manos pronunciando el nombre de mi portento con un ronco quejido de placer. Al segundo es él el que se deja ir, desplomándose sobre mí y aplastándome con el peso de su cuerpo. Entre jadeos poscoitales, me siento la mujer más feliz y satisfecha de la tierra. Víctor hace ademán de moverse, pero no se lo permito, lo abrazo fuerte para que se quede ahí, sobre mí, sintiéndolo mío por completo.

—Princesa...—me susurra— sólo será un segundo, tengo que ir al baño a quitarme esto—lo dejo ir a regañadientes.

Cuando regresa, me toma en sus brazos y me acuesta en la cama, se pone a mi lado y nos cubre a ambos con la fina sábana. Tumbado de lado, me observa y me acaricia el muslo. Tengo los ojos cerrados, pero soy consciente de su mirada sobre mí. ¿Alguna vez voy a dejar de sentir ese cosquilleo que recorre mi espina dorsal cuándo él esta cerca? Lo dudo mucho. Abro los ojos y le miro. Tiene el pelo revuelto por los tirones que le he dado cuando jugaba con su lengua en mi interior. ¡Dios... Amo a mi portento del sexo!

Al cabo de media hora más o menos, mi mente y mi cuerpo vuelven a la realidad, debo irme a casa. Me levanto muy despacio, Víctor está dormido y no quiero despertarlo. Cuando consigo sacar las piernas de la cama y sentarme, él me coge por la cintura y vuelve a sentarme a su lado.

—¿Adónde vas?—Susurra en mi oído.

—Debo ir a casa, Víctor.

—¿Por qué?

—Mañana tengo que ir a trabajar, todas mis cosas están allí.

—No te vayas. Quédate conmigo, por favor...

—No puedo.

Abrazada a él, noto como su bandera se iza de nuevo, anunciándome que está listo y dispuesto para un segundo asalto. En realidad, no quiero marcharme, quiero y deseo ese nuevo combate que me ofrece. Mientras una de sus manos acaricia mi pelo, la otra traza círculos en mi vientre. Me giro, y sin mediar palabra nuestra danza sexual empieza de nuevo.

Esta vez, hacemos el amor, sí, el amor. Nada de polvos morbosos en el suelo ni en sitios públicos como estamos acostumbrados. Mi portento se toma su tiempo, se deleita con mi cuerpo y yo con el suyo. Nos disfrutamos sin prisas pero sin pausa, saboreando el momento, acoplándonos de una manera única y especial.

Abrazada a él medio adormilada, soy consciente por primera vez desde que estoy en esa habitación, que suena música de fondo. ¿En qué momento Victor puso música? No tengo ni la menor idea.

Cuando está cerca de mí, consigue que me olvide de todo excepto de él. Enroscada en mi portento y escuchando la preciosa voz de "Bruno Mars", caigo en un profundo sueño.



Antes de que suene la alarma del móvil me despierto. Son las seis y media de la mañana. Apenas he dormido cuatro horas y me duelen todos los músculos de mi cuerpo, pero no me importa, me siento exultante. Hemos pasado nuestra primera noche juntos con un aprobado de sobresaliente. Víctor me tiene prisionera contra su pecho. Mmm, me quedaría así todo el día entero, entre sus brazos, pero el deber me llama.

No tengo tiempo de ir a casa para ducharme y cambiarme de ropa, así que entro en el cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Cuando salgo, él sigue durmiendo como un tronco. Recojo mi ropa que sigue en el suelo y vuelvo a entrar en el baño para vestirme. Aún con el albornoz de mi portento puesto, tarareo bajito una canción mientras me seco el pelo con una toalla. No oigo abrirse la puerta porque estoy muy concentrada reviviendo en mi mente la noche anterior. Cuando me giro para colocar la toalla en la barra de metal, me encuentro a Víctor apoyado en el quicio de la puerta mirándome embobado. Con esa sonrisa típica suya, se me acerca y me besa.

—Buenos días, preciosa, parece que te has levantado contenta.

—Así es, cansada pero muy contenta.

—Me alegro, eso quiere decir que ayer no lo hice mal...—alardea.

—Eres un engreído, ¿lo sabías?

—¿En serio?—Me dice haciéndose el ofendido.

—Sí, pero para ser sincera, que esté así es gracias a ti, el merito es tuyo—le guiño un ojo.

—Eres una mujer increíble, Alejandra—me abraza por la cintura y aparta de mi cara el pelo mojado—, eres preciosa, inteligente, simpática... Tienes todo lo que un hombre podría desear, y ahora eres toda mía—. Me besa y me aprieta contra su cuerpo convencido de lo que está diciendo.

Sus dedos hábiles deshacen el nudo del albornoz y desliza sus manos por mi cuerpo— ¡Te deseo, Alex!

—Tengo que ir a trabajar, Víctor...—respondo contra sus labios.

—¿Comemos juntos?—Pregunta resignado.

—No puedo, he quedado con Carla.

—¿Y esta noche?

—Ya veremos, ¿vale?—Sonríe—. Ahora sé un niño bueno y deja que termine de vestirme y arreglarme para ir al trabajo—lo empujo hacia la puerta.

Sale arrastrando los pies y enfurruñado, si es que es como un niño, ¡mi niño! Cierro la puerta y me apoyo contra esta suspirando. ¡Le amo!, admito por fin. Y sin poder evitarlo me pregunto, ¿qué puede pasar? Decido no responder, prefiero esperar y que el tiempo me de la respuesta.

Vestida, con el pelo recogido en una cola y ligeramente maquillada, salgo del cuarto de baño. Mi portento está junto a la ventana hablando por teléfono, solo va vestido con un pantalón de pijama que le queda muy sexy, en cuanto me ve, pone la mano sobre el teléfono.

—¿Te da tiempo a desayunar?

—No, es tarde—asiente y vuelve a su llamada. Recojo la americana que ahora cuelga del respaldo de una silla y me la pongo. Víctor termina de hablar por teléfono y se me acerca.

—¿En serio no puedes quedarte a desayunar?

—En serio, no quiero llegar tarde.

—Es una pena, acabo de pedir tortitas con sirope de chocolate, zumo de naranja y café. ¿Seguro que no quieres probar esas tortitas? Te aseguro que están deliciosas.

—Es tentador, pero no puedo. Las probaré en otra ocasión—me acerco para darle un beso.

—Esta bien. Luego hablamos.

Me acompaña hasta la puerta y nos despedimos. Antes de que se cierren las puertas del ascensor, le tiro un beso. Su sonrisa es lo último que veo.

Llego a la clínica y lo primero que hago es ir a la cafetería a por un café. Una vez en mi consulta, le doy un sorbo y lo dejo encima de la mesa para ojear los informes que me han dejado allí de la noche anterior. A la paciente de la habitación doscientos treinta, se la han abierto los puntos de madrugada y aunque la enfermera ha resuelto el problema me pide que me pase por allí para evaluar la situación. Así empieza una mañana de locos, haciéndome desear haberme quedado con mi portento en su hotel.

A la hora de comer, Carla viene a buscarme como habíamos quedado. Deja el coche en el aparcamiento de la clínica y andando vamos hasta un restaurante de comida rápida que hay cerca.

Las dos pedimos una hamburguesa xl, patatas y refresco. Al fondo del restaurante hay una mesa libre y nos dirigimos hacia ella. Carla me observa detenidamente.

—¿Qué pasa, por qué me miras así?

—No lo se, te veo diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?—Le doy un bocado a la hamburguesa, ¡estoy muerta de hambre!

—Pues no sabría decirte, sólo sé que estas distinta—se encoge de hombros— ¿Con quién tenías planes ayer?

—Con mi portento.

—¿Pasaste la noche con él?—Levanta una ceja y me mira con picardía—. No hace falta que me contestes, tu cara lo dice todo. Estas enamorada de él, ¿verdad?

—Asiento— ¡Lo sabía, por eso te veo diferente! ¿Se lo has dicho?

—Para el carro FBI. Dejemos de hablar de mí y cuéntame que ronda por esa cabecita tuya. ¿Qué era eso que querías contarme?—Mi amiga se desinfla como un globo—. Car, no me acojones, ¿qué pasa?

—No te asustes, Alex, si en realidad no es nada importante.

—¿Me lo quieres contar de una vez?

—Veras, el domingo fui a comer con mis padres al "Club de Golf Banús", ya sabes que mi padre es socio y eso—asiento—. Pues cuando terminamos de comer, mis padres se fueron a tomar el café con unos amigos que también estaban allí. Entonces salí a caminar por los alrededores del club. Me encontré a Jorge—se queda callada.

—¿Y?—La insto para que continúe.
—No estaba solo, estaba con una chica morena con un cuerpazo impresionante.
—¿Y cuál es el problema?
—Él no me vio, entonces aproveché para observarlos. Se les veía muy bien juntos, compenetrados, felices...
—Veamos, viste a Jorge divirtiéndose con una amiga en el club de golf. ¿Dónde está el problema?

Vas a tener que explicarte mejor porque no lo pilló, nena. Jorge sale con sus amigas igual que tú sales con los tuyos. Perdóname Car, pero no veo nada raro en ello.

—¿Sabes cuál es el puto problema?
—¿Cuál?
—¡Joder Alex, pues que estoy celosa!!
—¿Qué?
—Lo que oyes.
—¿Celosa?—Asiente—. Pero si tú y Jorge...
—Sí, ya sé que somos amigos, bueno en realidad follamos cuando nos apetece, y sí, también sé que yo me lío con otros tíos y que él tiene el mismo derecho pero, al verlo el domingo así con aquella chica... ¡Uf, Alex, se me encogió el corazón y me dieron unas ganas de llorar tremendas!—Las lágrimas resbalan por las mejillas de mi amiga sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Me siento a su lado y la abrazo.
—Lo siento muchísimo, Carla—la miro—, esto tenía que pasar tarde o temprano.
—¿Por qué dices eso?—Pregunta sorprendida mientras se seca la cara con una servilleta.
—Bueno, siempre he creído que Jorge y tú estáis enamorados, pero que, o bien no os dabais cuenta, o no queríais reconocerlo.
—¿De verdad crees eso?
—Sí, estáis hechos el uno para el otro.
—¿Por qué nunca me lo dijiste?
—No lo sé, Carla. Supongo que porque tenía la esperanza de que uno de los dos se diera cuenta.
—¡Joder, Alex, he estado haciendo el gilipollas liándome con otros tíos sin darme cuenta de que el que me gusta de verdad es él! No quiero perderlo.
—Imagino que ambos os acomodasteis a vuestra relación "especial".
—Alex... ¿Qué hago ahora?
—¿Por qué no le llamas y te sinceras con él?
—¿Tú crees?
—¿Qué puede pasar? No tienes nada que perder y si mucho que ganar.
—Tienes razón, voy a llamarle. Espero que no sea demasiado tarde.
—No dejes pasar esta oportunidad de decir o hacer lo que sientes, Carla, como tú me dijiste en alguna ocasión, déjate llevar.
—Vuelves a tener razón, consejos vendo que para mi no tengo—suspira—, cuando salga esta tarde del trabajo le llamaré.
—¡Esa es mi chica!—Aplaudo para animarla— ¿Te sientes mejor?
—Sí, gracias Alex, sabía que me ayudarías.
—Para eso estamos las amigas, para ayudarnos mutuamente—la abrazo y nos quedamos así durante un rato.

Vamos de camino a la clínica, Carla a recoger su coche y yo a continuar con mi trabajo. En el aparcamiento, mi amiga y yo volvemos a abrazarnos y quedamos en hablar por la noche para que me cuente que tal han ido las cosas con Jorge. Una vez en la consulta, saco el móvil del bolso. Con todo el tema de Carla ni siquiera he tenido tiempo de mirarlo y estoy ansiosa por saber si tengo algún wuas de mi portento. Pero no hay nada, ni wuas, ni llamadas. Algo decepcionada dejo el teléfono en la mesa y continuo con mi trabajo.

Esa tarde cuando salgo de la clínica, me siento exhausta. El cansancio empieza a hacer mella en mí, solo tengo ganas de llegar a casa, darme un buen baño y tirarme en el sofá el resto de la tarde. Dejo el coche en el aparcamiento y subo. No parece que haya trabajadores hoy en el ático de enfrente, todo está inmaculado y muy silencioso. Que extraño.

Dejo mis cosas en salón y voy al baño. Abro el grifo de la bañera y cojo de la estantería las perlas de gel y los sales con olor a lavanda. Preparo todo y mientras la bañera se llena de agua voy a poner un poquito de música. Busco en el ipod el cd de Dani Martín, "Pequeño", y le doy al play. Siempre me ha gustado mucho este disco suyo, aunque él no me cae nada bien, no le conozco personalmente, pero me gustan sus canciones. Me quito la ropa, me sumerjo en el agua, apoyo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos deleitándome en los efectos que causa el agua caliente en mi cuerpo.

Todo está en silencio, empiezo a sentir frío. Que raro, porque el agua estaba muy caliente. Abro los ojos de golpe y desorientada. ¿Me he dormido en el baño? ¡Joder que fuerte! Como para no sentir frío, el agua está helada ¡Madre mía! Es la primera vez que me pasa tal cosa. Me apresuro a salir del baño y a envolverme en el albornoz, estoy tiritando de frío. Mientras entro en calor voy a la habitación y miro la hora. ¡La madre que me parió! He dormido más de una hora ¡Increíble pero cierto!

Me pongo el pijama, me seco el pelo y con el móvil en la mano y una coronita en la otra me tiro en el sofá. Desbloqueo el teléfono y ahí están, tres llamadas perdidas de mi portento. Lo llamo.

—Hola preciosa—responde—, te he estado llamando, ¿estabas trabajando?
—Sí, ya vi tus llamadas, y no, no estaba trabajando. Cuando te cuente lo que me ha pasado te vas a reír.
—Soy todo oídos, cuéntame.
—Me he dormido en el baño.
—¿Cómo qué te has dormido en el baño?
—Esta tarde cuando llegué de la clínica me preparé un baño de esos relajantes, y a sabes, sales, perlititas de gel... Total que me sumergí en el agua hasta el cuello y estaba tan a gusto y relajada que me quedé dormida. Me desperté cuando empecé a sentir frío.
—¡Joder, Alejandra, pues no le veo la gracia!—Espeta molesto—Podría haberte pasado algo.
—Victor, no me ha pasado nada así que relájate, ¿vale? Solo quédate con lo gracioso del asunto, me dormí en el baño. Nunca me había pasado algo así.
—Sigo sin verle la gracia, tienes que ser más cuidadosa—me reprende.
—Bueno, tú tienes la culpa de que me durmiera—digo a la defensiva.
—¿Yo?
—Sí, me mantuvo despierta toda la noche, señor Rivera—le digo con picardía, a ver si consigo relajarlo un poco.
—Pues tienes razón—sonríe más calmado—, la culpa es toda mía, aunque no vi que usted pusiera ninguna objeción, señorita Machado...—Su voz ronca produce un cosquilleo en mi piel.
—A mi edad, una no puede objetar nada a noches como la de ayer, son tan escasas...—suspiro fingiendo pesar.
—¿Sabe, señorita Machado? Usted puede tener noches como la de ayer siempre que quiera, estoy a su disposición. Además, su edad me encanta.

—¡Fanfarrón!—Ambos nos echamos a reír.
—¿Paso a buscarte y damos una vuelta?
—¡Uf Víctor, no me apetece nada! Tengo una idea mejor. ¿por qué no vienes a casa y nos tomamos una cerveza tranquilamente?
—¡Hecho!—Cuelga y me quedo mirando la pantalla sonriendo, que manía tiene de cortar la conversación sin siquiera despedirse.

Entro en mi cuarto y me quito el pijama, me pongo unas mallas y una camiseta holgada. Estoy recogíendome el pelo cuando llaman al portero automático. Abro sin preguntar, sé de sobra quien es. Lo espero con la puerta abierta. Mi portento sale del ascensor con una bolsa de un restaurante tailandés en la mano y una botella de vino en la otra. Mientras se acerca a mí, sonrío de esa manera suya que hace que todo interior se agite.

—Hola preciosa—me besa.
—¡Hola guapo!—Llevo mis brazos a su cuello y acorto la distancia pegándome a él. Después de un beso de película, de esos que te erizan el pelo y hace que tu piel se caliente, me hago a un lado para dejarle pasar.
—Bienvenido a mi humilde morada, señor Rivera.
—Gracias... espero que te guste la comida tailandesa—dice mostrándome la bolsa.
—Sólo la he probado una vez y no me disgustó. Trae—le quito la bolsa de la mano y la pongo encima de la encimera de mármol negro en la cocina, me da la botella de vino y la meto a enfriar en la nevera. Aprovecho para sacar una cerveza y pasársela a mi portento— ¿Vamos al salón?
—No, ahora voy a abrazar y besar a mi chica como se merece, antes con las manos ocupadas no pude hacerlo como Dios manda. Me acaricia los brazos y sube sus manos lentamente hasta enmarcar mi cara con ellas, me tiene hipnotizada. Cuando me mira de esa forma me pierdo por completo. Posa sus labios sobre los míos, acariciándolos con ternura. Entreabro mi boca dejándole libre la entrada a su lengua. El beso se vuelve caliente, excitante... A este paso, ni comida tailandesa ni leches.
—Víctor... —Jadeo.

Se separa unos centímetros de mí y me mira, su mirada está cargada de deseo, igual que la mía. Me enciende solo con esa mirada. Pego su cuerpo a la pared y empiezo a quitarle la camiseta, la paso por encima de su cabeza y la dejo caer. Poso mis labios en su torso desnudo y le beso. Él está quieto, sin apartar sus ojos de los míos. Rozo sus pezones con la punta de la lengua y gime, lo tengo a mi merced. Me siento poderosa sabiendo que causo ese efecto en él. Voy trazando círculos con mi lengua sobre su piel hasta llegar a su ombligo.

—¡Alex... me estás matando!—Acaricia mi cabeza mientras desabrocho sus pantalones, me pongo de rodillas y rozo su duro pene por encima del bóxer de Calvin Klein. Muy lentamente también me deshago de esa prenda que me impide manosearle a mis anchas. Subo y bajo mi mano por su miembro varias veces. Mi portento tiene los ojos cerrados y los dientes apretados, ese gesto me indica que está conteniéndose, en cuanto nota mi lengua lamiéndole tira de mí.
—¡Joder, Alex...!—Le miro con picardía y mi boca se apodera de su pene. Chupo degustando su sabor, disfrutando de su dureza en mi boca. Disfruto oyéndolo gemir, disfruto viéndolo agarrarse con fuerza al respaldo de la silla que tiene a su lado. Chupo una y otra vez, a veces solo rozándole con la punta de la lengua. Víctor se estremece, noto que está a punto de correrse. Entonces me para.
—No quiero correrme en tu boca, Alejandra. Ven aquí.

Tira de mí con fuerza, obligándome a ponerme en pie. Me quita la ropa con urgencia, me encaramo a su cuerpo y con mis piernas rodeo su cintura. Nuestras bocas se funden en un beso húmedo.

Conmigo en brazos y sin dejar de besarnos llegamos al salón, nos dejamos caer en el sofá y sin perder ni un segundo más, Víctor entra en mí poseyendo mi cuerpo, mi mente y mi alma como solo él sabe hacerlo, dejándome saciada y temblorosa entre sus brazos. Permanecemos enroscados el uno en el otro durante un rato, solo se oyen nuestras respiraciones, sobran las palabras. No tengo ni idea de cuanto tiempo llevamos así, solo sé que estoy la mar de a gusto y que no quiero separarme de él.

Estoy empezando a quedarme dormida cuando mi portento habla.

—Alejandra, no te duermas.
—No estoy dormida—susurro—, solo estoy mirándome por dentro—sonríe.
—¿Mirándote por dentro?
—Sí—abro los ojos y le miro— mi abuelo siempre decía eso cuando le preguntábamos si dormía—vuelvo a cerrar los ojos.
—Venga nena, abre los ojos.
—No quiero, estoy muy a gusto.
—Pues entonces me voy.
—Como quieras, yo ya tengo lo que quería así que...—bromeo.
—¡No puedo creer lo que acabas de decir! ¿Sólo me quieres por el sexo?
—¡Aja!—Contesto.
—¡Estas hiriendo mis sentimientos!—Lleva una mano a su corazón como si estuviera dolido. Se sienta sobre mí— ¿No vas a abrir los ojos?—Niego con la cabeza— Está bien, tú lo has querido
—Sujeta mis manos por encima de mi cabeza y con la otra empieza a hacerme cosquillas.

Riéndome a carcajadas como una niña pequeña forcejeo con él para quitármelo de encima, pero es imposible. Al final me rindo.

—Tú ganas, ya tengo los ojos abiertos. ¿Y ahora qué?
—Ahora vamos a cenar porque estoy muerto de hambre—. Se levanta y va a la cocina, cuando vuelve solo va vestido con el vaquero, trae mi camiseta y mis braguitas.
—¿Y la mallas?
—Nada de mallas, solo la camiseta—me guiña un ojo.
—¡Pervertido!
—¡Mira quien va a hablar...!—Se da media vuelta y regresa a la cocina. Me pongo la camiseta y las bragas y voy detrás de él. Está sacando la comida de la bolsa y poniéndola sobre la mesa. Me mira.
—¡Estás jodidamente sexy con esa camiseta!—Camina hacia mí.
—¡No!—lo freno— Sabes que si me tocas adiós a la cena, así que, señor Rivera, mantenga sus manos quietas.
—Tienes razón, cada vez que te toco la liamos, pero es que cuando te tengo cerca, no puedo mantenerme alejado de ti, eres una adicción Alejandra. Soy adicto a tu cuerpo, soy adicto a tus besos, soy adicto a ti.
—A mí me pasa lo mismo, has llegado a mi vida y la has puesto patas arriba, has cambiado hasta mi forma de pensar, de sentir. A veces me asusta no tener todo bajo control.
—No se puede tener todo bajo control, es mejor dejar que cada día nos sorprenda. ¿No crees?

—Ahora lo veo así, pero antes de ti, yo era diferente. Llevaba mi vida muy organizada, demasiado diría yo, mis amigas pueden corroborarlo. Gracias a ti soy diferente, he descubierto que dentro de mí había una Alejandra esperando que la descubrieran y la dejaran libre, y eso estoy haciendo.

Liberarla.

—Sinceramente, no creo que sea gracias a mí, tarde o temprano esa Alejandra que dices saldría a la superficie.

—No Víctor, créeme cuando te digo que es gracias a ti, estoy totalmente segura de ello.

—En ese caso, me alegro de que sea yo y no otro quien te haga ver la vida de otra manera. ¿Ahora me dejas que te de un besito?—Asiento.

Nos acercamos y me da un beso tierno, dulce, que provoca en mí un sentimiento maravilloso que nunca había experimentado con nadie. Ese sentimiento me abruma. Se me llenan los ojos de lágrimas, suspirando me separo de él y con el pretexto de asearme salgo de la cocina. Él se queda allí con las manos apoyadas en su cadera, mirándome con preocupación.



Entro en el cuarto de baño y cierro la puerta. Apoyo las manos en el lavabo y me miro en el espejo.

Lo que siento por Víctor me abruma. ¡Joder, estoy locamente enamorada de él! Me acojona sentir lo que siento, es tan intenso... Si algún día me hace daño, me destrozará, estoy totalmente convencida de ello, pero no quiero pensar, estoy dispuesta a correr ese riesgo. Me lavo la cara y las manos. Después de echar una última ojeada al espejo regreso a la cocina. Víctor está esperándome en el salón con todo dispuesto para la cena. ¿Cuánto tiempo he estado en el baño?

—Estaba pensando en ir a buscarte—la preocupación sigue en la mirada de mi portento— ¿Va todo bien?

—Lo siento, estaba aseándome un poco y se me fue el santo al cielo. Estoy bien—me tiende la mano—, ya veo que has encontrado lo necesario para la cena.

—Sí, no ha sido difícil—sonríe—, perdona mi atrevimiento por husmear en tu cocina, pero no quería molestarte mientras estabas en el baño.

—Estás en tu casa Víctor, puedes husmear todo lo que quieras.

—Ven, sentémonos.

Miro sorprendida la imagen que tengo ante mí. Los cojines del sofá están colocados en el suelo, cerca de la mesita que tengo entre el mueble de la televisión y el sofá. Las velas que estaban en la estantería junto a la ventana, ahora están encendidas y colocadas estratégicamente por el salón. El fulgor de estas, alumbra la estancia haciendo que esa parte de mi casa parezca íntima y romántica.

Nos sentamos sobre los cojines y él, como todo un caballero empieza a servir la cena. Empezamos con unos crujientes rollitos de primavera, después, por primera vez pruebo "Nant Tok", ensalada de carne a la plancha, que por cierto está buenisima. Y por último, "Rod Thai", fideos tailandeses fritos. Durante la cena hablamos de nuestro día, la conversación es tranquila y amena. Me siento súper a gusto con mi portento, parece que llevamos saliendo meses cuando en realidad apenas hace unas semanas que le conozco. Nunca creí que esto pudiera ser posible.

—¿Qué tal la comida con tu amiga?

—Bien, muy reveladora.

—¿Y eso?

—La última vez que hablé con ella, me quedé preocupada. Sabía que algo le rondaba por la cabeza, pero no imaginé que fuera lo que me contó hoy.

—¿Puedo saber qué es?

—Sí, supongo que a Carla no le importará que te lo cuente—cojo la copa de vino y apoyo la espalda en la parte baja del sofá—. Resulta que mi amiga tiene un "follamigo", se llama Jorge—abreviando un poco le cuento a Víctor la historia.

—¿Y llevan mucho tiempo siendo, follamigos?

—Sí, bastante. Se conocieron en la facultad de periodismo y desde entonces, mantienen esa relación "especial".

—Bueno, nunca es tarde si la dicha es buena.

—Cierto. Carla iba a llamarlo esta tarde para hablarle de sus sentimientos.

—¿Crees que él siente lo mismo por ella?

—Sí.

—Estás muy segura de ello.

—Lo estoy. Cuando están juntos lo noto. Él la mira de una manera que... no sé como explicártelo, si los vieras juntos lo entenderías. Lo que no me explico es como Carla no lo ha visto en todo este tiempo.

—¿Y de qué forma la mira él?

—Pues como si ella fuera su mundo, el centro de su universo.

—Yo te miro así y tú no pareces darte cuenta...

—¡Tú no me miras así!

—Lo hago.

Le miro. Lo que acaba de decir me deja sin palabras. Me está diciendo que yo soy su mundo.

—No sé que decir...

—No hace falta que digas nada.

Estiro la mano y le toco la cara. Paso mis dedos por su frente, su mejilla, sus labios... Me siento en su regazo. Él no se mueve, solo me mira. Y lo veo, veo en su mirada que yo soy el centro de su universo. ¿Dónde miraba yo para no darme cuenta de ello? Siento lo mismo que él, pero mis miedos no me dejaban ser sincera, es demasiado pronto, ¿no? Dejo apoyar la cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello.

—Víctor, eres lo mejor que me ha pasado en la vida—susurro—, no tengo ni idea que pasará con nosotros pero...

—No pienses, Alejandra—me da un beso en la frente y yo me acurruco entre sus brazos. Ahí es donde quiero quedarme para siempre.

Permanecemos durante largo tiempo así, abrazados, sintiendo el latir de nuestros corazones, sintiendo el calor de nuestros cuerpos. Inhalo el aroma de su piel, empapándome de su olor. Huele muy bien, una mezcla de after shave y one million de "Paco Rabanne". Reconozco el perfume porque es el que yo le compraba a Fernando. No tardaré mucho en quedarme dormida, me pesan los párpados. Si me muevo ahora romperé este contacto tan especial y no quiero hacerlo. Creo que mi portento también está a punto de dormirse, lo noto en su respiración, es tranquila y relajada. El sonido del teléfono nos sobresalta a ambos. ¿Quién coño se atreve a romper nuestro momento mágico?

Víctor saca su móvil del bolsillo de atrás de sus vaqueros, mira la pantalla extrañado y contesta. Veo como la expresión de su cara va cambiando. Definitivamente, han jodido nuestro momento.

—¡Te dije que hoy estaría ocupado, que nada de llamadas!—Está molesto, muy molesto—La cita era mañana, me da igual.

Me pongo en pie y voy retirando los restos de la cena a la cocina. Sigo escuchando la conversación.

Aunque sólo le oigo hablar a él. ¿Quién podrá ser? Debe de ser algo importante para llamar a estas horas, son más de las doce de la noche.

—Está bien, dile que ahora mismo voy—Víctor cuelga y entra en la cocina—. Lo siento nena, ha surgido algo y tengo que irme—me mira con pesar.

—¿Quién era?
—El relaciones públicas de Bacana. Este sábado hay una fiesta en la sala para presentar un perfume.

Por lo visto ha habido un mal entendido con la persona encargada de ello.

—¿Y te llaman a ti?—Esto es muy extraño.

—Sí—contesta poniéndose la camiseta. Como veo que no tiene intención de decir nada más y quiero saber de que va esto, insisto.

—Porque...—¡Vamos joder, dime porque te llaman a ti!

—Me llaman a mí porque soy el dueño. ¿Satisfecha?

—Perdona, creo que no te he entendido bien. ¿Eres el dueño del perfume que se va a presentar?

—No. Soy el dueño de la sala—me mira evaluando mi reacción.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Oye nena, ahora no puedo explicártelo.

—¡No puedes soltarme algo así y largarte sin más, Víctor!

—¿Hay algún problema porque sea el dueño de Bacana?

—Supongo que no pero...

—Pues entonces, mañana te lo contaré. Ahora tengo que irme—enmarca mi cara con sus manos y me mira—, ni se te ocurra pensar cosas raras, ¿entendido?—

Asiento— ¿Quieres qué te llame cuando termine?

—No, probablemente estaré dormida. Vete y haz lo que tengas que hacer, mañana hablamos.

—¿Seguro?

—Sí, ve.

—Gracias preciosa—le acompaño hasta la puerta—. De veras que lo siento, Alex...—Me da un breve beso en los labios y se va.

Me quedo unos instantes mirando la puerta, estoy molesta. ¿Por qué tengo que enterarme de sus cosas a cuenta gotas? No es que vaya a cambiar nada en nuestra relación porque sea el dueño de la sala más frecuentada por todo el mundo este verano, es solo que tengo la sensación que si no se hubiese producido esa llamada, yo seguiría ignorando ese dato importante de su vida.

En lugar de irme a la cama y descansar, decido poner en orden el salón y la cocina. Devuelvo los cojines a su sitio y dejo el suelo despejado. Meto la botella de vino en la nevera y de un trago me bebo lo que queda en mi copa, tirarlo sería un desperdicio. Cuando todo está en su sitio, apago las luces y me voy a la cama, estoy muerta de sueño, pero no sé si podré pegar ojo.

Acostada, sigo dándole vueltas a la cabeza, no puedo evitarlo. Ojalá tuviésemos un botoncito en la sien para que pudiésemos desconectar nuestro cerebro cuando estamos agotados de tanto usarlo inútilmente. Intento pensar en otras cosas, como por ejemplo mi agenda laboral para estos días.

Mañana miércoles no tengo programado nada importante, a no ser que entre alguna emergencia. En cambio el jueves, sí que será un día ajetreado. A primera hora tengo una operación un tanto complicada. Un injerto capilar y facial. Un chico joven con toda la vida por delante gracias a que los bomberos pudieron rescatarlo de un aparatoso accidente de tráfico, donde después de chocar contra un camión su coche se puso arder quemándose así la parte izquierda de su cabeza. Ahora, después de dos años, está preparado para que le operemos y pueda volver a mirarse en el espejo sin sentir repulsión. Me pesan los párpados, repasar mi agenda está surtiendo efecto. Quizá pueda dormir después de todo.

A la mañana siguiente, a pesar de haber pasado la mitad de la noche en vela me levanto bien. Mi cuerpo debe de estar habituándose a las pocas horas de sueño, sino, no me lo explico. Las horas en la clínica pasan lentamente, no dejo de pensar en mi portento. Esta mañana al levantarme y mirar el móvil tenía un mensaje suyo de las dos de la madrugada. Decía que estaba en su habitación y que el problema que lo había llevado a irse de mi casa tan inesperadamente se había solucionado. Que me llamaría. Pero ya ha pasado la hora de la comida y todavía no he escuchado su voz. Estaba resultando ser un día tedioso y muy largo. Para mi suerte, las dos últimas citas de la tarde, fueron canceladas y pude irme a casa más temprano de lo habitual.

En el aparcamiento subterráneo de la urbanización, me encuentro con el señor Rodríguez que en cuanto me ve, se dirige a mí.

—Buenas tardes, señorita Machado—me saluda—, que suerte que la veo, justamente quería hablar con usted.

—Dígame, señor Rodríguez, ¿pasa algo?

—El nuevo propietario ya ha visto su queja, señorita.

—¿Ah sí?—Asiente— ¿Ha dicho algo?

—Ha escrito una nota para usted, la tengo arriba, quería dársela yo personalmente, por eso quería verla.

—¿Y no ha dicho nada de nada?

—No, lo único que puedo decirle es que ha despedido a la empresa que había contratado para hacer las obras.

—¿Qué? ¿Los ha despedido?

—Sí señorita. El caso es que ya los había despedido antes de que le entregara su queja.

—Vaya, pues no sé que decir.

—Si le parece, la acompaño al vestíbulo y le entrego la nota que el propietario dejó para usted.

—Sí, vayamos. siento curiosidad por saber que pone esa nota.

Junto con el señor Rodríguez subo al vestíbulo, allí me entrega un sobre que pone mi nombre. Con él en las manos subo a casa. Ansiosa por saber lo que pone lo abro en cuanto entro por la puerta.

«Señorita Alejandra Machado, siento muchísimo las molestias que hayan podido ocasionarle las reformas del ático. Por lo que me dice en su nota, no parece que haya contratado a la mejor empresa para encargarse de ello, por eso mismo, he tomado cartas en el asunto y lo he solucionado sin dilación. Por supuesto cualquier daño que haya sufrido la entrada a su casa será reparada por la nueva empresa. Espero que este percance no impida que seamos buenos vecinos y nos llevemos bien. Mis más sinceras disculpas. Tu nuevo vecino».

¿Mi nuevo vecino? ¿Así se firman ahora las notas ahora? ¿Nada de nombre, ni de apellidos? Pues me he quedado como estaba, sentía curiosidad por saber su nombre. ¿Así qué has despedido a la empresa?

En realidad, no era mi intención que hiciera tal cosa, solo quería que supiera que no estaban haciendo las cosas bien. Ahora me siento mal por ser tan impulsiva.

Dejo la nota encima del aparador de la entrada y voy a la habitación a ponerme cómoda. En vista de que mi portento todavía no me ha llamado, decido plantar el

trasero en el sofá y ver un poco la televisión. No tardo en quedarme dormida. Para cuando me despierto son más de las seis y Víctor sigue sin dar señales de vida. ¿Por qué no me habrá llamado todavía? Quiero pensar que está tan liado con su trabajo que no ha tenido ni tiempo para enviarme un wuas. Sí, estoy molesta. Necesito hacer algo o mi cabeza empezará a hacer de las suyas y no habrá manera de pararla. Veamos que puedo hacer... Doy vueltas por casa sin saber a que dedicar el tiempo, miro el reloj, ayer al final no pude hablar con Carla y no sé que pasó con Jorge, supongo que ya habrá salido del trabajo, así que la llamo. Pero nada, no coge el teléfono.

Va pasando el tiempo y yo sigo sentada en el sofá sin hacer nada, mirando el teléfono cada cinco minutos. Como si al hacerlo fuera a sonar o algo así. Soy patética, parezco una adolescente. Me doy una ducha y repaso el historial del paciente al que tengo que operar mañana a primera hora. Todo está perfecto, nada que destacar. A las nueve y media, cenó los restos de la comida tailandesa de ayer, preparo lo necesario para mañana y vuelvo al sofá. ¡Joder, mi cabreo va en aumento cuando veo en el reloj que son más de las diez y que mi portento sigue sin dar señales de vida. Cada vez estoy más convencida de que está tratando de evitar la conversación que teníamos pendiente. Pensar eso me enfurece aún más. ¿Y si lo llamo yo? No, eso sería una estupidez. Ahora mismo sería capaz de decirle algo de lo que luego me arrepentiera. No, si él no llama, yo tampoco voy a hacerlo.

Llevo diez minutos metida en mi cama mirando el techo cuando suena el teléfono. Es mi portento, dejo que suene, no estoy segura que precisamente ahora sea buen momento para hablar con él. Me conozco demasiado bien, por eso mismo decido no contestar a esa llamada. Pero el teléfono suena, suena y suena, una y otra vez insistentemente, así que respiro hondo y descuelgo.

—Hola preciosa, ¿estabas dormida?

—No—contesto seca. La línea se queda en silencio unos segundos.

—¿Estás bien?—Pregunta con cautela.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Pues no sé, dímelo tú.

—No tengo nada que decirte—la mala hostia acumulada durante el día empuja con fuerza para salir a flote, intento contenerla.

—¿En serio? Permíteme que lo dude...—Cuelgo el teléfono. Lo hago porque no quiero liarla. soy muy impulsiva y no controlo nada bien mi mal genio, pero el dichoso aparato vuelve a sonar incansablemente—. ¡¡Que!!—Contesto.

—Alejandra, ¿vas a contarme qué cojones te pasa?

—Oye, llevas todo el puñetero día sin dar señales de vida, discúlpame por no querer hablar contigo en este momento, pero no me apetece nada hacerlo, ¿vale?

—Ya está, ya ha salido la fiera sin poder evitarlo.

—Nena, no pude llamarte.

—¿No pudiste o no quisiste, Víctor? ¿Estás tratando de evitar la conversación que ayer quedó pendiente?—Silencio— ¿Lo ves? Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Alejandra, estás haciendo que pierda la paciencia. Ayer te dije que no pensaras cosas raras y no me has hecho caso.

—¡Qué te den, Víctor!—Vuelvo a colgar. Esta vez el teléfono no vuelve a sonar.

Conociéndome como me conozco, probablemente dentro de media hora estaré arrepentida de lo que acabo de hacer. Primero por mi actitud y segundo por no dejarle explicarme el motivo que lo ha mantenido ocupado todo el día para no ponerse en contacto conmigo. ¡Joder, soy una inmadura total!

Llevo un rato sentada en la cama con el teléfono en la mano pensando que hacer. ¿Debería llamarle y pedirle disculpas? Sí, eso sería lo correcto. Va a pensar que estoy loca, y tendré que darle la razón porque he actuado como tal. Inspiro hondo varias veces reuniendo el valor para hacerlo. Lo hago.

Salta el buzón de voz. ¿Qué hago, le dejo un mensaje? Sí, mejor eso que nada.

«*Víctor, soy yo. Seguramente seas tú el que ahora no quiera hablar conmigo, pero verás... Solo quería disculparme...*—suena el timbre de la puerta. Lo ignoro—. *De veras que...*—Otra vez vuelve a sonar el timbre, repetidamente. ¿Quién cojones será?— *¿Po... Podrías llamarme? Alguien está llamando a la puerta y tengo que colgar*—con el móvil pegado a la oreja voy a ver quien es».

—¿Qué haces aquí? Te, te, te estaba dejando un mensaje en el contestador—le digo señalando el teléfono. Mi portento entra como un huracán a punto de arrasarlo con todo.

—¿Qué que hago aquí? ¿Me preguntas qué hago aquí? ¿Tú qué crees, Alejandra?

—No lo se... Pensé...—no me sale la voz y carraspeo varias veces.

—¡¡Ese es tu problema!!—Me señala con el dedo— ¡¡Piensas demasiado!!—Joder, nunca lo había visto tan cabreado.

—Lo siento yo...

—¿Qué lo sientes? Deberías de pensar antes de abrir la puta boca, Alejandra ¡He dejado tirado en un restaurante al patrocinador del evento del fin de semana!! ¿Y por qué? ¡¡Pues por qué a mi novia le ha dado por pensar que evito una puta conversación!!

—¡Nadie te ha pedido que vinieras!

—No, por supuesto que no. Pero aquí estoy, así que sentémonos y tengamos esa puta conversación.

—No, así no, estás muy cabreado y te entiendo, pero no quiero hablar contigo en ese estado. Lo siento.

—Me has colgado el teléfono gritándome que me den, Alejandra. Eso es lo que más me ha enfurecido. ¿Qué me den?—Grita— ¡¡Siéntate de una puta vez!!

—¡No!—Estoy asustada y no pienso sentarme.

—Entonces hablemos de pie.

—No pienso escucharte, Víctor—me tapo las orejas con las manos, una actitud bastante infantil por mi parte. En dos zancadas se pone frente a mí. Con fuerza sujeta mis manos pegándomelas a los costados.

—Vas a escucharme lo quieras o no—nos miramos intensamente, él con rabia y yo retadora. No me gusta sentirme amenazada, y mucho menos en mi propia casa.

—Llevo en España cinco meses—dice— cuando llegué alguien me propuso alquilar ese bajo y abrir un local de música latina, es algo que nunca me había planteado, pero me gustan los retos y accedí. No alquilé el local, lo compré y puse en marcha el proyecto. Como resultado nació Bacana—hace una pausa y me suelta las manos, tiene todo mi atención—. En un principio no te lo dije porque entre tú y yo no había nada, sólo eras un polvo en el baño de una discoteca—oír eso me duele— ¿Por qué iba a airear mi vida con alguien que apenas conocía? Pero después fui conociéndote y mis sentimientos cambiaron. Pasé de sentir atracción física a algo más profundo, algo que jamás he sentido por nadie—su mirada se suaviza un poco—. Pero tú eras reticente a estar conmigo y ahora sé el motivo. Te resistías porque creías que yo era el tío de mantenimiento que trabajaba en tu urbanización y eso para ti era caer muy bajo. ¿Cierto?—Esto último también me ha dolido, aunque está en lo cierto—. A pesar de todas tus dudas y de esas chorradas del que dirán que tanto os preocupan a las mujeres, cambiaste tu actitud conmigo y me diste una oportunidad. No te dije que era el dueño de Bacana porque después de creer que era un don nadie, quería que te acostumbraras al hecho de que no lo soy. Conociéndote, sabía que tendría dudas al respecto y temía tu reacción. Y como ves... no me he equivocado en absoluto. Tu reacción ha sido inmadura e infantil. No confías en mí, Alejandra y eso me duele profundamente.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Tenía pensado contártelo este fin de semana, cuando te propusiera que fueras al evento conmigo como mi pareja.

—Bueno, pues ahora ya lo sé—intento sonreír pero es inútil.
—Sí, ahora ya lo sabes, ya puedes dormir tranquila—me dice con desdén.
—Siento mucho que haya sido de esta manera—le digo avergonzada y arrepentida.
—Yo también—camina hacia la puerta.
—Victor, por favor...—no quiero que se vaya, no de esta manera— ¿Podrías dejarme al menos...?—Me mira.
—No Alejandra, estoy muy cabreado contigo. No tiene ningún sentido que me quede. Adiós.

Se va y yo me quedo en la puerta rogando en silencio que se arrepienta y vuelva. Pero no lo hace.

CAPÍTULO 13



¿Qué he hecho? Acurrucada en el sofá lloro desconsoladamente, le he perdido. Le he perdido por culpa de mi estupidez y de mis paranoias. ¡No tengo remedio!

«Te lo mereces por no saber controlar tus impulsos, por no saber mantener tu boca cerrada, por no saber mantener a tu cerebro a raya—me digo a mí misma—. Has perdido la oportunidad de estar con un hombre que creía que eras el centro de su universo, y que era el centro del tuyo».

Paso la noche recancomiéndome por mi comportamiento y sin parar de llorar. Sin ninguna duda es la peor noche de mi vida, y yo soy la única responsable de ello. Suena la alarma del despertador y la del móvil a la vez, anunciándome que ya es de día, que hay que despertarse, levantarse y funcionar.

¿Cómo voy a hacerlo? No puedo despertarme porque ni siquiera he dormido, no quiero levantarme, quiero quedarme aquí tirada rumiando en silencio mis problemas y no quiero funcionar, no tengo fuerzas para ello. Decido llamar al trabajo para tomarme el día libre, pero entonces recuerdo que en hora y media tengo programada una operación muy importante que no puedo eludir. Ante todo sigo siendo una profesional.

Me ducho, y me seco el pelo delante del espejo. Cuando me miro en él, la evidencia de como he pasado la noche está ahí, en mi rostro, en mis ojos... estos están tan hinchados que parezco un sapo.

Un sapo horrible. Pero lo peor está por dentro, donde no se ve, donde me es imposible enmascararlo, porque ese dolor que siento, está tatuado en mi corazón. Me maquillo más de lo habitual, si aparezco con esta cara en la clínica, los pacientes saldrán corriendo. Yo también lo haría, si pudiera no pararía de correr. Igual que Forrest Gump en la película. Ahora mismo huiría de todo, pero así no se solucionan las cosas, ¿verdad? No, a mí no me han enseñado a huir, me han enseñado a enfrentarme a los problemas, a dar la cara. Y eso es lo que voy a hacer.

Lo primero que me encuentro al entrar en la clínica es a mi jefe que está apoyado en el mostrador de la recepción hablando con el anestésico. Intento escabullirme pero no lo consigo.

—Alejandra, ¿vienes de incógnito?—Señala mi atuendo.
«Eso es lo que me gustaría—pienso—, ir de incógnito y pasar inadvertida ante el resto del mundo».
—No—contesto seca, espero que se de cuenta de que no tengo muchas ganas de hablar.
—¿Se puede saber por qué llevas gafas de sol dentro de la clínica?
—No he pasado buena noche—decido ser sincera con él—. Y ya sabes que la cara es el espejo del alma.
—¿Mal de amores?
—¿Tan evidente es?
—Sí, ¿quieres hablar de ello? Podemos tomar un café.
—Gracias jefe, pero no tengo tiempo. Tengo que operar en cuarenta minutos y he de prepararme. Pero gracias.
—Si me necesitas, ya sabes donde encontrarme.
—Gracias Marco, estaré bien—me despido con la mano y me encamino a mi consulta.

La operación dura cuatro horas, y gracias a ella, consigo pasar ese tiempo sin pensar en mi portento y en nuestra situación, pero en cuanto pongo un pie fuera del quirófano, las imágenes de la noche anterior se suceden en mi mente una y otra vez sin descanso.

Tomo la comida en mi consulta. No quiero que mis compañeros me vean y me pregunten lo que resulta ser tan evidente. No quiero que nadie sienta lástima por mí. No me lo merezco, todo ha sido culpa mía. El resto del día lo paso como una autómatas, como si fuera un robot bien programado. Me he prometido a mí misma que mañana será diferente, y así lo espero.

A pesar de que cuando llego a casa son las seis de la tarde, de que hace un sol de espatarrar y de que aún faltan unas horas para que se haga de noche, bajo todas las persianas de las ventanas y dejo mi casa a oscuras. Así está mi estado de ánimo, negro como la noche. Sería mucho esperar que mi portento me llamara, ¿verdad? Debería llamarlo yo y decirle cuanto lo siento. ¿Habrá escuchado el mensaje que dejé ayer en su contestador? Supongo que sí. Estaba disculpándome cuando él apareció hecho una furia, intenté hacerlo de nuevo cuando lo tenía allí, frente a mí, pero no quiso escucharme. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Debo seguir mi vida como si nada, o debo intentar recuperarlo? Tengo clara la respuesta. Le amo, le amo con todo mi corazón, por eso no puedo perderle. Él es mi media langosta, él me completa, y yo soy el centro de su universo así que, tengo que recuperarlo como sea.

El sonido del teléfono me aparta de mis pensamientos, por un momento me pongo nerviosa pensando que pueda ser él, pero no lo es. Es Carla.

—Hola—contesto.
—Hola Alex, ¿me habías llamado?
—Sí, lo hice ayer. Quería saber que tal te había ido con Jorge.
—¡Oh Alex, soy tan feliz! Jorge también está enamorado de mí. Al principio me resultó difícil confesarle mis sentimientos, pero me siento tan bien por haberlo hecho... Vamos a intentarlo, Alex.
—¿Te lo puedes creer?

—Me alegro mucho por los dos Carla, hacéis muy buena pareja y vuestra relación será maravillosa. Estoy totalmente segura de ello.

—Gracias amiga. Oye, ¿puedo saber por qué tu voz suena tan triste y apagada? Acabo de darte una noticia maravillosa, y sé que te alegras por nosotros, pero tu voz parece decir todo lo contrario.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Qué sucede, Alex?

—Víctor me ha dejado—reprimó un sollozo.

—Joder, Alex, lo siento. ¿Quieres contármelo?

—Te lo contaré, pero no ahora. Hoy no me siento con fuerzas.

—Te entiendo. Organizaré una cena de chicas para mañana, hace tiempo que no lo hacemos y nos vendrá bien.

—Te lo agradezca Carla, pero no, no me apetece nada.

—Voy a hacerlo, Alex, y vendrás. Entre cerveza y cerveza, me contarás porque ese capullo te ha dejado, y cuando lo hayamos puesto a parir, te sentirás mejor.

—Yo he tenido la culpa Carla, Víctor me ha dejado con razón.

—¿Qué has hecho esta vez?

—Soy demasiado impulsiva, ya lo sabes...

—Sí, lo sé—se queda en silencio un rato—. Bueno, entonces vendrás y entre cerveza y cerveza me dirás que es lo que has hecho, te regañaré y luego te sentirás mejor.

—Está bien—acepto resignada. Diga lo que diga va a hacerlo de todas formas así que...

—¡Genial! Voy a llamar a Estela, luego te cuento.

—Vale, esperaré paciente—no puedo evitar ser sarcástica.

—Deja tu sarcasmo para otro momento, Alex. Te quiero.

—Y yo a ti—cuelgo el teléfono. Me vendrá bien una noche de chicas. Justo lo que necesito, amigas, alcohol y, ¿Bacana?

Una vez que Carla me confirma la quedada de mañana, me tomo un ibuprofeno para el dolor de cabeza y me acuesto. Aún es de día, pero no me importa. Necesito cerrar los ojos he intentar olvidarme del mundo.

El viernes a media mañana, cuando estoy a punto de tomarme un descanso para un café, me avisan que en recepción han dejado algo para mí. Nerviosa y extrañada me acerco al mostrador, la chica que está allí me entrega un sobre plateado y muy llamativo. Lo guardo en el bolso de la bata y voy a la cafetería a por ese café que me mantendrá activa un par de horas más. La pasada noche, conseguí dormir del tirón tres horas, el resto, las pasé cavilando de qué forma podía volver a acercarme a mi portento. Si hubiera sabido que él mismo me iba a brindar esa oportunidad en bandeja, no hubiera perdido tantas horas de sueño.

Pido el café para llevar y regreso a mi consulta. Con manos temblorosas, saco el sobre y lo abro. Es una preciosa invitación personal para la presentación del perfume. Mañana a partir de las once de la noche. En la invitación, explica detalladamente en que consistirá el evento. Por lo que veo, mucha gente conocida del espectáculo estará presente. La invitación la firma el señor Victor Rivera. ¡Vaya, tengo la oportunidad que buscaba en mis manos dentro de un sobre color plata! La primera sonrisa no forzada aparece en mi rostro.

Cuando esa noche llego a "La Goleta" donde me están esperando mis amigas, lo hago nerviosa y emocionada, con muchas ganas de contarles las buenas nuevas.

Durante la cena, ninguna de ellas menciona el motivo que nos ha llevado a esta noche de chicas precipitada. Ambas esperan que sea yo la que saque el tema. Mientras tanto, hablamos de Carla y

Jorge, y de Estela y Jared. Me encanta verlas tan felices, y aunque yo no me encuentro en mi mejor momento, me alegro mucho por lo bien que les van las cosas a ellas. Después de los postres y mientras esperamos por los cafés, decido que es el momento de contarles lo que ha pasado con mi portento.

—¡Joder, Alex! ¿Es qué no vas a aprender nunca?—Me regaña Carla.

—Carla, no te pases, Alex necesita nuestro apoyo, no que la regañemos.

—Gracias Estela, aunque Carla tiene razón. Siempre acabo metiendo la pata por culpa de mi forma de ser. No filtro las cosas que me pasan por la cabeza, y debería aprender de mis errores, pero es evidente que no lo hago, ¿no?

—¿Tú como te sientes, cielo?—Estela me mira preocupada.

Que diferentes son mis amigas, son como la noche y el día. Carla, como buena pelirroja que es, tiene un carácter fuerte, nunca se calla nada, sea bueno o malo ella lo suelta. Por eso chocamos tanto ella y yo, somos demasiado parecidas en nuestros caracteres. En cambio Estela tiene una personalidad dulce, tranquila. Emanaba calma por todos los poros de su piel. En los momentos difíciles como ahora, no querría estar sin ninguna de las dos. ¡Las adoro!

—Pues llevo dos días fatal—suspiro—, pero esta mañana—digo más animada— ha ocurrido algo que me da la oportunidad de disculparme con mi portento personalmente—saco el sobre de mi bolso y mis amigas se miran entre sí y luego me miran a mí—. Esto, es una invitación para ir al evento de mañana—les digo abriendo el sobre.

—Lo sabemos—dicen las dos a la vez.

—¿Cómo qué lo sabéis?

—Hemos recibido una invitación como esa esta mañana—confiesa Carla.

—¡Vaya, eso es genial!—Estoy sorprendida de que Víctor se haya acordado de mis amigas— ¿Iréis, verdad?

—¿Tú irás?—Asiento— Pues entonces nosotras también. Sólo nos lo perderíamos si tú decidieras no ir, pero como no es el caso... ¿Irás con Jorge, Carla?

—Sí claro, ¿con quién iba a ir sino?

—Mi invitación no dice nada de ir acompañada, ¿la vuestra sí?—Asienten— ¿Las tenéis ahí? —Vuelven a asentir— ¿Me dejáis verlas?—Estela me pasa la suya y comparo las dos invitaciones.

No tiene nada que ver una con la otra. La mía está pulcramente escrita a mano, con una caligrafía impecable. Las mariposas aletean en mi estómago al darme cuenta que mi portento ha escrito mi invitación personalmente. Ahora entiendo porque en mi caso, no se requiere acompañante. Una chispa de esperanza, brilla en mi interior.

El sábado me despierto más animada, tanto que decido mimarme un poco. Llamo a mi centro de belleza favorito y reservo cita para las once, después iré de tiendas. Necesito encontrar el vestido perfecto para esta noche. Ayer, después de cenar, las chicas y yo tomamos un par de copas en "El

Corsario Negro", y allí es donde hemos quedado esta noche a las diez. Estoy ansiosa porque llegue el momento.

En el centro de belleza me hacen de todo, bueno todo no. Aquí no existe el final feliz que tan de moda parece estar en otros sitios. Para empezar, me hago un tratamiento de chocolaterapia, dicen que es antidepresivo y antiestrés, justo lo que necesito. Me untan todo el cuerpo con cacao transformado en chocolate. Si alguien

ahora mismo me llamara bombón, le creería.

Después del tratamiento con el chocolate, paso a una cabina donde me hacen la manicura y la pedicura. A continuación paso a hacerme un tratamiento facial con hojas de té y más movidas que no recuerdo. Por último voy a la zona de peluquería y allí me hago un tratamiento para el cabello a base de clara de huevo y mejunjes varios dejándome la melena sedosa y brillante. Salgo de allí renovada, sintiéndome muchísimo mejor que cuando entré. Tendría que ser obligatorio hacer este tipo de tratamientos una vez al mes.

Cojo la ruta a "La Milla de Oro", la calle más chic de toda Marbella, donde estoy segura que encontraré el vestido adecuado para hoy. Después de dar varias vueltas, al pasar por una de las tiendas, me enamoro de un vestido que veo en el escaparate. Entro decidida y hablo con la dependienta que amablemente me enseña el vestido en mi talla. Es un Dolce & Gabbana precioso en color negro. Tiene el escote en forma de corazón y la forma de los hombros y el resto de la piel por encima del pecho, va cubierta por un finísimo encaje también en color negro que abrocha en el cuello. El resto del vestido es sencillo, largo hasta los pies y con mucho vuelo, como a mi me gustan, sencillos y elegantes.

El resto del día lo paso como en una nube. Cuando pienso en mi portento, las mariposas alojadas en mi estómago se despiertan haciéndome sentir su presencia. Me pongo de los nervios cada vez que pienso en él, así que intento por todos los medios no hacerlo, pero me resulta imposible de lograr.

Aún no he planeado la manera de acercarme a mi portento, supongo que la ocasión se presentará cuando menos lo espere. Estaré con mis amigas y sus respectivos. Carla también me dijo que irían algunos de sus compañeros para cubrir el evento y que también estaban invitados a la fiesta. Así que no iré con acompañante pero tampoco estará sola. Eso me da muchísima tranquilidad.

A las diez menos cuarto, estoy lista esperando el taxi que me llevará a la zona de encuentro. Echo una última ojeada en el espejo, el resultado final me gusta. Voy elegante y sencilla. Llevo el pelo recogido en un moño bajo, me he maquillado ligeramente, pero a mis labios les he puesto un color rojo intenso. Me he puesto unos zapatos de tacón de aguja en color negro y como único complemento, unos pendientes de oro blanco con forma de lágrima. Satisfecha con lo que veo, cojo la diminuta carterita que está encima del aparador de la entrada y salgo por la puerta.

Entro en el bar y veo a mi amigas en una mesa al fondo de este. Me acerco.

- Hola—saludo. Cuatro pares de ojos se clavan en mi persona.
- ¡Joder Alex, estás espectacular!—Es Carla la que habla, sonrío agradecida. Jorge se hace a un lado para dejarme sitio en la mesa.
- ¡En serio nena, pareces una actriz de Hollywood!
- No exageres Estela, todos estamos divinos de la muerte.
- Victor se va a quedar alucinado cuando te vea.
- Esa es la intención, Carla—le guiño un ojo. En ese momento aparece Rober con una botella de moscato en una hielera, sonrío al vernos.
- Estáis especialmente elegantes esta noche.
- Primo—le dice Estela—, hoy vamos a mezclarnos con la clase alta de Marbella.
- ¡Qué asco dais!—Ante ese comentario todos reímos a carcajada limpia.

A las once en punto, nos bajamos de los coches enfrente de Bacana. Estoy, muy, muy, muy nerviosa.

Han puesto un photocall en la entrada y cantidad de periodistas esperan impacientes para immortalizar con sus cámaras a las personas importantes y conocidas que pasen por allí. Nos acercamos a la puerta sin pasar por esa gilipollez del photocall y unos tíos vestidos de riguroso negro nos piden que nos identifiquemos para comprobar que estamos en la lista de invitados.

¡Menuda chorrada!

Una vez dentro, los cinco nos quedamos con la boca abierta observando la decoración de la sala.

Normalmente, eso solo nos pasa a las chicas, que somos las que nos fijamos en todo pero Jared y Jorge, están exactamente igual que nosotras, flipando por un tubo. Telas negras con purpurina plateada cubren todas las paredes. Del techo, cuelgan una especie de burbujas en una serie de menor a mayor y a la inversa, también en color plata, aunque la parte del centro es transparente. Dentro de estas burbujas, o lo que sean, hay una base como de cristal en la que se exhiben los frascos del nuevo perfume. Talmente parecen pompas de jabón gigantes con sorpresa. Los frascos que están en el interior de las bolas, son de color naranja intenso, el nombre del perfume es "Fuego", dando a entender que son llamas, o algo así. Tengo que reconocer que la decoración es muy original. Un chico y una chica con uniforme negro y fajín naranja, nos acompañan a una de las zonas vip.

- ¡Medre mía, esto está increíble! ¿No?
- Sí que lo está— le contesto a Carla.
- ¡Joder Alex, tu novio tiene que estar bien forrado para organizar algo así!—Miro a Jorge sin saber que responder a ese comentario.
- Eso parece—murmuro al fin—, Jorge, no estoy muy segura de que él siga siendo mi novio.
- Sí, perdona, no quería...
- No pasa nada, es solo que hay un montón de periodistas por aquí y no me gustaría meter la pata.
- ¡Carla!—Grita Estela— Llama a un pinguino de esos y que nos traiga una ronda, estoy muerta de sed y hay barra libre.
- ¿Y por qué no lo haces tú?
- Porque tú, lo haces mejor—me hace una mueca y sonrío.

El camarero nos trae una ronda y brindamos. A las doce en punto, como detalla la invitación comienza el espectáculo. El invitado estrella, que es quien da imagen al perfume, es un conocido cantante español, el tío canta bien, pero no es uno de mis favoritos. En cambio Estela está entusiasmada cantando y aplaudiendo como una loca sin parar. Después, sale un actor también bastante conocido que hace un monólogo de humor, es muy bueno y me meo de risa con él. Por último es el creador del perfume el que sale al escenario y cuenta que fue lo que le inspiró para crearlo y lo que ha utilizado para hacerlo. Es interesante, no sabía que crear un perfume requiriera tantos procesos. Cuando termina de hablar, da las gracias a todos por asistir y menciona al señor

Rivera, agradeciéndole haber puesto la sala a su disposición y de haberse encargado de organizar el espectacular evento. Y con esto último, oficialmente comienza la fiesta.

Los chicos vuelven a sentarse y nosotras nos quedamos de pie charlando animadamente. Entonces lo siento, siento ese cosquilleo que recorre mi espalda advirtiéndome que mi portento está cerca.

Intento ignorarlo, pero me resulta difícil, quiero mirar a mi alrededor para buscarlo pero me contengo. De repente, las chicas se quedan calladas y me miran. ¿Qué les pasa? Las dos sonríen y entonces, noto una mano firme y caliente sobre mi espalda. Me giro lentamente... ¡Oh Señor, está guapísimo! Lleva un esmoquin negro, camisa blanca que resalta el tono de su piel y esos ojos...

¡Joder, está para comérselo! Tiene esa mirada intensa que hace que todo mi ser se estremezca.

—Alejandra—posa sus labios en mi mejilla y deposita un beso cálido y breve en ella. Ese leve contacto me pone los pelos de punta.
—Victor...—balbuceo.

Sonriendo se acerca a mis amigas. Aprovecho que se ha alejado un poco para volver a respirar. Todo lo que había planeado decirle se evapora de mi mente de un plumazo. Tendría que saber que algo así pasaría, siempre me quedo en blanco cuando está cerca de mí. Antes de él, siempre se me daba bien improvisar pero ahora, no creo que fuera capaz de hacerlo. Me conformaría con poder hablar en su presencia sin tartamudear.

—Dejadme que adivine—está hablando con ellas—, tú eres Carla, y tú Estela, deduzco que los dos chicos que están ahí sentados son Jared y Jorge—los señala—. ¿Estoy en lo cierto?
—Has acertado de pleno—es Carla la que habla, mientras Estela habla con los chicos que se levantan a saludarlo.

Todos hablan como si se conocieran de toda la vida, los tiene en el bote, igual que a mí. Debería estar con ellos, riéndome y disfrutando de lo que sea que mi portento les esté contando, pero no, soy una simple figurante en esa escena, o mejor dicho, una simple espectadora. Ni siquiera se han percatado de que no estoy en el grupo, que no me he movido del sitio. Los observo durante unos minutos más, quiero acercarme, pero no puedo. Yo no soy de paripés, no puedo seguir el rollo y fingir que la otra noche no sucedió nada entre nosotros. Tendría que pedirle perdón primero para poder disfrutar de su compañía, pero ahora no es el momento adecuado para hacerlo. En mi interior siento que no debería estar ahí.

Que Víctor esté con mis amigos, es una buena señal, si lo nuestro estuviera definitivamente acabado, ¿qué sentido tendría acercarse a ellos? Necesito tomar el aire. Recojo mi carterita de encima de la mesa y me voy.

Intento salir fuera, pero aquello está tan abarrotado que tardaría una eternidad en llegar hasta la puerta. No quiero irme, solo quiero estar sola y centrarme. Entonces miro a la puerta que está a mi derecha, el baño donde todo comenzó... Entro, me cercioro de que está vacío y me siento en el sofá, apoyo la cabeza en el respaldo de este y cierro los ojos. Cuando se den cuenta de que no estoy allí, pensarán que me he largado a casa y Carla empezará a bufar. Sonrío al imaginarme la escena.

—Daría lo que fuera por saber que estás pensando.

Abro los ojos despacio, y ahí está mi portento, de pie frente a mí.



—Victor—susurro— ¿Cómo sabías qué estaba aquí?
 —Te vi coger la cartera y pensé... bueno, pensé que te ibas a casa. Te seguí con la intención de convencerte de que no lo hicieras—se sienta a mi lado.
 —Sólo necesitaba estar un rato a solas. Oye Víctor, lo de la otra noche...
 —No digas nada, Alejandra, escuché tu mensaje en el contestador.
 —Estaba pidiéndote disculpas cuando apareciste en mi casa.
 —Siento no haber querido escucharte aquella noche, Alejandra. Normalmente soy un tío muy tranquilo, pero ese día, conseguiste sacarme de mis casillas por completo.
 —Lo siento, Víctor, lo siento muchísimo, de verdad.
 —Lo sé—acaricia mi mano inseguro—. Yo nunca te haría daño, Alejandra, tienes que confiar en mí—se gira un poco para mirarme a los ojos—. ¿Lo harás?
 —Lo haré.
 —Gracias. Ahora me gustaría besarte, estoy deseando hacerlo desde que te vi y no creo que pueda aguantar mucho más.

Posa sus labios sobre los míos con delicadeza, rozándome el labio inferior con la lengua. ¡Joder, como lo echaba de menos! Mi lengua y la suya se rozan, provocando calor en mis venas. Ambos profundizamos el beso. Mi mano se posa en su nuca, y lo atraigo hacia mí. Me siento en su regazo, y sin separar mis labios de los suyos, intento deshacer el lazo de la pajarita, pero me resulta muy complicado y desisto. Él acaricia mis hombros, mi espalda, mis pechos... En el interior del baño, solo se oyen nuestras respiraciones agitadas y nuestros gemidos. Oímos abrirse la puerta del baño y volver a cerrarse, entonces nos quedamos quietos. ¡Joder, menuda pillada! Nos giramos hacia la puerta y no hay nadie. Volvemos a mirarnos y encogiéndonos de hombros estallamos en carcajadas.

Víctor apoya su frente en la mía mientras nuestras respiraciones se ralentizan.

—Será mejor que dejemos esto para más tarde—suspira. ¡Hmm! ese más tarde suena muy prometedor... Nos ponemos en pie y nos adecentamos frente al espejo. Cuando estamos más o menos bien, salimos de allí, entrelazamos nuestros dedos y nos encaminamos a nuestra mesa. A medio camino alguien nos para, es un periodista y un fotógrafo.
 —Disculpe, señor Rivera, ¿podría hacerle una foto?
 —Claro, ¿por qué no?—Mi portento me pega a él.
 —¿Es su novia, señor?
 —Lo es—dice mirándome a los ojos.
 —¿Cómo se llama?
 —Alejandra. Alejandra Machado—el chico nos hace la foto y dándonos las gracias nos deja seguir nuestro camino.

Al acercarme a la mesa veo que Carla está pegada al teléfono, seguramente llamándome a mí. En cuanto me ve, me fulmina con la mirada.

—¡¡Tú!!—Me grita— ¿Cómo te atreves a largarte sin decir nada? ¿De qué cojones vas?
 —Carla—Víctor intenta calmarla—, Alejandra estaba en el baño, así que cálmate, ¿vale?
 —¿Por qué no me dijiste que te acompañara?—Sigue enfadada.
 —Porque estabas ocupada y porque soy mayorcita para ir al baño sola.
 —Está bien, ¿habéis solucionado lo vuestro?—Joder, ella siempre tan directa.
 —¿Tú qué crees?—Le digo levantando nuestras manos entrelazadas.
 —Creo que habéis estado haciendo algo más que las paces—señala mi cabeza—. Podrías haberte peinado un poco antes de salir del baño.
 —¡Arpia!—Paso por su lado y la dejo detrás de mí escojonándose de risa.
 —¿Recuerdas cuando antes has dicho que darías lo que fuera por saber que estaba pensando?—Víctor asiente— Pues justamente, pensaba en eso—señalo a Carla—, en su reacción cuando se diera cuenta de que no estaba.
 —Pues menudo chasco me acabo de llevar.
 —¿Por?
 —Porque creí que era en mí en quien pensabas.
 —No me diste tiempo, acababa de entrar...—Una chica de uniforme se acerca a nosotros, le susurra algo al oído a mi portento y se va.
 —Nena, tienes que disculparme. Alguien pregunta por mí en la planta de abajo.
 —Oh, no te preocupes, estaré por aquí.
 —Bien, luego te veo—me da un beso y se va.

En cuanto me siento, todos me rodean. ¡Ay Dios! ¿Ya están borrachos? Me miran expectantes.

¡Joder, me están acojonando! ¿Qué leches les pasa?

—¡Quéééé!—Les digo al ver que siguen mirándome sin decir nada—. ¿Tengo monos en la cara o qué?
 —Desembucha—¿Cuánto ha bebido Estela? Se le traba la lengua al hablar mogollón.
 —¡Joder, Alex, nos tienes en ascuas! Venga, cuéntanos que ha pasado entre el portento y tú.
 —Sois todos unos cotillas.
 —Sí, sí lo que tú quieras, pero cuenta.

Me hace gracia verlos a todos pendientes de mí, si no les digo algo, no me dejarán en paz, así que empiezo a hablar. En cuanto les cuento lo que ha pasado, Jorge se gira hacia Jared y le dice que le debe cincuenta pavos, ¿han estado haciendo apuestas sobre nosotros? ¡Menuda jeta tienen!

—¿No ha habido polvo de reconciliación?
 —¡¡Carlaaaaaa!! ¡Lo tuyo es increíble! Podías cortarte un poco, ¿no?—La miro un pelín irritada.
 —Vale sí, tienes razón. Pero, ¿ha habido polvo, o no?—Todos vuelven a estar pendientes de mí.
 —Casi, pero nos han pillado infraganti.
 —¿En serio? ¡Qué fuerte!
 —¿Entonces no habéis tenido sexo?

—Ya te he dicho que no, pesadita.
—¡Mierda!—Se gira hacia Estela y ésta le dice que suelte la pasta.
—¿En serio habéis estado haciendo apuestas sobre nosotros?—No doy crédito.
—¡Pues claro!—Contestan los cuatro.
—¡Capullos!—Que cabrones son, no me esperaba esto de ellos. Encima no dejan de reírse de mí.

Durante un buen rato, charlamos, bebemos, bailamos, bebemos, reímos, bebemos... Nos lo estamos pasando genial. A Víctor como está haciendo de buen anfitrión, apenas le veo. Aunque de tanto en tanto se acerca a mí y me da un beso de esos que enardece mis sentidos para luego volver a irse, pero no me importa. Es su trabajo y lo entiendo.

Sobre las cinco de la mañana, Estela trae un pedal de la hostia, y Jared decide llevársela a casa antes de que entre en coma etílico. Carla y Jorge esperan media hora más y también se van. Pero no estoy sola mucho tiempo. Víctor aparece a mi lado y por primera vez en toda la noche, me saca a bailar.

La canción nos viene que ni pintada, "Hoy tengo ganas de ti" versionada por Alejandro Fernández y Christina Aguilera. Desde hace unas semanas, yo siempre tengo ganas de él. Mientras bailamos mi portento no deja de susurrarme en el oído.

—Estás preciosa, me muero por quitarte ese vestido y acariciar todo tu cuerpo. No veo el momento de sentirte, de estar dentro de ti, de saborearte... Tengo ganas de ti Alejandra.

La temperatura de mi cuerpo sube ciento ochenta grados de golpe y jadeo al imaginar sus manos sobre mi piel, su boca sobre mis pechos, su cuerpo desnudo sobre el mío... ¡Joder, que tortura!

¿Tendremos qué quedarnos hasta que todo el mundo se vaya?

—Nos iremos enseguida—¿cómo sabe lo que estoy pensando? ¿Cómo lo hace?— Nena, tu cara es un libro abierto que yo sé leer a la perfección—Dios, a veces me asusta.

—¿En serio?—Asiente—, pues no tenía ni idea.

En cuanto termina la canción, salimos de la pista cogidos de la mano. Nos acercamos a un grupo de tíos trajeados y Víctor le hace señas a uno para que se acerque.

—Ricardo, yo ya me voy, ocúpate de todo, si surge algún problema, no dudes en llamarme.

—Tranquilo Víctor, yo me ocupo—posa su mirada en Víctor y luego en mí.

—Ricardo, ella es Alejandra.

—Un placer, Alejandra, he oído mucho hablar de usted— ¿En serio? ¿Mi portento habla de mí?

—Ricardo es mi amigo y mi mano derecha—me explica Víctor.

—Pues mucho gusto, Ricardo—me acerco y le doy un par de besos—, espero que eso que has oído hablar de mí, sea bueno.

—No le quepa la menor duda.

—Por favor, no me trates de usted, me haces sentir más vieja de lo que soy—él asiente y Víctor tira de mí para volver a tenerme a su lado.

—No eres vieja, eres perfecta—Ains, ¿no es para comérselo?

Nos despedimos de Ricardo y nos vamos. En realidad tardamos más de media hora en estar fuera de la sala, todo el mudo para a Víctor para felicitarle por el éxito de la fiesta. Él nos recoge un taxi en la puerta y mi portento le da la dirección del hotel.

Entramos en la habitación en silencio, él, se quita la chaqueta del esmoquin y la deja sobre el sillón, mete las manos en los bolsillos del pantalón y me mira. Yo, aún estoy junto a la puerta. De repente me siento tímida y miro al suelo, a mis zapatos. Oigo sus pasos amortiguados por la moqueta acercándose a mí, pone un dedo debajo de mi barbilla y me obliga a alzar la cabeza para mirarle.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es solo que...

—¿Estás nerviosa?

—Sí, un poco.

—Ven aquí—me rodea con sus brazos y yo apoyo la cabeza en su pecho.

Escucho los latidos de su corazón, pum pum, pum pum. Él también está nervioso. ¿Es así cómo se siente uno después de una discusión? No recuerdo como me sentía cuando discutía con Fernando, quizá porque no sentía nada. Abrazo a Víctor fuertemente, me moriría si lo perdiera, estoy totalmente enganchada a él, es mi adicción.

Sus manos suben y bajan por mi espalda despertando mi libido. Desabrocha lentamente mi vestido y lo deja caer al suelo. Una a una, me quita las horquillas que sujetan mi pelo, dejándolo suelto sobre mis hombros.

—Te he echado de menos—susurra con la voz cargada de deseo.

—Y yo a ti...

Nuestras bocas se unen, tiernas al principio, pero urgentes y anhelantes en cuestión de minutos.

Nuestras lenguas se acarician, se exploran excitándonos, dejándonos sin aliento. Me coge en brazos y me lleva a la cama. Allí tumbada admiro la rapidez con la que se quita la ropa y se acuesta junto a mí. Acaricia mi cuerpo, todo mi cuerpo, desde la punta del pie hasta el último pelo de mi cabeza. Su lengua lame cada centímetro de mi piel, la siento caliente, abrasadora. Hunde un dedo en mi interior, gimo y me retuerzo, lo mueve dentro y fuera con pericia. ¡Dios, es una tortura exquisita!

Sustituye su dedo por su boca que absorbe mi humedad, lamiendo con su lengua el centro de mi necesidad. Arqueo la espalda, alzando las caderas, pegándome más a su boca. Cuando estoy a punto de correrme se detiene, se coloca un preservativo y me penetra lentamente. ¡Joder, me va a dar algo!

Entra y sale una y otra vez, marcando un ritmo muy sensual, tranquilo, mientras me besa con ternura, con adoración...

—Víctor...—suplico.

Entiende mi mirada y entonces el ritmo cambia. Ahora sus embestidas son más fuertes, profundas.

¡Madre mía, lo siento venir! Un par de empujones más y miles de estrellas de colores brillan ante mis ojos. ¡Joder, joder, joder! ¡Que intenso!

—Alex—mi portento gruñe, se corre y tiembla sobre mi cuerpo.

Con nuestros corazones latiendo más pausadamente, y nuestras respiraciones tranquilas, nos quedamos dormidos. Él protegiéndome con su abrazo. Yo, susurrándole en mi cabeza... Te quiero, te quiero, te quiero.

A la mañana siguiente, me despierto algo desorientada y con un leve dolor de cabeza. Seguramente a causa de los excesos de la noche anterior y de la falta de sueño. Al recordar el polvo de reconciliación, como lo llamó Carla, se me quitan todos los dolores. Mi portento no está a mi lado en la cama, escucho atentamente y oigo ruido, está duchándose. Salgo de la cama y entro en el baño sin hacer ruido. Veo la silueta de Víctor a través del cristal de la mampara. De repente me entran unas ganas tremendas de ducharme, sonrío para mis adentros. Me apetece mucho enjabonar todo su cuerpo, y cuando digo todo quiero decir todo. Travesía asomo la cabeza por un hueco de la mampara.

—¿Necesitas ayuda?

—Pues ahora que lo preguntas, sí. Me encantaría que enjabonaras el cuerpo...

Víctor se hace a un lado y yo entro quedando justo debajo del potente chorro de agua. Cierro los ojos y disfruto del efecto del agua caliente sobre mi cuerpo. Mi portento me acaricia la cara y entonces le miro. Miro su cuerpo de pies a cabeza. Mis pupilas se dilatan llenas de deseo al ver su miembro tieso y duro.

—¡Mmm! Parece que te alegras de verme—poso mis mano en su abdomen y lentamente la deslizo hacia abajo.

—Siempre me alegro de verte.—coge aire al sentir la presión de mi mano en su miembro— ¿No ibas a enjabonarme el cuerpo?—Jadeo al oír su voz cargada de deseo.

—Y esto que tengo en las manos, ¿no forma parte de tu cuerpo?—Me pego a él mientras sigo moviendo mi mano arriba, y abajo.

Recorro su torso mojado con la lengua a la vez que restriego mi cuerpo contra el suyo. Soy como una gata en celo, no tardaré mucho en ponerme a ronronear. Víctor me aprieta el culo con fuerza y posee mi boca con brusquedad, me necesita, igual que yo a él. Introduce un dedo en mí, lo mueve dentro y fuera varias veces, preparándome para él, pero yo hace tiempo que estoy lista. Estoy empapada. Apoyo una de mis piernas en el borde de la bañera, dejando más accesible mi entrada.

Enrosco mis brazos alrededor de su cuello y él, me penetra con fuerza, como a mi me gusta.

—Más fuerte Víctor. Más fuerte.

Me empotra contra la pared de azulejos y clava sus manos en mi cadera marcando un ritmo salvaje, profundo. Acercándome a un orgasmo intenso, que cuando estalla dentro de mí, todo mi ser se contrae. Mi cuerpo tiembla y mis piernas parecen de gelatina. Cuando Víctor se corre, gruñe gritando mi nombre. Durante un rato, permanecemos debajo del agua, recuperándonos de nuestro sexo salvaje mañanero.

El día pasa volando, no hemos puesto un pie fuera de la habitación, y solo hemos salido de la cama para comer. Ha sido un domingo dedicado única y exclusivamente al sexo, a comer y a dormir. Me siento exhausta, pero feliz, muy feliz. Fuera ya es de noche, tengo que volver a casa y una angustia que nunca había sentido, se apodera de mí. Me cuesta separarme de él.

Aprovecho que mi portento está hablando con el servicio de habitaciones para vestirme. Como no encuentro mis bragas por ninguna parte, voy a su cómoda y le cojo unos calzoncillos negros. Me están un poco flojos, pero como el vestido no es ceñido, no se nota nada. Cuando Víctor me ve vestida, tuerce el gesto.

—¿Por qué vas vestida?

—Porque es tarde y tengo que irme a casa.

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche conmigo?—Se acerca y me acaricia el hombro.

—No puedo, mañana trabajo y todas mis cosas están allí. ¿No pretenderás que vaya a la clínica con un vestido de fiesta verdad?

—¿Y por qué no pides el día libre?—Parece un niño pequeño y caprichoso—. No quiero que te vayas...

—Yo tampoco quiero irme, pero tengo que volver a casa.

—Me gusta dormir abrazado a ti—me rodea con sus brazos—. ¿Sabes? puedo convencerte.

—Ni se te ocurra—le doy un pequeño empujón—. Te propongo algo...

—Soy todos oídos.

—Me quedará a cenar contigo, si luego tú, te vienes a casa a dormir conmigo. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto—sonríe satisfecho.

De camino a casa, pienso en la posibilidad de vivir con mi portento. Acostarme todas las noches, y despertarme todas las mañanas a su lado, sería un sueño hecho realidad. Él vive en un hotel, y yo tengo un ático enorme que no me importaría compartir con él. ¿Debería planteárselo? ¿No me estaré precipitando? Probablemente, pero es que estoy tan enamorada de él, que haría lo que fuera por tenerle a mi lado.

—Estás muy pensativa.

—No es nada—miento—, es solo que estoy cansada.

—Pues cuando lleguemos a casa, nos iremos directamente a la cama. A dormir.

—¿A dormir?

—Sí señorita, a dormir y a descansar.

—¡Mandón!—Le saco la lengua y giro la cabeza para que no vea mi sonrisa traviesa.

Esa noche duermo plácidamente, sintiendo los brazos protectores de mi portento alrededor de mi cuerpo. Por la mañana cuando me despierto, veo a Víctor sentado en la cama mirándome sonriente.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, guapo—que gusto da despertarse y encontrarse con esos ojos verdes que quitan el sentío.

—¿Has dormido bien?

—He dormido como un bebe—me desperezó en la cama bajo la tierna mirada de mi portento.

—Estás muy apetecible, nena...

—¡Mmm! Tú sí que estás apetecible—ronroneo.

—Lástima que tengas que ir al trabajo. El desayuno está listo, así que arriba perezosa—me da un cachete en el culo.

—Eres malo, muy malo. Me pones la miel en los labios y luego me la quitas—me quejo.

—Si hubieras pedido el día libre como te sugerí, podrías desayunarme a mí, pero... como has decidido ir a trabajar, te quedas con las ganas.

—¡Eres cruel!—Le lanzo una almohada que él hábilmente esquiva y sale de la habitación dejándome sola con ganas de él.

Me visto y me ducho en un tiempo récord, ni yo misma me lo creo, pero es cierto. Acabo de darme cuenta de que soy capaz de hacerlo en tan solo diez minutos y me quedo asombradísima. Entro en la cocina. Huele de maravilla. El desayuno está perfectamente servido, no falta ni un detalle. Zumo de naranja recién exprimido, tostadas con mermelada y mantequilla, café recién hecho... ¡Uf, fácilmente podría acostumbrarme a esto! Tengo que plantearme seriamente lo de proponerle a mi portento que se venga a vivir conmigo.

—¿Has preparado tú todo esto?

—¿Tú qué crees?—Contesta risueño.

—Creo que eres mi media langosta—digo sin pensar.

—¿Tú media qué?

—Si hombre, ya sabes... Cuando una persona encuentra a otra que está hecha a su medida, con la congenia en todo etcétera. Normalmente se dice que es su media naranja, pero en un capítulo de "Friends", oí que Phoebe decía lo de la langosta y desde entonces he hecho mía la frase. Lo de la media naranja está demasiado dicha.

—Ah, ya entiendo. ¿Y has tenido muchas medias langostas en tu vida?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—¿Lo ves? Eso quiere decir que estábamos predestinados y que tú eres la mía y yo la tuya—Joder, no me reconozco, voy demasiado lanzada para ser solamente las siete y cuarto de la mañana. A este ritmo, estaré proponiéndole matrimonio a la hora de la cena.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo—se sienta a mi lado y me da un beso en la punta de la nariz.

Desayunamos en un cómodo silencio. Como no estoy acostumbrada a desayunar tan temprano, enseguida me lleno, en cambio Víctor come como una lima.

—¿No vas a terminarte las tostadas?

—Que va, estoy llena. No estoy acostumbrada a desayunar.

—El desayuno es la comida más importante del día, nena.

—Lo sé, pero siempre salgo de casa con prisa. A media mañana suelo tomarme un café y si tengo hambre como algo.

—Pues mal hecho Alejandra, para empezar el día con energía deberías...

—Yo tengo una teoría mejor para empezar el día con energía, si te hubiera quedado conmigo en la cama, te la hubiera enseñado.

—No tienes remedio...—Ver esa sonrisa suya tan temprano... ¡Uf!...—Oye, el viernes tengo una cena importante. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Una cena importante?

—Sí. Empresarios de Latinoamérica y España, nos reunimos todos los años para hacer una cena benéfica. África, Asia... El dinero recaudado sirve para construir escuelas, comprar medicinas, alimentos.

—Interesante.

—¿Vendrás conmigo?

—Claro, me encantará acompañarte. ¿Tendré qué ir de gala?

—Me temo que sí.

—¡Genial! Tengo un armario lleno de vestidos esperando un buen momento para lucirse.

—Perfecto. Esta noche te cuento un poco más sobre el tema. ¿Puedes dejarme en el hotel?

—Claro, me pillas de paso—cojo mis cosas en el salón y me pongo los zapatos—. Estoy lista, cuando quieras.

Dejo a Víctor en la puerta del hotel con la promesa de llamarme más tarde. Acaba de irse y ya estoy echándole de menos.

Llego a la clínica con el tiempo justo de coger la carpeta con los informes en mi consulta y empezar con las rondas. Esta mañana, le doy el alta a tres pacientes y le hago las curas al chico de los injertos de la semana pasada. Aunque tardo aproximadamente una hora en hacer dichas curas, estoy satisfecha con el resultado. Todo va según lo previsto, de seguir así de bien, creo que podrá irse a casa a finales de semana. A la hora de la comida, mi jefe entra en la consulta. Trae mala cara, así que auguro que no trae buenas noticias.

—Tengo que hablar contigo, Alex. ¿Es un buen momento?

—Adelante. ¿Ocurre algo, Claudia está bien?

—Claudia está de reposo absoluto, el fin de semana ha tenido pérdidas.

—¡Vaya, lo siento! ¿Puedo hacer algo por ti?—Asiente.

—Me temo que no va a gustarte lo que voy a pedirte—lo miro extrañada—. No sé si recuerdas que este jueves empiezan las ponencias en la universidad de Valencia—Mierda, lo había olvidado—, sabes que estoy invitado para hablar de los nuevos avances en la cirugía plástica, pero con Claudia en reposo no me gustaría irme y dejarla sola, me asusta que pueda pasarle algo. Necesito que vayas tú en mi lugar, Alejandra.

—¿Yo? ¡Joder Marco, no estoy preparada!

—Sí que lo estás y lo sabes.

—¿Cuándo tendría qué irme?

—Tienes que estar allí el jueves a medio día. Harán una reunión en el hotel donde estaréis alojados para daros toda la información. Lo único que sé, es que tú, darás la charla el viernes por la mañana y el sábado a medio día. Tendrás que esperar a estar allí para saber el resto de las cosas. Ya sabes, recepciones, cenas...

—Está bien—acepto resignada—, si no hay más remedio tendré que ir. Pero que sepas que me has fastidiado una cena benéfica el viernes.

—Gracias, Alex, sabía que podía contar contigo. Te debo una.

—Sí, tranquilo. Ya encontraré el momento de cobrármela.

—Lo haré encantado.

Cuando Marco se va, me quedo de bajón en la consulta. ¡Joder, cuatro días separada de mi portento!

No sé si podré soportarlo.



El sonido del teléfono me sorprende. Me asusto al ver el número de mi madre reflejado en la pantalla. ¿Le habrá pasado algo a mi padre? ¿A ella? Sí, tiene que haber sucedido algo para que me llame entre semana y a la hora de la comida.

—Mamá, ¿Estás bien, papá está bien?

—Hola Alejandra, sí, todo va bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, no sueles llamarme en horas de trabajo ni entre semana.

—¿No puedo llamar a mi hija para saber cómo le va la vida?—Se ha puesto a la defensiva, esto es muy raro.

—Pues claro que puedes llamarme mamá. Es solo que me resulta extraño, nada más. ¿Seguro que está todo bien? ¿No ha pasado nada?

—¡No lo sé, dímelo tú!—Ahora sí que me quedo perpleja, ¿de qué va esto?

—¿Qué te diga el qué, mamá?

—¿No tienes nada que contarme?—Pienso durante un minuto, pero no se me ocurre nada que haya podido hacer que a mi madre le moleste tanto.

—Que yo sepa no. Oye mamá, estás muy rara y sabes que odio los acertijos. ¿Por qué no vas al grano?

—¡¡Qué poca vergüenza tienes, Alejandra!!—¡Joder, está cabreada! ¿Qué he hecho?— Tu padre acaba de ponerme delante de las narices su portátil, ¿sabes lo que he visto en él?

—No tengo ni idea mamá.

—¡¡He visto una foto de mi hija con su supuesto novio en la portada de un periódico digital, en una fiesta presentando no se que perfume!! ¿Te suena de algo?

—¡Mierda, mierda, mierda! ¿La fotografía ha salido en internet? ¡Me cago en la puta!

—Ya veo...—Es lo único que consigo decir.

—¿Sabes cómo me acabo de sentir? ¡Enterarme por un periódico de que mi hija tiene novio y por cierto, mucho más joven que ella, no es plato de buen gusto, Alejandra! ¿Qué le diré a la gente cuando me pregunte, eh? ¿Qué no estaba enterada de nada? ¿Qué no tengo ni idea de quién es él? ¿Qué van a pensar, Alejandra?— Esto es el colmo, siempre pensando en el puto que dirán. Me apetece colgar el teléfono y mandarla a paseo.

—Mira mamá, lo que piense y diga la gente, sinceramente me importa una mierda. No te he contado lo de Víctor porque la relación es muy reciente y me da miedo airearlo, todavía no quiero gritarlo a los cuatro vientos. Además, tenía tu reacción cuando te dijera que es mucho más joven que yo.

—¡¡Pues para no querer gritarlo a los cuatro vientos, lo has hecho de pena!! ¿No te parece? ¡Solo has salido en internet!

—Mira mamá, estoy en el trabajo y no quiero seguir discutiendo contigo. Sí, tengo novio. Sí, es mucho más joven que yo, y sí, tenía que habértelo contado pero no lo he hecho y no me arrepiento. ¡Fin de la historia!

—No te atrevas a colgar, Alejandra.

—Mamá, es absurdo seguir con esta conversación. Lo único que te preocupa es lo que piense la gente cuando te pregunten por mi relación. Ni siquiera me has preguntado cómo estaba yo, si soy feliz, si estoy enamorada... ¿sabes? Me parece muy triste que solo hayas pensado en lo que pueda opinar la gente. Lo siento mamá, cuando estés más calmada hablaré contigo, ahora mismo no tengo tiempo ni ganas. Te quiero mucho y no quiero decir nada que pueda hacernos daño a ambas, así que hablamos en otro momento. Adiós—. Cuelgo el teléfono sin darle opción a decir nada más.

La discusión con mi madre, me deja hecha polvo. ¿Cómo iba a imaginar que esa fotografía saldría publicada en internet? Y muchos menos que mis padres la vieran. La verdad que no es la mejor manera de enterarse de mi relación con Víctor, pero la reacción de mi madre ha sido exagerada.

Solo espero que cuando esté más calmada, pueda verlo de otra manera.

Esa noche durante la cena, le cuento a mi portento la bronca que he tenido con ella y lo del repentino viaje a Valencia. Respecto al tema de mi madre, me dice que no le de demasiadas vueltas, que no merece la pena, que es una tontería y que pronto todo volverá a la normalidad. Tiene razón, mi madre siempre ha sido una persona muy impulsiva, igual que yo. Seguramente ya le está pesando el haberme llamado estando tan enfadada.

—Es una pena que tengas que irte a Valencia, me hacía mucha ilusión que me acompañaras a esa cena.

—Lo sé, a mí también me hacía ilusión. Es un rollo tener que ir a las ponencias. Es demasiado aburrido.

—Son solo cuatro días, pasarán volando. Ya lo verás.

—¡Uf, para mí es un suplicio tener que ir!

—Venga, ámate. Piensa que vas a exponer los avances y mejoras de tu trabajo delante de mucha gente. Que tu jefe haya pensado en ti para que le sustituyas es muy positivo. ¿No crees?

—Sí, claro que lo creo... Si tú estuvieras conmigo, sería perfecto.

—Esta vez no puedo acompañarte, nena. El viernes tengo la cena benéfica y el sábado la fiesta latina en Bacana. ¿Regresarás el domingo por la noche?

—Espero poder escaparme de allí por la mañana, aunque si hay algún evento programado, tendré que quedarme. Igual no puedo volver hasta el lunes, son demasiados días sin verte.

—No te preocupes, preciosa, tenemos mucho, mucho tiempo para estar juntos.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo—me siento en su regazo y sellamos esa promesa con un beso apasionado.

El jueves como cada mañana desde el lunes, dejo a mi portento en la entrada del hotel y me dirijo al aeropuerto "Pablo Picasso" de Málaga. El avión que me llevará a Valencia, sale a las nueve y media, tengo tiempo de sobra de facturar mi equipaje y tomarme un café.

Una vez en el avión, saco de mi bolso el primer libro de la trilogía erótica "Pídeme lo que quieras" con intención de empezar a leerlo, pero no lo hago. ¿Para que leer las tórridas aventuras sexuales de unos personajes ficticios cuando puedo recrearme en las mías propias con mi portento? ¡Mmm!

¡Menuda noche la de ayer...! Lo hicimos varias veces, la verdad que me estoy volviendo insaciable.

Primero, follamos salvajemente encima de la mesa del salón, estábamos demasiado calientes y no podíamos esperar. El orgasmo fue intenso y liberador. Creo que no podré volver a comer en esa mesa sin recordar ese orgasmo. La segunda vez, fue en el suelo del baño, no nos dio tiempo a llegar a la ducha, de nuevo volvíamos a estar muy calientes. Esa vez fue rápida, pero no por ello fue menos intensa, todo lo contrario. La tercera vez, dejé que me atara al cabecero de la cama y me cubriera los ojos

con un fular. Algo impensable para mí hasta ayer por la noche.

La experiencia fue increíble, tener los ojos tapados, hizo que mis otros sentidos se agudizaran más ante la expectación por saber cuando me iba a tocar, o besar, eso hizo que disfrutara del sexo como nunca antes lo había hecho. Es alucinante que a mis treinta y ocho años, esté descubriendo el sexo en estado puro y duro, sobre todo duro. Confieso que me gustó mucho estar atada, tanto que estoy dispuesta a probar más, mucho más, siempre que sea con mi portento, claro. Hizo conmigo lo que quiso.

Con sirope de chocolate, fue haciendo dibujos sobre mi cuerpo, para luego quitármelo a lametadas.

Su lengua es... ¡Uf!, hace maravillas con ella, en realidad hace maravillas con todo su cuerpo. Ayer, literalmente, se dedicó a adorarme sexualmente. Se me escapa un gemido al recordarlo dentro de mí, embistiéndome como a mí me gusta, fuerte, muy fuerte. Joder, quien me iba a decir a mí, que me gustaría que me follaran así. Con lo clásica que era yo para esas cosas...

La azafata anuncia que efectuaremos el aterrizaje en unos minutos. Estoy completamente segura, que si el vuelo hubiera durado media hora más, tendría que haber usado los extintores para apagar el fuego que me correo por dentro. ¡Es acojonante lo salida que estoy últimamente!

A las once y diez aproximadamente, aterrizamos en el aeropuerto "Manises" (Valencia). Mientras espero por mi equipaje, hablo con Víctor para decirle que ya he llegado y que le echo muchísimo de menos. Me recoge un coche en la puerta que me lleva directamente al hotel "SH Valencia Palace", por lo que veo, no han escatimado en gastos porque es un hotel de cinco estrellas precioso. En recepción me espera una chica que me da una credencial como participante en las ponencias, permitiéndome el acceso a todos los eventos que se realicen con solo mostrarla. También me informa que a la una y media, dará comienzo el almuerzo de bienvenida, que ella estará esperándome en ese mismo sitio para acompañarme al salón principal y presentarme al resto de participantes. Cojo las llaves de mi habitación y me despido de ella hasta más tarde.

La habitación es sencilla pero muy bonita, decorada en tonos verde agua y beige, con grandes ventanales que llenan de luz la estancia. Me pongo cómoda y saco mis notas para repararlas. A la una y media en punto estoy en recepción, donde me espera mi acompañante. Me guía por un pasillo enmoquetado hasta un salón enorme y lleno de gente, inspiro hondo para disipar un poco los nervios y entro con una sonrisa dibujada en mi cara.

Rápidamente veo rostros conocidos. El Dr. Fernández, cardiólogo del hospital universitario de

Asturias, el Dr. Gómez, traumatólogo de una clínica privada de Madrid. En cuanto el Dr. Fernández me ve, se acerca a mí sonriente, es un gran amigo de mis padres y en lugar de saludarnos con un apretón de manos, nos fundimos en un cariñoso abrazo. Hablamos distendidamente durante un rato, hasta que alguien nos comunica que la comida está lista y podemos ocupar nuestros asientos.

Los ponentes estamos acomodados en una mesa recta que ocupa prácticamente todo el ancho del salón. Las demás mesas son redondas y están distribuidas por todo el salón, son para ocho comensales cada una. Voy hacia mi sitio, a mi derecha tengo al Dr. Fernández, a mi izquierda el sitio está vacío. Me giro hacia el amigo de mis padres y continuamos con la conversación que habíamos iniciado anteriormente. Me habla de sus hijos, de sus nietos y de las ganas que tiene de jubilarse para poder disfrutar de todos ellos. Estoy riendo uno de sus comentarios cuando noto que alguien se sienta a mi lado.

—Vaya, vaya, vaya, que gustazo volver a verte, Alejandra.

Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza. ¡Joder, había olvidado por completo que probablemente Fernando estuviera aquí!

¡Maldita suerte la mía! ¿Por qué el destino tiene que ser tan cabrón conmigo? ¿Por qué él? ¿Por qué precisamente él tiene que estar sentado a mi lado? ¿No había otro sitio donde ubicarlo? Se me ocurren montones de sitios donde este mamón podría estar. Si por mí fuera, estaría en Australia criando canguros.

—¿No vas a saludarme, Alejandra?—Posa su asquerosa mano en mi brazo, lo fulmino con mi mirada láser, pero el muy capullo la ignora. No quiero mostrarme maleducada con él delante de toda esta gente, pero si no tengo más remedio lo haré.

—¿Te importaría no tocarme?

—Vamos, Alejandra, no puedo creer que todavía me guardes rencor por lo que pasó—me muerdo la lengua pero no contestarle como se merece, y me dirijo a él como toda una profesional.

—Dr. Salas, no me alegro en absoluto de volver a verlo, y le agradecería infinitamente que no volviera a tocarme. Ahora si me disculpa, estaba manteniendo una conversación muy interesante con el Dr. Fernández—dicho esto, giro la cabeza y le sonrío al amigo de mis padres—, disculpe Dr. ¿Por dónde íbamos?

El Dr. Fernández mira severamente a Fernando, advirtiéndole con la mirada que más le vale mantenerse alejado de mí.

—Lo siento—le digo bajito.

—No te preocupes querida, estoy al corriente de vuestra historia. Tu padre me lo comentó una vez jugando al golf, estaba preocupado por ti.

—Mejor no hablemos de ese tema, es algo que gracias a Dios tengo olvidado y superado.

—Me alegro que sea así. De todos modos hablaré con el coordinador y le pediré que le cambien de sitio. Después de todo lo que sé, su sola presencia me repugna.

¡Jesús! ¿Pero qué es lo que le habrá contado mi padre a su amigo? Es mejor que no sepa la respuesta, solo de imaginarme a mi padre aireando mi vida privada por ahí, me pone enferma.

Aunque haya sido con su amigo, no me gusta que se hablen de mis cosas.

Durante el resto de la comida, estoy bastante tensa. Fernando no deja de rozarme cada vez que tiene oportunidad, y contenerme, me está costando mucho esfuerzo. Temo que en cualquier momento se me escape la mano y le de una buena hostia. Finalizada la comida, los coordinadores nos explican como será el orden de las ponencias. Marco tenía razón, a mí me toca dar la charla mañana por la mañana y el sábado a las cinco de la tarde. El sábado por la noche, también se celebrará la cena de clausura en este mismo salón, lo que significa que con un poco de suerte, el domingo por la mañana pueda regresar a mi casa. Si antes se me iba a hacer eterno, con Fernando pululando por aquí, será aún peor. En cuanto dan por finalizada la charla, me escabullo con la intención de no darle a mi ex la posibilidad de acercarse a mí, pero cuando estoy saliendo por la puerta el muy capullo me da alcance.

—Alejandra, me gustaría hablar contigo.
—Escucha, Fernando, nada de lo que tengas que decirme me interesa, así que te pido que por favor me ignores.
—No puedo ignorarte, Alex, te quiero—se me escapa la risa al escuchar esto último— ¿No me crees, verdad?
—En serio Fernando, mantente alejado de mí—continuo mi camino intentando perder de vista a este energúmeno.

Menuda cara tiene el tío. Que me quiere dice... Me duelen los oídos solo de recordar esas palabras.

¡Será gilipollas! Cuando se lo cuente a las chicas, van a alucinar.

Me asomo a la ventana de la habitación, hace un día estupendo, si no fuera porque temo encontrarme con mi ex, bajaría a la playa a pasar el resto de la tarde. Por el contrario, decido quedarme en la seguridad de mi cuarto dándole los últimos coletazos a mis notas para las ponencias.

Por la noche, cuando ya estoy acostada, llamo a mi portento. Contesta al momento.

—Hola preciosa, estaba a punto de marcarte, te me has adelantado. ¿Qué tal ha ido el día?
—Hola guapo, no sabes cuanto deseaba escuchar tu voz.
—Me alegra oír eso, ¿me echas de menos?
—Mucho—más ahora que sé que Fernando está por aquí, pero claro, esto último me lo callo, no tiene sentido que le diga nada.
—Yo también te echo de menos, mi amor, ¿has tenido mucho lío hoy?
—No, que va. Hemos tenido un almuerzo de bienvenida y luego nos han explicado el itinerario. Mañana a las diez, daré mi primera charla y la siguiente el sábado por la tarde. Por lo que ha dicho la organización, creo que domingo por la mañana podré tomar el primer vuelo que salga para Málaga.
—Eso sería fantástico, tendría todo el día para demostrarte cuanto te he echado de menos.
—¡Mmm me encantaría! ¿Qué tal tu día?
—Bastante normal, rutinario. He tenido una reunión con Ricardo para ultimar los detalles de la fiesta del sábado y después he ido a comer al restaurante de Anselmo, por cierto, me dio saludos para ti. ¿Ya estás en la cama?
—Sí, mañana quiero levantarme pronto.
—¿Estás nerviosa?
—Sí, no sé si podré pegar ojo. Me aterra meter la pata en algo y quedar como el culo.
—No digas tonterías, vas a hacerlo muy bien. Ya lo verás.
—Ojalá tengas razón.
—Deberías de confiar un poco más en ti misma, Alejandra. Eres una profesional y te los vas a meter a todos en el bolsillo. Oye, yo tengo un remedio para ayudarte a conciliar el sueño, ¿quieres probarlo?
—¿De qué se trata?
—¿Quieres probarlo si, o no?—Ese tono grave de su voz... ¿En qué estará pensando?
—Sí, quiero probarlo.
—¿Qué llevas puesto?
—¿Qué que llevo puesto?
—Sí, no puedo verte, pero puedo imaginarte.
—Llevo un camisón de verano de raso azul, ¿Qué llevas tú?—Me sonrojo al imaginar por donde van los tiros.
—Nada, estoy desnudo dentro de la bañera. ¿Es corto?
—Sí—digo en un murmullo apenas audible.
—Si estuviera contigo, acariciaría tus preciosas piernas y saborearía el dulce sabor de tus labios. Me pongo duro solo de pensarlo, nena.
—Estás consiguiendo que la temperatura suba en la habitación, y eso que tengo el aire acondicionado funcionando.
—Esa es la intención... Te deseo tanto Alejandra.
—Pues ya somos dos.
—¿Alguna vez has practicado sexo telefónico, nena?
—No—Joder, ya me están entrando sudores.
—Pues hoy será la primera. Relájate, cierra los ojos y piensa en nosotros—lo hago, cierro los ojos y escucho su voz cargada de deseo—. Estoy a los pies de la cama observándote, estás tan sensual con ese minúsculo camisón... Quitátele, Alex, quitátele para que pueda ver tus pechos, tus caderas... Quitátele para mí, nena—hago un striptease solitario en mi habitación, imaginándome la cara de mi portento, con sus ojos ardientes posados en mi cuerpo—. Acaríciate los pechos Alex, juega con tus pezones—Mmm—. Eso es, nena, retuércelos. ¿Notas lo duros que están?—Estoy tan concentrada en su voz y en las sensaciones que recorren mi cuerpo que no puedo articular palabra. Solo gimo, y él, él gime conmigo—. Usa tu otra mano, nena, llévala hasta tu sexo, juega con tu clítoris. Tócate para mí, Alex..
—¡Oh sí... sí...!
—Ya estamos a punto nena, un poco más—introduzco un dedo en mi interior mientras escucho la respiración agitada de Víctor. En cuestión de segundos, nos corremos juntos. ¡Joder, consigue que haga cosas que en la vida se me pasaría por la cabeza hacer!—¿Estás bien, nena?
—¡Mmm, estoy de maravilla...!
—Seguro que ahora no tendrás ningún problema para conciliar el sueño—sonríe.

Hablamos durante un rato más y cuando cuelgo, efectivamente, no me cuesta nada coger el sueño. En cuestión de segundos, caigo en un sueño profundo y relajante.

El viernes, a pesar de lo nerviosa que me levanto todo sale bien. La sala de conferencias de la universidad está abarrotada de gente, alumnos, profesores, compañeros... Aunque al principio no me sale la voz, consigo relajarme y todo va sobre ruedas. Para mi suerte, solo me tropiezo con Fernando en dos ocasiones, y en ninguna de ellas se dirige a mí para nada. ¡Gracias a Dios, de lo contrario seguramente hubiera tenido que darle una patada en las pelotas!

Por la tarde, doy un paseo por la playa y me tomo una cerveza en un chiringuito muy cuco que hay cerca del hotel, más tarde en el hotel, ceno una ensalada y un bistec a la plancha. Si estuviera en Marbella, estaría en una cena benéfica con mi portento. Tengo muchas ganas de verlo.

El sábado por la mañana, salgo disparada para la universidad. Aunque mi charla no es hasta las cinco, debo estar presente en todas las demás desde primera hora para poder rellenar el cuestionario que nos harán en cuanto todo termine. Para mi sorpresa, el día pasa volando y cuando quiero darme cuenta estoy frente al espejo dándome los últimos retoques para bajar al salón. Es la cena de despedida, y aunque no me apetece nada ir, tengo que hacer acto de presencia. Me he puesto un vestido azul marino y rojo, sencillo y elegante. La cena me resulta un pelín pesada. Lo achaco a que estoy ansiosa porque termine el día y poder regresar a mi casa. Echo mucho de menos a Víctor. Necesito estar con él, sentir sus manos, sus besos, su piel...

A las doce en punto, igual que cenicienta, me despido de mis colegas y salgo del salón. Cuando lo hago, soy plenamente consciente de que Fernando viene pisándome los talones. Ha estado toda la noche al acecho, esperando la oportunidad para acercarse a mí y acabo de ponérsela en bandeja. No hay demasiada gente en el vestíbulo del hotel, y eso no me tranquiliza. Solo espero poder llegar a los ascensores sin armar ningún escándalo.



—¡Alejandraaaa, esssssperaaaa!—Su voz casi pegada a mi espalda me sobresalta. Aligero el paso.
 —¿Estásss sordaaaaa?—¡Joder, lo que me faltaba, está borracho! Si pudiera correr lo haría—. ¿Qué passssaaaa contigoooo, eh?—Me coge por un brazo y sin mirarle siquiera, doy un tirón y me suelto— ¡Teee esssstoyy hablaaaandooo jooooderrrr!—Me paro en seco.
 —¿Cómo demonios tengo que decirte que no te acerques a mí? ¡Déjame en paz Fernando! ¡Por el amor de Dios, déjame en paz de una puta vez!
 —¡Noooo meeee haaableeessss así!
 —¡Te hablo como me da la gana! ¡Estás borracho, joder!—Estoy casi llegando a los ascensores y de repente me da un empujón haciendo que pierda el equilibrio y casi me caiga de bruces. Por suerte no lo consigue. Me giro y me enfrento a él. Toda la rabia contenida en estos últimos meses, estalla y la dejo salir.
 —¡Eres un hijo de puta! ¡Si vuelves a tocarme, juro por Dios que te patearé la cabeza!
 —¿Ah sí? ¿Tú y cuántas como tú?—¡Mierda, no está borracho! ¡El muy cabrón solo estaba fingiendo! ¿Pero por qué? ¿Creería que al hacerse pasar por borracho iba a escucharle? No entiendo nada.

Su cara encolerizada me asusta, pero no me amilano. Si tengo que darle de hostias con él, lo haré. A mí no se me caen los anillos por patearle el culo a un mierda como él.

—¡Vas a escucharme quieras o no!—Me lanza contra la pared que está al lado de los ascensores, junto a una enorme planta que casi nos tapa por completo. Con fuerza sujeta mi cara y se acerca a mí. Lo empujo y consigo que afloje la mano. Aprieta los dientes con rabia.

—¡Maldita sea, te quiero, Alejandra! Me equivoqué, ¿vale? ¡Quiero volver contigo!
 —¿Y crees que estas son formas? ¿Qué fingiendo que estás borracho y tratándome así va a hacer que vuelva contigo?
 —¡Intente acercarme a ti por las buenas! Sé que todavía me quieres.
 —¡Estás loco si piensas eso! ¡Entre tú y yo jamás volverá a haber nada! Estás equivocado... ¡Ya no te quiero, Fernando! Me hiciste un gran favor cuando te largaste. Tardé muy poco tiempo en darme cuenta que estaba mejor sin ti. Aunque me hiciste daño, mucho daño. ¡Fuiste un cerdo, lo que más me dolió fueron las palabras que dijiste cuando salías por la puerta, fuiste cruel...!

—¡Lo que dije no lo sentía de verdad! Siempre has sido tú, Alex, solo tú.
 —¡Y una mierda! ¿Qué pasó con la enfermera con la que te largaste? Déjame que adivine... ¿Se dio cuenta de que eras un cabrón y te dejó?—Veo la ira en sus ojos, he dado en el blanco—. ¡Aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra, jamás, jamás volvería contigo! ¡El camión de la basura pasó hace unos meses llevándote con él!

—¡¡Eres una estúpida!!—Está muy cabreado. Aplasta su cuerpo contra el mío, me retuerzo intentando soltarme pero no puedo. Trata de besarme, pero giro la cabeza a un lado y a otro con fuerza evitándolo.

—¡Suéltame, joder!—Grito. Noto su mano en mi muslo. Quiero darle una patada en sus partes, pero me resulta imposible al tener su cuerpo contra el mío aplastándome. Cierro los ojos y le pido a Dios que me ayude— ¡Me estás haciendo daño Fernando, suéltame!

—La señorita te ha dicho que la sueltes—Fernando gira la cabeza para ver de donde viene esa voz. Yo mantengo los ojos cerrados, agradeciéndole a Dios que me haya enviado ayuda.

—¡Esto no tiene nada que ver contigo tío, así que sigue tu camino y esfúmate!
 —Es de muy poco hombre tratar así a una mujer.
 —¡Oye tío...! ¿De qué cojones vas? ¡Lárgate joder, todavía no he terminado de hablar con ella!
 —Me parece que ella no tiene ningún interés en hablar contigo. Te lo digo por última vez, por tu bien, quítale las manos de encima.
 —Oye machote, ¿No hablas mi idioma?
 —Me parece a mí, que el que no habla mi idioma eres tú. Alejandra, ven—abro los ojos y al ver a mi portento allí, con la mano extendida hacia mí me derrumbo y empiezo a llorar. Fernando está desconcertado, mirándome a mí y luego a Víctor—Estoy aquí preciosa, tranquila—dice mientras toma su mano y me acerco a él.
 —¿De qué coño conoces a este tío, Alejandra?—Noto como los brazos de mi portento se tensan alrededor de mi cuerpo—. ¡Te estoy haciendo una pregunta, contéstame joder!

—¡Vete a la mierda Fernando!
 —¡Oh, ahora te pones gallita porque está él...! Me importa un carajo quién sea este tío. ¡Eres una...—Víctor me suelta y de un empujón lanza a mi ex contra la pared.

—¡No te atrevas a insultarla! Si vuelves a acercarte a ella, te buscaré. Y lo mínimo que haré contigo, será partirte las piernas. ¿Me has entendido?—Fernando asiente, diría que está un pelín acojonado. No me extraña, ahora mismo, la cara de mi portento da mucho miedo.

—No vales nada, Alejandra. Nada.
 —¡Tú sí que no vales nada, gilipollas!—Se abren las puertas del ascensor y tiro de Víctor para que entre conmigo. No dudo que si estamos un minuto más allí, acabará dándole una paliza y no merece la pena.

Cuando se vuelven a cerrar las puertas, empiezo a llorar a moco tendido, me tiembla todo el cuerpo. Si no fuera por la repentina aparición de mi portento, no sé que hubiera pasado. Él me abraza, susurrándome palabras dulces y cariñosas para tranquilizarme, pero no puedo parar de llorar.

Entramos en la habitación y me lleva al sillón que hay junto a una de las ventanas, va al mueble bar y me prepara una copa. Me la bebo de un trago. ¡Joder, me abraza la garganta! Pero enseguida noto el efecto del licor en mis nervios desmadrados. Se sienta a mi lado y cariñosamente me acaricia la espalda.

—¿Qué... qué haces aquí?—Balbuceo.
 —Quería darte una sorpresa, y resulta que la sorpresa me la he llevado yo.
 —Pero, tenías una fiesta hoy...
 —Sí, pero Ricardo se quedó al mando. Te echaba mucho de menos y quería estar contigo.
 —Siento mucho lo que paso abajo.
 —Yo sí que lo siento. Si hubiese llegado antes, ese cabrón no se te hubiera acercado ni un milímetro. ¿Quién era él, Alejandra?—Las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas, él me da un pañuelo y me mira pacientemente hasta que empiezo a hablar.
 —Es mi ex.
 —¿Tu ex?—Pregunta sorprendido.
 —Sí, salí con él durante casi cuatro años.
 —¿Saliste con un tipo como ese tanto tiempo?—Asiento—. ¿Por qué? Perdóname, pero no entiendo como pudiste salir con alguien como él.
 —Nos conocimos en una fiesta y comenzamos a salir poco tiempo después. Por aquel entonces no era tan agresivo. Era enreído y clasista igual que yo—

confieso avergonzada—, por eso congeniábamos bien. Él trabaja en uno de los hospitales de Málaga, es neurocirujano y bueno, como ves teníamos muchas cosas en común.

—¿Y qué paso?

—Vivimos juntos dos años, yo creía que todo iba bien, pero un día llegó a casa y me dijo que se largaba, que no me quería. Llevaba meses pegándomela con una enfermera que tenía en prácticas, más joven que yo. Me dijo que estaba enamorado de ella. Yo me puse como una loca, metí su ropa en una bolsa de basura y se la dejé en la puerta. Antes de irse, me dijo cosas muy duras, fue cruel, fue un auténtico hijo de puta. Con el tiempo me enteré que no solo me había engañado con esa chica, hubo más, bastantes más. También se dedicó a decir cosas horribles de mí, pero yo preferí ignorarlo. El tiempo siempre pone las cosas donde deben estar.

—¿Por qué no me dijiste que él estaría aquí?

—Sinceramente, me olvidé completamente de su existencia hasta que el jueves lo vi en el almuerzo de bienvenida.

—Si hubiera sabido todo esto, no te hubiera dejado venir sola.

—Si yo hubiera sabido que él también iba a estar aquí, hubiese hecho hasta lo imposible porque otra persona sustituyera a Marco.

—¿Crees qué si yo no hubiera aparecido, te habría hecho daño?

—Sí—susurro—, acababa de rechazarlo y estaba encolerizado. Intenté defenderme, pero su cuerpo me aplastaba contra la pared y no podía moverme—volver a pensar en ello, me pone los pelos de punta—. Gracias por aparecer de la nada, Víctor, te debo una, una muy grande—mis labios se curvan en un amago de sonrisa.

—No tienes nada que agradecerme. Estaba haciendo tiempo en el bar, al ver que ya eran las doce decidí probar suerte y ver si ya estabas en la habitación. Cuando me acercaba a los ascensores oí gritos, me quedé de piedra cuando vi que se trataba de ti. Cuando vi que ese tipo estaba encima de ti manoseándote, la furia se apoderó de mí. No sé como fui capaz de controlarme. Me hubiera gustado partirle la cara a ese imbécil solo por estar respirándote encima—me besa en la frente y me abraza con fuerza.

—Tienes mucho autocontrol...

—No quería armar un escándalo y tampoco que tú salieras perjudicada. Si me hubiera dejado llevar, se habría enterado todo el hotel, la habría liado parda y probablemente hubieran llamado a la policía.

—Tienes razón, gracias por pensar en mí.

—Oh nena, siento tanto que hayas tenido que pasar por esto...

—No te preocupes, estoy mejor gracias a ti.

Apoyo la cabeza en su pecho. Durante un buen rato permanecemos así, en silencio. Cada uno sumido en sus pensamientos. Después de tomarnos otra copa y de intentar olvidar lo que pasó con Fernando nos vamos a la cama. Allí me acurruco en sus brazos, me siento protegida entre ellos, me siento protegida por él... Oigo su respiración acompasada y tranquila, está dormido. En cambio, yo no soy capaz de cerrar los ojos. Cada vez que lo hago, veo el rostro de mi ex y se me encoge el estómago. ¿Qué hubiera pasado si Víctor no aparece? ¿Me habría pegado? Sí, estaba demasiado cabreado y rabiado. Tenía que haber llamado a la policía en cuanto puse los pies en la habitación. Sabía que era un cerdo, pero jamás imaginé que pudiera ser un maltratador. De repente soy consciente de la suerte que tengo por tener a mi portento a mi lado. Es cariñoso, tierno, respetuoso, guapísimo... Lo tiene todo. Sí, soy muy afortunada de tenerlo.

—Te quiero, Víctor—por fin consigo cerrar los ojos y quedarme dormida.

—¡Mmm!—Da gusto despertarse y sentir los tiernos y dulces besos que mi portento está dejando en mi cuerpo. Sus manos acarician mis pechos, mis pezones ya están duros como piedras reclamando atención— Víctor...

—¡Mmm! Esta mañana estás deliciosa, nena. Lo siento, pero no he podido resistir comerte a besos mientras dormías.

—No importa, lo que estás haciendo me gusta mucho, sigue por favor—su ronca carcajada arde en mis oídos.

—¿Has dormido bien?

—Me ha costado dormirme, pero estoy bien.

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero no de comida, así que déjate de charla y dame de comer. ¡Estoy hambrienta de ti...!

—Tu caballero de blanca armadura está aquí para servirte, tus deseos son órdenes para mí princesa.

Lentamente baja su boca hacia la mía y resigue con su lengua el perfil de mis labios. ¡Mmm, ya estoy ardiendo y solo es el principio! ¡Oh Dios, jadeo! Cuánto le he echado de menos. Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos hasta coger su miembro erecto. Le acaricio con suavidad, estoy deseando sentirla dentro de mí. Me urge sentir a Víctor poseyéndome, es como si con ese acto, pudiéramos borrar todo lo ocurrido la noche anterior. La lengua de él en mis pezones es como fuego que me enciende y me arde en la piel. Lo sigo acariciando con la mano un poco más, hasta que noto la humedad en la punta de su pene. La guío hacia mi entrada también húmeda y caliente, y poco a poco la introduzco en mí. Mi portento se mueve lentamente, torturando mis sentidos. Lo necesito tanto... Poso las manos en sus nalgas y aprieto, introduciéndolo más en mí, haciendo que me llene por completo y me sienta plena. Cierro los ojos para vivir más intensamente esa sensación de plenitud que me embarga cuando él está dentro de mí.

—Abre los ojos y mírame, nena—Víctor está apoyado sobre los codos, observándome—, Yo también...—dice mirándome a los ojos.

—¿Tú también qué?—No entiendo lo que quiere decirme.

—Yo también te quiero, Alejandra—la sorpresa reflejada en mi rostro le hace sonreír—. Te quiero desde el día que te conocí. Aquel día en el baño de Bacana supe que eras diferente, que no podía dejarte escapar.

No soy capaz de despegar mis labios, de lo único que soy capaz es de atraerlo hacia mí y besarlo con pasión, entregándole en ese beso mi corazón. Durante más de una hora hacemos el amor, sin prisas, explorando cada rincón de nuestros cuerpos, adorándonos, queriéndonos...

A medido día, abandonamos la habitación y salimos del hotel para dirigirnos al aeropuerto. El viaje de vuelta a casa es rápido, y en menos que canta un gallo estamos en el ático tomándonos una cerveza.

—¿Te apetece que vayamos a la playa?—Me pregunta Víctor.

—Sí, por qué no... Pero hay un pequeño problema, tú no tienes bañador.

—No es ningún problema si vamos a una playa nudista— dice pícaramente.

—¡Oh no, no, no, ni de coña! ¡Espero que estés de broma!

—Lo estoy—suelta una carcajada—. En realidad sí que tengo bañador, había metido uno en la bolsa por si en Valencia bajábamos a la piscina, o íbamos a un Spa.

—¡Genial! Entonces meto un par de cosas en una bolsa y podemos irnos.

Cogemos mi coche en el aparcamiento y nos vamos a "Dunas de Artola, Cabopino". Es una playa preciosa declarada monumento natural. Una parte de la playa es nudista y mi portento se queda asombrado porque haya decidido llevarle allí. El motivo es muy simple, es una de las mejores playas de Marbella, por eso estamos en

ella.

Pasamos una tarde fantástica tomando en el sol, riéndonos como chiquillos cuando jugamos a saltar las olas, acariciándonos... Sin duda alguna, es la mejor tarde de playa de mi vida. De vuelta a casa, paramos a tomar una cañas en "El Corsario Negro". Allí nos encontramos con Jorge y Carla que también han pasado el día en la playa. Le cuento a mi amiga lo ocurrido con el innombrable, así es como decido llamar a mi ex de ahora en adelante. A medida que le narro el incidente, su cara cambia de color, pasando del blanco al granate en cero coma.

—¿Le has denunciado verdad?—El gesto de mi cara le da la respuesta— ¿No? ¿Pero por qué coño no llamaste a la policía y lo denunciaste?
—Te juro que en ese momento ni siquiera lo pensé, luego cuando ya estaba en la cama, al recordarlo todo, vi lo estúpida que había sido por no denunciarlo.
—¡Y tú!—Le espeta a mi portento-, ¿No pudiste partirla la cara?
—Si por mi hubiera sido, créeme, ni haciéndole la cirugía plástica le hubieran reconocido.
—Si llego a estar allí, te juro que...
—Tranquila Lara Croft—le digo—, cualquier día te lo encuentras por la calle y será todo tuyo.
—¡No es ninguna broma, Alex!
—Lo se... ¿Por qué no cambiamos de tema? ¡Estoy empezando a ponerme de los nervios!
—Nosotros tenemos que irnos—Jorge mira a mi amiga—, mañana salgo temprano de viaje y me gustaría acostarme temprano.
—Sí, sí, sí, tú lo que quieres es despedirte a lo grande—me burlo de él— ¿Cuánto tiempo estarás fuera?
—Hasta el jueves, ¿por qué?
—¿Os apetece que quedemos el viernes?—Propone mi portento—. Podemos ir a cenar al restaurante de Anselmo y luego ir a bailar un poco. ¿Qué os parece?
—¡Suena genial!—Me apetece mucho este plan.
—Por mí también, ¿hablamos entre semana y lo planeamos?—Carla me mira.
—Vale, yo me encargo de llamar a Estela y a Jared para que se vengan también.
—¡Perfecto!—La parejita se levanta y quedamos en hablar de los planes para el viernes.

Víctor y yo nos tomamos una cerveza más, son casi las diez de la noche y tengo que preparar unos informes para la reunión de mañana con mi jefe, pero no me importa, estoy tan a gusto allí con mi chico que no me apetece nada irme a casa.

—¿Me invitas a dormir contigo esta noche?—Mi portento está juguetón, me encanta.
—¿Qué si te invito a dormir conmigo? ¡Hum! déjame que lo piense...
—¿Te lo vas a pensar? ¡Serás mala!
—¿Para qué preguntas? Ya sabes la respuesta, tu sitio está en mi cama, a ser posible todas las noches.
—Por mí encantado. Necesito pasar por el hotel a recoger algunas cosas, ¿te importa?
—Para nada.

Pasamos por el hotel, y mientras Víctor sube a coger sus cosas, yo me quedo esperándole en el coche. Decido llamar a mi madre, desde el día de la bronca no he vuelto a hablar con ella. Es tan orgullosa, que aunque sabe que ha metido la pata de cabo a rabo, no es capaz de llamarme, así que si Mahoma no va a la montaña... Es mi padre el que contesta la llamada.

—Hola papí, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?
—¡Hola princesa! Pues muy bien, aquí estamos, con unos amigos. Tomándonos unas botellas de sidra en el jardín.
—Que bien viven algunos...—Sonríó.
—No podemos quejarnos. Acaba de llegar el Dr. Fernández, me ha dicho que os visteis en Valencia.
—Sí, coincidimos en las charlas anuales de la facultad de medicina, es un hombre encantador.
—Habla maravillas de ti, tiene a tu madre encandilada contándole lo bien que lo has hecho en las ponencias.
—¿Cómo está mamá? Desde que hablamos el otro día...
—Está bien, arrepentida. Ya sabes como es, aunque sabe que no hizo bien con esa llamada, le cuesta dar el brazo a torcer. ¿Quieres hablar con ella?
—Si ella quiere... me gustaría saludarla—mi padre llama a mi madre para que se ponga al teléfono.
—Hola cariño, ¿cómo estás? El Dr. Fernández está contando maravillas de ti, no sabes lo orgullosa que me siento.
—Gracias mamá, me alegra oír eso. Estoy bien, algo cansada por el tute del viaje, pero bien. Satisfecha con mi trabajo.
—Oye hija...—mamá baja el tono de voz—, quería pedirte disculpas por lo del otro día.
—Disculpas aceptadas mami, no te preocupes, ¿vale?—En ese momento, mi portento entra en el coche.
—¿Con quién hablas, preciosa?
—Con mi madre.
—¿Estás con él?
—Sí mamá, ahora mismo estoy con él.
—¿Tú estás bien?
—Sí, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien—miro a Víctor, él es el culpable de que yo sea tan feliz. Coge mi mano y me besa los nudillos.
—Eso es lo más importante, quiero que seas feliz.
—Lo soy mamá
—Entonces si tú eres feliz, yo también lo soy.
—Gracias, os quiero muchísimo—se me llenan los ojos de lágrimas.
—Y nosotros a ti mi vida—ella también está emocionada, puedo notarlo en su voz. Me despido de ella y nos vamos a casa.

Una vez que tengo todo listo para la reunión del día siguiente, me voy a la cama. Mi portento lleva un rato acostado viendo una película. En cuanto me ve entrar por la puerta, apaga el televisor y esa sonrisa suya que me encanta, aparece en todo su esplendor. Al ver que sigue juguetón, todo el cansancio acumulado en mi cuerpo se evapora. Me quito el mini camisón que llevo puesto y con solo las braguitas, me acurruco junto a él.

—Éstas también puedes quitártelas...
—No, éstas—digo señalando mis bragas—, prefiero que me las quites tú.

Él, obediente, se pone sobre mí y con mucha lentitud desliza la prenda por mis piernas y las deja caer al suelo. A continuación, me hace el amor como solo él sabe hacerlo, dejándome exhausta y feliz, muy feliz.



La semana pasa volando, tanto que sin darme cuenta ya es viernes. Esta noche hemos quedado los seis para salir a cenar y a bailar. Ahora que lo pienso, es la primera vez que las tres parejas salimos juntos. Seguro que nos lo pasamos en grande.

El martes, cuando llamé a Estela para comentarle los planes enseguida acepto. Dijo que había algo que quería contarnos y que ya que el viernes estaríamos todos juntos aprovecharía para hacerlo. Desde entonces, no he dejado de preguntarme que será lo que va a decirnos. Esta noche por fin se despejará la incógnita.

Mi portento y yo, cada día estamos mejor. Desde hace más o menos dos semanas, duerme todas las noches conmigo, quizá un día de estos le proponga seriamente instalarse en el ático. Apenas quedan quince días para mis vacaciones. Tengo claro que quiero ir a pasar algunos días a Asturias para ver a mi familia, aunque pensar en separarme de Víctor, me encoge el alma. Lo que ya no tengo tan claro, es lo de irme a Nueva York, él no puede tomarse unas vacaciones, lo que es normal, ya que estamos en temporada alta y a su negocio le viene muy bien. Probablemente me quede aquí para pasar más tiempo con él. No quiero ir a Nueva York, si estando en Valencia lo eché tanto de menos, no quiero ni pensar lo que sentiré estando tan lejos.

Llego a casa sobre las cinco, mi portento todavía tardará un par de horas en llegar, así que aprovecho para salir a correr un rato, hace días que no lo hago y me apetece. El único deporte que practico últimamente es el sexo, y joder lo bien que siento, estaría en posición horizontal con Víctor cada día y a cada hora. ¿Alguna vez me saciaré de él? No lo creo, es muy, muy adictivo.

Salgo de casa y me encuentro la puerta del ático de enfrente abierta, el señor Rodríguez me comentó el otro día que ya estaban a punto de terminar las obras, y que posiblemente a finales de mes, el nuevo propietario ya esté instalado. La curiosidad me pica, y como no oigo ruido dentro, asomo la cabeza para echar un vistazo al interior. ¡Vaya... ha quedado precioso! Han unido la cocina y el salón, el espacio se ve enorme y muy luminoso, es una pasada, me gusta muchísimo más que el mío, y eso que no he visto el resto del piso. Seguro que es igual de alucinante. Oigo pasos en las escaleras y salgo de allí pitando, me moriría de la vergüenza si me pillaran allí dentro.

Voy a un parque cercano y doy unas cuantas vueltas alrededor de él. Está abarrotado de niños jugando, mi reloj biológico vuelve a hacer tic tac, tic tac, en mi interior. ¿Alguna vez tendré un hijo con Víctor? ¿Le gustarán a él los niños? Nunca hemos hablado del tema, así que no tengo ni pajolera idea de lo que piensa al respecto. Tomo nota mentalmente para dejarlo caer en alguna de nuestras conversaciones y así saber lo que opina.

Cuando llego a casa, mi portento ya está allí. Hace un par de días que le di una llave para que pudiera entrar y salir de mi casa a su antojo.

—¡Hola! No sabía que estabas aquí, pensé que llegarías más tarde. He salido a correr.

—Ya veo, estaba a punto de llamarte, pero vi tu móvil en la cocina y supuse que no andarías muy lejos—me abraza y me da un beso.

—Víctor, estoy muy sudada...

—Me da igual, me muero por abrazarte—pasa un brazo alrededor de mi cintura y me pega a él. El beso que me da a continuación, enciende mis entrañas—. ¿Te apetece una ducha conjunta?

—¡Mmm! Sí que me apetece.

—Pues sígueme, nena.

De camino al baño va quitándose la ropa, dejándola esparcida por el suelo. Dios, tiene un culo que quita el sentío. Y esa espalda... ¡Joder, se me está haciendo la boca agua! Esto no puede ser normal, ¿o sí?

Dentro de la ducha, dejo que mi portento me lave el pelo y me lo aclare. También dejo que juegue con mi cuerpo y me haga cosas deliciosas, luego será mi turno de corresponderle. No va a quedar ni un centímetro de su piel que no saboree con mi lengua. Cuando por fin me penetra, gruño y le clavo los dientes en el hombro. ¡Oh señor, sentir esto en una gozada! Nunca mejor dicho. Víctor se clava en mí salvaje, con necesidad, me abro más para recibirlo por completo, para sentirle bien adentro. ¡Sí, oh sí... estoy a punto de correrme!

Dos horas después, entramos en "El Corsario Negro", nuestro punto de encuentro con los demás. Por lo visto, somos los primeros en llegar, no veo a las chicas con sus respectivos por ningún lado. Le pido a Rober una copa de moscato y mi portento una cerveza, a los diez minutos aparecen Carla y Jorge, y poco después Estela y Jared.

De allí nos vamos al restaurante "Puerto Rico Vida Rica", donde Anselmo nos recibe amablemente y nos acompaña a la mesa que Víctor reservó para nosotros. Mis amigas se quedan alucinadas con el sitio.

—¿Cómo es posible qué exista esta maravilla y no lo supiéramos?—Carla nos mira.

—El día que Víctor me trajo aquí, pensé exactamente lo mismo.

—Lo abrieron hace poco más de un mes—explica mi chico—, Alejandra y yo, estuvimos aquí poco después de la inauguración.

—¿Conocías a Anselmo de antes?—Le pregunto.

—Nos presentó Ricardo. Anselmo buscaba un local para abrir un restaurante y yo tenía uno, así que llegamos a un acuerdo. Lo demás vino rodado. Entre todos, pusimos esto a funcionar en dos meses. Así es como nació nuestra amistad.

—Anselmo parece buen tío—dice Estela.

—Lo es—el susodicho se acerca a la mesa dejando sobre ella unos cuantos platos típicos de su tierra.

Comemos las delicias que Anselmo nos trae sin rechistar, está todo para chuparse los dedos. Mientras esperamos por el típico chupito de ron, Estela nos desvela su misterio.

—Ejem... Hay algo que quiero contarnos—está un pelín nerviosa. ¿Qué bomba soltará? Tiene toda nuestra atención puesta sobre ella, nos tiene en ascuas—. La primera semana de agosto, me voy a los Estados Unidos con Jared.

—¿Te vas de vacaciones? ¿Hasta cuando?—Pregunto.
—No he debido de explicarme bien. A Jared lo han contratado en California para hacer una investigación. Me voy con él.
—¿Hasta cuando?—Esta vez es Carla quien pregunta.
—Indefinidamente. Ya he pedido una excedencia en mi trabajo.
—¿Qué?—Gritamos Carla y yo a la vez.
—¿Cómo qué indefinidamente?—Me he quedado bocas.
—Sí, quiero a Jared—acaricia la mejilla de su chico mientras este la mira embobado-, y me voy con él.
—Pero... pero...—no sé que decir.
—Pero nada chicas, la decisión está tomada y no hay marcha atrás. Espero que lo entendáis y que me deis vuestro apoyo.
—Sabes que siempre puedes contar con nosotras—Carla está emocionada—, y te apoyaremos siempre.
—Gracias chicas, eso era justamente lo que quería oír.

Después de lo que acaba de soltar Estela, me quedo de bajón. Mi portento lo nota e intenta animarme, pero sin éxito alguno. Solo necesito tiempo para asimilar la noticia.

Para cuando llegamos a Bacana, ya estoy mucho mejor. Veo tan feliz a mi amiga que no puedo hacer otra cosa que no sea alegrarme por ella, así que una vez asumida su marcha, cambio el chip y decido disfrutar de la noche junto a ellos.

Como siempre, estamos en la zona vip. Estando con el dueño de la sala, no podía ser de otra manera. Mis amigas y yo, bajamos a la pista de baile a darle todo. La música es buenísima, nos encanta bailar bachata, salsa, merengue, en fin, todo ese tipo de música que implica mover las caderas y el culo a buen ritmo. Miro hacia arriba y veo a mi portento que no me quita el ojo de encima, está sonriendo, y desde allí abajo, distingo perfectamente el guiño de ojo que me dedica.

Después de un largo rato moviendo el body, subimos con nuestros chicos a tomarnos una copa. Víctor está hablando con la rubia despampanante de la piscina y Carla me da un codazo. Al ver a la chica tan pegada a mi portento, no puedo evitar sentir celos. Él es mío y no quiero que ninguna lagarta merodee a su alrededor. Me acerco a él con una de mis mejores sonrisas y le acaricio la espalda.

—¿Conoces a mi novia?—Le pregunta a la rubia.
—¿Tu novia? No sabía que tenías novia—se acaba de quedar a cuadros.
—Pues sí, la tengo. Alejandra, te presento a Cristal—¿Cristal? ¿Qué nombre es ese? ¿No había una telenovela que se titulaba así? Extiendo mi mano para saludarla.
—Hola—le digo—, encantada de conocerte—ella me mira de arriba a abajo sin cortarse un pelo, evaluándome. ¿De que va esta niña?—¿Tu madre es muy fan de las telenovelas? Ya sabes, lo digo por tu nombre...
—Sí—contesta malhumorada—, oye Víctor, ¿no es demasiado mayor para ti?—¡La madre que la parió! ¡La muy puñetera me ha lanzado una buena! Me lo tengo merecido, por lista.
—Para nada—contesta mi portento—, Alejandra es la mujer perfecta para mí. Ella es mi media langosta—. Ambos nos miramos y me besa. ¡Chúpate esa barbiegirl! La chica se da media vuelta y se va bastante molesta porque Víctor pasa de ella.
—He tenido celos de esa chica desde el día que la vi en la piscina—confieso.
—Aquel día en la piscina estaba poniéndote a prueba.
—¿A prueba?
—Sí, te vi llegar y estuve observándote durante un rato. Como tú me ignorabas cada vez que me veías pues me pregunte... ¿Qué pasará si me ve tonteando con otras? El resto de la historia ya la sabes.
—¿Desde donde estabas mirándome?
—Un espía nunca descubre sus escondites—me da una cachetada en el culo y vuelve con el grupo dejándome allí, pensando lo bien que se nos daba jugar al gato y al ratón, y caigo en la cuenta que durante todo ese tiempo yo he sido el ratón cuando creía ser el gato.

Estoy en la clínica esperando a Carla para ir a comer, hemos pensado en hacerle a Estela una fiesta de despedida, y hoy, durante la comida, lo prepararemos todo. Mientras espero, pienso en cuanto nos ha cambiado la vida en estos dos meses, quien nos iba a decir a nosotras que acabaríamos encontrando el amor a la vez. La marcha de Estela nos entristece mucho, tardaremos tiempo en verla, ya no seremos tres en nuestras quedadas y nada volverá a ser nunca lo mismo. Lo dicho, todo está cambiando...

Mi portento y yo nos hemos vuelto inseparables, cada día que pasa estamos más unidos y compenetrados. Sigue durmiendo en mi casa todas las noches, y todas las mañanas cuando voy al trabajo, lo dejo en la puerta del hotel. Este fin de semana, le propondré que se venga a vivir conmigo y que deje de una vez la habitación en el hotel, es una tontería seguir pagándola cuando apenas la usa.

Carla me envía un wuas avisándome de que ya está fuera esperando, así que recojo mis cosas y salgo. Vamos al restaurante de comida rápida que hay junto a la clínica. Allí ultimamos los preparativos para la fiesta de Estela y decidimos reservar mesa para el viernes en su restaurante italiano favorito. Después, como ya es costumbre en nosotras, iremos a Bacana. Nuestros chicos estarán esperándonos en la sala. Mi portento me ha asegurado que tendrá una sorpresa que Estela no podrá olvidar en mucho tiempo. De camino a la clínica, Carla me pregunta:

—¿Ya sabes que vas a hacer en tus vacaciones?
—Pues la verdad es que estoy hecha un lío—suspiro—, a Asturias iré fijo, aunque solo sea una semana. Pero lo del viaje a Nueva York, no lo tengo claro.
—¿Y eso? tú siempre has querido ir a Nueva York.
—Lo sé. Es solo que no quiero estar tanto tiempo separada de Víctor.
—Pero son tus vacaciones, Alex, deseas ese viaje desde hace mucho tiempo. ¿Has hablado con él de ello?
—Lo hemos hablado por alto.
—Te entiendo cuando me dices que no quieres estar separada de él, pero también tienes que pensar en ti. Te mereces ese viaje.
—Sí, supongo que sí. Pero también puedo hacerlo más adelante, con mi portento.
—Bueno, decidas lo que decidas me parecerá bien.
—¿Tú y Jorge vais a ir a algún sitio?
—No, él no tiene vacaciones hasta septiembre, así que pospondré las mías.
—¿Lo ves? Tu esperarás por Jorge...
—Alex, te juro que te entiendo, y me parece lo más normal. Lo que pasa es que lo has pasado tan mal últimamente que bueno, te vendría muy bien desconectar.
—Tienes razón, pero no te preocupes. En Asturias desconectaré, con mis primas por allí... créeme, no tendré tiempo a pensar en otra cosa que no sea divertirme.

—Eso espero—llegamos junto a su coche-. ¿Entonces nos vemos el viernes?
—Sí, en el restaurante a las nueve y media.
—Perfecto, cualquier cosa me llamas—me abraza—, te quiero, loca.
—Y yo a ti, cuerda—me despido con la mano y entro en la clínica.

A pesar de que solo estoy rellenando informes, las dos últimas horas de trabajo pasan muy rápido. A las cinco en punto, aparco el coche en el aparcamiento de la urbanización. Bajo del coche y acto seguido aparece Víctor en su motaza. ¡Dios, se le ve tan poderoso manejando esa máquina...! Es verlo aparecer y ponerme a babear.

—¿Qué tal preciosa? ¿Todo bien?
—Sí, muy bien. He comido con Carla.
—¿Habéis hablado de la fiesta de Estela?
—Sí, hemos reservado en su restaurante favorito para el viernes.
—¿El viernes?
—Sí, ¿Te viene mal?
—Nada que no pueda solucionar, no te preocupes.
—Vale. ¿Cómo es que estás aquí tan pronto? ¿No ibas a comer con alguien a Torremolinos?
—La comida se ha cancelado, lo malo es que tendré que ir a cenar esta noche, le venía mejor así. Llegaré tarde.
—¿Vendrás a dormir a casa o te quedarás en el hotel?
—Preferiría dormir contigo, si te parece bien claro.
—Me parece estupendo. Me gusta que quieras dormir conmigo todas las noches—subimos a casa, hace un calor mortal—. ¿Te apetece bajar a la piscina a darnos un chapuzón?
—Preferiría dormir la siesta...
—¿La siesta? pero si tú nunca duermes la siesta.
—Ya sabes...—aparece esa sonrisa suya que aceleran las mariposas que habitan en mi estómago, y ante su cara traviesa, no puedo evitar echarme a reír.
—Si me echo una siesta ahora, por la noche no podré pegar ojo—me encanta hacerme la tonta.
—¿Y quien dice que vayamos a dormir?
—Lo has dicho tú.
—Entonces me he expresado mal—se pega a mi espalda y me besa el cuello—, vamos nena, quítate la ropa y ven a jugar conmigo—noto su miembro duro como una piedra a través de sus vaqueros.
—Tú sí que sabes convencer a una chica—le digo presionando mi culo más contra su entrepierna—. ¿No prefieres quitarme la ropa tú? Solo es un vestidito de nada.
—No, me gusta ver como te desvestes. Me pone mucho.

Me muevo quedando frente a él. Lentamente empiezo a desabrochar el vestido playero que llevo puesto. Víctor sigue mis manos con la mirada y se pasa la lengua por su labio inferior, como si se estuviera relamiendo. El vestido cae al suelo y me quedo en bragas y sujetador.

—Todo—me ordena.
—¿Todo?—Asiente—, está bien...

Metó los dedos en la cinturilla de mis bragas y poco a poco las deslizo por mis piernas. La respiración de mi portento se acelera. ¡Me encanta verle así, me hace sentirme tan poderosa...! Después de quitarme las bragas, paso a hacer lo propio con el sujetador, en cuanto cae al suelo con el resto de la ropa, Víctor me coge en brazos y me lleva a la habitación.

—Eres preciosa—me deposita encima de la cama—, te deseo a todas horas, Alejandra.
—A mí me pasa lo mismo—mi piel arde y me pongo cachonda por completo viendo como se quita la ropa. ¡Señor, cómo deseo sentirlo dentro de mí!

Víctor se tumba a mi lado. Tengo la piel tan caliente que solo sentir su aliento sobre mí me hace gemir. Recorre mi cuerpo con su lengua, deteniéndose en mis pechos y jugando con mis pezones más tiempo de lo habitual. Está tomándose con calma, atormentándome, poniéndome al límite. Cuando su lengua me lame el clitoris, ya estoy perdida. Ese es mi punto débil, y él lo sabe.

Un rato después, estoy a horcajadas sobre él, cabalgándole, sintiéndole muy dentro de mí. Me muevo, arriba y abajo. ¡Oh Dios, es tan increíble! Los dos estamos a punto y acelero mis movimientos, buscando la liberación de nuestros cuerpos. En cuestión de segundos, un orgasmo alucinante se apodera de nosotros, dejándonos saciados, satisfechos y sudorosos. Después del sexo tan catártico que acabamos de tener, los dos nos quedamos adormilados. Me despierta mi portento, haciéndome cosquillas en el cuello con la nariz.

—¿Todavía tienes ganas de jugar? ¿No has tenido bastante?—Sonríe.
—Nena, contigo nunca tengo bastante, siempre quiero más. Eres mi droga, estoy totalmente enganchado a ti.
—Sinceramente, a mí me pasa lo mismo. Eres muy adictivo. ¿Qué voy a hacer sin ti cuando me vaya unos días a Asturias?
—Echarme mucho de menos, igual que yo a ti.
—¿No podrías al menos cogerte un fin de semana?—Pongo mi mejor cara de pena— Por favor...
—Lo intentaré, pero no te prometo nada, ¿vale?—Asiente— Voy a darme una ducha, ¿te apetece enjabonarme la espalda?
—Por supuesto—me pongo en pie de un salto y me voy con él a la ducha.

Una hora más tarde, estoy sola comiéndome un sandwich frente al televisor. Están poniendo una comedia romántica que me gusta mucho, "Como perder a un chico en 10 días". Ya la he visto un montón de veces, pero da igual. Me encanta Matthew McConaughey y total, no tengo nada mejor que hacer... Víctor no llegará hasta tarde así que me acurruco en el sofá y disfruto de la peli.

A las doce y media estoy que me caigo de sueño, apago la televisión y me voy al cuarto de baño. Me lavo los dientes, me echo mis cremas y me voy a la cama. En cuanto apago la luz, el sueño se evapora. No tenía que haberme quedado dormida esta tarde, ahora me va a costar un triunfo coger el sueño. Joder que putada, si en el sofá no paraba de bostezar! He leído en alguna parte que cuando no puedes dormir, hacer respiraciones profundas y pausadas ayuda. Vamos a respirar a ver que pasa.

Pues nada, no pasa nada. Llevo más de media hora haciendo ejercicios de respiración y no dan resultado. Menudo rollo, ¿y ahora qué? El tiempo pasa mientras en la oscuridad contemplo el techo de mi habitación, pienso en mi portento y en nuestra relación.

Una relación que empezó como una aventura sexual y que ahora nos tiene totalmente enganchados. ¿Siempre será así? Espero que sí... Me da tanto miedo pensar en nuestro futuro... En realidad, nunca hemos hablado de ello. ¿Deberíamos hacerlo? Quizá sea demasiado pronto, ¿no? ¡Joder, no tengo ni idea! Reconozco que me acojona

hablar con él de un futuro juntos y que por nuestra diferencia de edad, se asuste y se vaya. Soy patética, ¿verdad? Estoy tan enamorada de él, que la posibilidad de perderle me angustia. Creo que será mejor dejar las cosas como están. De momento.



Por fin es viernes. Hoy será la última cena de chicas en mucho tiempo. Estoy algo nerviosa, es como si tuviera el presentimiento de que algo va a suceder. Puede que me sienta así porque se acerca el momento de que Estela se vaya, aún no acabo de creérmelo del todo. Siempre pensé que las tres estaríamos juntas hasta el fin de nuestros días siendo amigas inseparables.

Respiro hondo, estoy frente al espejo terminando de maquillarme, a veces me falta el aire y tengo la sensación de que me voy a ahogar. ¡Estos nervios, van a acabar conmigo! Mi portento está esperándome en el salón. Hoy se ha puesto muy, pero que muy guapo. Lleva una camisa blanca inmaculada con un vaquero azul. El blanco de la camisa, resalta el verde de sus ojos y el moreno de su piel. Se me seca la boca cada vez que le veo acercarse al baño para ver si ya he terminado. Parece que él también está algo nervioso. No ha querido contarme nada de la sorpresa que tiene preparada para mi amiga, pero conociéndolo, seguro que será algo que nos dejará a todos boquiabiertos.

Cuando llegamos al restaurante, Carla y Jorge ya están allí. Nos han reservado una mesa en un comedor privado que mi amiga y yo decoramos rápidamente antes de que llegue Estela. En el centro de la pared, colocamos una pancarta que dice:

«*Si alguna vez navegas, por el ancho mar de la vida. Siempre encontrarás puerto, en el corazón de tus amigas*». Las dos nos quedamos como bobas contemplando la pancarta y se nos llenan los ojos de lágrimas. Aún nos quedan quince minutos para que aparezca Estela, así que nos ponemos como locas a pegar globos en el resto de las paredes. Cuando todo está listo, volvemos con nuestros chicos que nos están esperando en la barra tomándose algo. En cuanto llegan nuestra amiga y su novio, pasamos al comedor. Cuando ve lo que hemos preparado, se emociona y empieza a llorar como una tonta, y nosotras con ella. Como diría mi abuela, «Vaya tres pates pa' un bancu». Los chicos no dicen nada, esperan pacientemente a que se nos quite la tontería.

Cuando el camarero hace acto de presencia, ya hemos dejado de llorar y estamos más tranquilas. Pedimos los tres platos preferidos de Estela: Pizza xxl de peperoni, fettuccini al pesto y lasaña vegetal. De postre, tiramisú de limón y pasticcini alle fragole (pastelitos de fresa). Por último, todos nos tomamos un chupito de limoncello (licor de limón). Un poco más relajados, gracias al vino y al chupito, conseguimos terminar la cena sin derramar más lágrimas.

Mientras mi portento se hace cargo de la cuenta, los demás esperamos fuera. Hace una noche increíble. Cuando Víctor ya está con nosotros, vamos caminando hasta Bacana. Los chicos van delante hablando de fútbol. ¡Hombres! Nosotras en cambio, hablamos de nuestras vidas. De los cambios que se han producido estos meses y sobre todo, del cambio que se ha producido en mí. Yo soy muy consciente de mi cambio, y también sé que se lo debo a Víctor, pero no pensé que mis amigas estuvieran tan alucinadas.

—¿Por qué alucináis tanto con mi cambio? En realidad, todas hemos cambiado.

—Sí, la verdad es que sí. Carla y yo, hemos dado un giro de noventa grados, pero el tuyo Alex, ha sido de ciento ochenta.

—¿En serio? Sé que he cambiado pero... ¿tan evidente es?

—Para las personas que te conocemos bien, sí, es evidente. Antes eras una pija arrogante y muy clasista, y mírate ahora, gracias a tu portento, eres una mujer diferente, con sentimientos de verdad. Ahora te pasas por el forro lo que diga la gente. ¿Creés qué la otra Alex se hubiera puesto con su madre como lo hiciste tú el otro día? Porque yo creo que no.

—Yo opino lo mismo que Carla—las dos me miran.

—Supongo que tenéis razón. Hace unos meses ni siquiera se me había pasado por la cabeza gritarle a mi madre diciéndole las cosas que le dije.

—¿Sabes una cosa?—Pregunta Estela—. Eres mi amiga y siempre te he querido, aunque la mayoría de las veces no estaba de acuerdo con tu forma de ser, pero prefiero mil veces más a la Alex de ahora que a la otra.

—Estoy contigo Estela, cien por cien—dice Carla.

—Yo también la prefiero—confieso—, a parte de ser mejor persona, me siento liberada—nos paramos en mitad de la acera—, os quiero mucho chicas, y a ti—señalo a Estela—, ni se te ocurra olvidarte de nosotras, ¿entendido?—Asiente, y abrazadas volvemos a llorar como magdalenas.

—¿Pero se puede saber que os pasa a vosotras tres?—Los chicos están mirándonos alucinados porque volvemos a estar llorando.

—Mujeres chicos Eso es lo que pasa.

—¡Jorge no te pases que te doy una colleja!—Lo amenaza Carla— Estamos sensibles, eso es todo —sonríen y esperan a que nos pongamos a su altura para continuar andando.

Al llegar a Bacana, nos quedamos ojipláticas al ver el neón de letras fluorescentes que ocupa toda la pared de la entrada y que dice:«*Despedida de Estela y Jared, los amigos de verdad, siempre se llevan en el corazón*». Estela se tapa la cara, apostaría lo que fuera a que en estos momentos está deseando que se la trague la tierra.

—¡Joder Víctor, que vergüenza! ¿Tenías que poner algo así? ¿No había algo más discreto?—Está colorada como un pimienta morrón.

—Claro que había algo más discreto—contesta mi chico—, pero con ello no hubiera conseguido verte esa cara—todos estallamos en carcajadas.

—¡Serás capullo!

—Anda, no seas tonta. Nadie sabe que eres tú.—le dice Carla—, aunque solo tendrán que fijarse en tu cara para adivinarlo—sus carcajadas se oyen en toda la calle.

—¡Eres una bruja!

—Cierto—no podemos parar de reírnos. Me acerco a mi portento y le susurro.

—Apuesto a que tienes preparada alguna sorpresa más—él asiente—. ¿No vas a decirme de que se trata?

—Si te lo dijera, dejaría de ser una sorpresa, rápido se lo contarías a ella y lo chafarías.

—¿Qué estáis cuchicheando vosotros dos?—Estela se nos acerca— ¿Qué tramáis?—Pregunta achicando los ojos.

—Nada, estaba diciéndole a Alejandra lo preciosa que está esta noche, ¿verdad, nena?

—Verdad verdadera—contestó.

Mi amiga no parece quedarse muy conforme con la respuesta y nos mira recelosa. Disimulo lo mejor que puedo, Estela las caza al vuelo y a mí nunca se me dio bien mentir así que, escondo la cara contra el pecho de mi portento y ahogo una risita.

Entramos en la sala y mi amiga se pone a brincar como una loca en cuanto ve el cartel que anuncia la actuación de Luis Fonsi. Miro a mi chico asombrada,

preguntándome cómo se habrá enterado de que es el cantante favorito de Estela. Es un crack, y me tiene loquita por sus huesos.

—¿Cómo lo has sabido?—Le pregunto.

—Nena, tengo mis contactos...

—¿Ah sí?

—Solo tuve que hablar con Jared. Cuando me comentó que a Estela le encantaba Luis Fonsi, sabía que estaba por aquí de gira y no dudé en llamar a su agente. Es duro de pelar, pero al final accedió.

—Eres increíble y te quiero. Gracias por hacer esto para mi amiga.

—No tienes nada que agradecerme, y por cierto, ahora es nuestra amiga.

—Tienes razón, ya te has ganado ese derecho—lo abrazo y le beso en los labios tiernamente.

La pista está hasta los topes, pero como nosotras somos unas privilegiadas, tenemos nuestro sitio reservado en primera fila. Estela no ha parado de aplaudir desde que nos hemos sentado, está como loca, y todavía no sabe lo mejor. Luis Fonsi, está aquí solo y exclusivamente por ella. En cuanto este sale al escenario, mi amiga se pone en pie y grita:

—¡Guapoooooooo, guapoooooooo! ¡Oleeeee ese morenazooooo!—Él la mira y sonríe.

Coge el micrófono y abre el concierto con "Corazón en la maleta". Le siguen "Respira" y "Que quieres de mí". Cuando suenan los acordes de "No me doy por vencido", nuestra amiga, se pone a gritar como una posea. El morenazo guapo se acerca a nosotras y dice:

—«Buenas noches a todos. Me gustaría dedicar esta canción a una persona que está aquí en la sala. Esa persona, próximamente emprenderá una nueva aventura en su vida. Ella nunca se dio por vencida en lo que al amor se refiere, y ahora que lo ha encontrado, se va a California dispuesta a todo—Estela se queda muda—. Estela—dice el cantante—, tus amigos y yo, te deseamos que seas muy feliz, y que el amor, llene tus días de alegría—nuestra amiga llora, y llora sin consuelo. Nos abraza y Luis Fonsi comienza a cantar. Las tres, tarareamos la canción a grito pelao.

Bastante rato después, estamos en la zona vip tomándonos algo y comentando lo majo que es Luis Fonsi. Cuando terminó el concierto, nos hemos acercado a él para saludarlo y fue un auténtico encanto. Estela tiene el móvil petado de fotografías tuyas, no para de darle las gracias a mi portento por la gran sorpresa diciéndole que no lo olvidará mientras viva.

Me lo estoy pasando pipa, rodeada de personas a las que quiero con locura. Hoy, está resultando ser uno de los mejores días de mi vida. Mi portento y yo salimos a la pista a bailar una bachata de Romeo Santos "Cancioncitas de amor". Me encanta como se mueve mi chico, lo hace todo tan bien... lo miro y acaricio su mejilla.

—Gracias por todo lo que has hecho por nuestra amiga.

—Ya te dije que no me dieras las gracias, nena, ha sido un placer.

—Lo de Luis fonsi ha sido ¡uf, alucinante! Por cierto, ¿alguna vez te he dicho quién es mi cantante favorito?

—No, nunca me lo has dicho.

—Es Marc Anthony, ya sabes... los dos sois puertorriqueños, a lo mejor le conoces y puedes convencerlo para que me cante...

—Tal vez lo haga—sonríe—. Te quiero, nena—baja su boca y me da un beso en los labios super-mega-dulce. ¡Mmm! Le amo.

Transcurre la noche entre risas, bailes y un poquito de alcohol. Para nuestra desgracia, llega la hora de la despedida. Aunque Carla y yo, la próxima semana acompañaremos a Estela al aeropuerto, hoy es nuestra última noche de quedada, y ahora que estamos fuera esperando taxi para volver a casa, no podemos evitar llorar.

Los primeros en marcharse son Estela y Jared. Yo charlo con Carla mientras esperamos al siguiente taxi, de repente mi amiga me da un codazo y me hace una señal para que mire a mi derecha. ¡Joder! Hacia nosotros viene una morenaza que quita el hipo. Lleva su cuerpazo subido a unos zapatos de unos quince centímetros, y un mini vestido que le cubre lo justo. ¡Pedazo de hembra! Nos pasa de largo y va directa a mi portento, lo abraza. Me pongo en alerta.

—¡Vic, mi amor, pensé que no iba a encontrarte nunca...!

Su voz de zorra me taladra los tímpanos. Mi portento la fulmina con la mirada y la aparta. ¿Quién es esta golfa y por qué llama a mi chico mi amor? Por primera vez en mi vida siento celos. Pero celos de esos que te dan ganas de que la sangre llegue al río. Ella como si hubiera oído las preguntas de mi cabeza se gira.

—¿No vas a presentarnos, Vic?

—Verónica...—mi portento está cabreado. La ha llamado por su nombre, señal de que la conoce. Esto pinta mal... La tía nos mira, los tres estamos petrificados observando la escena. Viene hacia mí y extiende la mano.

—Soy Verónica, la prometida de Víctor.

¡Ay Dios...! ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? ¡Ay Diossssss! ¿Su prometida? Si esto es una broma, es de muy mal gusto. La sonrisa triunfal de esta barbie siliconada, me deja claro que no es ninguna broma. Miro a mi portento, él me mira a su vez, me observa, me evalúa... ¿No tiene nada que decir? La vuelvo a mirar a ella. ¡Diosssss, le daría una patada en esa boca para borrarle esa asquerosa sonrisa! ¡La muy zorra sigue con la mano extendida! ¡Va lista si cree que voy a estrechársela!

Los últimos días junto a Víctor pasan por mi mente a cámara lenta. ¿Qué me has hecho Víctor? Siento como mi corazón se hace añicos. ¡Duele, duele muchísimo! Se me nubla la vista, no sé si es por las lágrimas contenidas, o porque voy a desmayarme. Él avanza hacia mí, ¡por fin se mueve! aparta a la arpía de un empujón y le grita:

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo?!

—Pero Vic, mi amor...—Me dan náuseas sólo de oír su voz.

—Nena, mírame—alarga una mano para tocarme pero me aparto—, Alejandra, por favor...—vuelve a intentar tocarme, pero de nuevo se lo impido.

—¡¡No me toques!! ¡¡No me toques grandísimo hijo de puta!!—Levanto la mano y la dejo caer con todas mis fuerzas sobre su cara—. ¡¡Acabas de partirme el corazón en mil pedazos, cabrón!!

—Alejandra...

Carla me coge del brazo, tira de mí y me mete en el taxi que ya lleva un rato esperando. Se vuelve hacia Víctor.

—¡Jamás pensé que pudieras hacerle algo así...!

—Esto tiene una explicación, Carla...

—¡¡Cállate gilipollas, la has jodido, la has jodido pero bien!! Jorge, Vámonos...—Se suben en el taxi conmigo, mi amiga le da la dirección de mi casa al conductor y me abraza.

En cuanto el coche se pone en marcha, lloro desconsoladamente. ¿Qué coño acaba de pasar? ¿Por qué, Víctor? ¿Por qué has tenido que jugar tan sucio conmigo? ¿Todo este tiempo juntos, y él estaba prometido? Me ahogo, no puedo respirar. Creo que por primera vez en mi vida, me está dando un ataque de ansiedad.

—Respira cielo, respira—mi amiga me acaricia la espalda—, mírame, Alex—lo hago—. Eso es, ahora respira conmigo. Eso es, muy bien. Tranquila cielo, pronto llegaremos a casa.

A casa... Se me encoge el corazón solo de pensar en entrar en mi casa, nuestra casa. He compartido techo con él estas últimas semanas, la mayoría de sus cosas están allí... ¿Cómo voy a poder estar en casa sin él?

Nos bajamos del taxi y caminamos, bueno, yo camino porque Jorge me lleva cogida del brazo, si no fuera por ellos, seguiría plantada en la acera delante de Bacana, viendo como mi vida se desbarata en cuestión de minutos. Subimos en el ascensor, me quedo bloqueada en cuanto nos plantamos delante de mi puerta. No quiero entrar, estoy paralizada. Carla saca las llaves de mi bolso, abre la puerta y se me queda mirando. Al ver que no doy un paso, me da un empujoncito para que entre. Encienden la luz, y lo primero que veo es la cazadora de cuero azul que él lleva cuando va en moto. Vuelve a faltarme el aire, el corazón me va tan rápido que creo que me voy a morir. Siento sus secos golpes contra mi caja torácica, por segunda vez esta noche se me nubla la vista. De repente no veo nada, todo se vuelve negro. Todo es oscuridad...

Abro los ojos, estoy acostada en mi cama. La claridad del día entra por las rendijas de la persiana mal cerrada. ¿Qué ha pasado? No recuerdo como llegué a mi cuarto, solo recuerdo la oscuridad y lo a gusto que me encontraba en ella. Cierro los ojos y las imágenes de anoche se cuelean en mi mente, siento un dolor agudo en el pecho, el dolor de la traición, de la mentira. Un dolor que jamás, jamás había sentido. ¿Por qué me has hecho esto, Víctor? ¿Por qué? Lágrimas silenciosas resbalan por mis mejillas empapando la almohada. Acaricio el lado de la cama donde él debería de estar. Las sábanas huelen a él, mi habitación huele a él... ¡Esto me está matando! Quiero gritar y sacarme toda esta rabia y este dolor que me consumen, pero no tengo fuerzas.

Oigo voces en el salón, me concentro en ellas hasta que las reconozco. Son Carla y Estela, hablan bajito, pero aun así puedo oírlos. Están cabreadas. ¡Ojalá yo pudiera estar cabreada! Pero no, estoy tan jodida que ni siquiera puedo cabrearme. ¡El desamor duele, duele de verdad! Se abre la puerta de mi habitación y Carla asoma la cabeza.

—¿Estás despierta?

—Sí—musito. Ella entra y se sienta a mi lado.

—Sé que es una pregunta tonta pero, ¿cómo te encuentras?

—Jodida, muy, muy jodida.

—Estela está aquí, está preparando algo de comer.

—No tengo hambre. ¿Qué paso ayer?

—En cuanto entramos en casa te desmayaste, te diste un buen trompazo contra el mueble de la entrada. Llamamos a una ambulancia y en seguida estuvieron aquí. Han tenido que ponerte puntos, y te han dado un ansiolítico. Querían llevarte al hospital pero te negaste, te ayudaron a acostarte y nos pidieron que no te dejáramos nada. No recuerdas nada, ¿verdad?

—No.

—Lo imaginaba—se acerca a la ventana con intención de subir la persiana.

—No lo hagas por favor, no las subas.

—Alex, cielo...

—No, no digas nada, por favor, Carla.

—Está bien.

Sale de la habitación y poco tiempo después regresa con Estela que trae en las manos una bandeja con comida. Yo sigo en la misma posición, no me he movido ni un ápice. Siento que la cama se hunde a mi lado, es Estela que tiernamente me pasa una mano por la cara intentando secar mis lágrimas. No debería de molestarle, ya que estas no paran de brotar de mis ojos.

—Ay cielo, no sabes lo que me duele verte así. ¿Quién iba a pensar que...?

—No por favor, no digas nada—la corto.

—Alex, debes levantarte, comer algo, no sé... ducharte...

—No—vuelvo a cortarla—. Necesito rumiar el dolor, necesito que esto que tanto duele aquí—me toco el pecho—, se me quede bien grabado, para no mirarlo a la cara nunca más. Mañana estaré mejor, pero hoy déjame con mi dolor.

Sé que les gustaría ver salir a flote toda mi rabia, pero hoy no tengo fuerzas, hoy no es el día. Quizá mañana... Les pido que me dejen sola, que se vayan a casa, pero no me hacen caso. Lo que sí hacen es salir del cuarto, me dejan mi espacio. Cuando no estoy dormida, estoy llorando rota de dolor. ¿Cuántas lágrimas tiene un ser humano? Porque tengo la sensación de que yo y ya he derramado la mías y las de cien personas más.

Me fijo en que ya no entra claridad por las rendijas de la persiana, vuelve a ser de noche. Me he pasado todo el día aquí, metida en la cama sufriendo como nunca, pero me prometo a mí misma que mañana mi actitud cambiará. Mis amigas tienen su vida, y deben volver a ella. Pienso en Víctor, desde ayer ha dejado de ser mi portento. ¿Habrá intentado ponerse en contacto conmigo? Tengo el móvil desconectado y no sé si lo ha hecho. Todavía no tengo los ovarios suficientes para enfamarme a él, pero lo haré. ¡Este se va a enterar de lo que vale un peine! ¡¡Cabrón!! ¿Qué coño he hecho yo para merecer esto? Víctor, Víctor, Víctor, ¿Por qué has hecho que me enamorara de ti si todo era una mentira? ¡Que estúpida fui por creer en su amor...!

Me duele la cabeza, me toco la frente y noto el apósito que me han puesto los de la ambulancia ayer. ¡Joder, menudo trompazo debí darme! ¡Pa haberme matao! Una de mis amigas vuelve a asomarse por la puerta entreabierta de mi cuarto, no distingo quién es. Hay demasiada oscuridad.

—¿Estás despierta?—Es Estela.

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Claro—enciende la luz del pasillo para que entre algo de claridad y entra. Se tumba a mi lado, nos miramos.

—¿Cómo estás?

—Igual, duele demasiado.

—Lo sé cielo, lo sé—me coge la mano y las dos miramos al techo.

—¿Ha... Ha llamado?—No sé por qué lo pregunto. ¿Realmente quiero saberlo? Sí, sí quiero. Estela me mira pero no contesta—. Dímelo, necesito saberlo.

—¿Para qué?

—No lo sé, supongo que soy idiota y me gusta martirizarme—mi amiga coge aire.

—Sí, ha llamado varias veces. Carla ha sido la que se ha encargado de hablar con él. Quería venir a verte, ella se lo ha prohibido. Lo ha llamado de todo menos bonito, ya sabes como es.

—Gracias.

Saber que ha querido ponerse en contacto conmigo, incluso que haya querido venir a verme, me mata. ¿Su prometida estará al corriente de lo nuestro? ¿Sabrá que durante más de dos meses, la ha estado engañando? Sinceramente, lo que ella sepa me la suda. Me imagino perfectamente a Carla diciéndole cuatro cosas, ella es una leona que no duda en enseñar los dientes cuando la situación lo requiere.

—Alex, tienes que comer algo, llevas todo el día sin probar bocado.

—Por favor Estela, no quiero comer nada. No insistas.

—Vale.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Claro, dime...

—Abrazame, abrazame fuerte amiga. Lo necesito.

Lo hace. Me abraza muy, muy fuerte, y llora conmigo, solidarizándose con mi dolor. ¿Alguna vez os he dicho que tengo las mejores amigas del mundo? Ellas, son mi única familia aquí, y así me lo demuestran. No se han movido de mi lado desde esta madrugada. Están preocupadas por mí, nunca, desde que nos conocemos me han visto así. ¡Jamás! Sintiéndome protegida por el abrazo de mi amiga, caigo en un sueño inquieto. Aunque me despierto varias veces durante la noche, vuelvo a dormirme enseguida con el mismo pensamiento en la cabeza cada vez. Mañana, mañana será otro día...



El domingo cuando me despierto, me siento morir. He soñado con él toda la noche, con él y con la maravillosa relación que teníamos y que ahora ya no existe. La cabeza me duele tanto que parece que me va a explotar. El cuerpo me duele y me pesa, parece que tengo un elefante de tres toneladas sentado en mi pecho impidiéndome respirar.

Estoy sola en la habitación, en algún momento durante la noche Estela se ha ido y no me he enterado. Me incorporo, ¡Diossssss, tengo que tomarme algo para este dolor de tarro! Poco a poco me siento y contemplo la habitación, veo cosas de él por todas partes, el estómago se me encoge y el corazón parece que quisiera dejar de latir. Miro al espejo que hay encima de la cómoda. Allí, pegada en una esquina, está la foto que nos hicieron el día de la presentación del perfume, el día de nuestra reconciliación. Al verla, atisbo en mi interior un poco de esa rabia que necesito para empezar a funcionar de nuevo. Me olvido del dolor de cabeza y en tres zancadas estoy delante del espejo con la fotografía en mis manos. La estrujo con fuerza, y como eso no me parece suficiente, la hago añicos, voy al cuarto de baño, la tiro al retrete y tiro de la cisterna. Una cosa menos. Ahora que he empezado, no puedo parar. Abro la ventana de par en par, después vuelvo al baño y del armario de los medicamentos, cojo un par de ibuprofeno y me los tomo con un vaso de agua bien fría. ¡Joder, estaba muerta de sed, normal que sintiera la garganta tan seca! Cojo todas las cosas que veo de Víctor: desodorante, gel de baño, perfume, cepillo de dientes... y lo dejo encima de la cama. Necesito bolsas de basura, pero son las ocho de la mañana y no quiero despertar a mis amigas, así que vuelvo a coger toda su mierda de encima de la cama y la pongo en el suelo. De un par de tirones, quito las sábanas de la cama y las cambio por unas que no huelan a él. En el vestidor, voy haciendo un montón en el suelo con su ropa. Estoy tan concentrada haciendo montones de porquería por la habitación que ni me entero que mis amigas están allí, mirándome alucinadas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?—Carla señala el suelo del cuarto—. Esto está hecho un desastre.

—Estoy haciendo limpieza, ¿no es evidente?

—¿Todas estas cosas son de Víctor?—Pregunta Estela.

—Sí. Os agradecería que de ahora en adelante, no dijerais su nombre, ni portento ni nada de nada, ni le mencionéis.

—¿Ni siquiera podemos llamarle sabandija o cucaracha?

—No Carla, ni siquiera eso. Desde este momento, él no existe... ¿De acuerdo?

—De acuerdo—contestan las dos a la vez.

—¿Necesitas que te echemos una mano?

—No, vosotras tenéis que volver a vuestra casa. Estela tu tienes un viaje que preparar...

—Alex, respecto a lo del viaje, tengo algo que decirte.

—¿Qué pasa?—Miro a Estela con preocupación.

—Bueno, he decidido aplazarlo de momento, lo he hablado con Jared y le parece bien.

—¿Y eso por qué? ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?—De repente caigo en la cuenta, lo está haciendo por mí.

—Bueno, quiero quedarme aquí con Carla y contigo hasta que...

—¡De eso nada, no pienso permitirlo! Debes irte con Jared como tenías previsto.

—Pero Alex...

—Chicas...—Las miro—, la vida sigue, en poco días estaré en Asturias con mi familia, recargando las pilas. Estela, Jared ha tenido que adelantar el viaje porque tiene que empezar la investigación cuanto antes, y tú, debes estar con él.

—Alex, solo queremos estar contigo, cielo.

—Lo sé Carla, sé que hacéis esto por mí, porque me queréis, pero vosotras tenéis vuestra vida, y yo, debo continuar con la mía. Será difícil y duro, pero no imposible—los ojos se me llenan de lágrimas pero las contengo. Necesito que me vean firme y segura para que se vayan.

—Bueno, de momento voy a traerte unas bolsas de basura para que metas todo eso.

—Y yo prepararé algo para desayunar.

—Gracias chicas, os quiero mogollón.

—Y nosotras a ti, cielo.

Al cabo de una hora, tengo la habitación como los chorros del oro. No hay ni rastro de él en toda la estancia, he conseguido eliminar de aquí todas sus cosas. Ha sido fácil, lo difícil es borrarlo de mi mente, está ahí constantemente. Sus ojos, su boca, su sonrisa... ¡Señorrrrr va a ser imposible borrarlo de mi mente, y muy, muy difícil sacarlo de mi corazón! Me encierro en el baño para que no me vean mis amigas y lloro amargamente.

El día pasa y de nuevo llega la noche. Mis amigas han vuelto a sus casas, a sus vidas. No sin antes prometerles que comería algo y que estaría mejor. Una promesa falsa, ya que ni he probado la comida y estoy hecha una auténtica mierda. Durante todo el día han evitado sacar el tema de Víctor, entienden que de momento no quiera hablar de él, pero en algún momento tendré que hacerlo, más que nada para hacer borrón y cuenta nueva. Ha vuelto a llamar montones de veces al teléfono de mis amigas, el mío sigue desconectado. Por supuesto, ellas no se han molestado en contestar, no merece la pena.

A las diez y media, me tomo otro ibuprofeno y me acuesto, pero soy incapaz de dormir. Una y mil veces le doy vueltas a lo sucedido. No entiendo nada, todo era tan perfecto... Me hago las mismas preguntas una y otra vez... ¿Qué hubiera pasado si ella no hubiera aparecido? ¿Nuestra relación hubiera seguido como si nada? ¿Seguiría mintiendo a sabiendas de que cada día lo amaba más? Me aterra pensar en las respuestas. Me dan escalofríos al imaginarme lo que hubiera podido pasar.

Doy un millón de vueltas en la cama y al ver que no consigo cerrar los ojos ni siquiera un poco, me levanto. Bebo agua y me quedo en el salón contemplando a través del gran ventanal como pasa la noche mientras yo lloro en silencio.

Por la mañana, a pesar de que no he dormido nada y de que doy asco, voy a trabajar. La vida sigue, y a trancas y a barrancas yo con ella. En algún momento de la noche anterior, cometí la estupidez de encender mi teléfono. Tenía tropecientos llamadas de Víctor, mensajes en el contestador y trillones de wuas. La tentación de escuchar sus mensajes y de leer sus wuas fue muy grande, aun así, me contuve y lo borré todo de un plumazo. No quiero volver a saber nada de él, no quiero volver a escuchar su voz, ni verle, ni nada.

Llego a la clínica, aparco el coche y me quedo dentro mentalizándome del duro día que tengo por delante. Tenía que haberme quedado en casa, no sé si seré capaz de actuar como si nada. Al entrar en la consulta, me quedo petrificada viendo que sobre mi mesa hay una orquídea preciosa, doy unos pasos hacia ella con intención de

acariciar sus pétalos y olerla, pero no. Lo que hago es cogerla y tirarla a la basura, a continuación llamo a recepción y les prohíbo terminantemente que vuelvan a coger cualquier cosa que venga para mí. ¿Pero qué se ha creído este? Me cabreo muchísimo, ojalá tuviera el valor de llamarlo y decirle cuatro cosas, pero siguen faltándome las fuerzas. Marco entra en mi consulta y al verme tan cabreada me pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada?

—¡Nada!

—Pues para no pasarte nada estás muy cabreada, ¿no?—Mi jefe me mira de pies a cabeza—. No tienes buen aspecto, Alejandra...

—No he dormido bien.

—Ya, eso es evidente. Venga, cuéntame que ha pasado—lo miro durante largo tiempo sin decidirme a hablar, al final tras su insistencia, le cuento lo ocurrido. Él me escucha, tengo toda su atención. Cuando termino de hablar, no dice nada, parece que con mi historia lo he dejado mudo.

—Me has dejado sin palabras, Alejandra.

—Ya lo veo.

—Siento muchísimo todo esto por lo que estás pasando.

—Gracias.

—¿Sabes? Te debo una muy grande por ir en mi lugar a las ponencias de Valencia, así que en cuanto termines hoy, no quiero volver a verte por aquí hasta septiembre.

—Pero Marco...

—Pero nada, Alejandra, desde hoy estás oficialmente de vacaciones. Quiero que vayas a ver a tu familia, o con tus amigas a cualquier parte. Quiero que desconectes y que cuando regreses, seas tú de nuevo—. Vuelvo a ponerme a llorar, es lo único que se me da bien últimamente.

—Gracias.

—No soporte verte así, piensa que eres demasiado buena para que un cabrón como ese, te haya hecho algo así—asiento—. Prométeme que vas a poner todo de tu parte para olvidarle y reponerte.

—Lo prometo.

—¿Tienes mucho lío hoy?

—No, solo unas pocas consultas.

—Vale, pues voy a hablar con Adriana para que me las pase a mí y tú te puedes ir.

—No es necesario Marco, puedo...

—No insistas, está decidido. Pásale a mi enfermera los historiales y vete.

—Muchas gracias, jefe.

—No me des las gracias, tú has hecho muchas cosas por mí, yo no puedo hacer menos que corresponderte como te mereces.

Hago lo que me ordena y le llevo a la enfermera los historiales, hablo con ella para que realice un par de curas a un paciente, luego regreso a mi consulta. Alicaída recojo mis cosas, tener tanto tiempo libre me deja demasiadas horas para pensar. ¿Qué voy a hacer? No puedo adelantar el viaje a Asturias, a mis padres les parecería extraño. Tengo que pensar en algo.

Me despido de mis compañeros y voy hacia la salida, en cuanto llego a las puertas de cristal que dan a la calle, me paro en seco. ¡Joder! Él está allí, apoyado en mi coche, esperándome.

Si apenas son las once de la mañana. ¿Qué hace aquí? ¿Acaso tendrá pensado esperar todo el día? Porque es imposible que supiera que saldría antes. ¿Cuánto tiempo lleva ahí fuera? Algo me ronda la mente y dispuesta a salir de dudas, voy al mostrador de recepción y hablo con María.

—Buenos días María, esta mañana cuando he llegado sobre mi mesa había un orquídea. ¿Te das cuenta de quién la trajo?

—¡Claro que me doy cuenta, a un tiarrón como él no se le olvida fácilmente!

—¿Cómo era?—Sé de sobra a quien se refiere, pero de igual forma pregunto.

—¡Uff, guapísimo! Alto, pelo negro, moreno de piel, ojos verdes...—Sí, sin duda alguna es él.

—Vaya... no te has perdido detalle, ¿eh?—No puedo evitar sentir una punzada de celos, aunque ya no sea mío.

—Como para no fijarse Alex, estaba tremendo.

—¿Dijo algo?

—No, solo preguntó donde estaba tu consulta para dejarte la flor.

—¿Y se lo dijiste?

—¡Por supuesto!

—¿Has dejado que un desconocido entre en mi consulta?

—¿He hecho mal?

—¿Tú qué crees?—Le espeto furiosa.

Vuelvo a la seguridad de mi consulta y me siento en un sillón. ¿Qué coño hago ahora? ¿Salir por la puerta de atrás y llamar un taxi? Está claro que él lleva aquí toda la mañana, y por lo que he visto, tiene pensado quedarse lo que haga falta. ¡Me va a dar algo! Pienso, pienso y pienso, al final opto por salir por la puerta grande, no soy yo la que tiene que esconderse, además, ¿por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? Cojo la orquídea del cubo de la basura, y con paso decidido vuelvo a encaminarme a la salida.

Antes de salir le observo, parece algo nervioso. Si yo estuviera en su lugar, buscaría el rincón más apartado del planeta para esconderme. Puedo ser muy mala persona cuando me lo propongo. ¡Joder que guapo está! El corazón me va a mil por hora, al final me da un algo, fijo. Me pongo las gafas de sol, inspiro profundo varias veces y salgo a la calle. Según me voy acercando al coche, me van fallando las fuerzas y las piernas, solo espero no caerme de bruces cuando esté frente a él.

Él al verme se pone tieso, descruza los brazos, los vuelve a cruzar... Creo que está bastante nervioso. ¡Bien, eso me gusta! Se separa un poco del coche, me mira y al ver que llevo la flor en la mano, esboza una tímida sonrisa. ¡Sí, sí guapo, hazte ilusiones! Sin mirarle a la cara, saco las llaves del coche, ya casi estoy a su lado y las manos me sudan de los nervios. ¡Joder, está guapísimo no, lo siguiente! Trae puesta la camiseta negra y el vaquero que tanto me gustan, vestido así está de infarto. En cuanto me tiene en frente, intenta tocarme.

—¡¡Ni se te ocurra!!—Lo fulmino con esa mirada de «te arranco la cabeza», y él se mete las manos en los bolsillos.

—Alejandra, por favor—su expresión cambia de repente—. ¿Qué coño te ha pasado en la frente? —mierda, acaba de fijarse en el chichón.

—Nada que te a ti te importe.

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito que me dejes en paz. ¡¡Apártate!!
—Por favor, déjame que te explique.
—Es un poco tarde, ¿no crees? No me interesa escuchar nada de lo que tengas que decirme. He dicho que te apartes.
—No, no pienso moverme de aquí hasta que hablemos.
—¡Joder Víctor! ¿No puedes entender que no quiero ni verte, ni oírte? Me has hecho daño. ¡Tu sola presencia me repugna!—Esto último lo digo con inquina, con malicia—. Apártate de mi coche o llamo a la policía.
—¡Y qué vas a decirles?
—Que me estás acosando. ¡No paras de llamarme, ni de escribirme, vienes a mi trabajo y te cuelas en mi consulta y por si fuera poco, te quedas pegado a mi coche como si fueras una lapa!
—¿Serías capaz de hacerlo?—Saco el móvil y lo miro desafiante.
—¿Tú qué crees?
—¡¡Joder Alejandra, eres... eres...!!
—¡Ten cuidado con lo que vas a decir Víctor, no vaya a ser que luego necesites pedir perdón también por eso.
—¡Me exasperas!!
—¿En serio? ¿Te exaspero? Perdóname, pero no soy yo la que va por la vida jugando con los sentimientos de la gente. Apártate de una puta vez, Víctor, lo nuestro se acabó. ¡¡Desaparece de mi vida, joder!! Ojalá hubiera sido solo un puto polvo de discoteca, por lo menos tendría mis sentimientos intactos—toma golpe bajo. Se hace a un lado y subo al coche, arranco y bajo la ventanilla—. Por cierto—le digo sacando la orquídea por ésta—, la florecita métetela por donde te quepa. ¡¡Capullo!!—La dejo caer al suelo, él ni siquiera se molesta en cogerla.

Salgo del aparcamiento zumbando, miro por el espejo retrovisor y su desesperación es evidente. ¡Tú te lo has buscado chaval, por estar jugando a dos bandas! Me alejo y lo pierdo de vista. Llego a casa llorando a moco tendido, me tiembla todo el cuerpo. El subidón de hace un momento, está pasándome factura. No puedo quedarme en casa, no quiero pasarme el resto del día llorando y carcomiéndome por dentro.

Cuando consigo tranquilizarme un poco, me pongo la ropa de deporte para salir a correr, busco en el ipod el recopilatorio de "El Barrio" y le doy al play, luego hago unos ejercicios de calentamiento y salgo por la puerta. Los acordes de "Rencor", una de mis canciones favoritas de El Barrio, me encoge el alma. Subo el volumen a tope y me lanzo a la carrera. Llego al puerto con la lengua fuera, estoy tan echa polvo, que estoy a punto de coger un taxi para volver a casa, pero no me he traído dinero, así que cuando recupero el aliento, doy la vuelta y sigo corriendo. ¡De esta reviento sí, o sí!

A la hora de la comida llamo a Carla, y le cuento que oficialmente estoy de vacaciones. Le explico que mi jefe y yo, hemos tenido una charla, y que él, muy comprensivo y dándome todo su apoyo me envió a casa diciéndome que no quería volver a verme por allí hasta septiembre. Tengo mucha suerte de tener a Marco como jefe, es un encanto y una gran persona. Mi amiga me pregunta como estoy, como me conoce bien ni siquiera intento disimular, para que mentir, mi vida ahora mismo es una mierda y aunque intento recuperarme duele, duele mucho. También le cuento las palabritas que he tenido con Víctor, se queda alucinada al saber que él ha estado en mi consulta y más tarde esperándome en el aparcamiento junto a mi coche.

—¿En serio le has dicho lo del polvo en la discoteca?
—Sí, en serio.
—Joder, menudo golpe. Eso ha debido de dolerle.
—Esa era la intención Carla, hacerle daño, como él me lo está haciendo a mí.
—No lo sé, Alex...
—¿Qué es lo que no sabes?
—Quizá deberías hablar con él y dejar que te diera su versión. Si realmente no le importaras, no insistiría tanto en hablar contigo.
—¿Pero que coño te pasa? ¡No quiero hablar con él! ¿Tú lo has hecho?
—Nooooo, claro que no. Es solo mi opinión, igual nos sorprendería lo que tiene que contar, no lo sé, podíamos darle al menos el beneficio de la duda, ¿no?
—¡¡Por el amor de dios Carla, eres mi amiga!! ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Se puede saber de qué lado estás?—Estoy cabreada con ella, muy, muy cabreada.
—Estoy de tu lado, Alex, lo sabes de sobra, así que relájate. Olvida lo que he dicho, está claro que tenía que haber cerrado el pico.
—No pienso hablar con él, Carla.
—Como tú quieras, pero si luego te arrepientes, no digas que no te lo advertí.
—¡Joder, Carla, estoy flipando contigo chica! Mira, me voy a Benalmádena a casa de mis padres, paso de quedarme aquí y que él pueda aparecer en cualquier momento. El miércoles nos vemos en el aeropuerto. No se te ocurra contarle a Estela nada, quiero que se vaya tranquila, ¿vale?
—¿Estás huyendo?—Joder, ¿pero a esta qué le pasa? Si meto la mano a través del teléfono la estrangulo.
—No huyo Carla, me protejo. Eso es todo.
—Si tú lo dices...
—Sí, lo digo yo y punto, fin de la conversación. Nos vemos el miércoles—cuelgo el teléfono, estoy que me subo por las paredes del cabreo que tengo. ¿Pero qué mosca le habrá picado a esta ahora? Al final, va resultar que la mala de la película soy yo.

Preparo una maleta pequeña con las cosas necesarias para unos pocos días y me largo a Benalmádena. Antes de llegar, paro en un supermercado a comprar cuatro cosas, no creo que las vaya a necesitar, pero por si acaso. Sigo muy enfadada con Carla por lo que me ha dicho, no la entiendo. Si está de mi parte, ¿por qué cojones me dice esas cosas? Desde luego, no me esperaba esto de ella. ¡Como se le ocurra decirle a Víctor que esto aquí, me la cargo!

Entro en casa de mis padres, dejo la bolsa del súper en la cocina y subo a mi habitación. Lo primero que hago es abrir la ventana, y lo segundo sentarme en el alfeizar de esta y contemplar el jardín. Así paso la tarde entera, sin hacer absolutamente nada, absorta en mis pensamientos y ahogándome con mi dolor. ¡Ojalá no me hubiera enamorado de él! ¡Ojalá... ojalá... ojalá nada! Los ojalá no me llevan a ninguna parte, las cosas pasan por algún motivo, aunque en este caso no tengo ni idea de cuál es.

El miércoles me despierto con esa sensación de vacío que parece no querer abandonarme nunca. Sigo sin poder dormir bien, y cuando consigo cerrar los ojos, siempre sueño con él. La mayoría de las veces son sueños bonitos, pero otras... mejor ni recordarlos. He debido de adelgazar unos cuatro kilos, solo consigo meter en el estómago yogur. Operación bikini por el módico precio de un corazón roto y unos cuantos sentimientos pisoteados. ¡Menuda mierda!



He quedado en el aeropuerto a las nueve y media, el avión de Estela no sale hasta las once y media, pero hemos quedado temprano para despedirnos con tranquilidad. Los aeropuertos siempre son un caos y con todo el mundo corriendo de aquí para allá, tardo en encontrarlos. Cuando me ven, hacen una radiografía exhaustiva de mi aspecto y ponen mala cara. Sé por esas caras que se acerca una regañina. No me ha servido de nada maquillarme más de lo habitual para intentar disimular las ojeras ni ponerme ropa más holgada.

- ¡Eh cielo! ¿Cómo estás?—Estela me abraza.
- Mejor...
- Pues nadie lo diría, estás muy delgada y tienes ojeras, lo que quiere decir que sigues sin comer ni dormir.
- Que observadora...—Fulmino a Carla con la mirada.
- Tranquila, Alex, ya sabes como es...
- No sé que mosca le ha picado, pero me tiene contenta.
- No habléis de mí como si yo no estuviera. Solo me preocupo por ti, Alex.
- Gracias—respondo irónicamente.
- Venga chicas por favor—dice Estela—, vamos a tomarnos un café, ¿vale?

Las tres junto con Jared nos dirigimos a la cafetería. Allí las aguas vuelven a su cauce y volvemos a ser las tres amigas de siempre. Cuando oímos por megafonía que el avión con destino a Los Ángeles despegará en cuarenta minutos, nos ponemos tristes. Llegó la hora de la despedida. Los acompañamos a la puerta de embarque y entre lágrimas les decimos adiós. Carla y yo, permanecemos allí hasta que el avión despega, luego cogidas del brazo salimos a la calle.

- ¿Qué vas a hacer ahora?—Me pregunta Carla.
- Voy a casa a preparar el equipaje, el viernes me voy a Asturias.
- ¿Ya te vas el viernes?
- Sí, es tontería esperar al lunes, quiero largarme cuanto antes.
- ¿Qué les dirás a tus padres?
- No lo sé, supongo que la verdad—mi amiga asiente.
- Es lo mejor, Alex.
- Sí, yo también lo creo así.
- ¿Te veré antes de que te vayas?
- No lo creo, en cuanto termine de preparar las cosas volverá a Benalmádena. Me iré desde allí.
- ¿Sigues enfadada conmigo por lo que te dije?
- No, tranquila. Respeto tu opinión siempre y cuando tú respetes la mía.
- Lo hago, Alex.
- Te lo agradezco.
- ¿Me llamarás?
- Por supuesto.
- Cuidate, ¿vale?
- Sí, lo haré.
- Prométeme que vas a comer.
- No te preocupes, es difícil no hacerlo estando en casa de mis padres. Seguro que mi madre me recibe con una buena fabada, y a ese manjar no podré decir que no—nos abrazamos.
- Esperaré impaciente tus llamadas. Te quiero, loca.
- Y yo a ti, cuerda—permanecemos abrazadas unos minutos más y luego cada una sigue su camino.

Cuando llego a la urbanización, veo alejarse la moto de Víctor. ¿Qué estaría haciendo él aquí? ¿Habrá venido a verme? Sigue llamándome cada día, dejándome mensajes de voz en el contestador y enviándome wuas, pero yo sigo en mis trece, no quiero saber nada de él. Así que ni contesto a sus llamadas, ni escucho sus mensajes, ni leo sus wuas. Al contrario, lo borro todo sin contemplaciones. Si sigue insistiendo de esta manera, no me quedará otra que cambiarme el número de teléfono. Tengo sus cosas en uno de los cuartos que no utilizo de mi casa, no me he atrevido a tirarlas a la basura. Tengo que pensar en hacérselas llegar de alguna forma.

Entro en el vestíbulo y abro mi buzón de correo, hay un sobre blanco con mi nombre escrito a mano. Lo abro. Dentro está la llave de mi casa y una nota. Con manos temblorosas la desdoble y la leo, solo hay escritas dos palabras... «*Lo siento*». Cierro los ojos. Ahora ya sé a que ha venido, por fin se ha dado por vencido y ha entendido que no quiero volver a saber nada de él. Era lo que yo quería, ¿no? Entonces, ¿por qué me siento tan mal y no puedo dejar de llorar?

Se abre la puerta de la oficina de mantenimiento y aparece el señor Rodríguez, con disimulo me limpio la cara, sería vergonzoso que me viera llorando.

- Hola señorita, que alegría verla, hacía ya varios días que no la veía por aquí.
- Hola señor Rodríguez, he estado fuera.
- ¿Va todo bien?—Me mira con preocupación.
- Sí, gracias—contesto mientras espero el ascensor—. Rodríguez...
- ¿Sí, señorita?
- Cuando venía hacia aquí, vi salir al señor Rivera, ¿ha preguntado por mí?—Lo miro impaciente, ¿de verdad quiero saberlo?
- No señorita, el señor Rivera está supervisando personalmente la mudanza.
- ¿Mudanza? ¿Qué mudanza?
- El señor Rivera está mudándose al ático, señorita, él es el nuevo propietario—¡toma jarro de agua fría!
- ¡¿Qué?!
- Pensé que lo sabía, señorita, como últimamente ustedes dos siempre estaban juntos...—Mi cara debe de ser un poema.
- Ya—es lo único que acierto a decir. Las puertas del ascensor se abren y entro. Me despido del señor Rodríguez con un gesto de cabeza y subo a casa.

Me derrumbo en cuanto entro en esta y pegada a la puerta me dejo caer al suelo. Por extraño que parezca, esta vez las lágrimas no acuden a mis ojos y

probablemente si me pincharan con una aguja, no saldría de mi cuerpo ni una gota de sangre. ¿Por qué nunca me lo dijo? ¿Qué sentido tenía ocultarme esto también? Si antes no entendía nada, ahora menos.

Yo contándole mis movidas con los obreros, la queja que le escribí al supuesto dueño y era él... Que tonta y ciega fui. Lo tenía delante de mí y no fui capaz a verlo. Ahora entiendo el rápido despido de la empresa que se encargaba de la reforma, y la buena disposición de la nueva empresa de arreglar los estropicios ocasionados por la otra. ¡No puedo creerlo! Otra mentira más que hace que me sienta la mujer más estúpida y gilipollas del planeta.

Como puedo me levanto del suelo. ¿Qué voy a hacer? No puedo vivir aquí teniéndole tan cerca. ¡Qué macabro es el destino! Tengo que largarme de aquí antes de que regrese, verlo acabaría conmigo. ¿Qué más cosas me quedan por descubrir de él?

Como una autómatas, preparo el equipaje para mis vacaciones, cuando ya casi lo tengo listo, se me ocurre algo... Ahora ya sé que hacer con las cosas que aún tengo tuyas. Voy a ayudarlo a hacer la mudanza.

Dejo delante de su puerta las tres bolsas de basura repletas con su ropa y una caja de cartón con las cosas de aseo. Me encantaría ser un pirómana para prenderle fuego a todo, pero no lo soy, así que entro en mi casa y ni corta ni perezosa le escribo una nota.

«Todo esto es tuyo. Preferiría haberlo tirado, pero ya ves, en cambio te ayudo a hacer la mudanza. ¿Una buena vecina? ¡Para nada! Yo tengo conciencia, y esta no me deja actuar como quisiera, algo que a ti parece faltarte con creces. No sé a que estás jugando, pero yo no me divierto en absoluto. Te dije que no quería volver a verte, y ahora tendré que soportar tu presencia al otro lado de la puerta. Esta última mentira tuya, ha hecho que la mínima posibilidad que había de que tú y yo volviéramos a estar juntos ya no exista. Eres muy mal jugador, pero espero que seas un buen perdedor.»

Releo la nota mil veces y sin pensarlo un segundo más, se la dejo pegada en la puerta. Me cerciuro de que todo en mi casa está bien, ya que voy a estar fuera un mes y con el equipaje a cuestas, me voy con la esperanza de que a mi regreso, toda esta pesadilla que estoy viviendo haya terminado.

Llego a Benalmádena desolada, dejo las cosas en la entrada y voy directamente al jardín, me tumbo en el balcón y me derrumbo. ¿Cómo voy a levantar cabeza después de esto? Me creía una mujer fuerte, y en cambio todo esto me ha superado. Si tan solo fuera capaz de dejar la mente en blanco para no pensar...

A las diez de la noche entro en casa. ¿Debería de llamar a Carla y contarle mi último descubrimiento? Sí, más que nada porque necesito desahogarme con alguien. Cuando le cuento que Víctor es el dueño del ático, no da crédito, he conseguido dejarla sin palabras.

—¿Sigues pensando que debería de hablar con él?

—Pues sí, Alex, sigo pensando que deberías dejar que te explicara porque hizo todas estas cosas.

—¡Joder, Carla, eres increíble!

—¡Si no te gusta mi respuesta, no haber preguntado!

—Tienes razón, no quiero discutir contigo—. ¡Diossss estoy tan cansada de todo esto...!

Hablamos durante un rato más y cuando me despido de ella, le prometo llamarla en cuanto llegue a Asturias. Esta noche tampoco consigo dormir, se me encoge el alma solo de pensar que pueda instalarse allí con ella.

El jueves pasa igual que el resto de los demás días, con mucha pena y sin ninguna gloria. El viernes me levanto de la cama deseosa de llegar a Asturias y volver a abrazar a mis padres. En unas horas estaré rodeada de esas personas que lo son todo para mí y que me dieron la vida. Por ellos y por mí, tengo que cambiar el chip, aunque esté más delgada y ojerosa, tengo que hacer el esfuerzo de que me vean bien para no preocuparles.

En el taxi de camino al aeropuerto, hago un balance de estos últimos siete días. Lágrimas derramadas millones. Sonrisas esbozadas, ninguna. Quilos perdidos, unos cinco aproximadamente. Horas de sueño perdidas, infinitas... Si me compro un diario y todo esto lo apunto en él, seré exactamente igual que Bridget Jones. ¡Patética!

El viaje a Asturias, se me hace largo, estoy demasiado ansiosa por llegar, y cuando por fin el avión aterriza en el aeropuerto de Ranón (Avilés) y veo a mis padres allí esperándome, corro a su encuentro. Los tres emocionados nos fundimos en un caluroso abrazo. ¡Dios, cuanto los he echado de menos, sobre todo estos últimos días! Me observan con lágrimas en los ojos, estoy bastante desmejorada pero aun así, ellos no dicen nada. Mi padre coge la maleta, y cogidos de la mano como cuando era pequeña, salimos fuera.

Mientras mi padre conduce, mi madre y yo vamos en la parte trasera del coche charlando animadamente. Me pregunta por mis amigas. Le cuento que Estela ahora vive en California con su novio Jared y mi madre alucina. También le cuento que Carla y Jorge, por fin se han dado cuenta de que están enamorados y que ahora salen en serio. Mi madre conoce muy bien a mis amigos y se alegra por las buenas noticias. Mi padre entra en la conversación y durante un rato hablamos de la gente que ellos conocen en Marbella y que yo veo de vez en cuando. Cuando menos me lo espero, mi madre suelta la pregunta del millón.

—¿Y cómo te va a ti con el chico ese, cielo?—La pregunta de las narices me pilla por sorpresa y durante unos segundos me quedo callada. Mi madre al ver que no contesto sigue— Se llama Víctor, ¿verdad?

—Hemos roto—suelto de sopetón y sin pensar. Mi madre se queda a cuadros.

—Pero hija...

—No quiero hablar del tema, mami. ¿Qué tal están todos?

—Todos están bien, hija, deseando verte. ¿Seguro que no quieres hablar de...?

—Ahora no, mamá, por favor—la corto antes de que termine de hacerme la pregunta.

Seguimos hablando de otros temas hasta llegar a casa. De vez en cuando, noto como mis padres intercambian alguna que otra miradita, ahora están preocupados por mí y eso me hace sentir mal. Tendré que hablar con ellos, pero todavía no es el momento. A mamá le suena el teléfono, y mientras ella habla, yo aprovecho para admirar el paisaje. ¡Se ve todo tan verde que impresiona! Ya casi hemos llegado a casa, me muero por ponerme cómoda y tumbarme en el jardín.

En Asturias, paso dos semanas. La primera de ellas la dedico a no hacer absolutamente nada, me paso los días en una tumbona absorbiendo los rayos del sol, absorbo en mis pensamientos o leyendo algún libro. Uno de esos días en los que estoy en el jardín tomando el sol, mi madre se acerca a mí y se sienta a mi lado. Durante un rato no dice nada, solo se limita a estar allí, haciéndome compañía. Por momentos me hace sentir incómoda, intuyo que la pobre mujer quiere hablar conmigo y no sabe de que manera hacerlo para no hacerme daño. En realidad, no sé quién está más incómoda, si ella, o yo. Al cabo de media hora, se decide a romper el silencio.

—Cariño, tu padre y yo estamos muy preocupados por ti—me mira—. Llevas en casa cinco días, apenas comes, estás triste, abatida. Andas de aquí para allá arrastrando los pies como si fueras una zombi... ¿Cuándo vas a contarme lo que ha pasado?

«¡Ay mamá!—Pienso—, ¿por dónde empezar a contarte la historia sin que te echas las manos a la cabeza?» Decido hacerlo por el principio, merece saber lo que me pasa, nos es justo para ellos que tengan que verme así. Respiro hondo y reuniendo el valor que me falta, empiezo a hablar. Le cuento toda mi relación con Víctor con pelos y señales, sin omitir nada de nada. Ella me escucha atenta y sin decir ni mú. ¡A saber lo que le estará pasando a la pobre mujer por la cabeza! Cuando termino de hablar, me limpio las lágrimas con el borde de la camiseta y me tapo la cara con las manos.

—¡Ay mi niña!—Dice mientras me abraza— ¡No sabes cuanto lo siento, hija! ¿Has vuelto a hablar con él desde entonces?

—No, no quiero saber nada de él. Me ha hecho mucho daño mamá. No para de llamarme, insiste en hablar conmigo, pero yo me niego.

—Pero Alejandra, mi amor, ¿no te parece todo muy extraño? Quiero decir... si él no sintiera nada por ti, ¿qué sentido tiene que insista tanto para hablar contigo?

—No lo sé, ¿tú también crees que debería de hablar con él?

—Pues sí hija, mi consejo es que lo hagas. Mereces saber la verdad, sea buena o mala. El daño ya está hecho, pero si hablas con él, todas esas dudas que tienes se disiparán. La mente es muy poderosa, y la imaginación muy traicionera, hija, solo cuando sepas la verdad, podrás pasar página y empezar de cero, ya sea con él, o sin él—¡Joder que bien habla mi madre, casi me ha convencido para que lo escuche, pero no, soy muy, muy cabezota!—¿Tú qué sientes por él, Alejandra? ¿Aún le quieres?

—Sí mamá, le quiero muchísimo. El amor que siento por Víctor no va a desaparecer de la noche a la mañana. Él me ha hecho sentirme la mujer más deseada del planeta, ha sido tierno, cariñoso, atento... Con él he cambiado, soy una mujer diferente. ¿Cómo voy a hacer para dejar de quererle?

—¿Y no crees qué por todo eso que te hace sentir, merece la oportunidad de que le escuches?

—No lo sé mamá, ¡estoy tan confundida!

—Piénsalo mi amor, piénsalo bien. No dejes que el hombre más importante que ha pasado por tu vida, se te escape de las manos por culpa de tu cabezonería.

—Lo pensaré.

Mi madre me da uno de esos abrazos tan suyos que me hace sentir protegida, y luego vuelve a dejarme sola con mis pensamientos. Sus palabras, me han sorprendido mucho, no esperaba esa actitud por parte de ella, al contrario, pensé que montaría en cólera y que pondría a Víctor a caer de un burro. Me alegra que no haya sido así. Esas palabras han calado muy hondo dentro de mí, dejándome pensativa el resto del día.

Milagrosamente, después de la conversación con mi madre mi estado de ánimo mejora y empiezo a disfrutar de mis vacaciones.

La segunda semana en Asturias, estoy mucho más animada. Mis primas y mis amigas de la infancia, consiguen que vuelva a sonreír y me olvide de Víctor cuando estoy con ellas. En cambio cuando por las noches estoy acostada en mi cama, mi mente lo revive todo una y otra vez, pero con una notable diferencia, ya no duele tanto. Empiezo a acostumbrarme a estar sin él. Hace ya varios días que ha dejado de insistir en hablar conmigo. En mi interior se lo agradezco, necesito mi espacio para tener las cosas claras. A pesar de que mi madre y mi amiga creen que no estoy haciendo lo correcto, sigo sin querer saber nada de él, es lo único que tengo claro.

Esa semana, decido hacer el viaje a Nueva York. Ahora ya no tiene sentido que lo aplace. Desde mi portátil, hago todos los preparativos y reservas. El próximo lunes, viajaré hasta Madrid y de allí a Nueva York. Por la noche, me llama Carla y aprovecho para contarle mi cambio de planes.

—¡Hola loquita! ¿Cómo va todo por Asturias?

—¡Hola cuerquita, pues bastante bien!

—¿Estás disfrutando de tus vacaciones?

—Ahora sí, Carla, ahora empiezo a disfrutarlas de verdad.

—No sabes cuanto me alegre oír eso amiga. ¿Qué me cuentas, hay alguna novedad?

—Pues la verdad es que sí, tengo novedades. He decidido ir a Nueva York.

—¡Eso es genial, Alex! Por fin vas a hacer el viaje que tanto deseas.

—Sí, además me vendrá bien para terminar de recuperarme.

—¿Has hablado con Víctor?—¡Vaya por Dios, ya tardaba en salir la preguntita de marras!

—No Carla, no he hablado con él. ¿Y tú?—Mi amiga tarda en contestar.

—¿Cuándo dices que te vas?—¡Uyyyy, uyyyy, esta me oculta algo...! Opto por hacerme la tonta y paso de preguntar.

—El próximo lunes.

—¿No se ha animado ninguna de tus primas a ir contigo?

—No, que va, ellas no pueden, ya sabes que tienen niños.

—¿Puedo acompañarte yo?

—¿Pero que dices, loca?

—Lo que oyes.

—Pero Jorge...

—A Jorge no le importará. Además la semana que viene él estará fuera, tiene que ir a Mallorca por motivos laborales. Está decidido, Alex, me voy contigo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¡Que guay, Carla!—aplauzo encantada—, ahora mismo entro en internet y reservo tu billete.

—No, no hace falta. Dame los datos del vuelo y yo misma lo haré.

—Está bien, como quieras—busco rápidamente los datos del vuelo y se los paso a mi amiga—. No sabes las ganas que tengo de que llegue el lunes amiga, vamos a pasárnoslo genial.

Charlamos durante un rato más de los locales de moda a los que podremos ir cuando estemos allí a tomarnos unos cuantos cosmopolitan, como las chicas de nuestra serie favorita "Sexo en Nueva York", tenemos claro que ellas a nuestro lado, no tienen nada que hacer. ¡Pero que flipadas que somos...!

Más tarde, acostada ya en mi cama, por primera vez en muchos, muchos días, no pienso en él. Pienso en todas las aventuras que nos esperan a la loca de mi amiga y a mí mano a mano por las calles de Nueva York. ¡Estoy entusiasmada!

El sábado mis primas me preparan una cena de despedida en Oviedo, han reservado en una sidrería llamada "Tierra Astur" que está en la calle Gascona, una de las zonas más concurridas de la ciudad. Cenamos de lujo, y nos ponemos moradas a sidra. ¡Hay que ver lo bien que entra el zumo de manzana...! Después de la cena, nos vamos de copas por la zona antigua. Me llevan a un bar que se llama "La Piel del Tripulante", muy del estilo al bar al que solemos ir mis amigas y yo en Marbella, allí el

desmadre es total y me suelto la melena del todo. ¡Me lo paso pipa, mis primas son la leche! Estos días, han hecho hasta lo imposible para que me divirtiera, han conseguido que vuelva a ser yo de nuevo. Las quiero muchísimo.

El domingo, como es mi último día en Asturias, decido quedarme en casa y dedicárselo por entero a mis padres. Aunque tengo una resaca del quince, intento disfrutar de ellos a tope y lo consigo. Sin duda alguna, tengo los mejores padres del mundo.

A la mañana siguiente, cuando me llevan al aeropuerto, nos despedimos entre lágrimas, les prometo hacer todo lo que pueda para volver antes de navidad. Necesito a mis padres y ellos me necesitan a mí, no quiero volver a pasar tanto tiempo sin estar con ellos. Desde la puerta de embarque, les digo adiós y les tiro un beso. Camino por el largo pasillo triste, y emocionada a la vez, estoy a punto de cumplir mi sueño y eso me pone nerviosa. Estoy deseando llegar a Madrid y reencontrarme con mi amiga Carla. ¿Qué nos deparará en Nueva York?



Dos horas después de que el avión despegue en Asturias, ya estoy en Madrid. Si el vuelo de mi amiga no viene con retraso, tiene que estar a punto de llegar. Le mando un wuas para que cuando ya esté aquí y encienda el móvil, sepa que la estoy esperando en una cafetería que hay en la t4. Facturo el equipaje y voy hacia allí a esperar. Me tomo una pepsi y un pincho de tortilla. Hace unos cuarenta minutos que le he escrito a Carla y todavía no sé nada de ella. Supuestamente ya debería de haber llegado. Empiezo a ponerme nerviosa y la llamo, pero el teléfono está apagado o fuera de cobertura. ¿Será que el avión viene con retraso? Me acerco al mostrador de información y le pregunto al chico. Este me dice que el vuelo de Málaga ha llegado hace mas de veinte minutos, entonces supongo que mi amiga estará esperando el equipaje, o vete a saber donde se ha metido.

Pasan otros veinte minutos y sigo sin saber nada. Le vuelvo a poner un wuas:

—«¿Dónde estás, loca? Hace rato que te espero, me preocupa no saber nada de ti. ¿Va todo bien? Me voy a la sala de espera que hay junto a la puerta de embarque, te esperaré allí. Bss. TQ»

Cuando llevo más de media hora sentada en aquella sala esperando y sin tener noticias de ella, empiezo a preocuparme de verdad. ¿Qué le habrá pasado? La llamo un par de veces pero su teléfono sigue desconectado. ¡Joder, no entiendo porque tiene el móvil apagado! ¿Se le habrá terminado la batería? Ya no sé que pensar... Digo yo que si hubiera perdido el avión o hubiera sucedido algo que la obligara a cancelar el viaje me habría avisado, ¿no? Al menos yo lo haría. ¿Y si llamo a Jorge para preguntarle? ¡Madre mía, no sé que hacer! Me estoy volviendo loca imaginando que pudo pasarle a Carla. Jorge tampoco contesta a mi llamada, aunque por lo menos su teléfono da señal.

Veo que dos chicas vestidas de azul abren la puerta de embarque y se colocan para pedir los pasajes. Ya es la hora y esta sin aparecer. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Cancelar el viaje? Pues no, lo siento mucho pero no pienso hacerlo. Si a mí me hubiera pasado algo y no pudiera estar aquí, hubiera removido Roma con Santiago para poder ponerme en contacto con ella. ¡Lo siento mucho, pero la menda se va a Nueva York con, o sin amiga! Le entrego el pasaje a una de las chicas y bajonera cruzo el pasillo. ¡Menuda putada lo de Carla!

Tengo el asiento de la ventanilla y como el que está al lado supuestamente era el de mi amiga, dejo la bolsa de viaje allí. Saco de esta el ipod y me acomodo. El viaje dura unas ocho horas aproximadamente. ¡Qué nervios por Dios! ¡Acabo de subir al avión y ya estoy deseando bajarme! Espero poder dormirme para que el trayecto se haga más corto. Cierro los ojos e intento relajarme.

A los cinco minutos, alguien me da un toquecito en el hombro, miro hacia el pasillo y me encuentro con dos pares de ojos clavados en mí. ¿Pero qué coño...? Abro la boca y la vuelvo a cerrar. ¡No me puedo creer lo que estoy viendo! Automáticamente pienso en mi amiga, ahora entiendo porque la muy cabrona tiene el teléfono apagado. ¿Cómo ha podido hacerme algo así? ¡Esta vez, como que me llamo Alejandra Machado que me la cargo!

La azafata me hace un gesto para que me quite los auriculares, la tía debe de pensar que soy lerda o algo así porque no me muevo, no hablo, no pestaño... ¡Ay Diosssss, me va a dar un jamacuco! Ella vuelve a hacerme un gesto con la mano y por fin atino a quitarme los auriculares.

—Disculpe, señorita, ¿habla mi idioma?—Asiento—. ¿Este bolso de viaje es suyo?—Vuelvo a asentir—. ¿Podría ponerlo en el departamento de aquí arriba para que el caballero pueda ocupar su asiento?—Miro al caballero en cuestión... ¡Joder, joder, joder! ¡Juro que cuando la pille, la mato con mis propias manos!

Víctor me mira sin pronunciar palabra. ¿Qué cojones hace él aquí? Ambos esperan que haga lo que la azafata dice. Mientras él no se siente no podremos despegar. La chica al ver que no estoy por la labor de moverme, coge mi bolso, abre la puertecita del compartimento de arriba y lo guarda allí. Me mira cabreada y dice:

—Ya puede sentarse, caballero, abróchese el cinturón, despegaremos enseguida—se da media vuelta y se larga. Víctor se sienta a mi lado sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Puedo saber qué diablos haces tú aquí?

—Voy a Nueva York. Contigo.

—¡Oh nooooo, no, no, no, me niego!—Grito. Varias cabezas se vuelven a mirarme. Me desabrocho el cinturón de seguridad e intento ponerme en pie, pero él me lo impide.

—¡Por el amor de Dios, Alejandra, no hagas tonterías y siéntate! Estamos a punto de despegar, ¿es qué no lo ves?—Miro hacia la ventanilla y veo que nos movemos. ¡Mierda, mierda, mierda! Me dejo caer en el asiento de nuevo y con manos temblorosas me abrocho el cinturón.

—¿Por qué?—Le miro—. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Es que acaso lo que yo piense, para ti y para Carla no significa nada? ¿Por qué no podéis dejarme seguir con mi vida?

—Lo que tú piensas es lo más importante para mí, Alejandra, por eso estoy aquí. Necesito explicarte lo que ha pasado. La única manera de que me escucharas, era subirme a este avión y Carla muy amablemente me cedió su billete. Las cosas no son como crees. Si después de que sepas la verdad sigues pensando lo mismo, lo aceptaré y no volverás a verme el pelo. Desapareceré de tu vida para siempre.

Mientras habla, me fijo detenidamente en él. No parece que esté mucho mejor que yo. Está más delgado, demacrado... Y ese brillo que había en sus ojos, tampoco está. Aun así, sigue pareciéndome el tío más guapo del mundo. Teniéndolo ahí a mi lado, me doy cuenta que mis sentimientos hacia él siguen siendo los mismos, que a pesar de toda esta mierda que nos ha pasado, sigo queriéndole con locura.

—Habla—susurro.

—Conozco a Verónica desde que éramos pequeños, prácticamente nos criamos juntos. Nuestras familias son muy amigas, su padre y el mío, son los dueños de la mayoría de los hoteles más importantes de la costa de Santa Cristina. Son socios desde antes de que nosotros nacióramos. De esa relación laboral, nació una gran amistad que dura hasta el día de hoy, por eso ella y yo pasábamos tanto tiempo juntos. Fuimos creciendo y cuando éramos unos adolescentes, tonteamos alguna que otra vez, pero no pasó de ser un mero tonto. Verónica me gustaba, pero éramos demasiado jóvenes para implicarnos en una relación seria. Con la mayoría de edad nos distanciamos un poco, cada uno siguió su camino. Fuimos a universidades distintas y solo nos veíamos esporádicamente en fiestas que nuestras familias organizaban—se queda pensativo un rato—. Sé que a nuestros padres les hubiera encantado que una vez terminadas nuestras carreras, nos hubiéramos casado, pero yo no estaba enamorado de ella, aunque ella sí lo estaba de mí. Mi padre hablo conmigo para hacerme ver que unirme con ella en matrimonio sería algo grandioso, ya que éramos dos de las familias más importante de Puerto Rico, pero me negué. Al principio mi padre se cabreó mucho, pero con el tiempo lo entendí y nunca volvió a sacar el tema de la boda. Ella en cambio, quería estar conmigo a toda costa, me agobiaba, estaba obsesionada con ser mi prometida. Yo la

evitaba y cuando me encontraba con ella por casualidad la ignoraba—la azafata se acerca a nosotros para preguntarnos si necesitamos algo. Ambos decimos que no, aunque yo de buena gana me tomaba algo fuerte que me anestesiará para terminar de oír esta historia. La azafata se va y Víctor sigue hablando—. Hace exactamente un año, nuestros padres organizaron una fiesta benéfica, yo acudí con una amiga, y cuando estábamos en la pista bailando apareció Verónica. Sola. Bailábamos un tema romántico y cuando ella nos vio, montó en cólera y armó un gran escándalo. Se nos acercó gritando que yo era su prometido y que la chica que bailaba conmigo era un zorra que intentaba quitárselo, incluso intento agredirla. Por suerte, conseguí pararla a tiempo. La llevé a una habitación y le puse las cosas claras. Fui totalmente sincero, nunca estuve enamorado de ella y jamás lo estaría. Me suplicó, y al ver que no obtenía resultado, juró que se las pagaría, que si no era para ella, no sería para ninguna otra. Me largué dejándola sola en aquella habitación y no volví a verla en la fiesta. Unas horas más tarde, cuando me iba, mi padre me acompañó a la calle y allí me rogó que me olvidara de lo sucedido esa noche. Le contesté que estuviera tranquilo, que por mi parte el tema estaba zanjado. Estaba cruzando la calle cuando un coche a gran velocidad venía hacia mí, me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Oí gritar a mi padre y cuando quise reaccionar, era demasiado tarde. El coche me embistió dejándome inconsciente en el suelo—¡Joder, se me ponen los pelos de punta!— Me desperté en el hospital dos días después, tenía dos costillas rotas y también un brazo y una pierna, además de una fuerte contusión en la cabeza y el cuerpo lleno de magulladuras. Pedí que llamaran a la policía, quería poner una denuncia. Entonces mi padre me contó que Verónica era quien conducía el coche, que después de atropellarme a mí, se estampó contra un muro—Víctor cierra los ojos—. Los médicos dijeron que tenía un cuadro psicótico, y trastorno bipolar. Sus padres decidieron ingresarla en una clínica para ayudarla. Mi padre me pidió que no la denunciara, que lo hiciera por él y por su amigo. De mala gana acepté. Cuando estuve totalmente recuperado, me vine aquí. Ella aún continuaba ingresada, vio nuestra fotografía en internet, la que nos hicieron el día de la presentación del perfume, y se escapó de la clínica. El resto de la historia ya la sabes.

—¿Dónde está ella ahora?

—En Puerto Rico, en cuanto llamé a sus padres y les dije que estaba en España vinieron a recogerla.

¡Uff, menuda historia, digna de una telenovela de esas que echan en la televisión! ¿Será cierta?

—Puedo enseñarte los recortes del periódico donde salió la noticia del atropello. Mi padre puede confirmarte que fue Verónica quien lo hizo—vaya... echaba de menos ese poder que tiene para leerme la mente.

—No es necesario, no quiero verlo—durante largo rato, ninguno de los dos habla.

—¿No vas a decir nada más?—Me pregunta.

—No, ya dije todo lo que tenía que decir—me pongo los auriculares y subo el volumen a tope. ¡Estoy tan harta de todo...!

Necesito tiempo, tiempo para pensar y tomar una decisión respecto a nosotros, no sé si seré capaz de perdonar todo el daño que me ha hecho al ocultarme algo así.

Durante el resto del viaje, ninguno de los dos vuelve a hablar, aunque Víctor parece molesto con mi silencio, no dice nada al respecto. Yo no sé que hacer, tengo la cabeza hecha un auténtico lío. Por un lado, están mis sentimientos hacia él que no han cambiado nada, y por el otro está el miedo, y el miedo me puede.

Sus mentiras me han hecho mucho daño, ahora entiendo que ha sido sin querer, pero ya está hecho. Me partió el corazón en mil pedazos y eso no es algo que se cure de la noche a la mañana. No soy una persona rencorosa, pero para perdonar necesito tener las cosas claras y tiempo, mucho tiempo.

Llegamos al JFK. Allí, después de recoger nuestro equipaje, nos dirigimos a un coche de la agencia de viajes que no está esperando para llevarnos al "Four Season", hotel en el que nos alojaremos. Desde luego que yo preferiría ir por mi cuenta para no tener que estar cerca de él, pero como los dos hacemos el viaje con la misma agencia, pues no me queda más remedio que aceptarlo.

Un cuanto pongo un pie en la habitación del hotel, una habitación preciosa, enorme y elegante que da a "Park Avenue", llamo a Carla por teléfono. La diferencia horaria me la trae al paio, estoy cabreada con ella por la encerrona que me hizo y me va a oír.

—¿Alex?—Contesta mi amiga medio dormida.

—¿Cómo has podido, Carla?—Grito.

—¡No me jodas, Alex, son las cinco de la mañana! ¡Estaba dormida!

—Me importa una mierda la hora, y me importa una mierda si estabas dormida. ¡Pensé que eras mi amiga, joder!

—Y lo soy, Alex—suspira—, por eso hice lo que hice. Eres tan cabezota que era la única manera de que le escucharas. ¿Has hablado con él?

—¡¡Eres la peor amiga del mundo!! Quería hacer este viaje para recuperarme y reflexionar, y lo has jodido Carla. ¡¡Has jodido mi ansiado viaje y mis vacaciones!! Jamás pensé que fueras capaz de hacerme algo así, pero está claro que también me equivoqué contigo.

—No digas tonterías, Alex...

—Ojalá fueran tonterías, pero estoy tan decepcionada contigo, que no creo que pueda perdonarte nunca—dicho esto, cuelgo el teléfono y me tiro encima de la enorme cama.

Poco tiempo después llaman a la puerta, intuyo quien puede ser. Empiezo a arrepentirme de no haber cancelado el viaje en cuanto vi que Carla no aparecía. Me levanto mentalizándome para lo que sea que tenga que decirme y abro la puerta. Como suponía Víctor está al otro lado, parece molesto, o quizá ansioso, no sabría decirlo con exactitud. Nos miramos.

—¿Qué quieres? ¿A caso se te ha olvidado contarme algo más?—Pregunto irónica.

—No. Solo quiero saber que pasa por esa cabeza—entra en la habitación sin ser invitado—. No puedes quedarte callada e ignorarme sin más después de lo que te he contado. Necesito saber que piensas, que sientes... No pienso salir de esta habitación hasta que hables conmigo—se cruza de brazos y me observa.

—Está bien, acabemos con todo esto de una maldita vez—cierro la puerta y me vuelvo para hacerle frente— ¿Quieres saber como me siento?—Asiente—. Te lo diré. ¡Me siento destrozada, hundida...!

—Alejandra, mi amor...

—¡¡Me partiste el corazón Víctor!!—Grito— Antes de conocerte era feliz con mi vida. Con mis prejuicios, y todas mis paranoias. Había sufrido tanto por la forma en que Fernando me abandonó, que tenía clarísimo que no quería enamorarme, y apareciste tú, con esos ojos cautivadores, esa personalidad arrolladora, tu frescura... ¡¡Intente por todos los medios no enamorarme de ti, pero lo hice!! Tú me enamoraste con tu forma de ser. Tierno, cariñoso, atento... ¡¡Me dejé llevar y me destrozaste!! Cuando te conocí, me decía a mí misma... No puede ser, Alex, él es mucho más joven que tú. Me agobiaba pensar en lo que diría la gente al vernos juntos, en lo que pensarían mis padres, mis amigos... Solo había una pregunta en mi mente, ¿qué puede pasar? Me dejé llevar por una vez en mi vida, hice lo que me dictaba el corazón. ¿Y qué ha pasado? Que mi corazón está hecho añicos. Cuando pasó lo que pasó con Fernando en Valencia, me dijiste que nunca me harías daño. Mentiste. ¡¡Me has hecho mucho daño Víctor, muchísimo!! Estoy harta de que mis sentimientos sean siempre pisoteados, estoy harta de todo, cansada. Creo que lo mejor es que cada uno siga su camino.

—No Alejandra, escúchame por favor. Fui un gilipollas, lo sé. Al no contactarte lo de Verónica creí que estaba protegiéndote de una parte dolorosa de mi vida que yo mismo estaba esforzándome por olvidar, y me equivoqué. Por favor, nena, dame otra oportunidad, te quiero y no quiero perderte.

—Lo siento Víctor, pero es mejor que te vayas, no hagamos esto más difícil.

—Nena, por favor...

—Vete—abro la puerta de par en par—, búscate una chica de tu edad y se feliz Víctor.

—Tú eres la única que puede hacerme feliz, Alejandra.

—Adiós, Víctor—cierro la puerta, me parte el alma ver que esos ojos verdes me miran con tanta tristeza, pero no estoy dispuesta a volver a poner en juego ni mi corazón, ni mis sentimientos.

Me tiro en la cama sin siquiera quitarme la ropa que llevo puesta, debería darme una ducha y ponerme cómoda, pero no tengo ganas de nada. Apago las luces de la habitación y me quedo a oscuras. Se supone que este debería ser un viaje para reencontrarme a mí misma y recuperarme, en cambio estoy más perdida que nunca.

Paso la noche sin pegar ojo, poniendo en una balanza lo bueno y lo malo de mi relación con Víctor. Sin ninguna duda, lo bueno pesa más. Entonces, ¿por qué no le doy otra oportunidad? Si no me quisiera, no habría hecho este viaje para hablar conmigo. A mi mente vuelve con fuerza la conversación mantenida con mi madre aquel día en Asturias. Recuerdo cada palabra, y cuanto más pienso en ello, más me convengo de que soy una idiota, y que estoy perdiendo al amor de mi vida por orgullosa y cabezota. ¿Hay alguien en el mundo más tonta que yo? No lo creo. En la habitación de al lado, tengo al hombre que me vuelve loca en todos los sentidos. El hombre que a pesar de su juventud, consiguió conquistarme y enamorarme. Consiguió hacerme cambiar, consiguió que viera la vida de otra manera, consiguió sacar lo mejor de mí... Le quiero, le quiero con toda mi alma y sería una gilipollas si lo dejara ir. No me perdonaría en la vida haber tenido la oportunidad de ser feliz y haberla tirado por la borda. Está claro que los dos tenemos un pasado que queremos olvidar, pero también tenemos muchos capítulos de nuestra vida en blanco y que podríamos escribir juntos. Sí, estoy decidida. Quiero pasar el resto de mi vida junto a él.

Miro el reloj, apenas son las siete de la mañana y estoy deseando llamar a su puerta, pero es demasiado temprano. Le diré que soy una estúpida y que lo amo con locura, que nos demos una oportunidad mutuamente. ¿Y si ahora es él el que no quiere estar conmigo? No, tengo que ser positiva. Todo saldrá bien.

Más animada, entro en el baño para darme una ducha y borrar todo el cansancio que hay acumulado en mi cuerpo. Una vez lista y más decidida que nunca, salgo de mi habitación y recorro los pocos metros que me separan de la de Víctor. En cuanto estoy delante de su habitación, llamo a la puerta totalmente convencida de que hoy todo se arreglará.

Después de estar varios minutos llamando y de no obtener respuesta, decido bajar al restaurante del hotel, posiblemente Víctor se haya despertado temprano y esté desayunando. Nada, en el gigantesco comedor tampoco está. ¿Habrá salido? Voy al mostrador de recepción y en un perfecto inglés hablo con la chica de información.

—Disculpe, buenos días—la chica me mira sonriente—, había quedado con el señor Rivera para desayunar, ¿podría decirme si está en su habitación?—Me pongo nerviosa porque nunca se me dio bien mentir.

—Un momento por favor—la chica teclea algo en un ordenador y me mira—. ¿Está segura de que había quedado con el señor Rivera?

—Sí. ¿Por qué?

—Vera, el señor Rivera dejó su habitación hace una hora y media.

—Perdón... ¿Quiere decir que dejó su habitación y que volverá más tarde o...?

—Dejó la habitación definitivamente—me corta la chica—. El señor Rivera pidió ayer por la noche que se le reservase un billete en el primer vuelo...

—¿Ha vuelto a España?—Pregunto sin dejarla terminar de hablar.

—No, se ha ido a Puerto Rico.

—¿Cómo?—¡Ay Dios, ahora sí que la he cagado pero bien!

—Lo siento, es la única información que puedo darle.

—Una última pregunta, ¿puede decirme a qué hora salía ese vuelo? Por favor...—imploro.

—El vuelo sale del aeropuerto JFK dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Cuarenta y cinco minutos?—Miro el reloj, ¡joder no voy a llegar a tiempo!— Le doy las gracias a la chica y subo corriendo a mi habitación a por el bolso y el móvil. Si lo llamo, quizá pueda evitar que suba a ese avión. Pero nada, el teléfono está desconectado. Salgo pitando y cojo un taxi para ir al aeropuerto. No llego ni de coña, pero al menos lo habré intentado.

A pesar de que llego al aeropuerto en un tiempo record, es demasiado tarde. El avión con destino a Puerto Rico acaba de despegar. Destrozada, hundida y llorando desconsoladamente, me quedo pegada a la cristalera viendo como el avión donde va el amor de mi vida toma altura. ¡Oh Víctor, te he perdido, te he perdido para siempre! ¿Qué voy a hacer ahora?

Vuelvo al hotel hecha polvo, rumiando mi dolor y mi culpabilidad. Soy la persona más estúpida, cabezota y orgullosa del mundo. Mi madre y mi amiga Carla tenían razón, al final le he perdido, y todo por mi culpa.

Una vez en el hotel, recojo las pocas cosas que había sacado de la maleta y llamo a recepción para que me reserven un billete en el primer vuelo que salga para España. Ya no quiero estar aquí. Quiero volver a mi casa. ¡Ahora sí que mi vida es una auténtica mierda! Lllaman a la puerta y me sobresalto.

—¿Quién es?—Pregunto.

—Servicio de limpieza—oh mierda, se me ha olvidado poner la dichosa tarjeta de no molestar en la puerta. De mala gana abro.

—¡Víctor...! Pero... pero...

—Lo siento, Alejandra, pero no pienso darme por vencido. Dime que tengo que hacer para que me perdones y lo haré. Sé que te dije que me iría y te dejaría en paz, pero no puedo. Por favor, nena, no llores...—¿Estoy llorando? ni siquiera me había dado cuenta.

—Oh Víctor, pensé que te había perdido para siempre. Fui a buscarte al aeropuerto, pero cuando llegué el avión acababa de despegar. Creí... creí...

—No subí al avión, ni siquiera entré en el aeropuerto. Te quiero, Alejandra, estoy locamente enamorado de ti y no pienso perderte.

—Yo también te quiero, Víctor, te quiero con toda mi alma, perdóname por ser tan cabezota y tan orgullosa.

—No hay nada que perdonar, nena, los dos nos hemos equivocado—me abraza con fuerza y yo alzo mi cabeza para besarle.

¡Dios, cuanto echaba de menos esos labios, la suavidad de su lengua, sus abrazos...!

—Hay una cosa más que tengo que explicarte—dice separándose de mí—. Compré el ático cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ti. En un principio lo había alquilado, pero cuando tuve claros mis sentimientos hacia ti lo compré porque quería tenerte cerca. No te lo dije porque era una sorpresa.

—Te amo Víctor, eso es lo único que importa, que nos amamos.

—Cásate conmigo, Alejandra—lo miro atónita—. Sé que es muy pronto, y que no hace mucho que nos conocemos, pero sería el hombre más dichoso del mundo si aceptaras ser mi esposa.

—Sí, Víctor, me casaré contigo porque eres el hombre más maravilloso que existe y porque mi vida sin ti, no tiene sentido.

Esa tarde, después de haber hecho el amor varias veces, después de acariciarnos, saborearnos y sentirnos, Víctor me hace la promesa más bonita del mundo.

¡TE AMARÉ SIEMPRE PRECIOSA...!

EPÍLOGO



Tumbada al sol, en una magnífica playa de Puerto Rico, observo a mi joven y apuesto marido hacer castillos de arena con nuestra pequeña. Víctor y yo, nos casamos el treinta y uno de diciembre hace ya tres años. Nuestros padres, querían celebrar una boda por todo lo alto, estaban empeñados en que nos casáramos en la catedral de Oviedo o en la basílica de Covadonga, pero esa no era nuestra idea. Nosotros queríamos algo mucho más sencillo. Aquel día nos acompañaron nuestras familias y amigos más íntimos. Nos dijimos «sí quiero» en la capilla de la universidad de Oviedo, uno de los edificios más antiguos de la ciudad, una capilla pequeña y sencilla. Fue uno de los días más felices de mi vida. Un año después, venía al mundo nuestro tesoro más preciado, nuestra hija Olivia. Es una calcomanía exacta de su padre. Morena, de ojos verdes y pelo oscuro, todos dicen que el carácter lo heredó de mí, es tozuda, cabezota y orgullosa. Toco mi abultado vientre, estoy embarazada de seis meses. Si Dios quiere, Elías nacerá en el mes de septiembre. Estamos deseando que llegue el momento para ver su carita, Olivia está entusiasmada con la idea de tener un hermanito para jugar.

Seguimos viviendo en Marbella. Después de la boda, tiramos las paredes que separaban nuestros áticos convirtiéndolo en uno solo, grande, espacioso y con mucha luz. Como pasamos la mayor parte del tiempo allí, los meses de verano nos venimos a Puerto Rico para poder estar con la familia de Víctor. Bueno, mejor dicho, nuestra familia.

Estela y Jared siguen viviendo en California y son padres de un precioso niño de cinco meses. No nos vemos todo lo que quisiéramos, pero al menos dos veces al año nos reunimos. Nuestra amistad sigue siendo muy importante a pesar de la distancia. La próxima reunión será en el mes de octubre, por fin Carla y Jorge han decidido pasar por el altar. Quién les iba a decir a estos dos que acabarían casándose... Cuando Víctor y yo volvimos de nuestra luna de miel, nos llevamos una desagradable sorpresa al enterarnos de que habían roto y que Jorge se había ido a vivir a Mallorca. Estuvieron separados casi un año, pero al final el amor siempre gana y ahora están sumergidos en los preparativos de la que sin ninguna duda, será la boda del año en Marbella. Nunca me cansaré de darle las gracias a Carla por haber sacado aquel billete de avión a nombre de mi marido. Aunque en un principio me cabré hasta el punto de gritarle que era la peor amiga del mundo, reconozco que si no hubiera sido por ella quizá Víctor y yo, hoy no estaríamos juntos.

Desde que nació nuestra hija, mis padres vienen muy a menudo al sur, les encanta estar con ella. Le he planteado a mi portento la posibilidad de comprarnos una casita en Asturias para que ellos no tengan que viajar tanto, a él la idea le ha parecido buena y probablemente después de que nazca Elías, nos pongamos a ello. Por cierto, mi madre adora a Víctor, tanto que a veces tengo la sensación de que lo agobia, por supuesto él no se queja, la deja hacer a sus anchas. He dejado el trabajo en la clínica, quiero dedicarle todo mi tiempo a mi familia, cuidarles, mimarles y disfrutarles al máximo. Ellos son mi prioridad. Marco, mi ex jefe, me dio todas las facilidades del mundo para que no dejara mi puesto de trabajo, pero no consiguió nada, lo primero es lo primero. Sé que si algún día quiero volver, tendré mi puesto esperándome. Claudia y él, al final no consiguieron ser padres, y después de mucho pensar decidieron adoptar. Llevan meses sumergidos en la tarea, rellenando papeles y más papeles para poder traer una niña de Asia que les robó el corazón en su primera visita al continente. Serán unos padres maravillosos.

De Fernando y de Verónica jamás hemos vuelto a saber nada, es como si nunca hubieran existido en nuestras vidas. El pasado con ellos está olvidado y enterrado.

Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo y borrar algunas de las cosas que hice, no lo haría, porque todas ellas me han llevado hasta donde estoy, y gracias a ellas, hoy puedo asegurar que soy plenamente feliz.

FIN



AGRADECIMIENTOS



A mi familia, mi marido y mi hija por no quejarse cuando me ponía delante del ordenador y se me iba el santo al cielo. A shei (mi sister) que leyó los primeros capítulos bajo amenazas y luego se enganchó jejeje. A mi amiga Vane (cuchu) por estar día a día esperando por un nuevo capítulo y por ayudarme a escoger el nombre de la prota. A mis primas, por estar ahí al pie del cañón. Y especialmente a mi tía Mari por animarme a escribir y por confiar siempre en mí. Gracias a [tod@s](#) os quiero.

Y gracias a [tod@s Vosotr@s](#) por leer mis historias.

Gracias a mis seguidores en la red: google+, facebook y twitter por compartir cada publicación mía y por los mensajes tan bonitos que me dejáis, muchísimas gracias.

Créditos de Portada, Maquetación y Book Trailer: KGFlowers & Editions

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

SOBRE LA AUTORA



Virginia, nació hace 39 años en Oviedo (Asturias), donde reside desde los 14 años. Hasta esa edad, vivió en un pueblecito a las afueras de Oviedo, donde, ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida, y amante de la novela romántica (Histórica, Contemporánea, Erótica, New Adult, etc). Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta hace aproximadamente dos años, cuando decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza, y darles vida, consiguiendo con ello, realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en Junio de 2015.

Su mayor debilidad, su familia.

NO QUERÍA ENAMORARME Y APARECISTE TÚ



VIRGINIA V.B.

